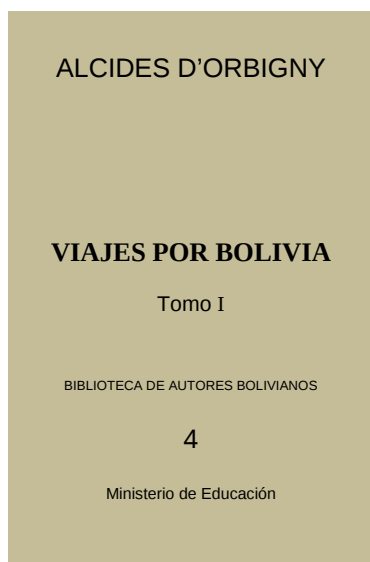




ALCIDES D'ORBIGNY

VIAJES POR BOLIVIA

Tomo I

1958

Ministerio de Educación y Bellas Artes

© Rolando Diez de Medina, 2018
La Paz - Bolivia

Índice

ALCIDES D'ORBIGNY, sabio artista – Por Fernando Diez de Medina

Capítulo I.- Viaje por mar y estadía en Cobija (Bolivia).-
Viaje por mar al puerto de Arica (Perú).- Viaje y estadía en Tacna.

§ 1º Viaje por mar y estadía en Cobija

Capítulo II.- Viaje de Tacna a La Paz, atravesando la Cordillera de los Andes.- Estadía en La Paz.

§ 1º Viaje de Tacna a La Paz

§ 2º Estadía en La Paz

Capítulo III.- Viaje a las provincias de Yungas, Sicasica, Ayopaya, en la ladera oriental de los Andes Bolivianos

§ 1º Viaje a la provincia de Yungas

§ 2º Viaje por la provincia de Sicasica

§ 3º Viaje por la provincia de Ayopaya

Capítulo IV.- Cochabamba y sus alrededores.- Viaje a Santa Cruz de la Sierra, por las provincias de Cliza, Mizque y Valle Grande.

§ 1º Cochabamba y sus alrededores

§ 2º Viaje a Santa Cruz de la Sierra por las provincias de Cliza, Mizque y Valle Grande

Capítulo V.- Estadía en Santa Cruz de la Sierra y viaje por los alrededores

§ 1º Estadía en Santa Cruz de la Sierra

§ 2º Nueva estadía en Santa Cruz

Capítulo VI.- Historia y descripción de Santa Cruz de la Sierra

§ 1º Historia

§ 2º Circunscripción y referencias geográficas

Productos naturales de Santa Cruz

Población, costumbres, usos

Industria, producción, comercio

Descripción de la ciudad

Capítulo VII.- Partida a la provincia de Chiquitos.- Estadía en las Misiones del Oeste y Centro de la provincia de Chiquitos

§ 1º Partida a la provincia de Chiquitos

§ 2º Misión de San Javier

Misión de Concepción

§ 3º Misión de San Miguel

Misión de Santa Ana

Misión de San Ignacio

Misión de San Rafael

Capítulo VIII.- Viaje a las Misiones del Sur de la Provincia de Chiquitos y regreso a las Misiones del Centro y Oeste

§ 1º Viaje a las Misiones del Sur de la Provincia de Chiquitos.- Camino a San José
Misiones de San José y camino a Santiago
Misión de Santiago de Chiquitos
Misión de Santo Corazón de Jesús
Misión de San Juan Bautista

§ 2º Regreso a las Misiones del Centro y Oeste de la Provincia de Chiquitos

Capítulo IX.- Viaje al país de los Guarayos; descripción de esos indios y de las comarcas que habitan

§ 1º Viajes al país de los Guarayos

§ 2º Descripción de los Guarayos y de la Comarca que habitan

Departamento de Publicaciones
y Difusión Cultural

Fernando Díez de Medina
Ministro de Educación

R. Alberto Calvo
Asesor Técnico

Raúl Calderón Soria
Director Nacional de Cultura
Asesor Artístico

ALCIDES D'ORBIGNY, SABIO Y ARTISTA

Este nombre insigne enciende la admiración de los franceses y de los sudamericanos. Pertenece, en verdad, a Galia inmortal y a la nueva América dispersa en naciones y en razas como estrellas.

Sorprende, el sabio, por la pluralidad de su quehacer: geógrafo, etnólogo, escritor, naturalista, viajero infatigable, hombre de ciencia en toda la extensión del término, perspicaz observador de costumbres, artista en sus descripciones y relatos. Alcides D'Orbigny lleva la inquietud de Francia por mares y continentes. Viene de esa pléyade de varones esforzados que poblaron como astros rutilantes el cielo de la hazaña humana: Cartier, Bonpland, Champláin, La Condamine, Réclus, Boussingault. Cruzado y poeta al mismo tiempo, D'Orbigny fue una de esas plantas atrevidas del género hombre, acaso para demostrar que el genio cuanto más raro es más complejo.

Su famoso "VIAJE A LA AMÉRICA MERIDIONAL", en cuatro tomos de gran formato y con bellísimas ilustraciones, es joya bibliográfica del siglo XIX. Hizo las delicias de nuestros abuelos y en ediciones modernas –muy inferiores por cierto- sirve todavía para el estudio de estas naciones jóvenes que el sabio francés recorrió con ojo zahorí. No me corresponde analizar lo mucho que la América del Sur debe al acucioso investigador. Su notable estudio científico y sociológico "EL HOMBRE AMERICANO", aunque haya sido revisado y superado en muchos aspectos, en lo esencial sirve aún de esquema primario; y sus agudos juicios sobre temas geológicos, naturales, económicos o de costumbres, son, todavía, puntos de partida para el estudioso. Es que D'Orbigny conoció y sintió la América en profundidad, como no pueden conocerla los fáciles turistas aerofrívols.

¿Por qué el gran francés despierta nuestra gratitud?

Porque fue profesor de realidades, maestro de simpatía creadora. A nosotros, los bolivianos, nos reveló lo que éramos, lo que teníamos, hacía dónde podían voltearse nuestras alas de país joven.

Recorrió el territorio nacional en viajes largos, arriesgadísimos, casi siempre a mula y a pie, soportando inmensas penurias, enfermedades, disgustos a granel. Pero su exploración intrépida venció todos los obstáculos, porque estaba animado por la pasión aventurera, que su amor a la ciencia regulaba con voluntad firme y metódica. Secreto de los grandes creadores: sin tasa el sueño, frenado el acto realizado. Buscando ese equilibrio maravilloso de la inteligencia y de la sensibilidad, que un día da las catedrales acústicas de Couperin y otro los arabescos finísimos de Debussy.

En D'Orbigny convivirán armoniosamente el organizador sistemático y el enamorado observador de la naturaleza. Sabio y poeta. Antropólogo, botánico, geólogo, etnólogo, etnógrafo, paleontólogo, humanista habitaron su espíritu en vivaz simbiosis. Vió, asimiló y expresó con genial intuición muchas cosas, hechos múltiples que nadie supo reunir en síntesis tan apretadas. Por eso, aunque pasen hechos y costumbres, lo que narra su pluma, rica de ternura explicativa, es para siempre: permanece.

¡Cómo no envidiar esa vida simbólica de soñador y descubridor, esas tensiones encontradas del civilizado frente al mundo virgen; esa prosa nerviosa, que esmalta el relato de frescas impresiones!

D'Orbigny ignoraba qué el reservaba el destino al día siguiente. Pero cada amanecer se erguía corajudo insaciable, frente al enigma de la vida. Recorrer la América Meridional, palmo a palmo, pueblo tras pueblo, fué para él la experiencia inolvidable. Sumergido en la tierra entrañable, en el misterio oscuro de sus moradores diversísimos, era a un tiempo actor y relator de su proeza.

Nuestra época vertiginosa, de aviones veloces, no sabe ya la ciencia ni el dulce placer del viaje. El hombre cruza como un bólido el planeta: pasa. ¿Puede decir que ha conocido algo profundamente? Casi nunca. De D'Orbigny, el apasionado descriptor del "Viaje a la América Meridional", a Paul Morand, frívolo y homeopático narrador de "Rien que la Terre" existe un abismo. Viajar como la política, la economía, el arte, es cosa nueva.

El geógrafo francés conoció nuestra América en estado de pureza adánica, lejos del trazo cuadrículado y monótono que le va imponiendo la técnica moderna. Ni rascacielos, ni calles geométricas, ni tráfico atorado. A pie, por tracción animal, en viejas carretas, D'Orbigny conoció el continente sur y esta Bolivia legendaria, casi desconocida que por aquel entonces – primera mitad del siglo XIX – era un cosmos misterioso, inviolado casi en sus tres cuartas partes. Tan honda fué la impresión que le produjo nuestra patria, que un día, encendido de entusiasmo, profiere el fino varón estas palabras que ningún boliviano olvidará: "Es el país más hermoso del mundo".

Entre las bellezas que descubrió y los secretos de maravilla que su pluma ha descrito, nada supera el famoso encuentro con la Cordillera Real. Subía el francés, a mula, desde el puerto de Arica y después de fatigosas jornadas alcanza el altiplano. Al pisar la meseta una visión soberbia lo deslumbra: la cabalgata de las cumbres nevadas, engarzando la turquesa del Titikaka distante. No puede, ya, el moderno recoger ni transmitir estas vivencias puras, simples, directas del viajero antiguo.

Sabio, poeta solo aventurero, antes el viajero iba en pos de lo desconocido y pagaba un precio por la sorpresa. No era conducido: era él mismo señor y portador de su aventura.

Estudiantes, maestros, todos los que aman a Bolivia, entre nosotros y fuera de nosotros, deben leer las páginas vibrantes que D'Orbigny nos dedicó. No tienen rival, no envejecieron. Subsisten prietas de substancia y de enseñanzas. Pocos sintieron y manifestaron mejor la verdad inmensa, huraña, poliforme de este país como el sabio galo, ágil, penetrante, que supo hablarnos en lengua rica de color y contenido.

El primer ensayo sistematizado sobre la realidad geográfica, social y cultural de Bolivia está en las obras de D'Orbigny. Por eso el Ministerio de Educación, conmemorando el centenario de su muerte, lanza esta edición de los capítulos dedicados al país andino bajo el título definidor de: "Viajes por Bolivia". Existe, también, desde 1956, un Liceo Mixto que lleva su nombre glorioso. Y nadie, que se precie de culto, olvida en estas montañas, o en nuestros valles, o en las llanuras dilatadas, al geógrafo insigne que fué el primero en trazar el cuadro general – científico y descriptivo – de esta joven nación en formación.

Alcides D'Orbigny. Maestro mocedades. Profesor de energía, cruzado de idealismo.

Yo le pondría de ejemplo viviente a todos los náufragos de la decadencia moderna, llámense existencialistas, abúlicos, o desesperados por el rápido dominio del mundo material.

Alma noble, hermosa voluntad. Que su nombre y su renombre persisten sin mengua en la América de las tierras interiores que tan intensamente amó y supo enaltecer.

Fernando Diez de Medina

CAPÍTULO I

*Viaje por mar y estadía en Cobija (Bolivia).- Viaje por mar al puerto de Arica (Perú).-
Viaje y estadía en Tacna.*

§ 1

VIAJE POR MAR Y ESTADÍA EN COBIJA

El día 8 de abril me embarqué para dirigirme al puerto de Arica, pero recién el 9 no pusimos a la vela. Tomé pasaje a bordo de un barco prusiano, el **Kronprinz von Preussen** (el Príncipe Heredero de Prusia), nave mitad mercante y mitad militar, perteneciente al príncipe del que lleva el nombre, y que navegaba por su cuenta. Al levar anclas, me sorprendió agradablemente un coro encantador que ejecutaban los marineros al virar el cabrestante, y que repetían en cada gran maniobra. Esos cantos me impresionaron vivamente entonces, y volvieron a mi memoria cuando, después de mi regreso, atravesando la Suiza alemana, oí una música similar a la partida y llegada de los barcos a vapor en los lagos de Thun, de Brienz; y de los coros hasta el pie de los glaciares del Grindelwald o de la cascada del Giessbach.

Si bien es verdad que me sucede a menudo experimentar un sentimiento de pena al abandonar un lugar donde he permanecido más o menos tiempo, debo confesar que no me sucedió eso en Chile. Sea que lo hubiera considerado un lugar de paso, sea que el deseo de

9 de abril

penetrar en el centro del continente dominaba en mí cualquiera otra impresión, vi sin pena alejarse el puerto y desaparecer el río. Durante los seis días que duró el viaje, siempre vimos tierra; como estaba muy alejada, nada pudimos de la forma de las partes más próximas a la costa; pero siempre teníamos a la vista las cumbres nevadas que se elevan por encima de las nubes, y se pierden a gran altura sobre el horizonte.

Nada más agradable que navegar de sur a norte por la costa templada y cálida de Chile, de Bolivia y del Perú. El mar está casi siempre tranquilo y justifica en toda su extensión, el nombre de **Océano Pacífico**, que le dio Magallanes por verlo sin las tempestades de las regiones australes. Los vientos soplan generalmente del sur; y, junto a las corrientes, siempre dirigidas hacia

Costas de Chile

el norte, hacen avanzar el navío rápidamente, sin que uno se dé cuenta; por eso los viajes de Chile al Perú son tan fáciles. No sucede lo mismo en el trayecto del Perú a Chile. Si se quiere seguir la costa, hay que luchar sin

descanso contra los vientos y la correntada. Durante mucho tiempo los navegantes españoles no tenían otra ruta que la de la costa; resultaba así que pocos días les bastaba para llegar a Lima, pero el trayecto de Lima a Chile les llevaba a menudo tres meses. Hasta que un capitán español, cansado de seguir la rutina de sus predecesores, partió del Callao, puerto de Lima, y, en vez de seguir la costa, se alejó de inmediato a doscientas leguas del continente americano mar adentro. Halló vientos favorables, distintos de los que reinaban en la costa; los aprovechó y en menos de veinte días llegó a Chile, donde entregó los despachos que el gobierno le había confiado. Las autoridades, asombradas de la fecha de las cartas, clamaron que era un sortilegio, y el pobre capitán, a pesar de explicar su viaje, fue aprisionado sin piedad, hasta que se tomó nueva información en nombre del Santo Oficio. Esa nueva ruta es seguida actualmente por los navíos; Lima se ha aproximado así a Chile, y el comercio ha dado un inmenso paso, ganando tiempo.

Después de haber pasado sucesivamente frente a Coquimbo y Copiapó, dos últimos puertos de Chile del lado norte, y de haber costeadado el desierto de Atacama, el 14 de abril por la tarde, estábamos frente a la punta sur de la bahía de Mijillones,¹ señalada por una alta montaña

*Mejillones
14 de abril*

basáltica o granítica de la forma de un pan de azúcar aplastado, que aparece en medio de tierras bastante elevadas también por encima del nivel del mar y cortadas perpendicularmente en el extremo norte. Detrás se ven todavía, a gran distancia, los últimos contrafuertes de las cordilleras occidentales, entre las cuales, al norte, se dibuja una montaña conocida de los marinos con el nombre de Alto de Cobija. La bahía de Mejillones ofrece la más segura y más hermosa de las radas de la costa del Perú y Bolivia; es tan vasta que apenas se distinguen a su entrada las naves que están ancladas en el fondo. A pesar de tantas ventajas, muchas razones impiden utilizarlas. Hasta el presente, pese a esfuerzos reiterados, no se ha hallado en ninguna parte agua dulce, dificultad a la cual se agrega la de atravesar desiertos áridos y secos de gran extensión, para llegar a los primeros lugares habitados.

Al aproximarnos a la costa, después de llegar a Cobija, observé que todos los puntos rocosos, bastante altos para estar al abrigo del oleaje, quedan teñidos de blanco, color que afecta también las cimas de las barrancas de la costa. Ese fenómeno me hizo pensar mucho y pedí en vano a la geología una explicación, que la zoología debía darme más tarde. En efecto, esa materia blanca, a menudo en capas muy espesas, era simplemente estiércol de pájaros, conocido en el país con el nombre de **guano** y constituyendo como abono una de las principales ramas del comercio de la costa. Sería difícil explicar ese conglomerado tan considerable por la cantidad ordinaria de pájaros que estamos acostumbrados a ver en nuestras costas, pero en América no sucede lo mismo. El gran número de lugares deshabitados permite a la gente alada anidar en paz; mientras que ese mar virgen a la pesca, y tal vez uno de los que contienen más peces en todo el mundo, les ofrece un alimento fácil. Esos animales son tan numerosos que, en ciertas estaciones, sus diversas especies oscurecen el aire con sus bandadas viajeras.² Esos pájaros de mar, al descansar siempre para dormir en gran sociedad sobre los mismos lugares, aumentan diariamente la capa de guano, y como no llueve en el país, el suelo no es lavado por esos aguaceros a que estamos acostumbrados en Europa; esos montones no pueden, pues, ser sacados más que por la mano del hombre.

Lo puertos de Valparaíso, Coquimbo y Copiapó en Chile, de Cobija en Bolivia, y de Arica, Ilo, Islay y Pisco en el Perú, están formados de puntas de tierra que defienden de los vientos

Cobija

reinantes del sur; por eso, cuando el viento del norte, muy raro, sopla a veces, desde mayo hasta agosto, ocasiona grandes pérdidas al comercio. Me impresionó la sencillez del puerto, al acercarme a Cobija, donde, en una costa coronada paralelamente de norte a sur, una punta baja, que avanza en el mar, se presenta a la vista como el único abrigo del puerto de Bolivia. Esa punta de roca, sobre la cual flotaba una bandera blanca, ocultaba algunos barcos anclados. Franqueamos pronto esa barrera y nos hallamos en medio del puerto.

Si el perfume de las flores el aspecto grandioso de la vegetación del Brasil exaltó mi espíritu al llegar a Río de Janeiro, estuve muy lejos de experimentar las mismas emociones al recorrer con los ojos la campaña de Cobija. Me sentí, por el contrario, profundamente entristecido, buscando inútilmente rastros de vegetación. La naturaleza parecía estar de duelo, y lejos de hallar en esa tierra tan alabada del Perú, la riqueza proverbial de aspecto, cuya idea despierta su nombre en todo el resto del mundo, veía a la derecha un cabo negro, formado de rocas deshechas; frente, una costa donde el oleaje rompía con estrépito, en medio de rocas; algunas casa de pobre apariencia, al pie de la barranca cortada a pico; y, arriba, una llanura en pendiente completamente pelada, que parte del mar y se eleva poco a poco hacia las montañas abruptas, también secas y

¹ *Mejillones* quiere decir almejas, así la bahía lleva el nombre de Bahía de las Almejas, a causa de la gran cantidad de conchillas que hay.

² Esas bandas están formadas de especies de los géneros Pufino, Fu, Pelicano, Cormorán, Cola de paja, etc.

peladas. Todo atractivo desapareció; y experimenté, no sin vivo sentimiento de tristeza, el doble temor de no hallar nada pintoresco en esa tierra ingrata y ver defraudadas por completo mis esperanzas de descubrimientos. Sin embargo, reflexionando, al ver esa costa accidentada, esa vasta extensión marina, y arriba rocas peladas, pensé que la zoología marítima y la geología me ofrecían todavía tesoros y bastantes medios para llenar los momentos de descanso.

Descendí a tierra con esas nuevas impresiones. La chalupa me condujo a un punto donde se hacía sentir una resaca muy fuerte. Al principio no se veía otra cosa que los rompientes; pero pronto pasamos con el oleaje entre dos peñascos, para aguardar luego el momento favorable, en que las olas nos empujaran a la playa. No pude, sin embargo, desembarcar sin ser mojado de pies a cabeza; accidente, es cierto, de los menos grave en los trópicos, y que no me impidió efectuar visitas. Me presenté ante el gobernador de la provincia, quien me acogió con suma cordialidad y conocí después a los jefes de muchas casas de comercio, entre los cuales citaré a mi compatriota, el señor Huber. Todos me recibieron de la manera más amable, con esa franqueza que se halla sólo en los puertos alejados de las ciudades, convertidos en lugares de cita de todas las naciones.

Cobija fué en toda época habitada por indios pescadores de la tribu de los Changos,¹ sin duda sometidos a los Incas, al mismo tiempo que a los atacamas. Hasta parece que esos indios eran bastante numerosos al comienzo del siglo XVIII. Frazier² dice que en 1712 habitaban unas cincuenta cabañas y que ese puerto era entonces frecuentado por los contrabandistas franceses, que, a cambio de sus mercaderías, recibían plata traída de Lipes y Potosí. La necesidad de reprimir ese abuso, decidió probablemente al gobierno español a fundar allí un pequeño villorrio, que se construyó en el curso del siglo; pero la iglesia recién fué terminada en 1771.³ Más tarde, una epidemia aniquiló a muchos indios; y habiendo la revolución americana hecho desaparecer esa celosa vigilancia, que hacía inútil la interrupción del trabajo en las minas, Cobija fué casi abandonada. Después de la emancipación de América, el reparto de las tierras de acuerdo a los antiguos límites de los gobiernos, dio al Perú el puerto de Arica, que debía más lógicamente pertenecer a Bolivia; y esta última república, no poseyendo puerto propio, se vió obligada a pagar un derecho de tránsito. En 1825 Bolivia pensó en utilizar Cobija; y secundada por una español muy



Vista del Barranco de Palca, cerca de La Paz.

rico, Cotera, ese puerto, antes desierto, se convirtió pronto en el centro del comercio internacional de la zona y una de las sedes de las principales casas de Chile y del Perú. Las cabañas de los pescadores fueron reemplazadas por la Casa de Gobierno, una aduana, un cuartel y muchas hermosas casas construídas con madera de Chile. En ese estado hallé el puerto llamado Puerto-la-Mar, y desde entonces ha progresado tanto más, cuanto en 1828 el general Santa Cruz, deseando el bien del país, redujo al dos por ciento los derechos de aduana sobre toda clase de mercaderías. Era necesario vencer con todo grandes dificultades para consolidar ese comercio,

¹ Los cadáveres muy antiguos hallados ante mis ojos, al efectuar una excavación, me han dado la certeza.

² *Relation d'un voyage de la mer du sur*, p. 130.

³ Es la fecha esculpida en el monumento.

porque Potosí está a ciento cincuenta y Oruro a ciento setenta y tres leguas del puerto. En esa distancia, que se franquea primero a lomo de mula, veinticinco primeras leguas son de arena movediza sin agua hasta Chacansi; luego vienen los desiertos donde hay apenas tres villorrios, Calama, Chiu-Chiu y Santa Bárbara, perdidos en cierto modo en medio de llanuras arenosas secas, o en las montañas de la cordillera, que hay que cruzar antes de llegar a las mesetas.

Después de pasar la jornada dedicado a formarme una primera idea del país, oí por la tare sonar la campana del villorrio. Me asombró, sabiendo que no había cura, cuando supe que casi todos los comerciantes comían juntos en un restorán recientemente establecido por los extranjeros, y que el sonido de la campana les advertía que estaba listo todo. Aproveché el aviso y me dirigí hacia la reunión general. Era una especie de tienda medio rodeada de planchas y de esteras, sobre la cual se había extendido una tela a guisa de techo. El mobiliario correspondía al exterior; se reducía todo a una larga mesa y unos bancos de madera. Nos sirvieron un buen pescado, pero la carne que se dijo fresca, había sido traída de Copiapó algunos días antes.

Durante los días siguientes realicé excursiones por los alrededores de Cobija. Al partir a uno de esos viajes, pasé junto a la iglesia, a fin de ver de cerca árboles del país, sembrados sin duda por los primeros pobladores españoles, y que consistían en tres palmeras, una bastante alta, de la misma especie que las de Chile, dos higueras, un sauce y una especie de acacia. Los siete están colocados uno al lado del otro, en el único lugar donde es posible hallar algo de humedad, en leguas a la redonda. Cerca corre, por un cañito de una pulgada de diámetro, la única fuente que abastece las necesidades del villorrio y de los indios de los alrededores. Hallé varias india changas, vestidas de negro, y llevando, con una correa apoyada en la frente, una cesta formada con algunos pedazos de madera divergentes.¹ Algunas iban cargadas con sus hijos y venían a buscar agua de dos leguas de distancia, una mina de cobre entonces en explotación. Al descender hacia la costa, vi muchas cabañas de los pescadores indígenas. Como no llueve nunca en esa comarca, se contentan con cuatro postes fijos en tierra, sobre los cuales arrojan pieles de lobos marinos. Allí toda la familia, a menudo numerosa, se acuesta sobre algas secas o sobre pieles de carneros; no posee por muebles más que conchillas, algunos vasos, instrumento de pesca, y por alimento maíz tostado y los peces que los hombres pescan. No lejos se ven, a la orilla, las curiosas embarcaciones que emplean y en la construcción de las cuales su industria suple ingeniosamente la falta de madera del país. Están formadas de dos largos odres cilíndricos de piel de lobo marino, terminados en punta en ambos extremos, frotados con aceite de foca, y llenos de aire, por medio de un tubo. Una vez bien inflados, los indios los atan fuertemente entre sí, los cierran más de un lado que del otro, para dar forma a la proa; ponen encima una ligera cama de algunos pedazos de madera, de ovas o de pieles, y, desafiando el oleaje, se arrojan con ese equipo en medio del mar. Con esas embarcaciones, llamadas balsas, que tanto de rodillas, tanto sentados en la delantera y remando por medio de una larga pértiga empleada de ambos lados alternativamente a derecha e izquierda, van a las rocas lejanas a cazar los lobos marinos, muy comunes en toda la costa. Las emplean, por lo general, para llegar a alta mar; allí espían a los peces, los siguen con mirada penetrantes en el seno de las olas y eligen el momento favorable para arrojar con extrema destreza un pequeño arpón, que difícilmente no alcanza su objetivo. Se ven esas balsas y sus propietarios en todos los puntos de la costa, y a veces a veinte leguas de su punto de partida. También se efectúa con esos barcos livianos el contrabando entre los comerciantes del país y las naves anclados en la rada, de las mercaderías prohibidas, tales como la plata piña y otros objetos de gran valor; por eso cada casa tiene su balsero titular, siempre depositario de grandes riquezas y siempre personalmente en la miseria más absoluta, tanto él como su familia. Hombres abnegados, esos balseros están dispuestos a todo. Su probidad es reconocida, al punto que nunca se los teme, aun cuando sin instrumentos de una operación importante y encargados de enormes valores.

Continuando mi paseo hacia el norte, seguí la costa, en todas partes bordeada de bloques de rocas graníticas, contra las cuales el oleaje se encarnizaba inútilmente. Encontré muchas

¹ Véase "EL Hombre Americano", p. 153.

tropillas de mulas que venían del interior, jadeantes, porque habían hecho veinticinco leguas sin agua; marchaban de prisa hacia Cobija, donde finalmente pudieron calmar la sed, antes de volver a emprender camino a la noche siguiente, para cubrir el mismo trecho, teniendo en cuenta que en Cobija, donde finalmente pudieron calmar la sed, antes de volver a emprender camino a la noche siguiente, para cubrir el mismo trecho, teniendo en cuenta que en Cobija no hay pastos naturales, lo que no permite hacer descansar las acémilas. Recogí en la costa muchas conchillas, en medio de los peñascos y guijarros: luego trepé con trabajo una barranca cortada casi perpendicularmente, de donde dominaba la rada. Era, sin duda, el lugar más apropiado para tener una idea justa del país. Aproveché de inmediato la ocasión, y tomando un lápiz, copié el paisaje que se presentaba ante mis ojos, sin embellecerlo. Debajo de mis pies, el mar rompía sobre la costa, llano como un espejo, presentándose en todo su esplendor; a la derecha, aparecía Cobija completa, con sus peñascos, sus casas sin techos y los navíos de la gran rada; todo terminado en esa punta basáltica que forma la extremidad sur del puerto. Arriba, terrenos completamente pelados se elevan en suave pendiente hasta el pie de las montañas abruptas, las más altas de todos los puntos de la costa, y fáciles de ver por los marinos, lo que les facilita el reconocimiento del puerto. Arriba, terrenos completamente pelados se elevan en suave pendiente hasta el pie de las montañas abruptas, las más altas de todos los puntos de la costa, y fáciles de ver por los marinos, lo que les facilita el reconocimiento del puerto. Anduve mucho tiempo en esa dirección sin hallar diferencias en los accidentes, recogiendo sólo rocas ígneas de gran belleza y hierros oligistos muy interesantes.

Un paseo hacia el sur llevó mis pasos hacia la punta de rocas que forma el puerto. Son basaltos negros, pero prismáticos, erizados en todas partes de puntas gastadas. Quise, empero, aún a riesgo de desnucarme, trepar hasta el último punto accesible, para observar los animales marinos que viven entre las rocas; debí abandonar el proyecto para regresar casi sin calzado y con las piernas despellejadas. Fuera de la punta hay algunas playas medio arenosas; hallé los restos de una ballena que, habiendo muerto el año anterior, estuvo a punto de hacer abandonar el lugar, por el mal olor que despedía. Hubo que quemarla, para consumirla, y acabar así con ese foco de infección. Vi también en la costa gran número de cefalópodos más o menos secos. Eran los restos de esas migraciones anuales que parten de las regiones meridionales y cubren toda la costa, desde Chile hasta cerca de Arica.

Tengo que referirme a una parte muy interesante de los alrededores de Cobija: a la composición de las colinas, a las llanuras que las dominan y a las montañas que cierran el cuadro, hacia el interior de las tierras; nada más importante para la geología. Junto a la costa hay bancos horizontales formados de conchillas marinas, elevadas de diez a quince metros sobre el nivel actual de los mares y que anuncian una sobre-elevación de las tierras que puede hacerse remontar al comienzo de nuestra época, puesto que las conchillas son las que viven todavía hoy en la costa. Más arriba, en la llanura, entre los aluviones y los restos de ocas desprendidas de las montañas, se ven aparecer rocas basálticas, las de la punta, sobre las cuales, hasta cerca de cien metros por encima del océano, hay aún en el lugar, blancas y descoloridas, conchillas ya muertas, y en todas partes restos que revelan evidentemente la presencia del mar. Nada es tan engañoso como la distancia en las montañas. Desde la llanura parece que uno tocara ya la base de ellas, y sin embargo se está todavía muy lejos, tanto más cuanto que se anda al principio con facilidad sobre los pequeños fragmentos de rocas; pero pronto los pedazos se hacen cada vez más voluminosos y terminar por presentarse como verdaderos peñascos. Al acercarme a las montañas, me asombró hallar por doquiera, en la dirección de las quebradas, los lechos de torrentes cuyos rastros son evidentes, y de agua cuya fuerza y volumen puede calcularse por los enormes bloques transportados y por su profundidad de más de cuatro metros, con seis a ocho a veces de ancho. Esos rastros me sorprendieron tanto más cuanto que, desde los tiempos históricos más lejanos, no ha caído una gota de agua en Cobija, ni en la costa de Chile y Perú, comprendida entre Copiapó y Payta. No cabe, empero, duda de que al comienzo de nuestra Era cayeron lluvias abundantes en esos lugares, así como sobre todos los puntos de la parte occidental de los Andes, donde hoy no llueve nunca. ¿Debe suponerse, para explicar ese cambio, una mudanza completa en la dirección de los vientos, cambio que parece poco probable; o hay que remontarse a causas análogas a las que hacen descender los glaciares de Europa en medio de valles hoy templados? Me inclino por

esta hipótesis, que intento desarrollar en otra parte. Es evidente que si, por un descenso de la temperatura, las montañas se cubren fortuitamente de nieves, se formarán torrentes cuando la temperatura se restablezca de súbito.

He señalado, a propósito de la Patagonia, las circunstancias que determinan la falta de lluvia en toda la costa del Perú; es también una consecuencia de los vientos reinantes. En efecto, soplando siempre del sur, los vientos traen, sobre las regiones meridionales de Chile, espesas neblinas, que el norte, esas nubes se hacen cada vez más raras, por lo que va disminuyendo gradualmente la vegetación; débil en Valparaíso, es muy rara en Coquimbo, cesa del todo en Copiapó y desaparece más lejos, en el desierto de Atacama, célebre por sus arenas movedizas. Todo el Perú occidental está cubierto de cenizas o arenas transportadas a voluntad por los vientos; por eso allí el curso de las aguas determinado por el derretimiento de las nieves de los Andes, sólo permite a la industria humana fecundar, de tanto en tanto, la tierra por medio del riego artificial y crear esos hermosos oasis, sembrados en la costa, en medio de ardientes desiertos.

Volví al pie de la montaña, donde realicé varias excursiones. Ya iba con un hombre a quien cargaba con una hermosa variedad de rocas ígneas¹ de todos los colores, donde el verde contrasta con el violeta, el rojo con el negro; ya iba solo; ya finalmente, en compañía de algunos comerciantes de Cobija. Este último viaje tuvo por objetivo visitar una mina de plata. Partimos con el fresco de la mañana, provistos de una guía indígena, y llegamos al pie de la montaña, donde hallamos de nuevo algunas especies de conchillas terrestres que, privadas de lluvia y de vegetación, se contentaban en apariencia, como los cactus achaparrados, sobre los cuales viven, con la débil humedad del aire. Faltaba trepar las pendientes escarpadas; cada uno de nosotros seguía con la vista la dirección casi perpendicular que debíamos tomar, y poco faltó para que esos señores renunciaran a acompañarme; pero el amor propio, más que el placer, los decidió a hacerlo. Comenzamos, pues, a ascender penosamente, agarrándonos a las rocas, y deteniéndonos a menudo. Después de una hora de marcha cansadora al extremo, mis compañeros perdieron de nuevo los bríos, a pesar de mis exhortaciones, cuando el guía, ligero como una cabra, nos señaló, a los lejos, el objetivo que debíamos alcanzar. Era, en efecto, difícil de seguir un sendero trazado, que, casi a pico, dominaba terribles precipicios, y desde donde se desprendían bajo nuestros pies enormes bloques, que rodaban con estrépito hasta debajo de la montaña, haciendo resonar el eco con su caída. Después de algunas pausas, llegamos finalmente a la mina. Era una excavación casi vertical, de treinta pies de profundidad. Hallamos, fuera, hermosos ejemplares de hierro oligisto y alguna rocas que contenían un poco de cobre. Recogí algunos y quise descender a la mina; lo conseguí, pero no sin trabajo, obligado a arrastrarme de rodillas y espaldas, como los deshollinadores en las chimeneas. De acuerdo a la costumbre del país, se contentaron con seguir, serpenteando, la anchura del filón, sin trazar galerías por donde se pudiera circular.

Hasta el punto donde estábamos, la montaña estaba compuesta de las mismas rocas ígneas. No vi otra vegetación que el cactus. El guía me aseguró que, cerca de una fuente cercana, encontraría más. Me decidí a trepar más, y hallé, a escasa distancia, una mancha húmeda de algunos metros de extensión, donde habían crecido algunas higueras, plantadas sin duda por los mineros, y un pequeño número de plantas indígenas, tales como carex y apio salvaje. Recogí todo lo que se me presentaba, sin poder saciar mi ser, porque el agua estaba demasiado cargada de sulfuro. Veía planear majestuosamente, encima y debajo de mí al famoso cóndor, cuyo tamaño se ha exagerado. Dominaba ese mar tranquilo y sin límites; pero no experimentaba nada de los sentidos en un alto del acueducto del Corcovado, cerca de Río de Janeiro; ¡tan cierto es que la naturaleza sin vegetación está desprovista de todos sus encantos! Quise trepar la cima de la montaña. El guía me dijo ingenuamente que no quedaba más, para llegar a la cima, que los caminos de los guanacos, expresión local que significa que el trayecto es impracticable para los hombres. Fue necesario regresar. Es sabido que resulta a menudo más difícil descender una pendiente rápida que subirla. Tuve que correr en vez de andar, y después de haber estado varias

¹ Son, según Cordier, diorita granuladas, a menudo amigdaloides, waches antiguas con núcleo de epidotis, etc.

veces a punto de perder el equilibrio, llegué el primero al pie de la montaña, donde mis compañeros dispersos tardaron en alcanzarme, con las ropas desgarradas. ¡Cosa extraña! En esa azarosa excursión no sufrí el menor accidente, y, al día siguiente, tuve una torcedura en medio mismo de la calle.

Este ligero accidente, a pesar de traerme una fiebre violenta, se produjo, por suerte, el día mismo de mi partida; me retuvo algunos instantes en el lugar donde comíamos. El patrón era cruceño, o nativo de Santa Cruz de la Sierra, en el centro de Bolivia; me agradaba, conversando con él, hacerme por adelantado una idea, por sus relatos a menudo exagerados, de todas las riquezas que podía hallar en medio de esa naturaleza todavía virgen, ignorada del naturalista. Si se ve a los habitantes de los lugares más tristes del mundo recordar a su patria con felicidad, ¡cómo no hallar entusiasmo en un hombre nacido en medio de la lujuriosa vegetación de los trópicos, que se hallaba entonces en un país desprovisto de todos los encantos del suyo!

CAPÍTULO II

Viaje de Tacna a La Paz, atravesando la Cordillera de los Andes.- Estadía en La Paz.

§ 1

VIAJE DE TACNA A LA PAZ

Una vez terminados mis preparativos, aguardé hasta el 19 (dos días) a mis arrieros, que llegaron recién a mediodía. Hice cargar de inmediato mis efectos, y dejándolos con mi criado, tomé la delantera. Me dirigí hacia Pachia, donde debía dormir. No puedo expresar con qué placer me lancé a las regiones elevadas de los Andes y cuántos descubrimientos me prometía hacer en ese viaje. El campo que recorría era apropiado para mantenerme en esas condiciones favorables. Hallé, a una legua de Tacna, el caserío de Pocolualle, cuyas casas, ubicadas unas sobre una prominencia estéril, y las otras a orillas del río, en un lugar bien cultivado, son sencillas

1830
19 de mayo

como la naturaleza de los alrededores. Más lejos se extienden los caseríos de Casa Blanca y Calana, en medio de una vegetación activa, aunque artificial, donde los hermosos sauces semejan, por su forma elevada, a los álamos del Viejo Mundo. Después de Calana, el valle se divide en dos ramificaciones: una, que se extiende a la derecha y está desierta; mientras la otra, siempre cultivada, sigue a la izquierda. Las colinas, al principio muy bajas, se elevan poco a poco, a medida que se avanza, y terminan por formar verdaderas montañas; pero siempre son arenosas, secas, y sólo dan nacimiento a algunos cactus trepadores.¹

Después de dos horas de marcha, llegué a Pachia,² hermoso villorrio situado en medio del valle, junto al río: se compone de una gran iglesia y de numerosas casas, dispersas en medio de campos cultivados, habitados por agricultores o arrieros. Me presenté ante el cura, que, con una franqueza muy cordial, me invitó a participar de su comida, lo que acepté con placer. A la tarde, llegaron mis equipajes, y busqué un albergue, pues los hoteles o posadas son cosa desconocida en toda la República de Bolivia. Me establecí con mis maletas en una sencilla cabaña de cañas, sin puerta y cubierta de paja, donde fui perfectamente acogida por sus pobres moradores, mientras que al lado un propietario muy rico me dijo, cuando le pedí que me dejara vivir en su casa: **Estará usted mejor en casa del vecino.** En efecto, tenía razón: él me hubiera recibido con altanería y en cambio allí encontré esa cándida hospitalidad que caracteriza, en América, a los habitantes del campo.

Por la tarde paseé por los alrededores, respirando un aire frío vivo. Contemplé con placer el aspecto majestuoso de la cadena abrupta que se eleva por gradas, de montañas negruzcas y desgarradas, coronadas por el pico nevado del Tacora, perdido en las regiones de las nubes. Me lancé con la imaginación más allá de esa barrera, que debía comenzar a franquear al día siguiente. Por debajo veía, al norte, la desembocadura de la torrentera de Calientes. De donde surgen las aguas que fertilizan el valle y donde hay una fuente terminal³ al lado, en una llanura desierta, cubierta de bloques de rocas rodadas, se elevan poco a poco los últimos contrafuertes de las montañas; a la derecha, finalmente, la entrada de la torrentera de Palca, por donde debía pasar

¹ Esas colinas son conocidas con los siguientes nombres: la de la izquierda como *Cuesta de Caraca* y la otra se llama *Cuesta de la Hiesera*, a causa del yeso que se halló allí.

² En la traducción francesa del viaje de Meyen, *Nouvelles Annales des voyages*, 1836, p.150, sea que se haya traducido mal, sea que los nombres de los lugares estén mal escritos, lo cierto es que no se reconocen; así Calana está escrito *Caleo: Pachia, Patchi*, etc.

³ Esa fuente, distante dos leguas de Pachia, es frecuentada por los enfermos que, dicen, experimentar una gran mejoría.

para dirigirme a la cumbre de la Cordillera: era toda la extremidad del valle de Tacna, no habiendo arriba más que las rocas. Me volví hacia la entrada, para despedirme, así como de las costas del océano; luego, después de haber visto la sombra extenderse a mi alrededor, me eché en tierra hasta el día siguiente, renunciando a las comodidades de las ciudades, para volver a mis costumbres de viaje.

El sol no había aún alumbrado el valle, cuando yo ya estaba de pie. No sucedió lo mismo a mis gentes. Fui a pasearme a mi gusto largamente. Observé que junto a cada casa había montones de ramas o de espinas, que servían de refugio a una multitud de chanchillos de la India, que se los deja crecer así para comerlos después.

A las ocho me pude en camino. Abandoné los campos cultivados para atravesar dos leguas de una llanura sin rastro de vegetación, cubierta de bloques de rodados de pórvido y granito,

20 de mayo y me dirigí hacia la entrada de la Quebrada de Palca. Allí se veía, en la montaña, una estrecha abertura, con lados muy escarpados. Era el camino que debía tomarse; empero, a la salida del valle, existe una pequeña cabaña

habitada por indios que venden a los viajeros chicha,¹ último lugar de descanso antes de entrar en los desfiladeros. Junto a esa humilde choza crecen también algunas higueras sin hojas y molles² de hojas plumeiformes, restos mezquinos de la vegetación de las montañas. Mi tropa entró en la quebrada, donde la naturaleza se presenta muerta y descolorida. En medio de los cantos rodados se sigue a intervalos el lecho seco del torrente, que tiene a lo sumo el ancho de una mula, entre dos murallones gigantescos, dando mil rodeos, pasando de un lado a otro, de acuerdo a las posibilidades locales; la naturaleza construyó ese camino, que es empero uno de los más frecuentados del país. La primera impresión que recibe el viajero está llena de tristeza. ¡Qué contraste, en efecto, el de esas montañas secas, áridas, sin vegetación, con esos valles alegres de Suiza o de los Pirineos, que animan y coloran, por doquiera, cascadas y abetos de color verde oscuro! Aquí un camino horrible, una sequía desoladora, y ni un paisaje pintoresco. Apenas se ve, delante de uno, una extensión de algunos centenares de metros, y esto no siempre.

Un viajero debe tratar de interesarse por todo, bien sea la naturaleza generosa, bien se muestre de sus bellezas. A la entrada del valle y en la cima de cada colina, noté en toda la ruta montículo de piedras más o menos voluminosos, coronados por lo general de bosques, y cubiertos de manchas de una materia verdusca; quise saber qué era. Supe, y tuve oportunidad de comprobarlo más tarde, al volverlas a ver en la parte de la República de Bolivia habitada por los indios, que eran **apachetas**.³ Esos montículos existían antes de la llegada de los españoles. Eran formados por los indígenas cargados que, trepando trabajosamente las cuestas escarpadas, daban gracias al Pachacmac o dios invisible, motor de todas las cosas, por haberles dado valor para llegar a la cima, al mismo tiempo que le pedían nueva fuerzas para continuar su camino. Se detenían, descansaban un instante, arrojaban al viento o sobre el montón de piedra, algunos pelos de su cejas o bien coca,⁴ que ellos mastican, como lo más precioso que poseen, o también se limitaban, si eran pobres, a coger una piedra de los alrededores y agregarla a las otras. Hoy nada ha cambiado; sólo que el indígena no agradece más al Pachacmac, sino al Dios de los cristianos, cuyo símbolo es la cruz. ¡Curiosa mezcla de antiguos recuerdos confundidos con las creencias religiosas actuales!

Agregaré que, esa antigua costumbre, con su ingenua sencillez, tiene algo que toca el corazón. ¿Qué más emocionante, en efecto, que ver al hombre consciente de su debilidad por el desfallecimiento de sus fuerzas, esperar que vuelvan sus energías, pidiéndole al Ser Supremo, que todo se le presenta como su creador y su padre?

¹ Bebida hecha de maíz pisado y fermentado. Hablaré de ella más adelante.

² *Schinus molle*.

³ Véase Garcilaso de la Vega, *Coment, real de los Incas*, p. 38. Hoy se dice apachetas.

⁴ Hablaré de la Coca y de su empleo en el país, al referirme a los lugares donde se cultivaba.

A tres leguas de la entrada de la Quebrada, observé, a orillas del camino, muchos bloques de granito, coloreados exteriormente de óxido de granito, y sobre los cuales los indígenas habían esculpido figuras groseras, tal vez alegóricas. No osaría empero afirmar que sean antiguas. Esas figuras representan hombres, soles, llamas y perros. ¿Son los signos de antiguos recuerdos, o se deben simplemente al pasatiempo de algunos viajeros indígenas?

Al comienzo de la quebrada se observa una esterilidad completa. Algunos cactus en forma de candelabros,¹ de aspecto raro, representan toda la vegetación, en medio de las rocas caídas de las parte más altas de las montañas. Al principio no aparece ninguna capa; pronto pórpidos y granitos se muestran de tanto en tanto. Al acercarse al lugar conocido con el nombre de Choluncoy, un resto de humedad en el fondo del arroyo hacer nacer algo de verdura y flores encantadoras,² de vivos colores rojos y amarillos, que contrastan con la aridez de las montañas; hay también algunas cabañas indígenas. Antes de llegar a Palca, se asciende una cuesta elevada en línea recta de la quebrada, y de la cumbre de la cual se domina el villorrio y las plantaciones. Las montañas no son aquí tan áridas como antes. Muchas especies de cactus aparecen, así como algunas otras plantas, en los lugares recubiertos de algo de tierra vegetal; y, en el fondo de la quebrada, cien a ciento cincuenta metros de ancho, de cada lado, el terreno recibe agua de riego, y está sembrado de alfalfa, maíz y hasta de papas.³ Un seto cubierto de arbustos de la familia de las solanáceas, adornado de flores, separa esa parte de las colinas incultas y abruptas. Las altas montañas que dominan el conjunto, lo hacen bastante pintoresco.

Descendí a Palca,⁴ situada en anfiteatro a la orilla izquierda⁵ de la quebrada. Ese pequeño villorrio, compuesto de una iglesia, de algunas casas esparcidas y de un **Tambo**⁶ o casa común para los viajeros, es también un oasis en medio de las crestas desgastadas de las montañas y la última reunión de hombres en la ladera occidental de las cordilleras. Es también un lugar de descanso para las recuas de mulas, que ascienden o descienden de la costa del Perú a las ciudades elevadas de ese país y de Bolivia. Puede decirse que es obligación detenerse; de Pachia hasta la cumbre de la cordillera, el trayecto es demasiado largo y sobre todo demasiado cansador, para que no sea necesario acostarse en el camino. Palca está a siete u ocho leguas Pachia, y a la misma distancia del lugar donde se puede parar, en la cumbre de los Andes.

Antes de llegar a Palca, vi, sobre la altura, muchas pirámides de tierra. Las volví a ver en gran número alrededor del villorrio. Supe pronto que eran las Chullpas⁷ o tumbas de los antiguos aymarás, anteriores a la conquista; especies de obeliscos, de seis a diez metros de elevación, un tercio más altos que anchos, cuadrados u oblongos, de lados rectos, coronados de una superficie inclinada como techo. Están perfectamente orientados, presentando al este, una abertura triangular

¹ *Cereus candelaris*, Meyen. Su tallo, recto, leñoso, se eleva dos o tres mts. destacando, en la copa, cinco a diez ramas en forma de candelabro, de un metro de alto y de color verde claro, contrastando con las espinas negras del tronco.- Su altitud es más o menos de dos mil metros sobre el océano.

² Los *Isolepis fuscata*, Meyen; *Bowlesia diversifolia*, Meyen; *Loranthus acuminatus*, Ruiz y Pavón; el *Lycium distichum*, Meyen; el *Echeveria peruviana* y muchas solanáceas.

³ Es el primer punto, ascendiendo en que se cultiva esa planta tan útil, porque siendo los valles inferiores mucho más cálidos, se convierte en el principal cultivo de todas las mesetas elevadas. La papa, hoy de tan enorme consumo en nuestra Europa, y que la emancipa de todo temor de hambre, tiene su origen en las mesetas de Bolivia y Perú; se la llama *Papa* en los idiomas aymara y quichua, denominación que se conserva en España.

⁴ *Palca* o mejor dicho *Pallca*, palabra aymará significa *confluencia* de río, *bifurcación* de valles, quebradas, caminos o hasta de ramas de árbol. Los numerosos villorrios que llevan ese nombre están ubicados en la confluencia de los ríos o torrentes.

⁵ Meyen (*Annales des voyages*, p.155) dice *orilla derecha*. Es indispensable entenderse en esa cuestión. Ese viajero pudo decir *orilla derecha* empleando la acepción de los marinos, que la aplican al ascender las aguas; para mí, como para todo el mundo, orilla izquierda es la que está a mi izquierda, descendiendo los ríos; y es siempre en ese sentido en el que tomo la expresión.

⁶ *Tambo* es también una expresión quichua corrompida de *Tampu*. Desde la época de los incas, se aplica a las casas construidas en los caminos sólo para los viajeros (véase Garcilaso de la Vega, *Coment. real, de las Incas*, p.140. Agustín de Zárate, lib.1^o, cap. 14). Se ponen en esas casas provisiones de todo género. Los españoles después de la conquista, conservan esas mismas casas con el nombre de *Tambo*, no sólo en los caminos, sino también en los villorrios y ciudades. Son hoy galpones sin ninguna comodidad, y se llaman *Casas del Rey*, en la ruta de Chile a Mendoza.

⁷ *Chulpa*, o mejor dicho *Chullpa*, quiere decir tumba, en la lengua aymará y ese nombre está consagrado en toda Bolivia. Cuando un viajero no habla la lengua del país que recorre, cae necesariamente en una serie de errores sobre las cosas y sus usos. He hallado muchos ejemplos en el relato de Meyen (loc., p. 156). Ese viajero, por lo demás muy exacto, y cuyos interesantes trabajos aprecio mucho, no habría dicho, sin duda, de haber hablado español, que los habitantes las llaman *Casas del Rey*; sino que habría sabido de inmediato que eran tumbas; y se hubiera evitado el trabajo de remontarse a las conquistas del Inca Yupanqui, para hacer de ellas obeliscos, monumentos del conquistador. También por error Meyen dice que en Palca hay indios esclavos comprados en la cordillera. Se le engañó, sin duda, porque nunca un indio de las mesetas vende a sus hijos.

muy pequeña. Esas tumbas, construídas de tierra¹ y a veces de paja picada, parecen que fueron de piedra tallada; están cerradas en todas partes; cuando no han sido profanadas, su interior contienen varios cadáveres sentados en círculo, con los vasos y utensilios característicos del sexo de los difuntos. Pudo más tarde ver muchos en la provincia de Carangas y al cavarlos, observé todas sus partes. En cuanto a los de Palca, eran todavía respetados por los indígenas actuales, que sin duda no habrían permitido que se los tocara. Hasta entonces, en mis viajes, no había hallado ningún rastro de antigüedad; nada que remontara más allá de la época actual; por eso experimenté una verdadera sensación de felicidad, al hallar, el mismo día, las **Apachetas**, las piedras esculpidas y las **Chulpas**; eran por lo menos monumentos histórico, indicios seguros de que el hombre ya algo civilizado existió en ese suelo; era el primer punto de la tierra clásica del Perú, del antiguo dominio de los Incas. La ubicación de las Chulpas es a veces muy pintoresca. Los antiguos indígenas reverenciaban al sol como la imagen visible del dios Pachacamac. Creían al colocar a sus parientes muertos en la dirección más conveniente, y exponiéndolos en las puntas de rocas que recibían en el valle los rayos del astro fecundador, que entrando en la otra vida, podrían de inmediato contemplar el sol.

Pasé el resto de la jornada recogiendo plantas y cazando en los alrededores. Tuve la suerte de hallar muchas especies nuevas de pájaros,² entre otras una cotorrita muy pequeña, del tamaño de nuestros gorriones, de un hermoso color verde, con la cabeza gris y una larga cola; los pájaros-moscas gigantes son también muy comunes. Por la tarde sentí un frío bastante intenso, lo que no me impidió acostarme en tierra a pleno aire. Acunado por mil pensamientos diversos, me dormí con el ruido monótono del arroyo.

Al día siguiente, después de explorar de nuevo los alrededores, me puse otra vez en camino. Seguía, durante dos o tres leguas, las orillas más pintorescas de la Quebrada, cubierta, en el fondo, de espesos matorrales y de flores diversas;³ en la parte cultivada, aquí y allí, pequeñas cabañas; y, sobre las alturas, Chulpas diversamente colocadas. Después de los desiertos de la

21 de mayo víspera, me pareció esa quebrada de lo más agradable. Al placer de ver el paisaje se unía el de hallar, por primera vez, esas pequeñas chozas redondas, construídas de tierra hasta una altura de uno a dos metros, luego

recubiertas de ramas cruzadas y con una sola abertura baja y estrecha; chozas en un todo semejantes a lo que eran en la época de la conquista. Al ruido del arroyo mezclaba el silbido de algunos indígenas que guardaban sus majadas en la cumbre de las colinas vecinas. Además, hallé numerosas tropillas de llamas descendiendo de la montaña, conducidas por indios ocupador en hilar o tejer la lana. Esas bestias de carga son tan apacibles y dulces como sus conductores; reunidas en tropillas de quince o veinte, compuestas sólo de machos, llevan de sesenta a setenta y cinco libras sea de carne seca, sea de papas o de chuño.⁴ Hacen así de cuatro a cinco leguas por día, marchando muy lentamente, sin nunca separarse del camino: van casi siempre precedidas de un niño o de una mujer y seguida de un indio, que lleva sobre sus espaldas, con sus provisiones, consistentes en maíz tostado y coca, un paquete de lana que hila mientras camina. La pequeña caravana desciende así con pausa, evitando, en lo posible, los caminos trazados, temiendo ser asaltada por los arrieros o hasta por los viajeros, que no tienen el menor escrúpulo en robarle una parte de lo que transporta; por eso los pobres indios los saludan con una humildad extrema. Las llamas marchan al principio bastante bien; pero cuando una de ellas comienza a fatigarse, se la oye quejarse con tristes lamentos, y si su guía no se apresura a descargarla se acuesta pronto y por nada se consigue hacerla marchar de nuevo: entonces el conductor, siempre con la mayor dulzura, aligera a sus bestias, cualquiera sea el lugar donde se halle, y las deja pacer en libertad. No menos sobrias que sus amos, se contentan con poco y viven hasta en medio de las rocas más

¹ No son de piedra, como creyó Meyen. He comprobado positivamente que se trata de tierra seca. Su conservación se explica en una tierra donde no llueve.

² Arara aymará D'Orb.

³ El *Cactus peruvianus*, *Mustisia hirsuta*, según Meyen.

⁴ Se llaman *chuño*, en aymará, a las papas que se dejan helar en las mesetas, luego se las hace secar y se conservan entonces años. Es un alimento muy apreciado por los habitantes de las regiones elevadas, pero que no me agrada mucho.

abruptas, donde otros animales morirían de hambre. Me agrada verlas andar con la cabeza alta, el aire sumiso, levantando las orejas en señal de asombro al acercarse nosotros, o si nos acercamos demasiado, las bajan en señal de miedo, y escupen cuando se las molesta algo, lo que constituye su única defensa.

Llegué al punto de unión de la quebrada de Palca con otra quebrada sin agua, confluencia que ha hecho dar el nombre de Palca al villorrio donde dormí. Allí abandoné la vegetación con humedad y me alejé, no sin lamentarlo, de ese brazo, que desciende de la cordillera, para entrar en la quebrada desprovista de vegetación o no presentando sobre pórfidos o sienita desnudas, más que algunos cactus, unos grandes, otros muy pequeños, cubiertos de un velo blanco. Las plantas estaban secas. Apenas hallé algunas crucíferas de flores blancas; por lo demás, la vegetación que veía, a medida que me elevaba, cambió dos o tres veces, desde mi entrada en la quebrada, siendo entonces completamente distinta de la de la quebrada de Palca. El sendero, apenas trazado, presenta pendientes más abruptas. Se asciende por él con trabajo, en medio de terrenos de los más difíciles. Experimenté un fuerte calor en la quebrada, pero pronto comencé a ascender la cuesta de Cachun, y sentí en su cumbre, al mismo tiempo que los primeros efectos de la rarefacción del aire, un frío muy penetrante, a causa de la elevación. Allí, de un lado, veía esa multitud de crestas desprendidas, que bajaban poco a poco hacia la cuesta, presentando el aspecto de un mar agitado; y, a más de mil metros abajo, una zona de nubes me ocultaba, sin duda, el océano; del otro lado, tenía enfrente, una segunda montaña, más elevada que aquella donde yo estaba, y a mis pies un vallecito muy estrecho, tapizado de ese césped verde y corto como terciopelo, que caracteriza las altas regiones de todos los valles del mundo. Descendía y vi en las hendiduras de las rocas los primeros hielos respetados por el sol; me asombraron tanto más, cuanto que estaba muy lejos del nivel de las nieves y con una temperatura bastante elevada.¹ La pendiente se hizo todavía más rápida. Serpenteamos en medio de rocas puntiagudas, encima de terribles precipicios, teniendo delante de nosotros una muralla que franquear. Sentía, cada vez más, los vivos efectos de la rarefacción del aire, un dolor de cabeza muy violento y gran dificultad en la respiración; mis arrieros, mis bestias y hasta mi perro, mi fiel Cachirulo, se veían obligados a detenerse cada veinte a treinta metros, para respirar atormentados como yo por el **soroche**,² que no me impedía, empero, dedicarme a la historia natural. Después de muchas fatigas, llegamos a la cima de la última cuesta: me hallé finalmente en la cresta de la cordillera.

Ninguna expresión podría concretar las sensaciones que experimentaba cuando, desembocando, me vi de golpe frente a Tacora, coronada con sus nieves perpetuas; a Tacora, ubicado en medio de una vasta llanura, así como muchos otros picos cónicos, cuyas cumbres gigantescas, igualmente blancas, se dibujan en un campo de los más extenso, de un aspecto grisáceo. Ese cambio de decoración de toda la naturaleza produjo en mí tal efecto, que quedé como en éxtasis, sin distinguir nada, impresionado sólo al principio por la inmensidad del cuadro y su aspecto severo, y dominado por un movimiento de respeto hacia la mano poderosa que lo trazó. Descendí de mi mula para admirarlo mejor; y quise, como los pobres indígenas, arrojar mi piedra al monumento de los siglos, sobre una enorme apacheta³ coronada de una cruz, que había en la cresta; modesto altar, testigo mudo de las fatigas y de la gratitud religiosa de muchos millares de hombres. Frente a mí, tal vez a una o dos leguas de distancia, se elevaba el Tacora, formado dos picos algo separados. Esa mas, que me parecía tan cercana que casi con la mano podía tocarla, me mostraba sus anfractuosidades, sus nieves perpetuas, sus diferentes zonas de vegetación, al descender el valle. Tenía a la izquierda una inmensa planicie, bordeada de picos cónicos formando una cadena dirigida hacia el norte; a la derecha, la misma planicie; y, en lontananza, otros picos menos elevados; todo bajo un cielo sin nubes y de una admirable pureza.

¹ Debe atribuirse ese hecho a causas idénticas a las que el señor de Saussure ha observado (*Voyage dans les Alpes*, p.1406).

² Cada vez que se experimenta esa enfermedad debida a la rarefacción del aire, los habitantes dicen que tienen el **soroche**. Desconocen la verdadera causa, la gran elevación por encima del nivel del mar, para atribuirlo a las emanaciones minerales del antimonio, llamadas, en español, **soroche**. Ese mismo sufrimiento, esa misma dificultad de respirar en las regiones muy elevadas de la cordillera, recibe el nombre *Puna Brava*. Algunos viajeros aplican a las cordilleras peruanas la palabra *páramo*, desusada en el país, y que no reemplaza a la palabra *Puna*, que define una *meseta elevada*, seca y sin árboles.

³ El ascenso exige por lo menos dos días desde el mar, y se concibe así el placer con que el indígena llega; puesto que ese montículo tiene más de veinte pies de altura.

La vegetación de esa región, más elevada que el paso de Gualillas, en consecuencia de más de 4.500 metros sobre el océano y 300 sólo por debajo del Monte Blanco, es muy peculiar y me pareció completamente distinta de la que había vista hasta entonces. No hay árboles, ni siquiera arbustos; no se ven, con algunas gramíneas, más que plantas que viven en familia y de un aspecto de lo más original. Ninguna se eleva; todas crecen sobre las rocas, formando una masa compacta, redondeada, a menudo de algunos metros de diámetro, de un hermoso color verde, pero cuyas ramas están a tal punto apretadas que sólo el hacha puede abrir claros. Cada masa representa una sola planta, provista de una sola raíz, y que, durante muchos siglos, no ha podido adquirir más de medio metro de altura.¹ Esos troncos se emplean como combustibles cuando están secos.

Mientras buscaba plantas, observé gran número de pequeños montículos, formados de cuatro o cinco piedras colocadas de canto unas junto a otras. Supuse que debía tener una finalidad supersticiosa. No me equivoqué, como me di cuenta más tarde, al hallar en todas partes esas mismas piedras de canto y como en equilibrio. Uno estaría lejos de creer que la paz de un hogar dependa de esas piedras misteriosas, que sólo el viento puede voltear, lo que sin embargo es verídico para los indios aymarás. El indígena que parte de viaje, a menudo obligado (puesto que todos están expuestos a ser enviados como correos) y que abandonan su mujer durante algunos días, coloca, al irse, algunos de esos montículos de piedra al borde de los caminos que recorre. Si, a su regreso, los halla todavía parados, se siente el más feliz de los hombres; su mujer piensa en él y no le fue infiel. Si por desdicha, al contrario, esos montoncitos de piedra han caído, su pobre compañera recibe vivos reproches; es una prueba de que traicionó sus deberes. El viejo aymará respeta siempre esos signos, en los que cree; pero los arrieros y viajeros, sea por descuido, sea por malicia, se divierten en destruirlos, y son así causa de desavenencias y altercados domésticos. Desde que me enteré del riguroso significado, me abstuve de tocarlas e impedí, en la medida de lo posible, a las personas que me acompañaban deshacerlas. ¡De qué poca cosa depende la reputación y el bienestar de una pobre mujer!

Descendí a la llanura, por donde corre un arroyo conocido con el nombre de **Río de Azufre**: desciende de la ladera occidental del Tacora, sigue el valle del sur al suroeste, pasa al oeste de la cadena y se dirige hacia el valle de Lluta y hacia el océano. Ese arroyo está a tal punto saturado de sulfato de hierro y aluminio, que las bestias de carga, que, engañadas por su aspecto límpido, deben su agua, mueren poco tiempo después, presas de terribles calambres. Los esqueletos de muchas de ellas yacen en tierra, revelando la verdad del hecho. Los bordes del arroyo están cubiertos de eflorescencias aluminosas amarillentas, que los habitantes toman por azufre. Puede ser que su nombre provenga de su fuente, donde hay, en los flancos del Tacora, mucho azufre nativo, lo que podría hacer pensar que esa montaña, cubierta de nieve desde los tiempos históricos, fue antes un volcán. Durante más de una legua seguí las orillas del arroyo, en una llanura cubierta de cantos rodados y de una vegetación fuera de lo común. La abandoné luego para dar vuelta alrededor del Tacora; después, finalmente, me detuve junto a otro curso de agua, en medio de una meseta cubierta de eflorescencias salinas, en el espacio que separa el Tacora del Niyuta, en el paso de Gualillas, a una altura de cuatro mil quinientos veinte metros² sobre el nivel del océano.

Desde mi llegada a la cima de la cordillera, sufría al último extremo de la rarefacción del aire. Sentía dolores atroces en los tímpanos; tenía un malestar al corazón semejante al que produce el mareo en el mar; respiraba con dificultad. Al menor movimiento, experimentaba palpitaciones de los más fuertes y un malestar general, junto a una debilidad que todos mis esfuerzos no lograban superar. Tuve una prueba muy evidente de lo que produce el hábito.

¹ Meyer vincula esas plantas al *Selinum acaule*, a las diversas *Fragosa* y a la *Verbena mínima*, Meyen.

² *Annuaire du des longitudes*, 1834, p. 151.

Mientras yo sufría así, veía a dos indígenas, enviados como correos,¹ trepar ágilmente a pie con facilidad, para acortar su camino, puntos incomparablemente más elevados de aquellos donde yo estaba, y en los cuales, pastores, ligeros como las cabras de los Pirineos, se ocupan, en medio de los valles húmedos, junto a las nieves perpetuas, de vigilar sus rebaños de llamas. Están, empero, a una elevación igual a la del Monte Blanco. Por la tarde tuve una fuerte hemorragia nasal, que me alivió algo; sin embargo, pasé un noche tanto más mala, cuanto que no tenía abrigo y estaba expuesto a un frío vivo y penetrante, que helaba el agua de todos los alrededores.

Acampé en una vasta llanura entre el Tacora al oeste y el Niyuta al este. Tenía al sur el sur el villorrio del Tacora, uno de los más elevados del mundo, puesto que está a 4.344² metros sobre el océano. Veía a mis pies, a una legua de distancia, su humilde capilla, y sus diez o doce casas de indígenas, ocupados solamente de pastar las llamas, tan pacíficas como las regiones heladas que los rodean. Vi las primeras tropillas de vicuñas que, de diez a doce, pacían junto a nuestras mulas sin parecer asustadas. Quise tirarles, pero no me dejaron acercarme a menos de doscientos a trescientos metros, y no puede matar ninguna. Su forma es muy elevada, su cuello largo, su cabeza pequeña; sus patas son delgadas; su color es amarillo-moreno con el cuello blanco. Esos animales, antes tan numerosos, hoy han disminuido mucho y terminarán por desaparecer del todo. Nada puede ocultarlos en medio de esas vastas mesetas. Desde que el comercio puso precio a su hermosa piel, se hace una caza regular en el despoblado de las mesetas de las cordilleras, en el espacio comprendido entre las provincias argentinas y el Perú; pero los especuladores, menos previsores que los antiguos Incas, no se contentan esquilas para tener su lana, las matan y las despedazan, vendiendo su piel con su parte interior. En el tiempo de los Incas,³ cada cuatro años una cacería reglamentada se realizaba en cada cantón, y su territorio, dividido en cuatro partes, era teatro de una hermosa batida todos los años. Esa caza, llamada **Chacu**,⁴ se hacía por todos los hombres de una provincia, siempre reunidos en varios millares. Marchaban en fila en una dirección dada, abarcando una inmensa superficie de la llanura y de la montaña, arriaban la caza



Vista del pueblo de Palca, cerca de La Paz.

delante de ellos, luego formaban un vasto cerco, que cerraban cada vez más, a fin de concentrar todo lo que hallaban; mataban después a los animales dañinos, el excedente de machos apropiados para la producción de los ciervos, los guanacos y las vicuñas; luego esquilaban a las

¹ Los indígenas están exentos, en Bolivia, del servicio militar; pagan solamente una contribución personal proporcionada, por lo general, al valor de sus tropillas, y esa contribución se eleva, a veces, a algunos centenares de francos. Los indios privados de recursos y que no pueden pagar la tasa, son obligados a prestar un servicio personal. Se los emplea en el envío de despachos a todas direcciones, llenando la función de correos regulares. Cada quincena, dos indígenas parten, a ese efecto, de La Paz a Tacna. La distancia de una ciudad a la otra es de alrededor de ochenta y cuatro leguas, lo que hace ciento sesenta y ocho leguas de ida y vuelta. Se me ha asegurado que esos correos hacen el trayecto a pie en diez días a lo sumo, marchando noche y día. Cortan a través de las montañas, a fin de acortar el camino; pero entonces tienen que luchar, al pasar la cordillera, contra las asperezas naturales de un suelo que no puede ser más accidentado y cubierto de precipicios.

² *Annuaire du bureau de longitudes*, 1834, pág. 152.

³ Zárate, *Histoire de la conquête du Pérou*. Véase también Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*. P. 179.

⁴ Esa palabra, que quiere decir, *cerco*, *círculo*, dio origen a la palabra española *Chaco*, que designa un lugar cultivado y cercado; y el nombre del *Gran Chaco*, comprendido entre Corrientes y Tucumán.

hembras de esta última especie y les devolvían la libertad. Se repartían las bestias matadas y lana entre los plebeyos. Los Incas y su familia se reservaban, como hijos del sol, toda la lana de vicuña destinada a la confección de los vestidos; y, en cada provincia, se conservaba, por medio de los quipos, la cuenta de esos animales salvajes, por sexos y por especies, a fin de conocer los recursos del Estado. A la llegada de los españoles, los cazadores hallaron mucho que hacer; y, en poco tiempo, mataron tantos que hoy casi no hay ciervos. No se encuentran actualmente guanacos más que en algunos lugares de los Andes orientales, y las vicuñas son bastante raras. A imitación de los Incas, los españoles, y actualmente los especuladores, hicieron y hacen una cacería más fácil, en la que emplean muchos indígenas. Trazan un vasto círculo con pequeños postes fijados en tierra de tanto en tanto, y a los cuales atan, a medio metro sobre el suelo, un hilo de lana, de manera de formar un cerco, cuya entrada presenta un vasto embudo formado de hilos. Muchos indios persiguen a las vicuñas en dirección de la embocadura, luego las obligan a entrar presionando tras ellas. Los pobres animales son tan tímidos que no franquean esa débil barrera, y se dejan matar antes de tratar de romper el hilo o saltar por encima; pero si, entre las vicuñas, hay un guanaco, éste, más hábil, rompe la barrera, y las vicuñas lo siguen en seguida; por eso hay que tener el mayor cuidado en matar a tiros de fusil o cazar los guanacos, cuya presencia destruiría la esperanza del cazador.

El frío extremo de las mañanas, en que la helada se complica para mí con el sufrimiento que experimentaba a causa de la rarefacción del aire, me obligaba a levantarme temprano. Por lo demás, no podía dejar de contemplar esa imponente meseta donde me hallaba, aunque todo estuviera helado alrededor nuestro. El hielo del arroyo era tan espeso que podía caminar encima sin romperlo; y esto (¿podrá creerse?) Dentro de los trópicos, en la zona tórrida.

En ese país los hombres son tan bríos como los animales y el almuerzo de mis arrieros me lo demostró. Mientras sus mulas pacían, en el campo, la hierba seca tan rara, poco susceptible de darles fuerzas para continuar llevando sus pesadas cargas, ellos sacaban de una bolsa granos de maíz tostado y compartían ese alimento con su perro, reducido también él a ese pobre alimento; bebían después un poco de agua helada para terminar esa frugal, comida, disponiéndose a marchar de nuevo toda la jornada; pero les di una parte de mis provisiones más substanciosas, consistentes en carne salada, que recibieron con placer. Siempre me ha asombrado que los americanos, a pesar de su sobriedad, puedan soportar las fatigas. Todos los viajeros han observado igualmente que uno de nuestros campesinos o de nuestros obreros consume por lo menos el doble de alimento que un indígena o hasta de los hombres de trabajo de esas comarcas.

Remonté el arroyo, las mulas marchaban penosamente en medio de un campo cubierto de grandes cantos rodados porfíricos, o atravesaban, de tanto en tanto, partes revestidas de una espesa capa de florescencias salinas y de composición turbosa; esas partes más pantanosas son los afluentes del arroyo y descienden de las pendientes del Tacora. Ascendí así, poco a poco, una colina que une la cadena del Tacora a la del Niyuta; me detuve a recoger plantas¹ y muestra de asperón silícico. Un aspecto interesante apareció entonces ante mí. A la izquierda, las cadenas del Tacora y del Ancomarca, pobladas llamas y de pastores, en los valles vecinos de las nieves; al norte, llanuras hasta perderse de vista; y a la derecha, una ancha depresión sin salida, cargada de florescencias salinas blancuzcas, parecidas a la nieve, y en medio de las cuales está el lago de Aracoyo, de media legua de ancho, más o menos. Vi con placer, en sus apacibles orillas, muchos pájaros acuáticos, con las bandadas de una hermosa especie de pato, casi tan grande como nuestros cisnes, teniendo igualmente un color blanco y las alas negruzcas. Descendí en esa depresión, pasé tres brazos de afluentes del lago, turboso y cubierto de eflorescencias, como los del arroyo del otro lado. Ascendí un poco y descendí luego hacia el río de Ochusuma o de Ancomarca. Este río, de alrededor de quince metros de ancho, es muy rápido, muy poco profundo y puede ser atravesado a vado en todo tiempo; allí se

¹ Meven cita los *Baccharis*, entre otros una especie de vecina del *B. humifusa*. Kunth; *Lecidea bullata*. *Parmelia perforata*, *Parmelia conspersa*, Ach.; *Chamaetum spectabilis*, *Ambrosia tacarensis*. Meven. etc.

quiere torcer su curso para llevar sus aguas al valle de Tacna.¹ A ese efecto, han cavado un canal en la pendiente de la montaña. Pasé todavía otro río más pequeño, afluente del mismo, y me detuve en un vallecito rodeado de colinas traquíticas escarpadas y junto a un laguito repleto de agua limpia.

Ese alto era tanto más favorable cuanto que de él se eleva, por la tarde, un viento del suroeste terrible y tan violento, que apenas uno puede mantenerse a caballo.

Me acerqué al cerro de Chipicani,² el punto más elevado de la cadena de Ancomarca, y podía hallarme, por lo menos juzgando aproximadamente, a una distancia de legua y media. Es una cima cortada, cónica, de cuya pendiente el lado oriental está cavado, cortado casi perpendicularmente en los bordes, y presenta rocas rojizas al desnudo, debajo de las nubes, contrastando con la raquílica vegetación que se levanta sobre las laderas. Aunque sufría por la rarefacción del aire, pasé la tarde preparando los animales muertos en dos días y haciendo por los alrededores una excursión geológica. Vi por primera vez, en las colinas traquíticas, las vizcachas,³ especie de mamíferos semejantes a las marmotas, pero con largas orejas y larga cola, viviendo en los agujeros de las rocas y trepando con una agilidad extraordinaria, hasta por los lugares más escarpados. Maté, en esa exploración, un pájaro,⁴ que sólo vive en las rocas, y dos hermosas especies de roedores, que practican sus galerías subterráneas en las llanuras húmedas. Las rocas de los alrededores están llenas de pequeños cristales de cuarzo; esas rocas se descomponen y dejan los cristales en tan gran número sobre el suelo que brillan al sol y presentan un aspecto original.

Al día, recorrí una inmensa llanura, que ocupa la meseta hasta la cadena del **Delinguil o Tuyuncani**, que limita, al este, la meseta particular de la cordillera. En todas partes el terreno está cubierto de cantos porfíricos rodados, y de un arbusto compuesto, que reemplaza en esas regiones elevadas a los matorrales de nuestros eriales. Esa planta muy aromática, cuyo olor se expande por el campo, sirve a los viajeros para prender fuego, y quema, aun cuando esté verde, porque contiene mucha resina. Atravesé tres pequeños afluentes del río de Ancomarca, cuyas márgenes escarpadas están formadas de traquitas, y contra las cuales se apoyan, aquí algunas cabañas abandonadas, así como cerco de piedras dentro de los cuales los indios encierran sus rebaños. Nada más triste en el mundo que sea parte de la meseta; su suelo blancuzco, arenoso, muestra apenas de tanto en tanto raras placas de una vegetación sombría y grisácea. La naturaleza parece completamente inanimada. No se ve planear al majestuoso cóndor. Los pájaros han huído. El montañés con sus rebaños falta por completo. El triste silencio no es interrumpido más que por la marcha pesada de las mulas cargadas, cuyo ruido repite de eco. La desoladora uniformidad del suelo no es modificada ni siquiera por una nube pasajera, que arrojaría momentáneamente algo de sombra al campo. Un cielo de color azul pronunciado, sin la menor manchita, se extiende a lo lejos en el horizonte. Lo habría admirado, sin duda, en medio de un campo sombreado por una activa vegetación; lo hallaba demasiado monótono en esa naturaleza tan severa y tan poco adornada. Estábamos solos, y ningún ser humano se veía en lontananza. No se sabría expresar la sensación que producen esas grandes soledades del nuevo mundo, donde se está, días enteros, aislado, perdido en medio de llanuras sin límite, de bosques vírgenes o de montañas desiertas.

En los mapas geográficos de América, la cadena de las cordilleras está, en ese lugar, representada por una cresta aguda, y hallé en su lugar una vasta meseta sobre la cual caminaba desde hacía dos días, y cuya terminación no veía. Esa gran disparidad me hizo redoblar la actividad y el cuidado, para examinar todas las particularidades de esa cadena, aún tan poco conocida.

¹ En esto también Meyen fué mal informado. El río no se dirige al suroeste y no se arroja por la ladera occidental de la cordillera, junto a Tacna. Va, al contrario, por la ladera oriental, a reunirse con el río Maure.

² L'Annuaire du bureau des longitudes, 1834, p.150, le da, según Pentland, creo, 5.760 metros más que el océano, ó 950 metros sobre el Monte Blanco.

³ Vizcacha proviene de vizca, o bien de vizcalla, cinta de lana tranzada; nombre dado por analogía a ese animal por su cola acintada. Es el *Callomys aureus*.

⁴ *Picolaptes rupicola*. Nob

Pronto marchando por las traquitas blancas y sin vegetación, llegué a orillas del río Maure, la mayor de las grandes corrientes de agua de la cadena. Asombra hallar de golpe, en medio de esos terrenos casi horizontales, una vasta y profunda hendidura de algunos centenares de metros, en el fondo de la cual el río corre majestuosamente como en un abismo. Los bordes son cortados casi a pico y forman como dos murallones. Al principio uno se pregunta, midiéndolo con la vista, cómo se podrá llegar hasta el lecho del río; pero pronto el arriero nos hace descubrir un pequeño sendero de apenas el ancho de una mula y tallado en la traquita blancuzca. Es necesario entrar para seguir en seguida mil rodeos, suspendidos sobre un abismo, sobre o debajo de masas de pórfiros y de traquitas superpuestas, en equilibrio a medias, que amenazaban caer bajo nuestros pasos y aplastarnos. Descendimos así, no sin vernos obligados muchas veces a abandonar la mula y confiar en las piernas más que en las patas de la cabalgadura, y llegamos con trabajo hasta el fondo. Aguas majestuosas de treinta y cuarenta metros de ancho, pero poco profundas, corren con rapidez por un lecho de cantos. Algunas plantas gramíneas forman pequeñas cintas verdes que flotan a merced de las aguas y en medio de las cuales juegan los pececitos. Como el agua no estaba crecida, la pasé con facilidad, a pesar de la fuerza de la corriente, y hallé, en la otra orilla, un camino menos difícil, cuya pendiente es mucho más suave, pero también mucho más larga. Se aprovecha una quebrada para ascender, mientras que, del lado opuesto, se desciende por la colina misma. Una vez que ascendimos a la llanura, continué ascendiendo durante mucho tiempo, hasta el riacho de Tuyuncané, donde hicimos alto. Humedecidas por las aguas que produce el derretimiento de las nieves, las cuestas de las montañas vecinas están cubiertas de algo de vegetación,¹ y los indios hacen pacer diariamente sus rebaños, que reúnen, todas las tardes, arreándolos a sus moradas, ubicadas junto a la costa de Delinguil. Por lo menos se notaba movimiento, y del medio del valle donde había acampado, veía, a lo lejos, al pastor montañés, que descendía de lo alto de las montañas hacia regiones menos elevadas. Además aparecían vicuñas en las laderas de las colinas, que después de contemplarnos unos instantes, desaparecían rápidamente ante nuestros ojos.

Los lugares de reposo están muy lejos de ser indiferentes para el caminante en esos viajes. No se ocupan de las comodidades de los viajeros, sino de las condiciones necesarias para que las bestias de carga puedan hallar agua y algunos pastos, no teniendo esos pobre animales otro alimento que el escaso que brota en los alrededores de dichos altos llamados, por tal motivo, pascanas, en lengua española. Todas las tardes, apenas llegaban, los arrieros descargaban las mulas y disponían de suerte que del lado del viento, quedase una especie de muralla, tras la cual podía abrigarme algo. Desensillaban de inmediato sus bestias de carga y las conducían al lugar más conveniente para que pudieran pacer; luego reunían algunos pequeños arbustos prendían fuego, ponían a asar algo de carne salada y cada uno se tendía como quería en el suelo. El frío parece de noche tanto más excesivo cuanto el termómetro que de día marca hasta 23 grados, descendiendo, hacia a las seis de la mañana, hasta 0,5° centígrados, diferencia enorme que hace más sensibles ambos extremos y hace sufrir mucho. Un viento muy intenso y de una sequedad enorme, extiende sin cesar la piel del rostro, en todas partes partida, especialmente en los labios. Sale sangre a cada momento, lo que aumenta considerablemente el dolor. A fin de defenderse, los habitantes llevan un **Tapacara**, especie de máscara de tejido; yo lo sufrí más de una vez, mientras residí en la meseta boliviana. La humedad de la provincia de Yungas fué lo único que me curó, suavizando mi piel. Experimenté también siempre los efectos de la rarefacción del aire. Los dolores de cabeza y las palpitaciones del corazón no me dejaban un momento de descanso. Si resulta agradable viajar en nuestra Europa civilizada, donde todas las comodidades de la vida se escalonan a lo largo de los caminos, está muy lejos de ser así en el nuevo mundo. Es necesario una firme voluntad para recorrer un largo itinerario; pero es indispensable también fuerza física, porque sin ella, sería difícil resistir las fatigas del día y la agitación de las noches. Mis arrieros me dijeron que, algunos meses antes, un español hizo el mismo camino con ellos y fué tan afectado por la rarefacción del aire, que experimentó desde el primer día síntomas muy alarmantes, e incapaz de proseguir, murió la noche siguiente, sin que pudiera prestarle el menor alivio. Me

¹ Puede comprarse su aspecto al de ciertos valles elevados de los Pirineos, donde no hay más que gramíneas, a las colinas del pico de Bergonse, cerca de Lus, por ejemplo, o a los valles del pico de Espada o del Tourmalet.

citaron también muchos casos en que los viajeros que ellos acompañaban, sufrieran en grado máximo lo que llaman soroche.

Comencé la marcha del día siguiente con tanto más placer, cuanto que tenía la esperanza de abandonar las regiones elevadas para descender hacia la gran meseta boliviana; pero aun debía escalar los puntos más elevados de la cadena del Delinguil, que limita la meseta occidental. Ascendí una quebrada, siguiendo el arroyo que corre en medio, y llegué así a la pendiente de una montaña porfídica, cuyos valles están cubiertos de rebaños de ovejas, llamas y alpacas. Vi también, en una de las quebradas que atravesé, un gran arbusto, que volví a encontrar más tarde en forma de gran árbol en las montañas de Cochabamba: es notable por las numerosas capas como de papel y satinadas que componen su corteza. Después de haber cruzado muchos arroyos, después de haber girado mucho tiempo alrededor de una montaña y de haber a lo lejos visto algunas cabañas de aymará,¹ llegué a la cumbre de la cadena del Delinguil.

Allí experimenté un sentimiento de admiración ante la vasta extensión que se desplegaba a mis ojos y la gran variedad que la mirada podía captar a la vez. Hay, sin duda, muchos lugares más graciosos en los Pirineos y en los Alpes, pero nunca un aspecto tan grandioso y majestuoso se presentó ante mí. A mis pies la meseta boliviana,² de más de treinta leguas de ancho, se extendía hasta perderse de vista a derecha e izquierda mostrando solamente, en medio de esa vasta llanura, algunas pequeñas cadenas paralelas,³ suavemente onduladas, como las olas del mar, sobre esa gigantesca hoya, cuya lejanía al noreste y sureste me ocultaba los límites, mientras que al norte, siempre sobre la meseta, veía brillar, por encima de las altas colinas que la circunscribía, algunas partes de las aguas límpidas del famoso lago Titicaca,⁴ cuna misteriosa de los hijos del sol.⁵ Más allá de ese conjunto imponente, un cuadro severo, formado por la vasta cortina de los Andes,⁶ cortada en picos cónicos que representan una sierra. En medio de esas cimas se eleva el Guaina-Potosí,⁷ el Illimani⁸ con sus dos puntas, y el Ancumani⁹ o el **viejo emblanquecido por los años**, como lo llaman poéticamente los indígenas, mostrando su cima cónica aplastada, los tres gigantes de los montes americanos, cuyas nieves resplandecientes se dibujan, sobre las nubes, en el azul pronunciado del cielo, el más hermoso y transparente del mundo. De cada lado de las montañas, al norte y al sur, la cadena oriental descende poco a poco y desaparece del todo en el horizonte. Si había experimentado admiración ante el Tacora, aquí estaba transportado y no podía dejar de contemplar ese espectáculo, el más majestuoso que se me haya ofrecido en mis viajes. No era, empero, más que un lado del cuadro, porque volviéndome, tenía ante mi vista un conjunto de menos atrayente. Veía todavía el Chipicani, el Tacora, todas las

¹ Meyer, p. 177 y p. 185 de las *Nouvelles Annales des Voyages* dice que los habitantes son Quichuas. Está mal informado. Los indígenas de la meseta desde Punto hasta Lagunillas en la ruta de La Paz a Potosí, son todos de la nación aymará, cuya lengua hablan. Los quichuas comienzan a mostrarse hacia el Cuzco.

² La llamo así para diferenciarla de la de la cordillera, que llamo *meseta occidental*.

³ La Apacheta de La Paz, la cuesta de Corocoro y la de San Andrés.

⁴ Titicaca proviene de tití, plomo, de caca, roca, montaña; así Titicaca quiere decir montaña de plomo.

⁵ Es sabido que, de acuerdo a las tradiciones conservadas por los historiadores, Manco-Capac, y su mujer y hermana Mama Ocllo Huaco, ambos hijos del sol, fueron abandonados por su padre a orillas del lago Titicaca, de donde se fueron a civilizar a los pueblos del Cuzco, donde fundaron el imperio de los Incas, Garcilazo de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib.1 p. 18. López de Gomara, *General historia de los Indias*, cap. 120; Agustín de Zárate, lib. cap.13; Padre Acosta, lib.1, cap. 25.

⁶ Se ha abusado a menudo de la palabra *Andes*, empleándola como sinónimo de cordillera y aplicándola a todas las cadenas americanas. Es una falta geográfica tan grave como si se dijera los *Pirineos de Colombia* o los *Alpes de Chile*. *Andes* es una palabra corrompida de *Antis*, que, entre los Incas, no significa *cordillera*, sino las montañas boscosas situadas al este de la cordillera oriental; lo prueba la provincia de *Antisuyo* (Garcilaso *Comentarios reales de los Incas*, p. 122). Los antiguos españoles lo comprendieron tan bien que, en los mapas de Herrera, figura la cadena occidental con el nombre de *Cordillera* y la cadena oriental con el de *Andes*. Creo, en consecuencia, que solamente la cadena oriental debe conservar esta última denominación.

Si, hasta cierto punto, se puede comparar al panorama de la meseta, con el conjunto del Languedoc, que se ve desde la cumbre de las montañas negras, entre Castres y Carcassone (Aude), no sucede lo mismo con los Pirineos, que en ese lugar no tienen ninguna semejanza con los Andes. El sitio donde hallé en los Pirineos alguna semejanza con los Andes vistos desde Delinguil, es el conjunto del Monte-Perdido y del circo de Gavarnie, visto desde el pico de Bergonse, junto a Lus.

⁷ El joven Potosí, alusión a las minas de Potosí.

⁸ El Illimani tiene una altura de 7.315 metros sobre el nivel del mar (*Annuaire du bureau des longitudes*, 1834, p. 150, de acuerdo a Pentland).

⁹ Es el Sorata, última denominación aplicada por la vecindad de la ciudad de ese nombre al pico de la montaña, llamado Ancumani por los indios. Esa montaña, la más alta de América Meridional, según Pentland, más elevada que el Illimani, puesto que tiene 7.626 metros sobre el océano, no se ve de todos lados. Del lado donde yo estaba, parecía, por el contrario, más elevada.

montañas de la meseta occidental que acababa de franquear y sobre las cuales mi vista se dejó llevar tantas veces en las tres jornadas pasadas en la cordillera.

En medio de mi contemplación, me olvidé por completo de mí mismo, y cuando abandoné ese cuadro mágico, recordé mi existencia, bajé los ojos y miré en torno mío. Comprobé entonces que estaba solo, habiéndose puesto en camino mi tropa sin que yo prestara la menor atención: a tal punto estaba absorbido; finalmente vi ya lejos, como en un abismo, mi pequeña caravana, descendiendo lentamente la cuesta por una garganta profunda, donde la alcancé junto a un límpido arroyo, que regaba una alfombra de fresca vegetación, donde pacían numerosas llamas y alpacas¹ de larga lana, que caía hasta el suelo. Nada más cansador que los descensos tan rápidos de las montañas. El pequeño sendero apenas trazado está siempre lleno de piedras que ruedan bajo nuestros pasos, y en mula, uno es llevado hasta el cuello de la bestia, lo que no deja de ser muy incómodo. Sin embargo, a medida que descendía, respiraba más fácilmente y esperaba ver cesar, al fin de la jornada, una parte del malestar que me provocaba la rarefacción del aire. Después de haber atravesado las pendientes pedregosas, rodeado a la derecha de rocas traquíticas que presentaban punta, torres y todas las figuras fantásticas que la imaginación podía buscar, tanto mejor cuanto que se dibujaban en blanco sobre la vegetación de los valles, llegué a una pequeña llanura turbosa, cortada por muchos arroyos que serpenteaban sobre el césped afelpado, cubierta de rebaños con sus pastores. Vi, en todos lados en medio de sus corrales, cabañas redondas, coronadas de un techo cónico de tierra, lo mismo que en tiempo de la conquista. En todas partes de las pendientes de las montañas se ven pequeños campos cerrados con piedras, donde se cultiva la papa, y que forman manchas o pedazos grises, en las pendientes verdes de las montañas. Ya había desaparecido aquella meseta seca y árida, aquellos desiertos inanimados. Todo aquí anunciaba movimiento y la primera mezcla de la vida puramente pastoril de las mesetas,² con la vida agrícola de los valles húmedos. Era tal vez injusto; pero me parecía que le faltaba un complemento al paisaje. Habría deseado algunas cosas que adornaran a la naturaleza. Las montañas, para ser realmente pintorescas, necesitan árboles, y no veía uno solo, desde que estaba en la cordillera. En ese lugar hubiera buscado en vano hasta el más pequeño zarzal, reduciéndose los indígenas para calentarse a la taquia,³ recogida en los corrales de llamas.

Mis arrieros viendo tanta abundancia de ovejas, me pidieron que comprara una para la tropa. Consentí tanto más voluntariamente cuanto que habiendo compartido con ellos mis provisiones, supe esa mañana que nada me quedaba ni siquiera pan, para continuar el camino. No resultaba difícil, en verdad, pedir una oveja a los indios; la dificultad consistía en obtenerla. Esos pobres pastores se identifican a tal punto con sus rebaños, los quieren tanto, que es muy raro que se decidan a deshacerse de ellos; por eso los arrieros tienen la costumbre de comenzar por matarles una oveja, que luego no tienen más remedio que cederles. Ese medio me repugnaba mucho, no compartiendo en ese punto la opinión de la mayoría de los viajeros, que violan impunemente la propiedad de los indígenas, porque no los consideran hombres. Quise entrar en tratos por medio de uno de los arrieros, que sabía bastante bien el aymará. Al principio se negaron, temiendo no ser pagados; lo que sucede con mucha frecuencia y hace a los aymarás muy desconfiados; pero sabiendo que el precio corriente de una oveja es de seis reales⁴ les di un peso (5 francos). La vista del dinero decidió a los pastores y señalaron a los arrieros un carnero, que éstos sacrificaron en seguida. Empero, dos indias contemplaban la escena con tristeza, haciendo oír sus amargos lamentos, y vertiendo un torrente de lágrimas, a la vista de la sangre de uno de sus animalitos. Me pregunté si era esa insensibilidad que determinados autores,⁵ demasiado

¹ La lana de esa especie de camello, muy distinta de la de las llamas, que no puede ser utilizada, se emplea en los vestidos de los indígenas.

² La agricultura no puede existir más que en algunos lugares húmedos de las montañas que tienen menos de 4.200 metros de altura sobre el nivel del mar. Resulta que la meseta particular de las cordilleras o la meseta occidental no está habitada más que por indios pastores. Lo mismo sucede con las ocho décimas partes de la población d la gran meseta boliviana.

³ La *taquia*, o estiércol de llamas o alpacas, se recoge con cuidado en los corrales. Se la conduce en bolsas a los pueblitos, villorrios y a la ciudad de La Paz, donde es, por así decirlo, el único combustible, hasta para la gente rica del país.

⁴ Seis reales equivalen a tres francos setenta y cinco céntimos de Francia. La modicidad del precio da una idea de la abundancia de esas comarcas.

⁵ Pauw, *Recherches sur les Américains*, dice, tomo II, p. 195: "Una insensibilidad estúpida constituye el fondo del carácter del americano".

sistemáticos y llenos de ideas falsamente preconcebidas, reprochaban constantemente a los pobres americanos, que juzgan no sólo sin haberlos visto, sino también sin creer nada de lo que se haya escrito en su favor.¹

Estaba cerca del villorrio de Calacoto² que una alta colina traquítica me ocultaba. Es, sin duda, con el de Tacora, el más alto de toda la cordillera. Perteneció a Bolivia; había abandonado Perú, al cruzar el río Maure. Pasé varios arroyos más o menos helados, muchas costas rocosas, en una de las cuales maté una vizcacha. Tenía siempre a mi diestra montañas cortadas perpendicularmente en algunos puntos, o presentando numerosos pequeños picos estrechos, parados como obeliscos, y que parecían ser obra del arte antes que de la naturaleza. Atravesé así gran número de apachetas; luego, descendí en un vasto valle, bordeado de montañas bajas, algunas de las cuales estaban cultivadas. Al llegar la noche, hice detener mi tropilla no lejos de un riachuelo, en un lugar cubierto de esos pequeños zarzales aromáticos de que ya he hablado.³ El gran número de bajadas y subidas que franqueamos desde las siete de la mañana a las seis de la tarde, me había, ese día, cansado más que de costumbre; sin embargo, me sentía más despierto que la víspera, por no tener que luchar contra el soroche; había descendido a la meseta elevada, término medio, 4.000 metros sobre el nivel del océano. Esa manera de viajar, marchando toda la jornada sin detenerse un instante y sin tomar alimentos en medio del día, parece bastante dura al comienzo; el estómago sufre al principio; pero, como no hay otro remedio, termina uno por acostumbrarse. Es otra de las dificultades que deben vencerse en los viajes por países poco habitados.

No estando oculto por las montañas, el sol levante vino más temprano a dorar las cuestas vecinas. A las ocho de la mañana, del otro lado, todo estaba aún en sombra y bajo la influencia de

la fuerte helada de la noche. Tiritábamos de frío; aquí el día comienza bajo la dulce influencia del astro. A las siete mis arrieros estaban desde hacía rato de pie. Partimos de inmediato. Seguí el fondo del valle de Aygaderia, dando

algunos rodeos para costear el río y los numerosos contornos de las colinas, sobre las cuales se veían en todas partes rastros de agricultura. El río desemboca en la inmensa llanura de Santiago, que dejé a la izquierda, para dirigirme al campanario de Santiago de Machaca, que veía a una lengua y media, más o menos. Para llegar allí, no tenía más que cruzar esa llanura horizontal, cubierta en todas partes de pequeños arbustos aromáticos, en medio de los cuales muchos rebaños de ovejas, alpacas y llamas. Después de tantas jornadas pasadas en las montañas, experimenté realmente placer al franquear ese terreno pelado, que me conducía a la aldea.

Santiago, que pertenece a la provincia de Pacajes (departamento de La Paz),⁴ está situado en medio de una magnífica llanura, sobre una pequeña prominencia; es un gran caserío compuesto de indios aymarás, de un cura y de un corregidor. Durante el día, como todos los habitantes son pastores, se lo creería enteramente desierto, si no se vieran expuestas al sol, para secarse, gran número de ovejas enteras, y si no se oyera el ruido de algunos telares, estando la mayoría de la población ocupada en la vigilancia de innumerables rebaños en la llanura y sobre las montañas, o en el cultivo de la papa, en algunos lugares de las colinas de los alrededores. Sólo al mediodía se ve a los habitantes. Toda la industria de ese villorrio, como de todas las aldeas circundantes, consiste, a causa de los productos, en groseros tejidos de lana de alpaca, muy estimados sin embargo en la costa del Perú, para muchos usos, principalmente para confeccionar esos **aparejos** tan voluminosos de las bestias de carga del país o para vestir a la gente pobre. No cabe la menor duda de que esos lugares, donde la lana de oveja y de alpaca es tan barata, puesto que no vale más de tres francos la arroba (veinticinco libras), podrían establecerse fábricas, que,

¹ Puede leerse lo que dice Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*.

² *Calacote*, o mejor dicho Calacoto, se compone de *cala*, piedra, o *coto*, montón, conjunto, reunión; así literalmente, Calacoto quiere decir *montón de piedras*, nombre perfectamente aplicado, puesto que todos los alrededores están formados de pequeños picos compuestos de traquitas.

³ Esos zarzales cubren no solo gran parte de la meseta occidental, sino también toda la parte sur de la gran meseta boliviana, en la provincia de Carangas.

⁴ Toda la República de Bolivia está dividida en seis departamentos, y cada uno de ellos en provincias.

por los medio económicos empleados en Europa, podrían no sólo perfeccionar mucho las telas, sino también venderlas a un precio infinitamente menos elevado. Bolivia, en todas sus partes, es tan rica en variados productor, que para prescindir del comercio extranjero, utilizando sus producciones, no tendría más que aplicar la industria europea. No cabe duda que el primer especulador que se dedique a ello en el país, realizará una brillante empresa y será muy útil a los habitantes, al emplear las lanas que abundan en esas comarcas.

La segunda rama industrial es la preparación de la **chalonga**. Se llama así a los corderos enteros salados y secos. En esas regiones elevadas, el aire es tan poco húmedo, que todo se seca con asombrosa facilidad. Se saca la piel de los corderos, se los corta en medio por abajo, se los tiende abiertos, por medio de pedacitos de madera, se les arroja encima algo de sal y se los expone al aire. Se secan así en algunos días y se los transporta luego a la provincia de Yungas, donde sirven casi exclusivamente de alimento a los habitantes y constituyen una de las principales ramas del comercio. La chalonga se hace igualmente en todas las aldeas y villorrios situados en la meseta boliviana.

En el centro de Santiago hay una plaza cuadrada, rodeada de casas de tierra, cubiertas de tierra o de juncos, y entre las cuales se distinguen más fácilmente por su techo más elevado, en su apariencia exterior, la del cura y la del corregidor; ninguna tiene más de un piso. En los cuatro extremos de la plaza se destaca una gran puerta de tierra, que forma la entrada de los caminos, disposición peculiar muy común en los alrededores y destinada al uso de las numerosas procesiones y a las danzas religiosas de los indígenas. La iglesia es bastante grande, construída también de tierra y cubierta a medias de tejas, y a medias de junco. El color grisáceo de la arcilla arroja sobre el conjunto un aire de tristeza, que responde perfectamente al vestido siempre negro de los indígenas de ambos sexos y a su aspecto triste y silencioso. Me pregunté entonces y muy a menudo después, so ese sombrío vestido, ese color melancólico difundido en todas partes, caracteriza la idiosincrasia nacional, o debe atribuirse, sea a recuerdos de su antigua grandeza, sea al sentimiento de servidumbre y de envilecimiento en el cual han caído en la actualidad. Más tarde comprobé, en su música lúgubre, en sus fiestas, en sus bailes y en sus juegos, una disposición innata o tendiente a la elevación de la región que habitan, pero que no debe atribuirse, de ninguna manera, a la conciencia de su posición. La tristeza es tan natural en los aymarás y quichuas como la alegría en los chiquitos: es inherente a la raza a que pertenecen.

Al abandonar Santiago, penetré de nuevo en la llanura, que cambió de aspecto. No hallé más zarzales, sino en todas partes gramíneas duras y espinosas, sobre un terreno arenoso, cubierto, en muchos lugares, de eflorescencias salinas y presentando muchos laguitos de agua salada, donde maté algunos patos. Anduve así cuatro leguas sin hallar la menor desigualdad, deteniéndome a menudo, sea con el fin de perseguir a los pájaros, sea para buscar insectos.¹ Mi arriero me mostró a la derecha la continuidad de la llanura donde está situada la aldea de Berenguela, célebre en el país por su alabastro transparente,² que reemplaza a los vidrios en las iglesias y que se emplea después para hacer mesas. Al dejar la llanura, hallé al pie de una colina de asperón siluriano mis pequeños zarzales aromáticos. Atravesé dos cadenas paralelas a la cordillera, a una legua de distancia una de otra, ambas de la misma composición geológica y llegué al este del río al gran caserío de San Andrés de Machaca, situado en el lado oriental a orillas de una profunda quebrada; la iglesia es vasta y las casas están colocadas irregularmente; el aspecto es triste y no se ve más vegetación leñosa que en Santiago. Mis arrieros no esperaban hallar pasto para sus animales y pasaron de largo, yendo a acampar en la llanura, junto a la choza de un indio. Eran las siete de la tarde, yo no había tomado nada desde las siete de la mañana; me moría de hambre. Para colmo de males, no podía cocinarse nada, por falta de madera. Me dirigí a un indio que, empleando su combustible ordinario, arrojó un pedazo de carne sobre estiércol seco de llamas (la taquia), y a las ocho, para satisfacer la más apremiante de las necesidades, comí, sin

¹ Son hermosas especies del género *Nyctelia*, familia de las *Melanimphidae*.

² Véase Iris de La Paz, 0.2, lo que dice Indaburro. Se construyó en La Paz una fuente hermosa colocada en la plaza pública. Ese alabastro está, al parecer, en un banco de dos metros de espesor por quince de ancho; así no debe temerse que se agote del todo, cuando la industria venga a extraerlo y explotarlo.

pan, un trozo de cordero, a medio cocer, que exhalaba un horrible olor a humo. No hubo más remedio que contentarse con eso. Pensé por un momento acostarme en la cabaña del indio, pero habiendo entrado, preferí, como de ordinario, dormir al aire libre. El menor inconveniente de ese albergue era el humo, pues no habiendo otra salida que una puerta de madera de un metro de alto, llenaba la pieza redonda de tres metros de diámetro a lo sumo, donde debían acostarse también el propietario, su mujer y tres hijos grandes, sin hablar de dos pequeñas marmotas, que compartían con un perro algunos cueros de ovejas. De las paredes ennegrecidas colgaban, de correas de cueros de llamas, no los vestidos (los indios de las mesetas no se los cambian nunca) sino muchas flautas de Pan y un tamboril, destinados sin duda a figurar en las fiestas religiosas, que los curas multiplican al infinito.

Me quedaban por franquear seis leguas para llegar al Desaguadero, donde está la primera oficina aduanera de Bolivia. Después de un almuerzo similar a la cena de la víspera, me puse en camino, atravesando una llanura arenosa en pendiente, cargada, como la de Santiago, de porciones salinas y mostrando aquí y allí pequeños lagos salados. Tenía constantemente ante mí vista las nieves del Illimani, hacia el cual parecía que me dirigía, como el objetivo que debía alcanzar. Al ver todavía algunos insectos en el suelo, descendí de mi mula y la tenía por las riendas, desviándome a derecha e izquierda del sendero, para continuar mis exploraciones. Me distraje mucho tiempo, dejando a la tropa que se adelantara. Ella se había alejado mucho cuando volví a montar para alcanzarla al galope. Mi animal, más apurado de lo que yo pensaba por alcanzar a sus camaradas, tascó el freno, se puso a cocear y dio tales saltos que, sin darme tiempo a descender, de un solo golpe se desembarazó de su jinete, de su montura y de sus riendas. Caí a lo lejos sobre ambas manos, y cuando quise levantarme sentí tal dolor en las muñecas, que no sólo no pude moverlas, sino que las creí recalcadas. Por suerte, salí del mal paso con nada más que una fuerte torcedura. Volví a atrapar a mi mula y llegué a las dos al Desaguadero.

El río Desaguadero, que en muchos mapas aparece como que desemboca en el lago Titicaca, recibe por el contrario todo el caudal de sus aguas de ese lago. Cruza una pequeña colina junto al villorrio del Desaguadero, riega una parte de la meseta boliviana, que recorre en más de setenta leguas (280 kilómetros) de largo y va, mucho más allá de Oruro, en la provincia de Poopó, en el 18º, a formar la gran **Laguna de Pansa**, que no tiene salida. Es sin duda alguna el más grande y el más hermoso río de las regiones elevadas de Bolivia. Podría brindar un medio de transporte fácil al comercio de la meseta, si los españoles no hubieran descuidado los mercados y todas las ramas del comercio, para limitarse a la explotación de las minas. Hoy resulta que, al estar abandonadas muchas minas o dar pocos productos, la ciudad de Oruro está casi desierta y el país no aprovecha ninguna de las numerosas ventajas que le ofrece la naturaleza. El Desaguadero, muy profundo y de unos cien metros de ancho, estaría, en un país civilizado, cubierto de barcos, que, por ese canal natural donde las aguas marchan con lentitud, donde ningún obstáculo impide la navegación, ascenderían y descenderían sin cesar, acercando así cesar, acercando así el lago Titicaca a la provincia de Poopó y sembrando en el espacio que los separa una prosperidad desconocida. Esas márgenes, hoy desiertas y deshabitadas, se cubrirían entonces de una población industrial; y la meseta boliviana podría tanto más convertirse en uno de los centros de comercio, cuanto que hoy es el lugar más poblado de la República.

La oficina aduanera, donde yo estaba, se llama Crassacara; es un caserío compuesto de tres casas, que habitan un comisario, un agente y una docena de soldados. A orillas del río hay algunas almadías de juncos, llamadas **balsas** e indios para conducirlos. Esas balsas en una comarca donde no hay un solo árbol en veinte leguas a la redonda, son traídas del lago Titicaca, donde hay la materia prima que requiere su construcción: se componen de cuatro grandes rodillos de juncos, atados entre sí y teniendo la forma de un barco. Sirven para transportar las mercaderías y los viajeros a la orilla opuesta, pasando las mulas el río a nado.

He notado a menudo que las aduanas son tanto más severas cuanto un país realiza menos comercio. Ese contraste existe hasta en Europa y tuve la oportunidad de comprobarlo, más tarde, al atravesar Saboya y Suiza, y comparar las exigencias de ambas administraciones. En

Crassacara, oficina aislada de toda vigilancia, los agentes se separan a menudo de su instrucciones y perjudican así mucho al gobierno, que no es empro culpable de los errores de todos sus empleados. Hallé allí una especie de perdonavidas, natural de la República Argentina, que se decía coronel de cuatro repúblicas.¹ Comenzó, aunque yo todo lo tenía perfectamente en regla, por hacer mil objeciones a mi transporte y a mis efectos, pidiéndome como regalo, con rara indiscreción, todo lo que veía en mis maletas. Yo estaba solo. Le habría sido fácil dejarme salir inmediatamente después de su inspección, pero, esperando que yo le comprara su rapidez, me obligó a aguardar hasta el día siguiente, haciéndome perder una jornada de viaje. Como sus modales no me tranquilizaban en lo más mínimo y podía temerlo todo de los subordinados de tal jefe, creí prudente transportar mis maletas al campo, del otro lado del Desaguadero, y estar en guardia; lo que hice respondiente a los apremiantes consejos de mis arrieros, víctimas a menudo, también ellos, de las exacciones de los aduaneros y testigos constantes de las que deben sufrir los indios, siempre indefensos.

Por la noche me vi obligado a hacerme desnudar, no pudiendo mover los dedos de la mano derecha. Durante toda la noche, una fiebre ardiente y vivo dolores, me impidieron cerrar los ojos; por eso al día siguiente, cuando finalmente se me permitió ponerme en camino, tuve mucho trabajo para montar en mi mula. Sin embargo, tan endurecido a los sufrimientos físicos como a la fatiga, debí continuar, como si nada me hubiera sucedido. Bordeé algunos instantes los contornos del río, entré en su vallecito, crucé muchas colinas arenosas, dirigidas al sureste y llegué a un vasto valle rodeado de montañas, donde vi muchas casas de indígenas, y sobre las cimas, las chulpas o tumbas de los antiguos aymarás. Todo el valle, de más de una legua y media (6 kilómetros) de ancho, estaba animado por gran número de ovejas y rebaños indígenas. Crucé después una cadena de altas montañas, inclinada al noreste, compuesta de asperón rojo, fuertemente cargado de cobre nativo. Esa cadena es tan escarpada de un lado y del otro, que tuve mucho trabajo para franquearla. Me hallé en un valle estrecho y profundo, donde vi el villorrio de Corocoro² y muchas cabañas de pastores. Me detuve.

Faltando de nuevo víveres, envié a un arriero a comprar una oveja a la cabaña menos alejada. Lo vi hablar mucho tiempo con una india, luego arrojarla sobre una oveja y matarla, a pesar de los esfuerzos de ella por impedirlo. El valle parecía desierto y no veía ningún indio. Al instante, como por encantamiento, algunos aparecieron a los gritos de esa mujer, lanzaron un silbido, que el eco repitió a los lejos, y al cual en un segundo respondieron muchos indígenas acudiendo de todos lados. Salían como hormigas de todas las montañas donde yo no había visto una sola persona. Vi llegada la hora en que mi arriero pasaría un mal rato. Me armé rápidamente de mi fusil, para imponerme, y me dirigí a esos lugares, a fin de interponer mi autoridad. Mi arriero, al cual había dado un peso, quería guardar una parte para él y pagar mucho menos a la india, que se había negado. Como puede concebirse la dificultad fue pronto salvada y yo regresé con la oveja, teniendo por lo menos de qué comer. Esa aventurilla, por suerte si consecuencias, me enseñó que era preferible realizar las cosas por sí mismo y que debe confiarse poco en la aparente soledad de esos lugares, donde siempre se está, sin saberlo, espiado por multitud de indígenas, cuyos sombríos vestidos se confunden con el color de las montañas. Mis arrieros me citaron a ese respecto muchas disputas graves que habían tenido con los indios; pero la que acababa de producirse me probaba que estos últimos no hacen, por lo general, más que defender sus derechos contra hombres que, porque son menos oscuros, se creen autorizados a cometer toda suerte de exacciones.

El sol desapareció pronto tras la cordillera. La sombra se extendió al mismo tiempo por el valle; era necesario pensar en dormir. La noche era magnífica, de lo más calma, y la naturaleza entera parecía dormir. Yo, a menudo soñador, mientras mis compañeros de viajes dormían profundamente, era feliz al contemplar esa bóveda de un azul profundo, en la cual brillaban esas hermosas constelaciones del hemisferio sur, y me complacía en comparar mi pequeñez con la inmensidad de los

¹ Pretendía que su grado le había sido conferido por las repúblicas Argentina, de Bolivia, Colombia y Perú.

² Existe, en ese lugar, la mina de cobre más rica del mundo tal vez, y la más fácil de explotar. El cobre es nativo, en un asperón desmenuzable; basta aplastarlo y lavarlo para separarlo. Empero, los gastos de transporte impiden la explotación. Esperemos que la industria utilice esa riqueza improductiva. Bolivia posee un número muy grande de minas de cobre que ofrecen las mismas ventajas.

mundos. De golpe oí, creyendo soñar, una música melancólica como mis pensamientos. Escuché más atentamente... no son preludios; no son ilusiones; es el sonido penetrante y salvaje de gran número de flautas de Pan, que se mezcla al del tamboril, y que el eco de las montañas me devolvía, repitiendo mucho tiempo los estribillos, que terminaban por perderse en lontananza. Muchos viajeros se habrían quejado de que se molestara su reposo. Yo, hombre de la naturaleza, fácil a las impresiones y sintiéndolas intensamente, experimentaba un encanto indefinible al oír esa música monótona y triste, tan en armonía con el lugar, el instante y el estado de mi espíritu. Los pobres pastores aymarás, que repetían, sin duda, alrededor de su cabaña, los aires que debían ejecutar en sus primeras fiestas, bailando delante de la procesión, no dudaban en lo más mínimo de que un europeo debía oírlos con el mismo placer.

Al día siguiente teníamos que ascender la cadena de montañas conocida con el nombre de Apacheta de La Paz. Ella se eleva a seiscientos u ochocientos metros sobre el valle y se compone

de asperones silurianos rojos, inclinados al suroeste. Se aprovecha también, para ascenderla, una ancha hendidura natural transversal a esas capas. Esa hendidura es de lo más notable, porque muestra, a diez metros de la separación,

dos paredes perpendiculares, que se corresponden perfectamente y cuya altura no es de menos de doscientos metros. Se marcha penosamente en medio de los trozos de rocas desplomadas y se llega allí a la cima, desde donde se descubre una vasta extensión. Frente está el Illimani, coronado de sus nieves, así como los otros picos de los Andes; a los pies del viajero hay una pendiente de lo más accidentada, debajo de la cual se ven, a los lejos, muchas cadenas de colinas transversales desnudas, cuyas cimas son apenas onduladas. Todos los puntos de las montañas, bastante poco inclinados como para que quede algo de tierra vegetal, están cubiertos de campos de papas, mientras que los valles profundos y abrigados del sol se pueblan de numerosos rebaños. Durante cuatro horas descendí a la Apacheta de La Paz, por una quebrada al principio profunda y estrecha. Se alarga poco a poco, a medida que recibe nuevos arroyos, y, por partes, es a tal punto cenagosa, que nuestras mulas estuvieron varias veces a punto de empantanarse. Siempre descendiendo, después de haber atravesado un valle ancho lleno de casas de indígenas, crucé otra pequeña colina, formada de pudingas y de mármoles rojizos, e inclinada en sentido inverso a la montaña. El gran número de mulas, llamas y asnos cargados, así como de casas que se multiplicaban por todas partes, anunciaba la proximidad de una gran ciudad, pero el paisaje no cambió de aspecto. El más pequeño zarzal no o modifica y el conjunto gris aparece por todas partes. Entré en una hermosa llanura arenosa, sembrada por completo de papas; la atravesé, crucé una colina baja, y descendí del lado opuesto a otro valle igualmente cultivado, en el extremo del cual se veía, a lo lejos, una gran mancha blanca. Traté en vano de hallar una explicación, cuando observé, al acercarme, que era una salina natural o un lago formado sólo de terrenos cubiertos de eflorescencias salinas, análogas a las que he descrito en la Patagonia, pero menos espesas. Una segunda colina, de la misma naturaleza que la primera, y siempre en la misma dirección, bordea el valle. La crucé igualmente y hallé, al este, una tercera, donde vi un pequeño lago salado, junto al cual se paseaban bandadas de flamencos,¹ que volaron al acercarnos, siempre manteniendo un orden riguroso, formando una línea continua de un hermoso color rojo. Estaba en la llanura de Viacha y vi el campanario del gran caserío de ese nombre, habitado por los indios aymarás. Pasé al lado y fuí a establecerme, después de diez leguas de marcha, más allá de un arroyo, en la proximidad de una cabaña indígena, alejada del caserío.

Había tenido, durante la jornada, un triste ejemplo de los motivos muy legítimos del odio que los españoles reprochan a los naturales tener contra ellos. Vi a lo lejos a un hombre a caballo, que hacía correr delante a un pobre indio. Cuando llegó junto a mí, reconocí al coronel de cuatro repúblicas, jefe de la oficina de aduanas de Crassacara, y no me asombré. Se me acercó; lo primero que hice fué preguntarle por qué motivo obligaba a ese hombre a seguirlo al trote del caballo. Me respondió que ese indio bárbaro había osado faltarle al respeto; que para castigarlo y enseñarle lo que debía a un blanco, ya le había hecho hacer catorce leguas a la carrera, desde la

¹ *Phenicopterus chiensis*, Molina, lo mismo que Isidore Geoffroy Saint-Hilaire y yo los hemos llamado *P. ignipalliat*. Andan siempre formado un frente, sea marchando sea volando.

mañana, y que esperaba conducirlo a La Paz, distante nueve leguas más. No pude dejar de expresarle mi indignación por su conducta y lo amenacé con hacer conocer al presidente su manera bárbara de castigar una falta tan ligera. Esta última razón, más que la otra, me hizo obtener la libertad del indio, que me lo agradeció mil veces. Los indígenas están lejos, como se cree, de alentar un odio inveterado contra los blancos en general. Es cierto que odian a los militares, pero aman a los burgueses y les dan muchas pruebas de devoción. Ello se debe a que, durante la larga lucha de la independencia contra el poder de la península, obligados a vivir siempre a expensas de los indígenas, las tropas españolas, robando sus rebaños, o llevándose hasta sus familias para obligarles a arrastrar los cañones, le han inspirado una invencible aversión hacia lo que sea soldado, o por todo hombre armado, que consideren como tal. Por otra parte, los propietarios, que los tratan con una notable amabilidad y gran dulzura, son amados de ellos, sobre todo si hablan el mismo idioma, lo que hacen todos los hombres nacidos en el país y siempre criados por las indias. De ahí resulta que el mejor medio de ser bien tratado en los viajes por los indios consiste en tener lo menos posible un aspecto militar.

Acampé en medio de una vasta llanura, bordeada al nordeste de la cordillera oriental (o más bien de los Andes propiamente dicho), donde se distingue el Illimani y el Sorata. Mis arrieros me dijeron que estábamos sólo a seis leguas de La Paz y que llegaríamos ese mismo día. Aún poco acostumbrado a medir las distancias en las montañas, engañado por las nieves que las acercan al observador, y sobre todo por los mapas, creía que franquearíamos la cadena a algunas leguas de allí, puesto que La Paz, en los mejores mapas de entonces (los de Brué), estaba sobre la ladera oriental de esa cadena. Después de haber caminado algunas leguas en la llanura, al principio cultivada y cubierta de tanto en tanto de casas de indios, luego muy árida y sembrado de piedras de asperón, me veía todavía a la misma distancia de las montañas. Finalmente, no comprendiendo por donde viajaba, pregunté a mis arrieros, que me informaron que La Paz no está al este de la cordillera, como lo comprobé algunas horas después, sino muy al oeste; lo que demuestra, una vez más, cuán poco conocen en Europa la geografía americana. Imaginando entonces que la ciudad de La Paz debía estar entre la montaña y el lugar donde yo me encontraba, la buscaba en vano. Nada sobre la llanura, hasta las primeras montañas, indicaba un lugar habitado, ni se parecía a una ciudad. Mi embarazo recomenzó. Después de una larga incertidumbre, vi una columna destinada a guiar al viajero en ese desierto horizontal y de gran uniformidad. La alcancé pronto, y cuál no sería mi sorpresa al hallar, al borde de una vasta interrupción del terreno, una quebrada de una profundidad inmensa, en el fondo de la cual, a mis pies, vi la ciudad de La Paz, sus iglesias, sus techos cubiertos de tejas rojas y hasta sus habitantes que, a más de ochocientos metros¹ a mis pies, parecían del tamaño de hormigas.

En ese país donde todo es constante, debía también admirar el aspecto salvaje, pero grandioso, del panorama que presentaba el conjunto de la quebrada de La Paz, tal vez una de las más extraordinarias del mundo, puesto que está enteramente cavada en terrenos, pertenecientes a la época diluvial. Imaginemos, en efecto, una especie de canal formado por las aguas, cortado casi perpendicularmente del lado de la llanura en anfiteatro hacia los Andes, presentado de todos lados montañas desnudas, negruzcas, muy desgastadas, coronadas de cimas cubiertas de nieve. Esas montañas descienden poco a poco por salientes, hacia el fondo de la quebrada, donde, como en un abismo, la ciudad con sus jardines y su vegetación, contrasta de la manera más agradable. Si seguimos con la vista el curso tortuoso de la quebrada, se la ve profundizarse aún más, cubrirse más y más de vegetación y perderse en los rodeos, sin número de las montañas, sobre las cuales, como un gigante, se dibuja la masa imponente del Illimani, que cierra el cuadro por el este. Nada he visto en los Pirineos, ni en los Alpes, que se parezca, ni siquiera de lejos, a ese conjunto severo de la Quebrada de La Paz.

¹ La ciudad de La Paz está a 194 metros bajo el nivel del lago Titicaca. Como la pendiente es muy rápida de la columna del camino hasta el lago, se puede llevar la diferencia de nivel a 500 ó 600 metros por lo menos, lo que hace elevar en 800 metros la altura perpendicular de la pared de la quebrada. Entre donde yo estaba y la ciudad, la distancia real era de más del doble.

Sólo me faltaba descender. La pendiente era tan rápida que a cada instante temía rodar hasta abajo, con los cantos rodados que se desprendían de los bancos, que se cruzaban a todas las alturas. Por suerte, el presidente actual hizo abrir un camino. Aunque muy hermoso, en relación

La Paz a la pendiente abrupta de los terrenos y a su naturaleza poco estable, esa ruta está empero a tal punto inclinada, que se rueda y no se camina, repleta como está además de indios, mulas y asnos, que ascienden y descienden sin cesar y entorpecen el camino. Llegué final a La Paz. Fuí perfectamente tratado en la aduana, donde le Vista no quiso revisarme nada. Fuí a presentarme a la prefectura y a la policía, y luego quedé en libertad de movimientos. Desde Tacna había hecho reservas un alojamiento, adonde me dirigí. Pude acostarme, por fin, en una cama, y me sentí, empero, muy mal en un apartamento muy cerrado, habituado como estaba, desde hacía varios días, a vivir día y noche al aire libre. Casi añoraba el campo, que desde hacía años estaba más de acuerdo con mis preferencias que el ruido de las ciudades, y esa necesidad de someterme a todos los deberes de sociedad, de los que estaba emancipado en los desiertos. Por otra parte, esperaban hallar, en los habitantes de esa ciudad, la más rica de la República, algunos recursos intelectuales.

ESTADÍA EN LA PAZ

La noticia de mi llegada se difundió rápidamente. Era europeo y, además, traía la misión de investigar las producciones naturales del país. Era suficiente para que mi aparición constituyera un acontecimiento; y todos quisieron ver al **gran botánico francés**; así me llamaban, saludándome con el título de doctor,¹ Fuí asaltado con preguntas de todo género. No viendo en mi misión más que el lado útil, me traían constantemente plantas, preguntándome cuáles eran sus virtudes medicinales. Cuando se trataba de plantas transportadas de Europa, podía, bien que mal, responder a las preguntas; pero las plantas indígenas me embarazaban muy a menudo. En toda la República de Bolivia, un solo hombre, el doctor Boso, el Dioscórides del país, cultivaba la botánica. Fuí a verlo, y recorrimos juntos, durante algunos días, no sólo ciertos lugares de los alrededores, sino también los jardines de la ciudad, donde volví a hallar la mayoría de las plantas de nuestras huertas, sobre las virtudes de cada una de las cuales, él me hacía pronunciar una larga disertación, lo que me convirtió a la fuerza en botánico. Por desgracia el doctor y yo no siempre coincidíamos sobre el fondo de las cosas. Para él, las ciencias naturales consistían sólo en el empleo medicinal de las plantas y en el descubrimiento de metales preciosos. El resto le parecía objeto de simple curiosidad.

Como me sentía mucho mejor al descender de la meseta occidental sobre la meseta boliviana, creí no sufrir la rarefacción del aire, pero no me sucedió así en la ciudad de La Paz. Las noches eran sofocantes en el lecho. Por las calles, en pendiente muy rápida, no podía ascender sin ser detenido cada diez pasos por palpitaciones y falta de respiración. Si me acaloraba al conversar, la palabra me faltaba de golpe; finalmente, invitado en algunas casas a tomar parte en la diversión general, me era imposible bailar dos vueltas seguida sin tener que suspender ese ejercicio, sofocados por los mismos accidentes; y un día estuve a punto de sucumbir, por haber ido a pie a los **Obrajes**, villorrio distante una legua, trayecto que debía hacer ascendiendo una pendiente muy rápida. Esa enfermedad duró todo el tiempo de mi primera estadía en La Paz. Las personas nacidas en el país no la sienten en lo más mínimo. Todos me aseguraron que terminaría por habituarme y yo tuve personalmente la prueba a mi regreso, tres años más tarde. Empero, no aconsejaría a las personas débiles del pecho someterse a esa prueba, la que en mis viajes fue lo que más me hizo sufrir.

La Paz en nada se parece a las otras ciudades americanas. Todas las que había visto hasta entonces se parecen, más o menos, a nuestras ciudades de Europa. Río de Janeiro, Buenos Aires, Santiago, Valparaíso, reciben demasiados extranjeros para que no sea así. Por lo demás, todo el mundo habla lenguas importadas, al portugués y el español; y la mayoría de la población es extraña al suelo. En La Paz, por el contrario, más que hasta en Corrientes, no sólo la masa de la población es indígena y no habla más que la lengua primitiva, sino también domina el vestido nacional y se añade a un conjunto, si no de los más pintoresco, por lo menos de los más original.

He dicho que la ciudad está situada en el fondo de una quebrada, a ambos lados de un pequeño torrente. Está, en efecto, como encajonada; y, de cada lado, se alzan cuevas elevadas y muy abruptas, cuya desnudez y las masas de capas aluviales, de color renegrido, cortadas al oeste por pisos desgarrados al este, se ven desde casi todos los puntos de la ciudad, y están cubiertos en todas las alturas de casitas de indígenas, que contrastan con la aridez de las colinas. Al norte, contemplando de lado el origen de la quebrada, se ve la escarpadura cubierta de cabañas

¹ En el país se llama *doctores* a los abogados y licenciados en derecho, a los teólogos y a todos los eclesiásticos. Así resulta que más de la mitad de la población culta lleva ese título, lo que explica que me lo hayan discernido. Por lo demás, podía prevalecer sobre muchos de los que lo llevaban, sin comprometer mucho la reputación de la cofradía.

elevarse poco a poco hasta las altas montañas, donde a tres leguas de distancia, en Chacaltaya, nace el arroyo. Pocas dudas cabe que es una de las principales fuentes del Amazonas. Hasta allí, de cualquier lado que se dirijan las miradas, se detienen éstas a corta distancia; pero sí, por el contrario, se hunden en el fondo del valle, se ve gran número de montañas negruzcas, en medio de las calles se pueden adivinar más que percibir los numerosos rodeos de la quebrada. El conjunto termina a cinco leguas de distancia¹ con el Illimani, coronado de sus nieves.

Veintidós años después del descubrimiento del Perú por Francisco Pizarro² y seis meses después de la derrota y muerte de Gonzalo, el menor de los hermanos Pizarro,³ Pedro de la Gasca, convertido en amo del país y habiendo puesto fin a esa encarnizada guerra entre los partidos, quiso fundar una ciudad no lejos del lago Titicaca, a fin de terminar con los saqueos cometidos por los aventureros con los viajeros. Para perpetuar el recuerdo del completo restablecimiento de la paz después de tantos años de desorden, la llamó Nuestra Señora de La Paz.⁴ Encargó a Alonso de Mendoza ser su fundador y jefe (justicia mayor). Este se dirigió al lugar, reunió a algunos de los principales capitanes en el villorrio de Laja,⁵ donde un año después, y precisamente en el aniversario de la famosa batalla de Huarina⁶ (20 de octubre de 1548), convocó la primera reunión oficial, para hacerse reconocer y designar a las autoridades.⁷ Tres días después, habiendo reconocido que la falta de recursos se oponía a la fundación de una ciudad en la meseta, los jefes se dirigieron a la quebrada de Choquehapu, al villorrio indígena de ese nombre, lo eligieron como sede de la ciudad de La Paz y establecieron allí provisoriamente. Habiendo debido sufrir mucho al principio por carecer de víveres, no pudiendo comenzar a trazar las calles y la plaza hasta 1550; y recién en 1556 la Audiencia de Lima les permitió apoderarse, en Chucuito, de los indios para construir la iglesia y el cabildo.⁸

El descubrimiento de los ricos campos de la provincia de Yungas,⁹ donde la coca crece naturalmente, y la certeza que los españoles adquirieron pronto de la riqueza del suelo, repleto de minas de oro,¹⁰ dieron un gran impulso al crecimiento de la naciente ciudad, que fue erigida en obispado en 1605.¹¹ Aunque sus minas no eran tan ricas como las de Potosí y de la provincia de Chayanta, su situación en el centro de la parte más poblada de indígenas, la vecindad de la provincia de Yungas, donde los brazos fueron útilmente empleados en el cultivo de la coca, y la proximidad del puerto natural de Arica, contribuyeron pronto a hacer de La Paz una de las ciudades más importantes del Virreinato del Perú.

¹ Medía una base sobre la meseta arriba de la ciudad y hallé que uno de los lados del triángulo da la distancia indicada.

² Garcilaso de la Vega, *Comentarios del Perú*, lib. I, cap. 10.- Zárate, *Conquista del Perú*, lib. I, cap. 2, etc.

³ Zárate, lib. VII, cap. 6.- Garcilaso de la Vega, lib. V, cap. 27, etc.

⁴ Garcilaso de la Vega, lib. VI, cap. 6, p. 362.- Diego Hernández, lib. VI, cap. 93.

⁵ Ese villorrio, situado a diez leguas de La Paz, estaba, antes de la fundación de la ciudad, habitado por indígenas.

⁶ Garcilaso, lib. V, cap. 20.- Diego Hernández, lib. II, cap. 79. En esa batalla las tropas reales fueron vencidas por Gonzalo Pizarro; hubo una horrible carnicería de españoles.

⁷ Una feliz casualidad me hizo poseedor del original de la recopilación de las resoluciones tomadas con motivo de la fundación de La Paz y de los decretos de las autoridades, desde el 20 de octubre de 1548 hasta 1562. Ese primer monumento (in-folio muy grueso) presenta no solos hechos históricos, sino también, sino también autógrafos de muchos de los principales capitanes de la época. Esa primera reunión estuvo compuesta de Alonso de Mendoza, capitán de caballería en la batalla de Huarinas (Garcilaso, *Comentarios del Perú*, p. 302); de Juan de Vargas, capitán de Huarinas y tío de Garcilaso de la Vega (Garcilaso, *loc. cit.*, p. 301); de Martín de Olmos, igualmente capitán (Garcilaso, p. 290, 297, 430, 436, 437); de Francisco de Herrera Girón, de Francisco Barrio Nuevo, de Diego de Castilla, de Diego Alemán, de Hernando de Vargas (Garcilaso, p. 294) y de Francisco de Cámara.

⁸ Estos últimos datos son extraídos del manuscrito que acabo de citar. Hay muchas reglamentaciones de Pedro de la Gasca respecto a los indígenas y que demuestran cabalmente el carácter noble y desinteresado de ese hombre extraordinario. En una, de 1549, prohíbe cargar a los indios de los tambos (casas de parada en los caminos) y sobre todo robarles; en otras, 1549, prohíbe enviar a las minas de Potosí a los indios de La Paz y sus rebaños. Las cosas cambiaron tan pronto regresó la Gasca a España, en 1550; y se sancionaron de inmediato reglamentaciones completamente opuestas, tales como las de 1552, que ordenaban bajo pena de latigazos o exilio, a los negros libres elegir sus amos; y las de 1556, por las cuales se arrancaron numerosos indios a sus familias, obligándolos a trasladarse a orillas del lago a construir la iglesia y el cabildo de La Paz.

En esa misma época todas las piedras talladas que pudieron ser transportadas, fueron sacadas de los antiguos monumentos del Tiaguanaco y sirvieron para la construcción de las iglesias de La Paz y de los villorios vecinos.

⁹ Los primeros establecimientos tuvieron lugar en 1550. (Del mismo manuscrito).

¹⁰ Se informó a la Audiencia de Lima por una carta oficial del 15 de enero de 1552. (El mismo manuscrito)

¹¹ *Iris de la Paz*, N.º. 2

En medio de esa prosperidad de la ciudad naciente y de la tranquilidad de todo el Perú, la tiranía que ejercían los españoles contra los pobres indígenas estuvo a punto de producir la ruina de las ciudades de la meseta. En una colonia tan extensa y sobre todo tan alejada como el Perú de la sede del gobierno, era imposible que no se introdujeran abusos; y no podía evitarse que aumentan diariamente a causa de la costumbre, de la impunidad, del interés personal de los mandatarios y principalmente de los subalternos, mucho más numerosos y siempre interesado en ocultar la verdad. Al convertirse en amos del Perú, de sus riquezas y sobre todo de su numerosa población indígena, los españoles, aunque mezclándose con éstas, se consideraron siempre una especie distinta de seres. Se sirvieron de los indígenas para toda suerte de cosas, los emplearon en los trabajos públicos más penosos, comprendiendo los de las minas, y los indios fueron sometidos a la esclavitud más rigurosa, hasta en casa de algunos particulares. Los antiguos poseedores del suelo dejaron de poseer hasta la más insignificantes porción. Fueron divididos en comunidades entre los grandes propietarios, a pesar de lo dicho por el virtuoso Las Casas a favor de los indígenas, y a pesar del gran número de leyes paternas, emanadas del Consejo de Castilla, para reprimir los excesos de esta banda de aventureros desenfrenados y hacer menos pesado a los indios el yugo de la servidumbre. Se vió que su estricto cumplimiento trajo desde la conquista el asesinato de uno de los virreyes¹ por los primeros españoles, y que Pedro de la Gasca regresó a España sin poder obtener otra cosa que medidas momentáneas, que por lo general no produjeron efecto. En ese estado de cosas, los españoles se acostumbraron poco a poco a considerarse como señores y amos de los indígenas, nacidos para servirlos. Los hijos de éstos parecieron al principio habituados a esa tiranía de todos los instantes; pero las cargas aumentaron aún más con el número de españoles que partían cada año de la península para América, con el solo propósito de enriquecerse rápidamente y regresar luego a la Madre Patria, haciendo nacer poco a poco abusos de todo género, que no existían en un comienzo y que agriaron mucho los espíritus. Si de un lado los propietarios españoles fueron los colonos más humanos de todas las naciones, no sucedió lo mismo con los funcionarios, ansiosos de retornar a España. Los primeros eran amados de los indios, con los cuales vivían, por así decirlo, en familia, mientras que los otros sólo se ocupaban de exprimirlos de todas las maneras posibles. De allí provienen las principales opresiones de los indígenas: la mita y el repartimiento.²

Muchos indígenas se quejaron. Su débil voz no llegaba hasta los jefes del gobierno, que, a causa de los informes interesados de los subalternos, consideraron esas justas quejas pruebas de rebelión y de una insubordinación criminal, que castigaron severamente en todos los lugares donde se manifestaron. Las cosas estaban en ese estado a fines del siglo pasado, época en que los indígenas hallaron finalmente algunas voces españolas que los apoyaron,³ sin ver empero lo suficiente poderosas como para obligar a reprimir los abusos. Entretanto, un verdadero descendiente de los Incas, don José Gabriel Tupac-Amaru, cacique de Tungasuca, al reclamar una herencia que le correspondía legítimamente,⁴ tomó el partido de los oprimidos, levantó el estandarte de la rebelión, haciendo apresar, el 10 de noviembre de 1780, al corregidor de la

¹ Blasco Núñez de Vela fue asesinado en 1546 por las tropas de Pizarro (Zárate, lib. V. cap. 31.- Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales del Perú*, lib. IV, cap. 33, 34), por haber emancipado por completo a los indígenas, por cumplir las órdenes que recibió de España y por haber sacado los indios a los principales jefes, que se los había repartido como si fueran ganado.

² Los españoles llamaban mita al trabajo en las minas. Todos los años se tiraban a la suerte en todos los villorios de indios un determinado número de entre ellos, obligados a dirigirse a los lugares de explotación de las minas, donde debían trabajar un año por un pequeño salario. Al comienzo, no fueron muy explotados: recibieron casi la totalidad de lo que se les prometió, y la tarea que les fuera asignada, consistente en un peso determinado de mineral que debían conducir del fondo de la mina a la superficie, no estaba por encima de sus fuerzas, pero insensiblemente se introdujeron muchos abusos. Los agentes subalternos siempre los más codiciosos, trataron de retener una parte de los cuatro reales (2 fr. 50 cent.) que era el salario diario de cada trabajador. Esos agentes poseían además almacenes, donde todo se vendía caro que en otras partes y donde obligaban a los indios a comprar sus ropas, haciendo aún más difícil la existencia de estos últimos. Por otra parte, la tarea primitiva nunca fue cambiada y los hombre que al principio podían cumplirla, dada a profundidad de las galerías, no pudieron hacerlo más, sin la ayuda de todos los suyos, porque las dificultades crecían a medida que se cavaba el fondo de la tierra. Resultó así que el trabajo asignado a un solo hombre se convirtió en el de toda la familia, sin aumento de salario. Cuando la suerte designaba a un indígena, éste prefería la muerte. En efecto, estaba obligado a vender todo lo que poseía en ganado, como si no fuera a regresar más; y, con los ojos llenos de lágrimas, toda la familia abandonaba el suelo natal, para encaminarse hacia la mina, donde se ocupaba, noche y día, en extraer el mineral, no abandonando la galería más que el domingo. Allí, no pudiendo vivir con el salario insuficiente de un solo hombre, se endeudaba de tal manera que le era necesario, para librarse, un segundo año de trabajo, y a menudo, esa familia infortunada, cuyos principales miembros morían de pena y agotamiento, permanecía en la más profunda miseria, sin ropas y sin albergue, en los alrededores de Potosí.

El repartimiento constituía otro abuso. El último de los corregidores nombrado en un villorio de indígenas, tenía por lo común la exclusividad del comercio. Obligaba a los indios a entregarle a vil precio los productos, a cambio de mercaderías cuyo valor él fijaba, impiéndoles aprovecharse hasta de su trabajo. (*Ensayo de la Historia del Paraguay*, t. III, pág. 259, por Funes).

³ El padre Funes, *loc. cit.*, t. III, p. 263, cita al obispo, don Francisco Campo de la Paz y a otras tres personas.

⁴ El marquesado de Oropesa. (Funes, *loc. cit.*, p. 262).

provincia de Tinta;¹ luego marchó sobre el Cuzco. Todos los indígenas de los villorrios se unieron pronto a Gabriel Tupac-Amaru, y su partido se fortificó tanto más cuanto que en la provincia de Chayanta otro indígena, Tomás Catari,² se opuso por su parte a la mita. En poco tiempo, el campo entero estuvo en armas y los indios que creían poder emanciparse de la servidumbre, se unieron a Tupac-Amaru y Catari.

Situada en el centro de la mayor población indígena, La Paz sufrió en ese conflicto más que todas las otras ciudades. Tomás Catari la asedió con el título de Tupac-Catari, virrey. Rodeó a la ciudad con sus indios ciento nueve días seguidos,³ durante los cuales, valientemente defendida por Sebastián de Seguro, fué presa de todos los sufrimientos imaginables. La tercera parte de la población cayó bajo el hierro enemigo o murió de hambre, y los habitantes, reducido al último extremo, fueron finalmente socorridos por el general Flores; pero las tropas de este último fueron obligadas a acudir en defensa de Oruro, y La Paz fué de nuevo presa del hambre más cruel a causa del bloqueo que le hicieron Tupac-Catari y Diego Gabriel Tupac-Amaru, sucesor de su hermano, a quien los españoles hicieron morir de la manera más atroz.⁴ Esos jefes indígenas, teniendo que cumplir una doble venganza, reiniciaron las hostilidades con más ardor que nunca. Apenas les quedaban fuerzas a los habitantes para acompañar a las tropas a buscar algunas plantas apropiadas para alimentarse. Tuvieron, en ese segundo asedio de noventa días, que luchar contra medios de ataque de los más extraordinarios de los indios. Estos, favorecidos por la inclinación del terreno, construyeron un inmenso dique,⁵ para detener el río muy arriba de la ciudad, y en el instante que menos se esperaba, el peso de las aguas rompió la barrera y la ciudad fué de golpe invadida por un torrente, que, precipitado con furia por una pendiente muy rápida, arrastró todo a su paso, los puentes, las casas, etc., provocando el espanto entre los habitantes dichosos de escapar de ese flagelo destructor. Finalmente, tropas regulares, a las órdenes de Reseguín, pusieron fin a las nuevas alarmas de La Paz y terminaron esa lucha con la captura de Tupac-Catari, que fue descuartizado, como lo había sido don José Gabriel Tupac-Amaru, y con muchas victoria sobre las últimas tropas indígenas, en la provincia de Yungas y de Sicasica.

Entonces la tranquilidad reinó hasta 1810, época en que la primera chispa de libertad, que partió de Buenos Aires, encendió pronto a todo el Perú, cuyas ciudades se convirtieron en el teatro de una guerra cruel entre dos partidos igualmente encarnizados. No sólo había que vencer a los indígenas; eran colonos unidos quienes esta vez tuvieron mejor suerte. Catorce años seguidos de guerra intestina asolaron a todo el Perú, y La Paz, como punto intermedio, sufrió mucho. Los europeos luchaban contra el espíritu de libertad de los descendientes de los antiguos españoles, que deseaban emanciparse del yugo de la península. Finalmente, después de mucha sangre derramada de una y otra parte, la disputa se decidió, en 1824, en la famosa batalla de Ayacucho. El partido de la independencia la ganó; el Alto Perú se convirtió en la República de Bolivia, y para eternizar es recuerdo, la ciudad, de La Paz recibió el nombre de Paz de Ayacucho, que lleva hoy. Después de tantos inconvenientes, la ciudad aprovechando la paz general y el comercio extranjero, cicatrizó sus primeras heridas, y la prosperidad reemplazó momentáneamente a la anarquía.⁶

¹ Funes, *loc.cit.*, p. 266

² *Ibidem*, p. 273.

³ Durante ese bloqueo, y hasta durante la guerra, no contento con escribir día a día todos los hechos, don Sebastián Seguro reunió, en un registro especial, todos los informes y documentos relacionados con la rebelión de Tupac-Amaru y de Tupac-Catari. Ese registro, titulado *Libro de Anales sucesos memorables de la ciudad de La Paz*, contiene no sólo hechos muy curiosos, sino también numerosas cartas de los jefes del partido indígena, que pueden arrojar alguna luz sobre el verdadero espíritu de la insurrección. Poseo ese monumento precioso de las últimas tentativas de los descendientes de los Incas para recuperar la libertad.

⁴ El relato de la ejecución de Tupac-Amaru hace estremecer de horror. Es uno de los hechos más bárbaros de la historia. Se arrastró a ese desdichado por tierra hasta el lugar del suplicio. Se degolló ante él a su mujer, sus hijos y todos sus parientes; luego el verdugo le arrancó la lengua, después fué, todavía vivo, descuartizado por cuatro caballos; y todo eso por haber osado elevar su voz contra la tiranía de los opresores de su patria. Es seguro que si, desde el origen de esa insurrección, los españoles hubieran podido reformar algunos abusos, realmente intolerables, y, que trajeron más tarde su completa expulsión de América, habían evitado una lucha de tres años, a causa de la cual perecieron gran número de españoles, así como millares de indígenas.

⁵ Esa represa de agua tenía 50 metros de alto por 120 de ancho (man.cit) Me mostraron todavía en La Paz enormes bloques de granito arrastrados por las aguas y que golpearon contra los puentes. El diario de Seguro dice que el agua llegó en a ciudad a una altura de 20 varas (unos 17 metros).

⁶ Cuenta hoy La Paz con 34.000 almas, la cuarta parte indígenas. (*Iris de La Paz*, N° 2, p. 1829).

La Paz está construída en anfiteatro de cada lado de la quebrada, pero casi todos los edificios públicos están a la orilla izquierda. Cuatro puentes de piedra, cosa rara en el país,¹ unen los dos barrios, cuyas calles son tan rectas como lo permite la desigualdad del terreno. Unas, longitudinales al valle, son casi horizontales; otras, transversales, van ascendiendo, en una pendiente de los más rápida. Casi todas están empedradas. En medio casas sencillas, cubiertas de tejas, las más altas de las cuales poseen un piso provisto en el frente de balcones de madera, se distinguen quince iglesias más o menos vastas, que son: 1º el Sagrario o la catedral, situada en la gran plaza; hermosa y vasta iglesia, por desgracia en parte desplomada, adornada al frente con estatuas de basalto que representan ángeles con las alas abiertas, de una escultura no poco grosera, pero que presenta, sin embargo, un aspecto bastante rico; 2º San Pedro, ubicada a la orilla derecha, en un lugar completamente aislado de la ciudad y formando un verdadero arrabal; 3º San Sebastián y Santa Bárbara, a la orilla izquierda. Las otras iglesias están: en dos colegios para hombres, uno secular (de ciencias y artes), el otro eclesiástico; en un colegio de mujeres, el de Educandas; en un hospital de pobres; en tres conventos de religiosos, el de San Francisco, cuya iglesia es la más hermosa de la ciudad, estando completamente construída de piedras de talla; el de la Merced y el de San Juan de Dios, con un hospital para hombres; en dos monasterios de religiosos, uno de carmelitas descalzos y el otro de la Concepción.²

Hay en La Paz dos plazas. Una, de **Plaza Mayor** o gran plaza, está frente a la catedral, en el centro de la ciudad. En el medio tiene una gran fuente de alabastro blanco de Berenguela, con un hermoso chorro de agua; las casas que la rodean están bastante bien construídas. La segunda, la Plazuela o pequeña plaza, está en un barrio alejado, igualmente frente a una iglesia. Esas plazas serían hermosas, si al ser empleadas como mercado, no estuvieran siempre cubiertas de todos los productos naturales e industriales del país, extendidos simplemente sobre el suelo y obstruídas por indios de ambos sexos que van allí a vender o a comprar. La gran plaza se hallaba a algunos pasos de mi casa y yo iba allí a menudo, a fin de observar al mismo tiempo a los indígenas y las producciones del país. Es sabido que los mercados y otros lugares de reunión de hombres del pueblo, son más apropiados que la sociedad de las ciudades, para juzgar el conjunto de una nación.

En los primeros momentos de mi estadía no podía cansarme de contemplar a los indígenas; su aspecto me retrotraía a los primeros tiempos de la civilización de este pueblo, cuyo vestido nacional reproduce, con poca diferencia, el de antes de la conquista. Los aymarás puros van vestidos de telas negras; los mestizos usan colores distintos y sobre todo más vivos. Los hombres nada tienen de extraordinario: todos llevan los cabellos largos, cayendo en trenza por las espaldas, un calzón de lana que apenas llega a la rodilla,³ una camisa de lana (**ceahua**) por arriba, un poncho (**llacota**) que baja algo más de la cintura; sobre la cabeza un sombrero de fieltro (**tanca**), de anchas alas, siempre una bolsita (**chuspa**) colgando a un lado, donde depositan la coca; a menudo llevan una honda (**korahua**) de lana, que emplean con suma destreza. Sus piernas están desnudas y sólo calzan una especie de sandalias (**ojotas**),⁴ consistentes en una simple suela, a la cual atan, a un costado, una correa que pasa por arriba, entre el dedo grueso, y atrás por arriba del talón. Las mujeres tienen también las piernas desnudas y llevan asimismo sandalias. Usan, por encima de la camisa de lana, muchas polleras de lana plegadas (**urco**), colocadas una sobre otras; es una señal de riqueza tener gran número de polleras, de donde resulta que algunas mujeres son tan anchas, como altas. A la pollera se unen las piezas que suben del lado de la espalda y del pecho; esas piezas están unidas adelante y a los lados, por dos

¹ 2En todo el país no hay puente sobre ninguno de los ríos cruzados por los grandes caminos. Si las aguas crecen, se espera a la orilla que bajen. En otros lugares se las cruza en maromas, colgados en una cuerda sobre precipicio.

² Ese gran número de campanarios en relación con la población, parece característico de las ciudades fundadas por españoles. En La Paz, la población es de algo más de 30.000 almas, de donde resulta que hay una iglesia por cada 2.000 habitantes. Si admitimos la misma proporción. París debía tener quinientas, en vez de treinta. La Paz no tiene, empero, tantas como Lima, donde llegan a doscientas. No hay que juzgar siempre la religión de un país por el número de iglesias: Lima se diferencia, a ese respecto, de la ciudad de La Paz.

³ El uso de ese calzón es anterior a la conquista; las estatuas lo demuestran.

⁴ Los indios dicen *Usutas*.

grandes alfileres de plata, llamados **topo**.¹ En el cuello, llevan una pieza de tejido (**isallo**) más corto, pero colocado como los echarpes de hoy en Francia. No sólo les sirve de adorno esa pieza, sino también les es útil para llevar en los hombros a sus hijos o cualquier otra caga. Un topo las une por delante. Los cabellos caen detrás de las espaldas en gran número de trencitas y la cabeza está cubierta de un inmenso sombrero de lo más original. Ese sombrero figura un círculo muy grande o un cuadrado de un diámetro a menudo igual a la mitad de la estatura de la persona que lo lleva. La parte superior es de género negro o de terciopelo; debajo está adornado de telas de seda de diversos colores. Ese tocado, llamado **montera**, es la parte del vestido que parece más rara y da un carácter particular al conjunto, tanto más cuanto destaca la pequeña estatura de quienes lo usan y la amplitud desmesurada de las polleras. Las mujeres de sangre indígena mezclada con española, llamadas cholitas, usan igualmente grandes polleras de colores y cubiertas de cintas, y esa parte del vestido existe en todas las clases media de la sociedad. Las mujeres de esa clase reemplazan la montera por un sombrero de hombre, generalmente de fieltro blanco. En suma, el vestido adoptado a la temperatura fría del país nada tiene de seductor: impresiona por su originalidad, sin agradar de ninguna manera; no permite ningún gesto gracioso, ni elegante. Las mujeres ricas, siguen de lejos las modas francesas; lo mismo sucede con los hombres, quienes empero abandonan raramente el manto.

Si me asombró el vestido, no me asombró menos el idioma. Todo el mundo habla el aymará,² lengua primitiva del lugar. Los indígenas no conocen otro idioma; los mestizos agregan a duras penas un español poco comprensible y mezclando de aymará; y en todas partes, en la vida social y en la intimidad, los habitantes lo hablan entre sí, no sirviéndose del español más que con los extranjeros y en las reuniones de etiqueta. Nada más duro que ese lenguaje; y el que no es del país, no puede llegar a pronunciarlo; es en su guturación y por sus consonantes cortadas todo lo que puede uno imaginarse de más desagradable,³ y muchos habitantes conservan, hasta en el español, un ligero acento a causa de la guturación del aymará. Esa lengua, que posee mucha semejanza con el quichua o lengua de los Incas, y que tal vez sea su origen, es, según me han dicho los hombres instruidos del país, muy rica y llena de comparaciones ingeniosas, de figuras elegantes y sobre todo de variados términos para expresar las sensaciones. Por desgracia, durante mi corta estadía, en los lugares donde se habla, sólo pude aprender algunas palabras, las más usuales, y no estando en condiciones de juzgar por mí mismo, los fragmentos que conseguí no me satisficieron completamente. No siendo el español comprendido más que por algunas personas de la sociedad, no podía hacerme entender en el campo más que por un intérprete.

No sólo mis visitas al mercado me permitieron obtener algunas especies de animales interesantes, sino también me dieron una idea exacta de las provisiones de los alrededores. No me sorprendió ver reunidos los productos y las frutas de todas las regiones a la vez. Mientras que de un lado gran número de indígenas de las mesetas elevadas traen gran variedad de papas deliciosas, de raíces de oxalis (**oca**), de quínoa de chuño, los habitantes del valles exhiben no lejos, unos todas nuestras legumbres, otros todas nuestras frutas al lado de raíces suculentas, de excelentes bananas (**plátanos**), de ananás (**piñas**), de aguacates (**papayo**), de chirimoyas y de otras frutas de la zona tórrida, provenientes de la provincia de Yungas y del bajo valle. Hay en efecto, pocos países en el mundo que, en un radio de seis a diez leguas a lo sumo, tengan productos tan variados. Arriba de la ciudad se van a buscar cristales naturales para quienes los usan. Algo más abajo, antes de descender a la quebrada, el frío es tan riguroso que los cereales no fructifican y el suelo sólo puede servir para pastoreo; mientras que en el valle, hasta los jardines de la ciudad presentan en toda estación nuestras legumbres,⁴ nuestras frutas⁵ en medio de

¹ Esos topos eran muy grandes antes de la conquista. Hoy se les da la forma de una cuchara. Es el adorno que los Incas, en sus conquistas llevaron a los pueblos del sur.

² Véase Ludovico Bertonio. *Vocabulario de la lengua aymará*, impreso en 1612, en Juli, pequeño villorio de la meseta de los Andes. Esa obra es muy rara.

³ El cura de Palca (Perú) conversando de esa guturación, me dijo: Es cierto; estos Indios son muy Griegos. Esa expresión, de muy frecuente uso entre los españoles y entre los colonos de las regiones donde no se habla más que las lenguas indígenas, tiene su origen en la idea generalizada de que el griego, que no conocen, es un idioma muy duro.

⁴ Tales como la lechuga, el repollo, los guisantes, las habas, las habichuelas, las alcachofas, las cebollas, las zanahorias, los rábanos, etc.

⁵ Cerezas, ciruelas, fresas, manzanas, etc.

campos de trigo cargados de grandes espigas. Algo más abajo, en los Obrajes, la vegetación es activa, las quintas son de lo más hermoso. Si se desciende aún más, se hallan las colinas cubiertas de magníficas viñas que dan un vino excelente. Más lejos, se llega a los campos de caña de azúcar y hasta a la temperatura del cacao. La Paz no es sólo rica en vegetales. La inmensa superficie de los pastos de la meseta que la domina, alimenta numerosas ovejas, llamas y alpacas, que suministran en abundancia y a muy bajo precio uno de los alimentos de primera necesidad; de donde resulta que desde cualquier punto de vista, La Paz es una ciudad plena de recursos. Otro género de producciones naturales no menos favorecido, es el de las minas. Antes de la conquista, ese valle, habitado por los indígenas, se llamaba **Choquehapu** (el campo de oro),¹ por el metal en pepitas que los indígenas recogían. Mucho tiempo después de la fundación de la ciudad, cuando las calles no estaban empedradas, se recogían todavía después de la lluvia, partículas del precioso metal, y el fondo del río, hasta bajo el puente, las ofrece aún hoy. Actualmente mucha explotaciones están en plena actividad; y en Poto-Poto, a la entrada de la ciudad, los propietarios sacan todas las semanas algunas libras de oro, del lavado de los terrenos de luvión. Las famosas minas de oro de Tipuani dependen del departamento y sus ricos productos son llevados a La Paz.

A esos elementos de prosperidad se unen en la ciudad muchos otros. Como la más cercana al puerto de Arica, recibe gran cantidad de mercaderías, que pasan luego a las provincias vecinas, convirtiéndose así en un centro comercial. Es también el depósito general de los vinos y aguardientes de los valles de Moquegua, Arequipa y Puno, recibiendo al mismo tiempo (y es la fuente de su mayor riqueza) los productos de sus provincias de Caupolicán, Larecaja, Muñecas, Yungas y Sicasica, que consisten sobre todo en coca, artículo de primera necesidad para los indígenas y de lo más provechoso para las aduanas,² a causa de los derechos enormes con que es cargado. Esas provincias proporcionan también a La Paz, azúcar, café, excelente cacao y mucha corteza de quinina, que procura retornos ventajosos a las mulas que llegan con mercaderías del puerto. En presencia de tantas riquezas naturales uno puede preguntarse hasta qué punto será floreciente el provenir de esa capital, si la industria aprovecha esos productos actuales o los que todavía podrán aparecer. Si el genio manufacturero, desarrollado en el país, se apropia de esos inmensos recursos, se verá levantarse a la vez toda clase de fábricas de telas, seda, lana, lino o algodón que se recogen o pueden recogerse en los alrededores mismos; y La Paz, hoy tributaria del extranjero en todos esos objetos de primera necesidad, no sólo se bastará a sí misma, sino también podrá exportarlos a gran número de lugares de América, mucho menos favorecidos por la naturaleza; en tanto que, en la actualidad, no tiene, en explotación, más que algunas fábricas de sombreros bastante buenos. Una fábrica de paños establecida en los Obrajes por los españoles y abandonada durante la guerra, no ha podido ser puesta de nuevo en actividad, en los pocos años que dura la paz en la República. Esperamos que se estado de cosas no durará a los extranjeros, que les ayudarán a afrontar esas reformas cuya necesidad ya sienten perfectamente, puesto que han fundado una escuela de ciencias y artes. Por desgracia, la teoría no les bastará; les hacer falta una aplicación práctica inmediata.

El clima de La Paz es muy peculiar y sin embargo bastante sano. Su gran elevación sobre el nivel del mar (3.717 metros), aunque está cerca del 16° de latitud sur,³ es decir en la zona tórrida, le da una temperatura muy poco elevada. Hace menos frío y mucho menos calor que en París. Hiela casi todas las noches, pero el sol es lo bastante fuerte como para calentar durante el día. Las estaciones son poco marcadas por el termómetro, que se mantiene casi uniforme; más marcadas lo son por las lluvias. Ocho o nueve meses seguidos, el cielo está sin nubes, y se experimenta tal sequía que todo se torna árido. Los tres o cuatro meses restantes, de noviembre a febrero, cae frecuentemente granizo; entonces, sólo entonces, es decir en verano, las nubes se elevan lo bastante para pasar sobre la cadena oriental de los Andes; forman tempestades en los valles y la lluvia o el granizo cae torrencialmente. En esa época es cuando las montañas vecinas

¹ De Choque, oro, y de Hapu o Haco, campo parte cultivada

² Según *EL Iris de La Paz*. No 2, 25 de junio de 1829, la ciudad de La Paz produce al Estado la suma de 124.000 pesos a 620.000 francos.

³ Por 16° 30". *Connaissance des temps*. 1837, p. 37. Observaciones de Pentland.

se cubren de nuevas nieves. Las jornadas son bastante calurosas; pero las tardes y las noches son muy frías; por eso no se abandona el manto durante todo el año.

Algunos días después de mi llegada fui a ver la Alameda o paseo público, situada a la orilla derecha de la quebrada. Vista la desigualdad del suelo, su construcción debió costar enormes sumas. Es una hermosa y vasta terraza que domina algo el fondo de la quebrada, cuyas tierras son retenidas por los murallones. Está plantada de hileras de manzanos y cerezos. En el extremo se ve un pórtico bastante sencillo. Ese lugar, como muchos otros, ha sufrido por la guerra, ya que los colombianos dejaron allí sus caballos y tuvieron pocos escrúpulos en derribar los árboles; pero, desde 1828, la policía se ocupa de su conservación y de mejorada todos los años. Hallé poca gente en relación a su extensión; embargo ese paseo brinda una hermosa vista sobre los campos cultivados del valle; y la vista se detiene con placer en la masa imponente del Illimani, que cierra el cuadro. Seguí a los paseantes. Ellos me condujeron al extremo de la Alameda, y de allí al juego de pelota, donde los jóvenes ejercitan sus fuerzas y muestran su destreza. Al proseguir mi viaje, descendí al fondo de la quebrada, para estudiar, desde un punto de vista geológico, las pequeñas barrancas que veía a poca distancia. Al examinarlas, observé a un indio que llevaba, no sin mucho trabajo, una arcilla gruesa en medio de capas de cantos rodados. Creí que era para hacer alfarería, pero una persona que me acompañaba, me aseguró que esa arcilla sirve de alimento a los indígenas y que se vende con ese fin en los mercados; recogí muestras y comprobé más tarde la exactitud de esa afirmación. A los aymarás les gusta mucho y la emplean para sazonar la comida, mezclándola especialmente con papas. Esa arcilla, de la cual daré el análisis en la parte geológica, contiene mucho sílice; los aymarás no la comen por necesidad, como lo hacen los otomacos,¹ puesto que tienen carne y legumbres en abundancia. El aprecio que tienen por ella no es más que la consecuencia de esos gustos depravados de ciertos niños o mujeres enfermas² que terminan por morir víctimas del uso exclusivo de ese alimento. Los habitantes de La Paz hacen de ella en sus mesas un objeto de lujo, que buscan y pagan bastante caro.³

Vi una tarde pasar un convoy fúnebre, e impresionado por los gritos y llantos que llegaban a mi oído, creí al principio que el difunto debió ser muy amado y muy respetado en el país; pero, al acercarme, vi que los concurrentes españoles permanecían mudos, mientras que cierto número de indias, que acompañaban el cadáver, eran las únicas que lloraban o por lo menos hacían como que lloraban; y me sentí más impresionado por los chillidos que enternecido por el llanto. Como en ciertas provincias de Italia, se supone que se siente tanto más la pérdida de una persona querida cuanto mayor cantidad de llorones concurren a su entierro; sólo que esa demostración no es cara en La Paz: basta distribuir a las indias algo de coca para hacerlas llorar, gemir y sollozar, hasta aturdir a los espectadores.

En un circo construido al efecto, hay, todos los domingos, muchas riñas de gallos, a las cuales asisten y por los cuales apuestan gran número de personas. En Buenos Aires, donde se libran también esos combates, se limitan a animar a los contendientes, dejándoles sus armas naturales, sus espolones y sus picos; pero en La Paz y en toda Bolivia, donde ese juego está muy en boga, se ata a la pata de los gallos una lanceta de acero muy cortante y de treinta a treinta y cinco centímetros de largo, con la cual los dos gladiadores emplumados se hacen por lo común grandes heridas, cuando no se matan en el mismo lugar. Jugadores consumados, designados jueces por la policía, deciden la victoria, mientras los hombres que hacen el negocio, presentan los gallos, lo irritan largo tiempo uno contra otro, antes de dejarlos. Nada más curioso que el aire de importancia que afectan los jueces y el silencio que reina en la sala cuando los combatientes son librados a sí mismo. Se sigue ansiosamente con la mirada sus menores movimientos, como si se tratara del resultado de una gran batalla; y el primero que se da vuelta y abandona la partida, sea a causa de heridas, sea por falta de coraje, hace perder a los que apostaron a su favor. Sumas

¹ Humboldt (*Voyage aux régions équinoxiales*, t. VIII, p.287 y sig.), dice que los Otomacos se alimentan de ella casi exclusivamente dos meses al año.

² Véase, sobre todo en Santa Cruz de la Sierra, muchos niños con ese hábito, que casi siempre los conduce a la tumba.

³ Ese gusto de los aymarás pacaños por la tierra es tanto más original, cuanto que hasta el presente año sólo se manifiesta en las regiones muy cálidas, mientras que la elevación de La Paz puede hacerla considerar una región fría o a lo sumo templada.

muy importantes son a menudo apostadas en esa especie de juego, y los jugadores no temen hacer venir gallos de Inglaterra, donde esa diversión existe todavía. Se paga por ellos hasta mil francos, cuando se origen es conocido y cuando han logrado varias victorias.

En el tiempo de los Incas, todos los años, en los equinoccios de septiembre y mayo, se celebraba con pompa la gran fiesta del sol, llamada **Raymi**.¹ Entonces no sólo en el Cuzco, sino también en todas las provincias, los vasallos se dirigían en gran número hacia sus jefes (**curacas**) y se divertían nueve días seguidos,² durante los cuales bandas de indígenas cantaban y bailaban, disfrazados cada uno a su manera y más o menos adornados de plumas. Después de la llegada de los españoles, los religiosos, demasiado hábiles para no aprovechar ese medio de atraer al pueblo no prohibieron esos bailes y disfraces; se limitaron a cambiar aplicación. No se bailó más delante de los Incas, sino delante de las procesiones, en la fiesta (**Santísimo Corpus**), el día **de la Cruz**, de San Juan, de San Pedro, en cada gran fiesta del catolicismo, y los indígenas pasaron, por decirlo así sin darse cuenta, de una fiesta a la otra. Debiendo tener lugar tres de esas fiestas en junio, me regocijé por adelantado de poder, al asistir a su celebración, describirlas, seguro de hallar reunidos el mayor número de indígenas.

La víspera de la fiesta del Santísimo Corpus, oí en mi casa la misma música de tamboriles y flautas que me impresionó en el valle de Corocoro, con la diferencia de que ocho o diez bandas

9 de junio diferentes ejecutaban al mismo tiempo y separadamente, sin acorde de medida y de tono, lo que producía la más horrible disonancia. Fué tan fuerte el ruido durante toda la noche, que no pude dormir. Desde la mañana estuve en la plaza vecina, donde me asombró el conjunto burlesco de los disfraces de cada banda

de danzantes y la originalidad de ese vestido. Unos tenían en la cabeza un monumento de plumas de avestruz tan alto como sus cuerpos; otros llevaban una máscara enorme, que sostenían levantando el brazo. Cada banda, compuesta de ocho a diez individuos, estaba formada de seis a ocho músicos y de dos bailarines. Los músicos tenían en la mano izquierda, sea una flauta de tres agujeros, sea flautas de Pan de diversas octavas, mientras que, con la derecha, golpeaban acompasadamente sobre un tamboril chato y ancho, colgado del lado izquierdo. Con esos instrumentos formaban acordes, o, mejor dicho, cada uno ejecutaba una nota; y del conjunto de esos sonidos, sobre diversas octavas, resultaban aires monótonos y tristes. Los músicos de una de esas bandas llevaban sobre la cabeza una enorme corona formada de plumas de avestruz, y los bailarines estaban vestidos con trajes de arlequín. Otro grupo se componía de hombres disfrazados de mujeres, con un inmenso bonete adornado de espejos y plumas de los más vivos colores, sacadas a los más brillantes pájaros de las regiones cálidas. Los miembros de una tercera banda se distinguían por un bonete chino, adornado de cintas y plumas coloreadas. Esos indígenas, en el momento de la procesión, bailaban delante de los palios y de los magníficos altares levantados en las cuatro esquinas de la plaza y cargados de gran número de vasos y adornos de oro y plata. Los indígenas bailaron y jugaron así sin descanso tres noches y dos días. No podía yo concebir cómo resistían semejante fatiga. El jueves siguiente, día de la octava, las danzas recomenzaron. El 24, día de San Juan Bautista, dieron vuelta a la Plazuela. Los indígenas desplegaron mayor lujo en sus vestidos, pero nada fué comparable a lo que vi el 29, en la fiesta de San Pedro, que tuvo lugar en la barriada habitada sólo por los indios. Además de los disfraces burlescos, había muchos que reproducían los recuerdos a ellos caros y se hacían con las ropas transmitidas sin duda de padres a hijos desde los Incas. Es sabido que el cóndor o gran buitre de los Andes era reverenciado por los antiguos pueblos de la meseta y entre los Incas, como lo testimonian esos pórticos monolíticos de Tiaguanaco, de los que hablaré más tarde, y que lo representan en todas partes. Su veneración por ese pájaro tenía por causa, como se acerca al sol, lo consideraban su mensajero. Lo volví a ver jugando en la fiesta de San Pedro un papel al que jugaba antes en la fiesta del sol.³ Un indio llevaba la piel rodeándole el cuerpo, de manera que la cabeza entraba sobre la suya, y los brazos del hombre estaban atados a las alas, que se desplegaban a cada movimiento, como si volara.

¹ Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib. II, cap. 20, p. 96. 22, p.61.

² Garcilaso de la Vega, *loc.cit.*, VI, cap. 23, p. 200; cap.20, p. 96.

³ Garcilaso, *Comentarios reales de los Incas*. Lib. VI, cap. 20, p. 196.

Un gran círculo de indígenas atrajo mi atención. En el medio se destacaba un descendiente de los Incas, o, por lo menos, uno de los grandes **curacas** (cacique) de los alrededores. Llevaba un manto de terciopelo negro y encima una cota de mallas de tela negra, donde brillaba en el pecho un gran sol en oro; sobre las espaldas¹ y sobre las rodillas se veía una figura humana también en oro. Su cabeza estaba adornada de una diadema de oro, donde brillaban hermosas plumas y un pájaro colgando, con las alas abiertas, como tratando de picotear la cabeza, antes de volar. Ese personaje tenía en la mano una varilla muy larga coronada de flores de plata. Otros dos personajes, revestidos de la misma manera, pero algo menos lujosa, le mostraban la mayor deferencia. Había además, como acompañamiento, tres pajes engalanados con un gran tahalí colgado del cuello y dos portaestandartes, llevando una bandera a cuadros blancos, amarillos, rojos, azules y verdes. A mi llegada, los indios, respetuosamente agrupados alrededor de esos personajes, les ofrecían oficiosamente de beber, lo que hicieron múltiples veces. Los seguí después hacia los altares de las esquinas de la plaza, frente a los cuales los tres Incas bajaron sus varillas y se inclinaron, mientras los portaestandartes agitaban en todas direcciones sus banderas, en señal de saludo. Esas vestimentas, esas ceremonias me parecían que rememoraban antiguos recuerdos históricos todavía queridos por el pueblo esclavizado, y yo me sentí atraído con placer; pero me resultaba penoso observar, al mismo tiempo, el chocante contraste de las risas de desprecio de algunos de los asistentes españoles.

Asombrará tal vez el gran número de fiestas y esa costumbre de los bailes indígenas. Es uno de esos abusos que no pueden reprimirse. He dicho que, para atraer más fácilmente a los indígenas a la religión católica, los jesuitas y otros eclesiásticos esclarecidos aplicaron, en las fiestas del cristianismo, los bailes religiosos de los Incas, concesión de alta política; pero, más tarde, esas fiestas se multiplicaron a tal punto y se hicieron tan obligatorias para los indígenas por las exigencias de los curas de aldea interesados en conservarlas, que constituyen hoy uno de los más fuertes impuestos con que esos desdichados son gravados. Un jefe de familia aymará debe haber necesariamente, una o dos veces en su vida, usado el título de alférez o jefe de una de esas fiestas. Atesora con trabajo, durante largos años, privándose de todo para reunir los fondos necesarios al alquiler de las ropas, a la compra de las bebidas y a la adquisición del derecho que exige la iglesia; y, por lo general, tal indio, después de haber gozado de esa felicidad, se halla, para el resto de sus días, reducido a la más profunda miseria.

La tarde del 24 de junio me brindó un espectáculo muy imponente. Introducida en América por los españoles la antigua costumbre de celebrar la fiesta de San Juan por medio de hogueras, debía fácilmente encontrar imitadores en los indígenas. Estos, que habitan las alturas en los paredones de la quebrada de La Paz, gozaron transportando combustible a todos los lugares poco accesibles; y, como por encanto, en el mismo instante, la profunda oscuridad de la quebrada fue reemplazada por centenares de fogatas, que proyectaban una viva luz sobre los objetos circundantes y producían el efecto más pintoresco.

24 de junio



Danza de los indios aymaraes

¹ Garcilaso, Comentarios reales de los Incas, lib. VI, cap. 20. 196.

A mí llegada a La Paz, me apresuré a escribir a Su Excelencia el gran mariscal don Andrés de Santa Cruz, presidente de la República de Bolivia, enviándole las preciosas recomendaciones de que era portador, y aguardaba su respuesta, antes de abandonar la ciudad. Ella me llegó pronto y me colmo de gozo. El presidente me brindaba toda su protección,² hasta dinero si tenía necesidad, y me ofrecía dos jóvenes del país para acompañarme y un oficial del ejército para hacerme respetar. Le respondí testimoniándole todo mi reconocimiento por esos generosos ofrecimientos, que me permitía ejecutar mis proyectos, haciéndome posible recorrer fructuosamente la República de Bolivia, lo que no habría podido hacer con mis recursos personales. Como nada me retenía ya en La Paz, me dispuse a pasar a la ladera oriental de los Andes, a la provincia de Yungas, apenas conocida de nombre por los europeos y de la que se referían tantas maravillas.

2

He aquí la carta:

Cochabamba, junio, 10 de 1830.

Muy Señor mío,

He tenido el gusto de recibir la apreciable carta de Ud. de 30 de mayo y las recomendaciones que Ud. me incluye de personas a quienes deseo complacer. Ya había sabido yo por mis amigos, Ud. se dirigía a Bolivia, y lo deseaba ciertamente, porque teniendo una positiva estimación por los hombres de genio, me era agradable poder concurrir a que los viajes de que Ud. está encargado tengan un buen resultado, y hagan conocer las producciones de este país, que hasta ahora ha sido ignorado en el mundo.

La más grande recomendación con que Ud. se presenta cerca de mí, es la de estar encargado de objetos tan útiles al comercio y a las artes, por lo que estoy demasiado dispuesto a emplear todo el influjo del gobierno en favor de sus trabajos, y en este mismo correo hago mis prevenciones al Prefecto de ese departamento, pero sería bien que se dirigiese Ud. formalmente al ministerio solicitando la concurrencia del gobierno. Entonces, se podrán tomar algunas medidas en obsequio de su comodidad y se le hará acompañar con un oficial del ejército, y un par de jóvenes del país que le hagan sociedad en las soledades adonde se dirige. Si a más de esto necesita Ud. algunos auxilios pecuniarios o de otro género para concluir su empresa, puede Ud. indicármelo seguro de que el gobierno de Bolivia tiene la mejor disposición para prestarse a tan útiles objetos.

Este país, posee grandes riquezas, principalmente en los reinos mineral y vegetal, y los descubrimientos que se hagan pueden dar un impulso rápido a la industria. Por el viaje que acabo de hacer, y por los demás informes que he recibido, los puntos más a propósito son las provincias de Caupolicán y Yungas, y la de Moxos en Santa Cruz, y en fin toda la montaña colocada al pie de los Andes. Allí encontrará Ud. la naturaleza salvaje en toda su fecundidad y un excelente teatro.

Por lo demás yo doy a Ud. las gracias por los cumplimientos que me dirige y quiero aprovechar esta ocasión para ofrecerle las particulares consideraciones con que soy su afectísimo y atento servidor.

SANTA CRUZ

CAPÍTULO III

Viaje a las provincias de Yungas, Sicasica, Ayopaya, en la ladera oriental de los Andes boliviano

§ 1

VIAJE A LA PROVINCIA DE YUNGAS

EL 17 de julio al amanecer ya estaba yo preparado; pero tuve, no sin viva impaciencia, que aguardar hasta las dos las mulas que debían transportarme; y, seguido de numerosas personas, que me hicieron el honor de acompañarme algunas leguas, abandoné finalmente la ciudad de La Paz. Pasé a un cuarto de legua del villorrio de Poto-Poto, situado en una quebrada que cruza terrenos de aluvión. Ese villorrio, que había visitado muchas veces, está rodeado de campos de trigo y jardines; su quebrada es célebre, con toda justicia, por el oro que en ella se recoge. Ese precioso metal, que ha provocado sin duda antiguas catástrofes en nuestro globo, se halla como en Tipuani, en pepitas por lo general bastantes grandes,¹ diseminadas en los aluviones, que se lavan para extraerlas. El primer villorrio que encontré luego es **Los Obrajes**² distante una legua de La Paz. Allí poseen los propietarios ricos sus casas de campo y sus quintas de frutales. En efecto, el villorrio de Los Obrajes está totalmente plantado de quintas que contienen todas las frutas de Europa y contrastan en la aridez de las tierras vecinas. Marchando por los campos de trigo del fondo de la torrentera, pasé por una quebrada que desciende de la cordillera, y comencé a remontar por la orilla izquierda hasta el caserío de Calacoto,³ donde me detuve a pasar la noche, rodeado de numerosas chacras de cereales y en un lugar tan parecido a Francia, que habría podido crearme transportado a los departamentos del Rhône o de Ardèche.

Al día siguiente, a poca distancia de Calacoto, remontando hacia la montaña, una de mis mulas dio un mal paso y se rompió una pierna. Ese accidente, que estuvo a punto de detenerme, fue por suerte rápidamente reparado. Vimos en los alrededores, junto a la cabaña de indios, una bestia de carga; mi arriero quiso apoderarse de ella por la fuerza. La india a quien pertenecía vino hacia mí llorando y lanzando grandes gritos. Traté primero de apaciguarla con promesas: no quería saber nada y lloraba sin cesar. Pensando que el temor de que no le pagáremos fuera la causa, le di un peso. Nunca vi un cambio tan súbito. No sólo esa mujer secó sus lágrimas, sino que se puso de inmediato a reír, y se mostró lo mejor dispuesta a acompañarme a Palca, donde debía entregarle su mula.

Las montañas vecinas presentan el aspecto más raro. Como están compuestas de capas de aluvión, las lluvias las surcan profundamente en todos los sentidos, y dejan pirámides cónicas, puntas agudas, torres o troneras, cuyo conjunto tiene, en su severidad, algo de muy pintoresco, de muy grandioso; y contrasta con los valles completamente cultivados, uno de los cuales tienen a la derecha el villorrio de Opañá. Marchando sobre cantos rodados, y por una senda muy mala, llegué a la cima de una colina, de donde vi, por última vez, a La Paz. Enfrente, a mis pies, apareció la

¹ He visto esas pepitas, de seis a ocho onzas de peso, mezcladas con muchos pequeños cantos rodados. El propietario de esa explotación retira, todas las semanas, algunas libras de oro.

² El nombre de *Los Obrajes* proviene de una fábrica de paño que se estableció allí, y de la que hoy quedan las ruinas.

³ He dado más arriba la explicación de su nombre. Aquí proviene de la misma causa; las montañas vecinas presentan un montón de piedras rodadas, que permanecen en forma cónica.

profunda quebrada de las **Animas**, y a la izquierda se levantaban montañas de aluvión de los más desgarradas. Hay que descender por caminos horribles, llenos de bloques rodados de asperón, y pasar sucesivamente por muchas quebradas, hasta el lecho que las reúne a todas. Allí se ofreció a mis ojos otro espectáculo. El fondo del torrente sirve de camino; corta, en ese lugar, masas de asperón y de pudingas de la época diluvial, de algunos centenares de metros de altura y cuyas paredes perpendiculares se elevan como altas murallas, del aspecto más salvaje. En ese estrecho abismo, que sigue más de un cuarto de legua, donde el sol llega a mediodía, se destacan los accidentes que las aguas producen en las montañas vecinas, pero con formas más variadas y sobre todo más extraordinarias. Flechas o torres de gran altura, generalmente formadas por una gran piedra, amenazan a cada paso derrumbarse sobre la cabeza del viajero, pareciendo sostenerse sólo por encanto; y su desnudez, su color rojizo, la variedad de sus formas, cautivan obligando a admirarlas. Al salir de esa hendidura, volví a ver con placer el campo. Ascendí una pequeña colina, y vi la gran barricada de Palca, fin del viaje del día.

La falta de medios de transporte me retuvo un día en Palca. No me incomodó, en ningún aspecto, porque deseaba tener una idea de las producciones de esa región elevada de los Andes; por eso consagré la jornada a estudiar los alrededores desde el punto de vista geológico, zoológico y botánico. Por la tarde, en una colina que se levanta a la orilla izquierda, junto a una cabaña de indígenas, tomé dos vistas conjuntas, una del valle en dirección de los Andes, la otra de la iglesia, de sus murallas y de las montañas de asperón de transición de que ella está dominada. Palca, situada a tres leguas de la cumbre de los Andes y uno de los mayores caseríos de la provincia de Yungas, puesto que contiene unas dos mil almas, está ubicada a los dos lados del valle. Esa barriada, exclusivamente habitada por indios pastores, se compone de casitas de planta baja, la mayoría cubiertas de cañas, construídas sin orden a orillas del arroyo o sobre las colinas, a diversas alturas. La iglesia es bastante grande; dentro es notable por las pinturas groseras, entre las cuales se destacan, alrededor de los doce apóstoles, los adornos más burlescos. Fuera, está rodeada de un vasto cerro, cuyas paredes, formadas de pequeños arcos, están provistas en las cuatro esquinas de una capilla, y en el medio de cada lado de una gran puerta de entrada. El campanario, que se levanta en uno de los lados del cerco está completamente aislado de la iglesia; disposición original, poco general en todos los villorrios de indígenas de las mesetas altas. El valle de Palca está completamente desprovisto de aspectos pintorescos; apenas se ven algunos zarzales junto al arroyo o cactus en las colinas. El resto se compone de altas montañas en forma de mamelones, cubiertas de algunas gramíneas o presentando el asperón al desnudo. La naturaleza está aún intacta; y, a excepción de algunos campitos de papas, que como pedazos aparte se destacan sobre el césped de las montañas, todos los alrededores, aún vírgenes, sólo son frecuentados por los pastores. Desde allí las montañas se elevan poco a poco hasta las nieves eternas que coronan a los Andes.

Al día siguiente, partiendo a las seis de la mañana, ascendí lentamente el valle de Palca, siguiendo la marcha pesada de mis mulas de carga. Caminé primero dos leguas y media sobre las cuestas de la orilla derecha del torrente, viendo a esa naturaleza triste, serlo cada vez más, a medida que me elevaba. Al llegar al extremo del valle, en el lugar llamado Ojacucho, mi guía se detuvo un instante, para hacer descansar a las mulas, antes de ascender el último piso que nos separaba de la cima. Estaba rodeado de montañas secas, donde la roca se ocultaba en ciertos lugares, sea bajo algunos fragmentos de césped, sea bajo las nieves eternas. Un silencio solemne reinaba en todos lados, no siendo esas regiones salvajes y heladas frecuentadas ni siquiera por el pájaro viajero. El guanaco o ágil ciervo de los Andes, la gamuza o el camello de esas comarcas recorren las montañas vecinas, que el pastor montañés teme a veces abordar. El último tramo que me faltaba franquear no era el más fácil: una cuesta de lo más rápida, que necesariamente había que escalar por un sendero apenas trazado sobre las laderas al desnudo de una montaña granítica, cuyas hendiduras estaban llenas de hielo. Después de haberme detenido más de veinte veces, a causa de la rarefacción del aire, vi la cruz y la apacheta de la cresta, que me indicaba que íbamos a llegar al punto culminante de nuestra ascensión.

Al llegar a la cumbre de los Andes, la admiración pudo más que el sufrimiento que me causó el frío penetrante que me dominaba, y me hizo olvidar los efectos penosos de la rarefacción del aire.¹ Estaba a tal punto encandilado por la majestuosidad del cuadro, que no vi en un comienzo más que la inmensa extensión, sin poder distinguir los detalles. La vista del Tacora me sorprendió; la del conjunto de la meseta boliviana me asombró; ésta, por sus contrastes, me encantó. No era la montaña nevada, que creí asir; no era esa vasta meseta sin nubes y sin vegetación activa... Todo esto era distinto. Al volverme del lado de La Paz, vi todavía las montañas áridas y ese cielo azul siempre tan puro, característico de las mesetas. En el nivel donde me hallaba, había en todas partes cimas cubiertas de nieve y hielos; pero, hacia Yungas, ¡qué contraste! Hasta quinientos o seiscientos metros por debajo de mí, montañas cubiertas de una rica alfombra verde de césped, bajo un cielo puro y sereno. A ese nivel, una vasta cortina de nubes blanquecinas, parecían un vasto mar que batía los flancos de las montañas, y sobre las cuales los picos más elevados se destacan y representaban islotes. Debajo de esa zona, último límite de la vegetación activa,² cuando las nubes se entreabrían, percibía, a una profundidad inconmensurable, el verde azulado intenso de los bosques vírgenes, que revestían todas las partes del suelo más accidentado del mundo. Dichoso al hallarme rodeado de una naturaleza tan distinta de la que me ofreció la ladera occidental y las mesetas de la cordillera, antes de sumergirse bajo esa bóveda de nubes, quise planear algún tiempo arriba de la región de las tempestades. Empero, mis guías me obligaron a abandonar ese lugar, diciéndome que nos habíamos detenido demasiado y que infaliblemente estaríamos en camino por la noche, observación que no me impidió recoger plantas interesantes³ de esa elevada región.

El sendero serpenteaba, por una pendiente de los más abrupta, sobre granitos en descomposición; ese suelo poco sólido, con frecuencia quebrado por las lluvias estivales, había obligado a construir en todas partes verdaderos escalones hechos de esquistos, sobre los cuales las aguas superiores corrían lentamente y presentaban un obstáculo más al viajero, obligado a descender así tres o cuatro leguas hasta el caserío de Tajesi. Ese caserío, compuesto de una veintena de casa habitadas por pastores, es el último límite de la vida pastoril. A un cuarto de legua más abajo, me hallé en la zona de nubes que me envolvieron de golpe, y vi, al mismo tiempo, el comienzo de una vegetación activa. No sabría expresar el placer que me hizo experimentar ese aire cálido y húmedo que se eleva del fondo de los valles, ese perfume de mil flores confundidas que me llegaba, dilatando mi pecho oprimido durante tanto tiempo por el aire seco y enrarecido de las mesetas. El agua límpida y fresca, después de una sed de los más ardiente, no produce más gozo del que yo experimentaba al respirar; es menester, cierto, pasar por la misma prueba para apreciar esa sensación, que saboreaba con toda fuerza. Pasé a la orilla derecha de la quebrada y continué por la mitad de la cuesta, siempre descendiendo los mismos escalones, por un camino horrible. A cada paso se desplegaba una vegetación lujuriosa. Yo experimentaba una sensación deliciosa, embriagándome con el perfume de las flores, cuyos colores resplandecientes presentaban sucesivamente una mezcla del púrpura más brillante, de azul y de oro, que se combinaban bellamente con el follaje verde intenso; al contemplar esos ligeros pájaron-mosca⁴ que comenzaban a aparecer y a cortejarlas, esos pájaros emblemas de la inconstancia, que, semejantes a mariposas, no se fijan nunca, o revolotean del flor en flor, sin al parecer preferir a ninguna. Todo, hasta los árboles, cambiaba de naturaleza. No eran ya esos troncos lisos de nuestras regiones de Europa, sino troncos cuyas partes se cubrían de plantas parásitas de formas

¹ Ese lugar, a juzgar por la altura de los lugares circundantes y el límite de las nieves, es el paso más alto de Bolivia y se halla a unos 5.000 metros sobre el nivel del mar.

² El conjunto de montañas de esa latitud presenta tres climas completamente distintos, determinados por los vientos reinantes y las barreras que les oponen las diversas cadenas. 1º. En la provincia de Yungas y sobre todo en la ladera oriental de los Andes, las nubes existen siempre, o durante nueve meses del año, sin franquear un límite determinado, detenidas por las montañas. Resultan casi lluvias casi continuas y la más hermosa vegetación del mundo. 2º. Sobre las mesetas no se muestra una nube durante nueve meses del año; pero al llegar el verano, las nubes de la ladera oriental se elevan un poco, y algunas franquean las montañas y pasa, sobre las mesetas; entonces frecuentes tormentas, casi diarias, y por así decirlo a hora fija, vierten (hacia las tres) torrentes de lluvia o de granizo, y hacen nacer una vegetación pobre y achaparrada. 3º. Esas nubes son detenidas por la cordillera occidental, y así resulta que ninguna pasa a la ladera del oeste, donde, como nunca llueve, sólo existe una vegetación artificial. Así la ladera occidental, donde nunca llueve; las mesetas, donde llueve tres veces al año, y la ladera oriental, donde llueve siempre, son las tres zonas bien definidas que existen en los trópicos, en Bolivia y el Perú.

³ La vegetación sólo se compone de plantas que no superan el nivel del suelo, tales como algunas malváceas, valerianas, geranios y violetas de tronco leñoso.

⁴ Maté, en ese lugar, una encantadora especie negra, con bonita mancha blanca. *Orthorhynchus pamela*. Nob.

variadas, cada una de las cuales en particular presenta un jardín botánico entero. Comencé, finalmente, a sentir las dulces influencias de las regiones tropicales húmedas.

Demasiado preocupado por lo que me rodeaba, demasiado exclusivamente entregado a las diversas impresiones de la jornada, no me di cuenta que el sol había desaparecido detrás de las montañas, olvidando que, en esas regiones donde el crepúsculo no existe, la noche, no la noche clara de las mesetas, sino la noche más sombría, la noche de la zona de las nubes, sucede de inmediato al día. La belleza de la naturaleza me había, en cierta manera, ocultado los espantosos caminos que seguía y los peligros de esa ruta sembrada de precipicios, donde el menor paso en falso de la mula sobre los escalones rápidos y regulares, siempre mojados por el agua, podía precipitarme a cuatrocientos o quinientos metros de profundidad en el torrente que oía rugir, o romperme las piernas contra las rocas en las cuales había sido cavado el estrecho sendero. Esos inconvenientes, a los cuales no les asignaba la menor importancia durante el día, aumentaron con la oscuridad. Creí más prudente poner pie en tierra y conducir a mi animal por la brida; sobre las piedras, como estaba a punto de rodar por el precipicio, feliz de poder asirme de los árboles y de salir a salvo a costa de fuertes contusiones o algunos rasguños. No podía, empero, quedarme en el camino; me era necesario seguir a mi tropa, que estaba algo más adelante. Comencé a desesperar de salir alguna vez de esa ruta infernal, dominado por la sed, el hambre y la fatiga, cuando, hacia las ocho, vi a lo lejos una luz que, reanimando mi valor, me dio fuerzas para alcanzarla. Era el pequeño caserío de Cajapi, donde nadie quiso recibirnos. Fuimos muy afortunados al hallar los restos de un galpón, bajo el cual mi tropa se estableció para pasar la noche; y la poca amabilidad de los vecinos indígenas nos hizo permanecer hasta las once de la noche sin comer, no habiendo ingerido alimentos desde las seis de la mañana.

Lo confortable de mi habitación no me predispuso a permanecer en el lecho. Por lo demás, no podía ser indiferente a la primera mañana pasada en una región tan distinta de las tristes mesetas, cuando mañana, en los trópicos, es el momento más delicioso del día, el momento en que las flores se abren, exhalando sus suaves perfumes, el momento en que los pájaros, tan vivamente colorados, recorren las hojas y cantan sus amores; el momento en que toda la naturaleza despierta, la naturaleza animada. El amanecer me vio en el campo, donde pronto el sol lanzó sus rayos. Allí, a pesar del intenso rocío de la mañana, ascendí la colina, o contemplé ese rico valle, cuyas partes, cubiertas de una hermosa vegetación, ofrecen un conjunto de los más variado, donde se reposa deliciosamente con el paisaje que seduce. Allí, olvidando las fatigas de la víspera, todo me cautivaba, me interesaba hasta el extremo, desde el árbol gigantesco, cuya cumbre se eleva hasta los cielos, hasta el humilde musgo, que pisaba a cada paso. Todos los seres eran igualmente nuevos para mí; por eso, no sabiendo a cuál dar la preferencia, me cargaba sucesivamente de plantas, corría tras un brillante insecto o cazaba a los numerosos pájaros que veía. Sería necesario ser muy distinto para no sentir el encanto que puede hacer experimentar y la exaltación que inspira la primera jornada en medio de una naturaleza tan nueva, tan variada y sobre todo tan rica en aspectos. Esas montañas húmedas, bajo la zona tórrida, no se parecen en nada a nuestros hermosos valles boscosos de Suiza o de los Pirineos. En estos últimos, todo es pintoresco; pero ¿pueden compararse esos uniformes bosques de negros abetos, donde el mismo color, el mismo follaje se observa en todas partes, a la mezcolanza de bosques vírgenes de las montañas de Yungas, donde el color es tan variado como el follajes de los árboles, donde los contrastes más intensos se muestran constantemente, sea en la forma de elegantes hojas acuchilladas, enteras, o cortadas a lo ancho, sea en el color brillante de las flores que allí se entrelazan? En nuestros países, el hombre puede a veces ayudar a la naturaleza y embellecerla; aquí, apenas toca algún lugar, la belleza del paisaje desaparece, y las plantas que alinea no podrían, de ninguna manera, rivalizar con las que crecen naturalmente en esos lugares, donde se diría que ellas saben repartirse, para lograr el cuadro más seductor.

Seis leguas me separaban todavía de Yanacachi, primer caserío de Yungas. Hice gran parte del trayecto a pie, para ver mejor y recoger más cosas. Atravesé muchos torrentes por puentes de ramas y crucé dos aldeas, la de Pongo y la de Chojlla. En este último lugar, a orillas del agua rugiente, que se precipita con estrépito en medio de bloques graníticos desprendidos de la cumbre de los Andes, permanecí algunos instantes en contemplación. Aún más hermosa que la

que había visto sobre las colinas, la vegetación estaba sobre todo adornada de magníficos helechos fosforescentes, cuyos penachos, tan elegantemente cortados, caían como sombrilla alrededor de su copa. Esos helechos me recordaron involuntariamente el acueducto del Corcovado, cerca de Río de Janeiro, donde los vi por primera vez. La proximidad de las aguas había atraído gran número de pájaros, uno más brillantes que los otros, cuyos cantos animaban aún más el paisaje y me atraían poderosamente. Tomé la orilla izquierda del río Chacjro; y, por escalones semejantes a los de la víspera, en un pequeño sendero trazado, sea ascendiendo, sea descendiendo, en medio del bosque y de quebradas escarpadas, marché a media altura de la montaña por un suelo de los más desigual, donde de un lado dominaba el torrente de algunos centenares de metros, y del otro, se elevaban murallones escarpados, tallados casi perpendicularmente. Deteniéndome a cada paso, empleó tan bien mi jornada en el trayecto, que recién a la noche llegué a caserío, donde, a la vista de mi pasaporte, fui acogido lo mejor posible por el alcalde y el cura; y pronto, instalado bajo techo, estuve como en mi casa.

Yanacachi, así como todos los lugares habitados de esa parte de Bolivia, fue construido en la cumbre de una cresta aguda, para librar a los habitantes de la humedad excesiva. Es una gran barriada, que, habitada sólo por indios agricultores, no presenta nada de notable; la iglesia es pequeña; las casas, a causa de la desigualdad del suelo, están muy mal alineados. Los alrededores son realmente admirables por la vista de las montañas boscosas y por los torrentes que corren en el fondo de los valles. Todo está tallado allí en gran escala, tanto las montañas como los valles que las separan las primeras son, como lo expresa perfectamente la palabra española **Chuchilla**¹ que les aplican los habitantes, un verdadero filo, sobre el cual apenas hay algunos metros de ancho, donde se parten ambas pendientes. Estas, tan abruptas y a tal punto inclinadas, que a menudo partes enteras del suelo se desprenden y ruedan hasta abajo, muestran al desnudo un esquisto azul en las capas, diversamente inclinadas, formando por su levantamiento masas elevadas, a menudo unos mil metros por encima de los torrentes.

Cinco días seguidos el eco de los alrededores repitió los tiros de fusil que mi tropa dirigía a la gente alada de esas montañas. Esos pobres pájaros, tan confiados, que el indígena jamás molesta, aprendieron por primera vez a conocer el miedo. Eran tan poco desconfiados, habían sufrido tan poco el efecto de las armas, que ante nuestro asombro, los que eran respetados por el plomo mortal, permanecían todavía en el mismo lugar, sin huir del cazador. Muy distinto de los indios cazadores aún salvajes, el indio aymará deja desarrollarse todo a su alrededor; se ocupa de los seres que lo rodean para protegerlos y nunca para molestarlos. De ahí proviene la mayor familiaridad de los pájaros de esas comarcas, que a menudo, a menos de un metro de distancia, se creen en perfecta seguridad. ¡Qué diferencia con nuestros países poblados, donde actualmente el más pequeño pájaro huye del hombre tan pronto como lo ve, como del mayor enemigo de su descanso! Esa tranquilidad de los seres les permite multiplicarse de tal manera que los campos, los jardines, los bosques están repletos de un número considerable de bandadas de pájaros de diversas especies, viviendo cada uno a su gusto, recorriendo incesantemente las montañas y hallando todos un alimento abundante y fácil.

Mi estadía en Yanacachi fue perfectamente empleada en ver y observar, siempre entusiasmado de todo lo que encontraba. Debí, empero, distraerme a menudo de mis ocupaciones favoritas, por la absoluta necesidad de ir a visitar algunos enfermos y por Santiago, fiesta del lugar, que me retuvo mucho tiempo. Durante esa fiesta, los indios, disfrazados y recamados de plumas de todos los colores, bailaron tres días y tres noches seguidas sin parar, ejecutando una música análoga a la que he referido en mi descripción de las fiestas de San Juan y del Corpus de La Paz.

El 26 abandoné Yanacachi, para dirigirme a Chupé. Volví a andar a pie por el sendero de mitad de la montaña; y siempre descendiendo, por un camino de lo más penoso en medio del bosque, encontré en muchos puntos cabañas de indígenas, junto a hermosos campos de bananos, maíz y coca. Chupé está igualmente situada en la cumbre de la continuidad de la misma cresta de

¹ *Cuchilla* proviene de *cuchillo*, que designa particularmente las crestas cortantes de las montañas.

montaña y rodeada de campos cultivados. Fuí perfectamente recibido por las autoridades, que me señalaron de inmediato una casa vacía, donde me instalé. El alojamiento que me dieron estaba, como todos los de la provincia, compuesta de dos pisos. El bajo, destinado a las bestias de carga, nunca se ocupa, sólo lo es el primero; y esto para sentir menos la humedad de esas regiones, donde las nubes, constantemente detenidas por las montañas, dan casi todos los días lluvias abundantes. Una terrible tormenta estalló la segunda noche de mi llegada y debí mantenerme constantemente de pie para preservar mis colecciones de los torrentes que el techo, en muy mal estado, dejaba penetrar por todas partes.

La casa que me habían prestado situada en el extremo inferior del villorrio y a tal punto sobre la cima de la cresta, que de un lado (al sur) al borde del camino, dominaba sobre el río de Chacjro, y se veían más allá muchos afluentes, que, por grados, descendían de las altas montañas todas boscosas y del más alegre aspecto. Del lado opuesto, al norte, por una gran abertura sin ventana, de la especie de granero poco sólido que habitaba, tenía en primer plano un recinto en desorden, donde los más bellos naranjos, de ocho a diez metros de alto, están en todo tiempo cargados de flores y frutos, y constantemente cortejados por numerosos pájaros-moscas; al lado se veían muchos aguacates (papayo), de aspecto pintoresco, junto a numerosos bananos de follajes elegante. Más allá, no se veía al comienzo nada, porque la pendiente sumamente rápida de la montaña me ocultaba las cuestas y hasta el río de Chupé, que corre abajo; pero, del otro lado de ese torrente rápido, a una legua más o menos, tenía también en anfiteatro la montaña opuesta con sus bosques sombríos, donde la abrupta pendiente, en dirección de las capas de la roca, me brandaba el más bello ejemplo del deslizamiento de una gran superficie de bosques, que descendieron hasta el torrente, dejando al desnudo un esquisto azul. Hablo de la disposición de la casa que ocupaba, porque durante tres días seguidos, 27, 28 y 29 de julio, mientras en mi patria, una crisis política ocupaba todos los espíritus. Durante esas tres memorables jornadas, que, bajo los rayos de un sol ardiente, cambiaron de golpe los destinos de Francia, una lluvia continua me retuvo constantemente en mi habitación. Cuando, cansado de escribir, impaciente por mi inacción, contemplaba el campo, mi vista seguía con melancolía esos jirones de nubes blanquecinas, que se elevaban lentamente desde el fondo de los valles, largo tiempo detenidas por los bosques, sobre los cuales se destacaban tan pintorescamente. Las veía sucederse unas a otras en diversas alturas, y a menudo, cuando llegaban a la cumbre, nos envolvían por completo, de tal suerte que los objetos no podían distinguirse a algunos pasos. Interrumpido otras veces por los chillidos de la cotorra parlara, del papagayo hablador o el ligero zumbido del pájaro-mosca, veía a esos pájaros sobre los naranjos, mis vecinas, y entonces, desde mi ventana, me permitía, a mi turno, turbar su reposo, pensando en mi patria, donde podrían figurar un día; en mi patria, donde, en esos días de reclusión forzosa, la querida imagen aparecía en mis recuerdos, sin que supiera si las circunstancias me permitían volverla a ver.

El 1º de agosto, después de haber aprovechado todos los instantes para recorrer los alrededores, dejé a Chupé, a fin de dirigirme al villorrio de Chirca, distante cinco leguas. Luego de esperar, como de ordinario, hasta el mediodía, la llegada de las bestias de carga, me puse en camino con un tiempo cargado de neblina y humedad.

1º de agosto Descendí rápidamente, describiendo zigzags sin número, hasta el pie de la montaña, donde hallé la confluencia de los ríos Chacjro y chupé. El río continúa con el primer nombre; ese célebre, en ese lugar, por la fiebre intermite, que ataca casi infaliblemente.¹ El sendero es encantador y poco en relación con los peligros que oculta; sigue por la orilla del torrente, bajo una bóveda natural formada de los más hermosos árboles, entre los cuales noté y dibujé una palmera,² muy original, cuyas hojas están formadas de hojuelas divididas en grupos y todas trucas en las extremidades, presentando a la vez un aspecto de los más notable y de los más elegante. Volví a ver con el mismo interés esa mimosa de hojas acuchilladas (el Curupaí de

¹ Ese lugar, así como muchos otros de la provincia, es muy conocido por esa molesta afección, que impera en todo tiempo, pero más particularmente desde el mes de diciembre hasta el marzo. Casi todos los habitantes son atacados de ella. Los rostros flacos y amarillos de los indígenas, o sus grandes vientres, indican los terribles efectos de esas fiebres, que diezman anualmente la población indígena y criolla.

² *Martinezia truncata*. Brogn.

los guaraníes),¹ que, en la provincia de Corrientes, se explota con tanto éxito en las curtiembres. Era un antiguo conocido que me agradaba volver a encontrar en medio de ese país, tan distinto, por sus montañas, a las márgenes del Paraná. A la orilla derecha del río, crucé dos afluentes poco provistos de agua y me hallé al pie de una colina abrupta que debía ascender, por senderos horribles, antes de llegar a Chirca, situada en la cima de la montaña; hermoso burgo, más grandes, más poblado y mejor construido que los de Yanacachi y de Chupé. El tiempo era muy malo y los alrededores no presentaban esa hermosa vegetación de mis dos últimas estaciones; por esos decidí no radicarme en Chirca. Quedé, empero, allí demasiado tiempo, puesto que por la noche fui asaltado y cruelmente atormentado por un insecto muy conocido de los habitantes de esos lugares, bajo el nombre de **Binchuca**.²

Chirca presenta uno de los panoramas más hermosos de la provincia. Domina desde gran altura al río Chajro, cuyo valle de los más boscoso se desarrolla a los lejos en contornos graciosos y se pierde en lontananza. A la orilla opuesta se muestran los dos grandes burgos de Milluhuala y Coripata; el primero tan próximo que con un anteojo se ve a los habitantes; el segundo, a dos o tres leguas de distancia, a los sumo: los dos a mitad de la pendiente, en una posición tanto más pintoresca cuanto que todas las colinas de los alrededores están cubiertas, aquí y allí, a todas las alturas en medio del bosque de numerosas chacras cultivadas, con sus campos de coca divididos, a causa de la desigualdad del suelo, por gradas constituidas con piedra seca, como los peldaños de una escalera. Esa disposición de las partes altas de los bosques vírgenes para la agricultura local, presenta un aspecto original, muy notable, que contrasta con el conjunto severo del paisaje.

Chulumani, capital de la provincia, está a tres leguas de Chirca. Me dirigí hacia allí con un tiempo muy malo. Me elevé primero por encima del burgo, siguiendo una colina desde donde

2 de agosto Chirca se ve sobre un montículo aislado, a media altura de una montaña cuyas pendientes recorrí, viendo, de tanto en tanto, hermosas haciendas (chacras) dedicadas al cultivo de la coca, o atravesando bosques en los que cada quebrada está cubierta con toda la lujuria de esa rica vegetación tropical. Dos leguas más lejos, comencé a descender de nuevo por caminos entonces tanto más difíciles cuanto la lluvia desprendía los esquistos en descomposición de que está formado el suelo, y a cada paso, mi mula y yo estábamos a punto de rodar hasta la base de la colina. Llegué así a Chulumani. El gobernador estaba ausente. Fuí, empero, muy bien recibido e instalado en un local perteneciente al gobierno.

Mis colecciones eran ya demasiado numerosas para que pudieran ser transportadas conmigo y debí permanecer en Chulumani el tiempo necesario para ponerlas en orden, tomar notas y enviarlas a La Paz. Lo hice con tanto más placer cuanto que diariamente descubría nuevos objetos y completaba mis nociones generales sobre el conjunto de la provincia más renombrada de toda la República de Bolivia, y, sin duda alguna, una de las más interesantes, en muchos aspectos. Residí, pues, en Chulumani y sus alrededores veintidós días seguidos, durante los cuales trabajé con una actividad, que estimulaba el vivo deseo de volver a emprender pronto mi viaje.

Chulumani, capital de la provincia de Yungas,³ no es empero una ciudad: es un gran burgo, situado a media altura de la montaña, con calles bastante desparejas, casas mal construidas y donde nada es notable. Desde que se le quiso dar importancia, se comenzó la construcción de una vasta iglesia, destinada a reemplazar una de pobre apariencia. Sin embargo, aunque por sí mismo el burgo de Chulumani es poca cosa, no sucede lo mismo con los alrededores, que son realmente admirables. Adosada al extremo de una montaña, se descubre al norte, enfrente, la cadena virgen de San Isidro; y debajo la magnífica quebrada de San Martín, donde el hombre todavía no ha fijado

¹ En Yungas se la llama *Chirca*. Ese árbol da, sin duda, su nombre al burgo de *Chirca*, donde es en efecto muy común.

² La *Binchuca* es una gran chinche, de dos o tres centímetros de largo, que vive en los techos de las casas y por la noche se deja caer sobre las personas y las pica horriblemente. Cada picadura causa fuerte dolor, que se siente durante mucho tiempo.

³ Los indígenas llaman Yungas, en la lengua aymará, a los valles muy cálidos y muy húmedos, favorables al cultivo de la coca; y esa denominación se ha generalizado entre los habitantes; así se llaman hoy Yungas de la Palma, los bosques húmedos del norte de Cochabamba y muchos otros lugares que se hallan en las mismas condiciones.

su morada; al oeste, cumbres boscosas; al sur, gran número de cadenas de cordilleras, que, con sus bosques hasta ahora intactos, descienden de la cordillera. Al este, el paisaje se anima más. La vista franquea las montañas que ocultan profundos torrentes; ve primero, a poca distancia, sobre la segunda cadena, las primeras de Ocovaya; luego, en lontananza, en la cumbre de una gran montaña boscosa, la ciudad de Lanza o de Irupana, que aparece por completo. Desde la pieza donde trabajaba, tenía constantemente ante los ojos esa última vista, y me complací en trazarla sobre el papel como todas las cosas de Chulumani que yo dominaba con la mirada. No sólo podrá ello dar una idea del conjunto del paisaje, sino también establecerá en forma relativa las construcciones del país, que copié fielmente, sin embellecerlas.

El suelo de los alrededores es de lo más desigual. Los paseos brindan, a cada paso, puntos de vista nuevos e interesantes; pero son de los más difíciles, puesto que es menester constantemente ascender y descender por pendientes abruptas, abriéndose un camino en medio de los bosques, o siguiendo senderos trazados que conducen a los puntos ocupados por la agricultura y a las **haciendas** o granjas del país. En éstas, por lo general muy pintorescas y dominando las quebradas, se cultiva sobre todo el maíz, para la alimentación de los habitantes, y la coca como objeto de venta. Esta es, al mismo tiempo, el principal comercio de la provincia y la gran riqueza del departamento de La Paz. Me dediqué sobre todo a conocer ese género de explotación y a seguir detenidamente todo lo que se relaciona con esa planta tan renombrada en el país y que ha sido el motivo de tantos escritos desde la conquista de América.¹

La provincia de Yungas estaba habitada desde antes de la conquista de América, lo que me ha sido demostrado por los restos de antiguas tumbas, pero no se dedicó al cultivo de la coca hasta la mitad del siglo XVI; y desde entonces no ha hecho más que prosperar. Hoy adquiere cada día mayor importancia por ese cultivo y arroja mucho dinero a la ciudad de La Paz, capital del departamento del cual depende. Su superficie es inmensa y sólo se utiliza una parte muy pequeña de su suelo; el resto pertenece todavía a la naturaleza, que aún no ha sido turbada, y a pesar de las montañas, ofrece sin duda alguna medios de existencia cien veces mayores de lo que los

¹ La Coca, o mejor dicho Cuca, de acuerdo a la pronunciación de los indios, reemplaza, en el Perú, al betel de la India. S el *Erythroxylon peruvianum* de los botánicos, pequeño arbusto que llega a tener 3 o 4 metros de alto, y cuyas hojas ovales, alternadas, lisas, están marcadas con tres nervaduras longitudinales. La flor, que aparece en mayo, es pequeña y blanquecina. Célebren la época de los Incas, estaba entonces reservada para la familia real o sus protegidos (*Garcilaso. Comentario real de los Incas*, p. 108) pero, después de esa época, el uso se ha generalizado tanto que constituye la rama más lucrativa de la agricultura local. La coca sólo crece en los lugares cálidos, muy húmedos y muy boscosos, que se llaman Yungas, sobre todo en la ladera oriental de los Andes del Perú y Bolivia. Se eligen en esas regiones los lugares más húmedos; se derriban los árboles y se construyen con piedras secas pequeñas murallas que sirven para retener las tierras en los terrenos en pendiente; y allí, por gradas muy altas, se siembra o se planta la coca. Se siembra a veces en el lugar en diciembre y enero, o se hacen semilleros que se transplatan un año después. Este método parece preferible. En todos los casos, sólo se hace la cosecha de hojas al segundo año de las plantaciones.

Cuando la hoja se endurece, se la cuece, lo que se llama *mita*. Se hacen tres o cuatro cosechas al año. Se sacan las hojas una a una, con el mayor cuidado, para no perjudicar a la planta. Se las lleva a plataformas empedradas, dispuestas a ese efecto, donde se secan parcialmente; demasiado sol no vale nada y se prefieren los días nublados. Cuando las hojas están en ese estado conveniente, se las lleva a los depósitos, donde se acaban de secar, luego se hacen pequeños sestos, que se entregan al comercio.

El consumo de la coca es general. Los indios la llevan siempre en una bolsita (chuspa) que tienen colgada del lado izquierdo. Es para ellos un objeto de primera necesidad. Sin coca, no pueden trabajar; sin coca no pueden realizar ningún trabajo; con la coca, por el contrario, resisten los trabajos más penosos y están dispuestos a todo. En ciertas provincias, los indígenas queman los tallos de la quinoa, formando con su ceniza panecillos, que llaman *llipta*, o toman cal, que gustan de tanto en tanto mientras mastican la coca. La manera de masticar la coca se llama acullicar, consiste en formar una bola de hojas y mantenerla en uno de los lados de la boca, para exprimir el jugo a medida que se humedece, y arrojarla cuando ya no tiene sabor.

Las virtudes extraordinarias de la coca han sido elogiadas, después de la conquista, por el padre Acosta (1591, lib. IV, cap.22, p. 146); por el padre Blas Valera; por Garcilaso de la Vega (*Comentarios reales de los Incas*, lib. VIII, cap. 15, p. 283); algo más tarde por don Diego Dávalos Figueroa (*Miscelánea Austral*, p. 152) y por Ulloa (tomo II, lib. VI, cap. 3). Cada uno ha ido más lejos en sus elogios que sus antecesores. Lo cierto es que, como he obtenido múltiples pruebas, con la coca los indios resisten los trabajos de las minas, en las regiones más elevadas y más frías; que franquean, sólo con la coca y algo de maíz tostado, distancias considerables, cuando son enviados como correos, atravesando las cadenas más ásperas de la cordillera, sin parecer cansados, y llevando durante largo tiempo pesados fardos. Hasta muchos españoles han admitido que el solo consumo de la coca les dio fuerza para resistir en ciertos casos la explotación de las minas en las altas regiones de las montañas. Además del consumo general, los indígenas y la mayoría de los habitantes utilizan la coca como remedio para todos los males, tomándola en infusión para las afecciones interiores, o aplicándola en cataplasma para las lesiones externas.

Con tantas virtudes, puede suponerse la existencia de un extenso comercio de coca en los lugares donde se consume. Así es, en efecto. Un folleto, sin nombre de autor, publicado en 1832 en La Paz, y que tiene por título: *Descripción del aspecto, cultivo, tráfico y virtudes de la Coca*, se expresa en los siguientes términos: "Según un cálculo aproximado, se recogen en Bolivia 400.000 sestos (el sesto es de 25 libras españolas) de coca por año; 300.000 en la provincia de Yungas; el resto en las de Larecacha de Apolobamba y en el departamento de Cochabamba. El precio medio es de 6 pesos (30 fr.) por sesto en La Paz, donde está el depósito general. Resultan así 2.400.000 pesos (12.000.000 de francos) que producen anualmente la venta de coca en Bolivia". Si a esa suma se agregan 241.487 pesos (1.207.435 fr.) que produce anualmente la venta de coca en Perú, tendremos un total de 2.641.487 pesos, o 13.207.435 francos, por año, suma comparativamente enorme en relación a la población, puesto que toda Bolivia tiene a lo sumo un millón de habitantes; habría, pues, que repartir sólo entre la población indígena la suma de 12.000.000 de francos. El número de habitantes puros o mestizos de las provincias que consumen coca puede elevarse, en Bolivia, a alrededor de 700.000 (véase mi trabajo estadístico en "El Hombre Americano", en lo referente a las naciones aymará y quichua), lo que daría, por cabeza, la suma de 17 fr., 14 cent., si los cálculos del folleto son exactos. Podría creerse que lo son, puesto que sólo la provincia de Yungas, por derecho de la coca, paga anualmente al gobierno 148.217 pesos o 741.085 francos (*Iris de La Paz*, no. 8, p. 3).

habitantes poseen actualmente.¹ Todas las temperaturas en la provincia: comprende en Palca las regiones de las mesetas; está dominada por las montañas más elevadas de América, el Illimani y el Sorata; y las pendientes orientales de las montañas reúnen todos los climas desde sus nieves eternas hasta lo más cálidos de la zona tropical. Así de un lado, al oeste, sus producciones son idénticas a las de La Paz, y, por consiguiente, las de los países templados; y del otro, al este, encierra todas las etapas de una vegetación completamente distinta y de los más lujuriosa. Sólo esta parte caracteriza a la verdadera provincia de Yungas, considerada de acuerdo a sus producciones; y allí efectivamente las nubes, constantemente detenidas, mantienen una abundancia humedad, fuente de esa naturaleza tan rica en sus detalles, que voy a tratar de bosquejar.

Hay pocos mamíferos en Yungas. Monos ligeros de variadas especies recorren incesantemente los bosques más cálidos, mientras que manadas de pecarís devastan las plantaciones. Por lo demás los jaguares, así como los otros carnívoros, son allí muy raros; sólo las montañas elevadas alimentan los osos de las cordilleras, con una hermosa especie de ciervo² de pelo duro. Si los mamíferos no abundan, no sucede lo mismo con los pájaros; éstos, como ya lo he dicho, son de lo más numerosos, y no constituyen el menor adorno de la provincia. En efecto, los pájaros de Yungas, tan variados como los vegetales que recorren continuamente, ofrecen a la vez el plumaje más brillante y los cantos más melodiosos. Una multitud de especies de tangaras, de manaquines y de cotingas³ desplegadas en sus bandadas viajeras los más vivos colores púrpura, azul y oro, disputando la copa de los árboles a las cotorras y a los papagayos, cuyo plumaje se confunde con el follaje. Esas bandadas en movimiento, mezcladas a los caciques, los tucanes y a multitud de otras especies, se ven a los lejos, mientras que, en las partes más sombrías, se ocultan a la vez las penélopes chillonas de carne succulenta, el gallo de roca de plumaje de fuego, o el curucú cuyo canto lastimoso contrasta con la voz sonora y las gamas cromáticas tan admirables del organito,⁴ el cantor más perfecto de esos lugares. No terminaría nunca, si quisiera señalar las riquezas ornitológicas de la provincia de Yungas; están realmente por encima de todo lo que se pudiera decir.

La gran humedad y la sombra son poco propicias para los reptiles; por eso sólo raramente se ven en Yungas, donde se pueden recorrer los tupidos bosques, sin temer el veneno de las serpientes. Los peces son igualmente raros. ¿Podrían remontar esos rápidos torrentes, que todavía helados descienden tan impetuosamente de la cumbre de los Andes? Sólo se hallan, pues, en las partes más bajas de la provincia, en el río de Tamanpaya, en el río de La Paz y en el de Coroico, donde los habitantes van a pescarlos como manjares muy buscados. En medio de esa hermosa vegetación se esperaría en vano hallar numerosos moluscos. Las conchillas terrestres son muy limitadas,⁵ y las especies no son ricas en individuos. Me han dicho que los insectos son magníficos en Yungas, y lo creo; pero no habiendo vivido en la región más que en el invierno, no he podido juzgar el hecho por mí mismo, ya que esa clase de seres es muy rara.

Pasemos a la vegetación. Sólo añadiré pocas cosas a lo que he dicho de la inmensa riqueza de Yungas, desde el punto de vista de las formas, aspecto y lo pintoresco de su conjunto. Me bastará hablar de las plantas cultivadas o de las plantas útiles, que son numerosas. Entre las

¹ Su población actual, en 1829, según el *Iris de La Paz*, N° 8, p. 3, ascendía a 39.759 almas.

² Que llamé *Cervus antisensis*. (véase las notas del Informe al Instituto en 1834).

³ Las especies más conocidas son las siguientes: *Tamnophilus aspersiventer*, Nob.; *T. aterrimus*, Nob. *T. mentalis*; *Conopophaga ardesiaca*, Nob.; *Turdus olivaceus*, Nob. *Synallaxis torquata*; *Troglodytes fulva*; *Tachyphonus flavinucha*, Nob.; *Aglala montana*, Nob.; *A. cynocephala*, *A. episcopus*; *Ramphocelus atroseiceus*, Nob.; *Embernagra torquata*, Nob.; *E. rufinucha*, Nob.; *Ampelis rubrocristata*, Nob.; *A. viridis*, Nob.; *Tyrannus ferox*, *T. fumigatus*, Nob.; *T. rufus*, Nob.; *T. melancholicus*, *T. rufiventris*, Nob.; *Todirostrum guttatum*, Nob.; *Muscipeta albica*, Nob.; *M. obscura*, Nob.; *M. armillata*, Nob.; *M. virgata*, *M. cinnamomea*, Nob.; *Setophaga bruniceps*, Nob.; etc.

⁴ El organito, célebre en el país, es el *Trythorus modulator*, Nob. Los caciques son los *Cassicus atro-virens*, Nob.; *C. cristatus*, *C. chrysotus*, Nob. Las urracas, *Carrulus peruvianus*, *G. viridi-cyanus*, Nob. Véanse mis planchas ornitológicas donde esas especies figuran y son descritas.

⁵ Esas especies son *Helix Audouini*, Nob.; *Hopresingena*, Nob.; *H. omalomorpha*, Nob.; *H. ommoniformis*. *Bulimus Inca*, *Tupacchi*, *Thamnoicus*, Nob.; *Hygrochyleus*, Nob.; *Marmorinus*, etc. Véanse los Moluscos, donde esas especies figuran y son descritas.



Vista de Chulumani, capital de la provincia de Yungas

plantas cultivadas se distinguen el cacao, el café,¹ el tabaco, el índigo, el algodón, el maíz,² la coca, la batata, la yuca o mandioca, la gualusa, la ajipa,³ la succulenta sandía, la chirimoya, la papaya o aguacate, las guayabas, las naranjas, tal vez las mejores del mundo,⁴ la toronja, el limón, la granada; muchas especies de bananas, ananás, mucha caña de azúcar, y gran número de otras frutas, cuyo nombre sin duda he olvidado; el suelo es, por lo demás, capaz de producir las plantas especiales de las regiones cálidas de todas las partes del globo, mientras que en el valle de La Paz, junto a Mecapaca numerosas viñas proporcionan un vino delicioso.

La naturaleza salvaje es todavía más rica. Las partes altas de las montañas, que están al mismo nivel de la zona de las nubes, están cubiertas de muchas especies de quinina, que dan esa excelente **cascarilla**, que nuestro comercio lleva todos los días de Bolivia a Francia. En las regiones más escarpadas y más abruptas de las montañas es donde el indígena, corriendo el riesgo de desnucarse, va a buscar es precioso arbusto y lo arranca de las rocas que lo vieron nacer. Algo más abajo, en los alrededores de Yanacachi, crece una planta famosa, el **Matico**, especie de piperácea, cuyas hojas se considera que curan de inmediato las heridas, lo que la hacer ser buscada por los extranjeros, de los cuales es grandemente estimada. El **Vējuco**, especie de aristoloquia con hoja en forma de herradura, goza también en Yungas, después del paso del botánico Hainck, de gran celebridad, como específico contra la mordedura de las serpientes. Podría citar también el bálsamo del Perú, numerosos gomas y resinas, el árbol de la cera, y muchas otras plantas, que ofrecen una aplicación inmediata, sea como drogas, sea como sustancias tintóreas. Los árboles proporcionan no sólo madera de enormes dimensiones, sino también los mejores materiales de ebanistería, el gayac, el acajú, palmeras de toda clase, y la mayor diversidad de colores de madera susceptibles de ser muy bien pulidas y servir para la fabricación de los mejores muebles.

El reino mineral también es importante en la provincia de Yungas. Están los lavaderos de oro de Chuquiaguillo, de Caiconi, en los ríos Tamanpaya y Suri. El primer lugar es sobre todo célebre por la historia de esa famosa pepita de oro que pesaba **cuarenta y siete libras catorce onzas** españolas,⁵ descubierta en 1730, y que el virrey, el marqués de Castel-Fuerte, envió al rey de España. En los cantones de Coripata y Coroico, se recoge ese metal en medio de la misma roca, y hay muchas minas abiertas. Hay también cerca de Irupana, en el esquisto, una antigua explotación de mina de plata, la **Guequere**, citada como una de las más ricas, pero abandonada a causa del escaso sostén de las rocas circundantes. Por lo demás, la composición geológica es poco variada. Las cumbres muy elevadas son graníticas, recubiertas de esquistos que dan hermosas mesas inferiores al asperón siluriano, pero de una extensión inmensa.

¹ El café de Yungas es de la mejor calidad conocida.

² El maíz, en esos lugares húmedos y cálidos, se cosechan incesantemente todo el año.

³ Esas dos excelentes raíces son desconocidas en el Brasil y la Guayana; sería una buena adquisición que debíamos hacer para nuestras colonias.

⁴ Se venden en Yungas cien naranjas por un real (60 céntimos de Francia).

⁵ *El Iris de La Paz*, no. 9, 5 de setiembre de 1829, dice que esa pepita, descubierta por Antonio Bulucua, le fué arrancada a la fuerza y sin pagarle nada por el virrey, así como lo declara el mismo Antonio Bulucua, en su testamento fechado en La Paz en 1779, y conservado en los archivos.

Como salta a la vista las riquezas naturales de la provincia de Yungas son tan variadas como abundantes, y podrán acrecentar en mucho la prosperidad del país, una vez que la industria se apropie de algunas ramas y aproveche los numerosos cursos de agua y sus pendientes, para establecer molinos, aserraderos y toda clase de fábricas. Entretanto, a excepción del cultivo de la coca y del maíz, ninguna de las producciones es explotada, a causa de la dificultad de los transportes y del pequeño número de lugares de colocación. Todo el comercio se efectúa por La Paz. Las dos rutas de Zongo y de Palca, son tan difíciles la una como la otra. Una mula sólo puede transportar dos planchas a la vez y de un peso muy mínimo, dadas las desigualdades del terreno, los escalones que ha que ascender y la escasa anchura de los senderos trazados. A fin de remediarlo, en una visita que acababa de efectuar a Yungas, el general Santa Cruz, amigo de su patria, ordenó la construcción de un nuevo camino; en el cual se trabajaba activamente, cuando regresé a La Paz en 1833. Por otra parte, se ha intentado establecer la navegación del río de Coroico al Beni, y, por consiguiente, a la provincia de Moxos. Esperamos que esos dos proyectos serán cumplidos íntegramente, y que vías más fáciles permitirán exportar, sin muchos gastos, las ricas producciones de Yungas, mientras la navegación, dando a la población la oportunidad de descender hacia las regiones desiertas, no sólo impulsará la civilización, sino también acercará el Amazonas a los Andes, puntos hoy privados de toda comunicación, y sembrarán la ruta de colonias y comercio, hasta hoy desconocidos.

El gobernador de la provincia, don Dámaso Bilbao, enterado de mi llegada, llegó a Chulumani, donde me demostró una amabilidad extrema; me complazco en testimoniarle aquí todo mi reconocimiento. Hasta el 24 de agosto, mi existencia fue de lo más monótona; pero siendo San Bartolomé la fiesta de Chulumani, los indios se reunieron de todos lados, y vi renovarse los bailes de Yanacachi y de La Paz. Esta fiesta, lo mismo que las de nuestros campos de Francia, atrajo de La Paz un buen número de comerciantes, que instalaron provisoriamente sus negocios. Me permitió juzgar el conjunto de la población, cuyas tres cuartas partes se compone de indios aymarás sin mezcla con los mismos usos y costumbres de La Paz; una cuarta parte mestizos y algunos blancos, propietarios de las estancias vecinas. Estos últimos forman la burguesía del país. Recibí tanto de unos como de otros los servicios más desinteresados y la hospitalidad más sincera. Al abandonar Chulumani, lleve conmigo agradables recuerdos.

A pesar de las reiteradas instancias de los habitantes, expedí mis equipajes por la mañana y partí en dirección a Irupana, o Villa de Lanza,¹ acompañado del corregidor de esa ciudad, que

24 de agosto quería hacerme los honores del camino e indicarme el nombre todas las corrientes de agua y de todas las montañas, motivo que me hizo de él un guía muy estimable. Irupana está en apariencia, tan cerca de Chulumani, que con un buen anteojo se distinguen los menores detalles; por eso, ¡cuál no sería mi asombro al enterarme que cinco leguas del país separaban los dos puntos! Es verdad que la vista franquea dos cadenas de montañas y tres torrentes, y que la distancia es por lo menos triple a causa de los rodeos y pendientes. Un horrible sendero me condujo de Chulumani a la base de la montaña, donde encontré el río Haunctata, que se forma en las montañas del sur de la capital. Remonté del otro lado una pendiente empinada hasta la cima de la montaña de Silata, al este de la cual, a media altura, está situado el caserío de Ocovaya, donde no me detuve por falta de tiempo. Descendí hasta el pequeño torrente de Solacama, en su confluencia con el río de Cutusuma, uno de los más caudalosos de los alrededores y de los más notables por la riqueza de la vegetación. Ascendí la cadena de Chicaloma, muy sombreada; y después de descender de nuevo hacia el torrente de Puri, sólo me faltaba ascender la enorme cuesta de Quiliquila, sobre la cual está construida Irupana, donde llegué por la tarde, bastante cansado de mis continuas ascensiones. Empero observé que las montañas compuestas de esquistos desmenuzables son mucho menos agudas

¹ El primero de esos dos nombres es indígena. El segundo fué dado en 1830 por el presidente de la República para perpetuar la memoria del bravo general Lanza, quien, después de haber prestado los mayores servicios al partido de la independencia, en las guerras contra los españoles, sucumbió en la batalla decisiva de Ayacucho.

que las de los alrededores de Yanacachi, lo que se debe evidentemente a la naturaleza de los terrenos.

Retenido por la fiesta, permanecí cuatro días en Irupana. Me fué posible, pues, recorrer, en todos sentidos, los alrededores; pero las inmediaciones de esa pequeña ciudad, una de las pobladas más antiguamente en el país, sufrieron la influencia de la proximidad del hombre y gran número de lugares cultivados o campos abandonados cambiaron totalmente la vegetación, que sólo a gran distancia volvía a tomar su apariencia natural. En uno de esos viajes, atravesé quintas de naranjos de la mayor hermosura, no de arbustos achaparrados, apenas de tres metros de alto, como se admiran en Francia en los alrededores de Grasse y de la bonita ciudad de Hyères, sino verdaderos árboles de diez a doce metros de altura, cortejados por los más bonitos pájaros-moscas, atraídos por el perfume de sus flores. Al atravesar las hermosas chacras cultivadas, hasta la pendiente abruptas del sur de la montaña de Quiliquila, me encontré de golpe al pie de una bella cascada, donde el agua, precipitada desde quince metros de altura de un roca esquistosa, formaba una ancha cortina, que, cayendo con estrépito, cubría los alrededores de una espesa neblina, en la cual se pintaban los más vivos colores del arco iris, cada vez que el sol atravesaba la cúpula de nubes que la ocultaba por lo común a las miradas. La frescura del lugar, la brillante vegetación a que daba lugar, el canto de los numerosos pájaros que atraía, todo me retuvo mucho tiempo, sorprendido sin embargo de no hallar ninguna senda que condujera hasta allí y de ver sitios tan encantadores descuidados por los habitantes.

La composición geológica de las montañas tiene la mayor influencia sobre el aspecto pintoresco de las localidades. Cuando se recorren los Pirineos y los Alpes, se encuentran a cada paso cascadas magníficas que se precipitan desde gran altura. Estaba asombrado de no haber encontrado nada semejante en las cordilleras y los Andes, donde hasta los torrentes, descendiendo por pendientes rápidas, no presentan nunca esos accidentes tan notables que se admiran en Cauterés, del lago de Gob, en los Pirineos. Cuando más tarde me pregunté la explicación de ese hecho, la geología me dió la razón. En los Alpes y en los Pirineos, la cascada de Giessbach en Suiza, las del lago de O, de Bagnères de Luchon y de Gavarnie en los Pirineos, provienen de la dureza de las rocas, cuyas dislocaciones han formado inmensas salientes en gradas, que las aguas no destruyen desde hace siglos, puesto que el granito o la creta endurecida de que se componen resiste al choque más impetuoso. En estas cordilleras la falta de agua sobre la ladera occidental, donde las rocas ígneas podrían también producir cascadas, impide sin duda que se formen; pero, sobre la ladera oriental de los Andes, donde las aguas son de los más abundantes, es, por el contrario, la naturaleza de las capas lo que se opone. El granito está en todas partes en descomposición; los esquistos que lo recubren son por lo general desmenuzables. Resulta así que las corrientes se cavan un lecho inclinado y que sólo son detenidas por algunos pequeños bloques más duros que el resto, que no presentan ni ese aparato de resistencia, ni esas elevadas interrupciones, causa de las grandes caídas de agua de las montañas de Europa. Esa diferencia de dureza de las rocas influye todavía más en el aspecto del país. Las cadenas de montañas de la ladera oriental de los Andes son grandemente abruptas; cada una forma por lo general una cresta casi aguda; pero la roca, al descomponerse fácilmente por la acción del aire, no puede presentar ninguna parte de esos picos agudos, de esas rocas escarpadas de los Alpes y de los Pirineos; también las montañas presentan en todas partes cimas ligeramente onduladas y nada golpeadas ni deshechas.

Ascendí en medio de zarzales hasta la cumbre de las cascadas, y observé que está formada por una capa más compacta de los esquistos silurianos de las montañas vecinas, capa que resiste mejor los ataques de las aguas. Al retornar, atravesé el campo más hermosos, repleto de bananos y de cafetales, sirviendo de vallados a los campos de maíz.

Otro día dirigí mis pasos hacia otro lado. Remonté el ramal de la montaña de Quiliquila, hasta su unión con la cadena de Coripata, de la cual depende, siguiendo la pendiente norte y dominando sobre un vallecito profundo, de los más boscoso y del aspecto más alegre, sobre el cual veía muy de cerca, en la cima opuesta, el gran caserío de Lasa, uno de los mayores de Yungas. En la cima de la cadena de Coripata, la vegetación es completamente virgen y de

incomparable belleza. Descendí por su ladera oriental y anduve largo tiempo por las cuestas hasta la quebrada de Juan de Mayo, donde consagré una parte de la jornada a exploraciones de historia natural. Penetrando bajo la tupida cúpula de los árboles, en medio de lianas enlazantes, y abriéndome paso cuchillo en mano llegué al fondo de la quebrada, donde el sol no penetra nunca. Muchos tipos de árboles crecen, sobre las aguas, a todas las alturas, con sus ramas siempre verdes y conservando su frescura en medio de una temperatura muy elevada. Allí, los troncos de árboles amontonados hacen que las aguas, retenidas por las rocas corran por fuerza lentamente y por pequeñas cascadas, que impregnan el aire de tal humedad, que yo estaba continuamente mojado, el recoger esos hermosos helechos, cuyas hojas acuchilladas se entrelazan con los licopodios. Solo, aislado del resto del mundo, nada en ese lugar salvaje podía turbar mi pensamiento, fuera del dulce murmullo del arroyo y del variado canto del pájaro, que como yo venía a buscar sobra y frescura. Después de haber estudiado largo rato a los huéspedes ligeros de esos bosques, abandoné la quebrada, con la intención de llevar más lejos mi exploración. Anduve por la montaña hasta la cuesta de San Juan de Mayo, de donde dominaba las haciendas más pintorescas, que se destacaban de la naturaleza virgen de los alrededores y contrastan con el aspecto severo de las altas montañas boscosas que veían en todas la direcciones. Recién por la noche regresé a Irupana.

La ciudad de Irupana es, sin duda alguna, el lugar más importante de la provincia, tanto desde el punto de vista de su población, como del de su extensión. Las casas son mucho mejor construídas y hay más burguesía. Su iglesia es grande y domina la mayoría de las casas. Todo revela bienestar y prosperidad. Estaba alojado en casa del corregidor que guardó para mí toda suerte de atenciones.

Habiendo sabido el domingo muchas personas que yo poseía un microscopio, me rogaron insistentemente que les mostrara algunos insectos con ese instrumento. Consentí de buena gana y me establecí en el patio del corregidor. Se asombraron a tal punto, que todos los habitantes se reunieron alrededor mío; y me divertí realmente con la conversación ingenua y las singulares reflexiones de mis nuevos observadores. Me divertí sobre todo mostrando ciertos parásitos a los indígenas, que viéndolos tan feos, juraron seriamente, al menos por el momento, no comerlos, como tienen costumbre en Yungas, así como en casi toda América Meridional, donde esa costumbre es general, sin que se sienta nada de esa repugnancia que se experimenta en Europa por dichos insectos.

El 30 de agosto abandoné Irupana, seguido de los votos de felicidad de toda la población, desde el cura hasta el más humilde de los habitantes, a quien presté servicios, cortándole las fiebres intermitentes. Salvo en las ciudades de La Paz, Chuquisaca y Potosí, no hay en ninguna parte médico que pueda curar a los pobres enfermos, quienes, por lo común, mueren por falta de cuidados, lo que explica la celebridad que, muy involuntariamente, adquirí con tal motivo. Todo francés de acuerdo a la opinión de algunos de los habitantes españoles o descendientes de españoles, es necesariamente médico o relojero; y mi profesión de naturalista implicaba a la fuerza la de médico, sin que por eso dejaran de pedirme muy a menudo que les arreglara los relojes; a tal punto llega la simplicidad de esas buenas gentes.

De Irupana al villorrio de Circuata, tenía por delante unas once leguas del país, sin saber si podría tranquearlas de un solo tirón. Me encaminé a la ventura. Ascendí la cuesta de Coripata, y hallé en la cima en esa dirección muchos campos cultivados, lo que prueba, como he dicho, que las montañas comienzan a ser menos agudas. Desde ese punto, vi de nuevo con gran satisfacción las nieves del Illimani,¹ que se dibujaba encima de montañas boscosas. Lo observé con tanto más placer cuanto que venía a confirmar mis itinerarios, tomados hasta entonces con el mayor cuidado. Dos leguas de rápido descenso, en medio de los bosques tupidos de Curupai y del árbol que produce el incienso, me condujeron hasta la granja de La Vega, tan conocida por la fiebre que

¹ El Illimani está, en ese lugar, al suroeste, 10° este, de la brújula.

ataca casi infaliblemente desde la primera noche, hasta el punto que los indios no pueden vivir allí y el propietario experimenta las mayores dificultades para hacerla cultivar. Más allá de La Vega, en las márgenes poco escarpadas del río de Porocote, los árboles son altos y millares de papagayos y de aras se reúnen por bandadas, siempre compuestas de parejas. Es interesante verlos, vistiendo el mismo uniforme, formar como otros tantos batallones, que hacen resonar los alrededores con sus gritos de llamada, muy distintos de acuerdo a las especies. Los campos de maíz que había visto alrededor de La Vega, los atraían sin duda y esperaban para devastarlos el primer momento de descuido de los vigilantes.

Me sorprendió realmente el espectáculo que ofrecía la desembocadura del río de Porocote en el vasto río La Paz.² En vez de esas márgenes sombreadas y alegres de todos los ríos de Yungas, me hallaba de golpe frente a una playa de media legua de ancho, completamente desprovista de vegetación, y en todas partes cubierta de cantos rodados, traídos del otro lado de los Andes por las grandes lluvias. Creí que una parte de esa naturaleza árida de las mesetas de La Paz, habiendo franqueado los montes, fue transportada por las aguas a ese lugar, donde formaba un contraste de lo más chocante con la vegetación de Yungas. El lecho de ese río, circunscrito entre las dos cadenas de Coripata y del Hospital, presenta a cada paso la imagen del caos. En tiempo de lluvias su amplia superficie está cubierta por completo de agua, que acarrea todos los materiales arrancados a las tierras de aluvión y a las capas diluviales de la meseta. Entonces resulta difícil franquearla. En ese momento el río muy bajo estaba dividido en múltiples bracitos diseminados en medio de cantos rodados, de granito, de asperón y de esquistos amontonados del aspecto más triste. Atravesé diagonalmente y pisé por lo menos dos leguas de ese suelo de transporte, donde nada defiende de los rayos solares, que reflejándose en el color blanquecino de los cantos, hace sufrir un calor sofocante; por eso llegué con verdadero placer a la confluencia de los ríos de La Paz y Miguilla, donde volví a encontrar árboles y sombra.

El río de Miguilla desciende de los Andes y arrastra mucha agua. Cuando se reúne al río de La Paz se ensancha y podría servir a la vegetación, si no estuviera en muchos puntos cerrado entre rocas, obstaculizado por bloques rodados, o embarazado con caídas, a las cuales ninguna embarcación puede resistir. Es con todo el camino que siguen los indios mocetenes, cuando van desde los bosques del interior hacia Yungas. Forman una almadía de troncos de palmeras, atadas con lianas, y remontan así penosamente el torrente, llevando sus víveres en odres de cuero, a fin de no perder nada, cuando la fuerza de la corriente voltea su frágil embarcación, lo que tiene lugar con mucha frecuencia. Durante mi estadía en Chulumani, los indios de esa nación llegaron hasta allí por ese camino, y yo mismo proyecté embarcarme con ellos para ir a reconocer las regiones desconocidas que ellos habitan; pero el gobernador, sin duda en mi interés, se opuso de la manera formal, negándome los medios. Más experimentado después, debía agradecerse de todas maneras; ese viaje, de lo más peligroso, no me habría permitido traer nada, aun cuando hubiese hallado material interesante. Recorrí la confluencia de los dos ríos; admiré las aguas, tan límpidas como las de Rhône a su salida del lago de Ginebra; vi numerosos peces, que muchas personas se ocupaban de pescar, y reconocí no sin placer al **sábalo**³ del Paraná, que tanto se consume en Buenos Aires. En este último lugar, es el pez más común; aquí el sábalo goza de una gran reputación, que debe probablemente a que está lejos de todo medio de comparación.

La orilla izquierda del río de Miguilla, que remonté, me mostró por primera vez desde que estaba en la provincia de Yungas un cambio de forma orográfica y de vegetación. No veía esos torrentes encajonados, que no se pueden seguir por las orillas: hasta tal punto son rápidas sus pendientes. No había esa gran humedad que determina una vegetación activa de lo más variada,

² El curso de ese río se ha convertido, para los geógrafos sistemáticos, en motivo de los errores más graves. Es sabido que tiene su fuente cerca de La Paz y que va a arrojar a uno de los afluentes del Beni, sobre la ladera oriental de los Andes. El río corre al este de los Andes y la ciudad de La Paz debía necesariamente hallarse sobre esa ladera; y, sin otras informaciones, así se la ubica de acuerdo a ese razonamiento, en todos los mapas de Brué, de 1824 a 1836. Pero no es así en la realidad. El río y la ciudad de La Paz, como se ha visto, están en la ladera occidental de los Andes. El río y la ciudad recorren por la meseta una superficie muy grande, al pie del Illimani; luego de golpe aprovechando una gran abertura, franquea la cadena y pasa a la ladera oriental, donde acababa yo de encontrarlo. Ese río y el de Sorata son dos ejemplos interesantes de corrientes de agua que nacen en una ladera de los Andes y pasan luego a la otra, cruzando la cadena.

³ Es la *Paca lineatus*.

mezcla de palmeras, de helechos arborescentes y de una serie de plantas particulares. Aquí las montañas, más redondas y menos complicadas, dejan en los espacios intermedios grandes playas, superficies llanas cubiertas de los lugares húmedos. Ese cambio me interesó y me produjo placer. Caminé bajo una magnífica glorieta natural; empero, mientras la admiraba, añoraba la riqueza de aspecto del río de Chacjro, hallando al conjunto de esa nueva naturaleza demasiado parecido a nuestros bosques de Europa, sin que no obstante se pareciera tanto como para traerme dulces recuerdos. Persuadido de que esa modificación debía aportar alguna variedad en el conjunto de los seres, quise acampar y acostarme a orillas del río de Miguilla. No me había equivocado. Atentas exploraciones me permitieron obtener muchas especies nuevas de moluscos¹ y de pájaros.

No carecía de encanto el sitio donde me había detenido. Establecí mi campamento entre dos brazos del mismo río, en una isla descubierta, rodeada de pequeños zarzales de una sensitiva tal vez la más sensible de todas a los contactos y teniendo ante la vista una hermosa especie de rosal, cuyas hojas se abren en abanico; especie muy común en las regiones tropicales, pero que veía yo por primera vez. Su ramaje tupido caía de cada lado del río, formando una gran cortina, que dominaba la cortina más alta de los árboles de la playa; y el horizonte a derecha e izquierda terminaba en altas montañas. Si seguía con los ojos el curso del valle, tenía ante mí la más hermosa lejanía, sea que mirase hacia la fuente del río, sea que mi vista se fijara en el río de La Paz. Al anochecer, me acosté en la arena con un claro de luna magnífico; y comparando esa noche a las que había pasado en la meseta de las cordilleras, debía hallar tal diferencia, que demasiado absorto en la belleza del lugar por las reflexiones que me traía, permanecí mucho tiempo sin pensar en entregarme al sueño, gozando doblemente de mi soledad y de la calma profunda del desierto.

Al día siguiente, luego de realizar una batida por los alrededores en todos sentidos, reemprendí la marcha. Pasé a la orilla derecha, donde hallé los primeros árboles sin hojas, pues el

31 de agosto

invierno había marcado su paso por el lugar, lo que me asombró tanto más cuanto que no había hallado ningún ejemplo en las partes cálidas y húmedas de Yungas, donde los árboles tienen follaje todo el año. Al

llegar frente a la confluencia del río Miguilla con el Cañamina, abandoné el primero para seguir el segundo, dejando a la derecha el valle de Miguilla, donde las aguas blanquecinas ruedan con estrépito entre los bloques de rocas, y presentan el aspecto más pintoresco. Las orillas del río Cañamina, tanto a derecha como a izquierda, están ocupadas por encantadoras colinas, a menudo cortadas por quebradas que me condujeron al sitio donde el valle se bifurca de nuevo. Entonces sólo me faltó ascender la cuesta de Hulmus, para llegar al villorrio de Circuata.

El villorrio de Circuata, antes floreciente, fue en varias oportunidades completamente destruido por las guerras de la independencia. Apenas terminaba de cicatrizar sus heridas; por eso se compone a lo sumo de unas cuarenta casas que habitan los aymarás, de una pequeña iglesia y de muchas chacras a los alrededores. La posición es encantadora. Está ubicado en la cima de una montaña, donde se dominan dos valles profundos, bordeados de altas cadenas boscosas, cuyas pendientes se dividen en una serie de encantadores vallecitos. Al sur la naturaleza está intacta; en ninguna parte hay cultivos. Al norte por el contrario nos sumergimos en hermosas chacras, donde sólo se cultiva maíz. Permanecí dos días en Circuata, donde múltiples viajes me dieron un conocimiento amplio de las montañas y de sus producciones. Allí como en todas partes el cura y el alcalde secundaron de buena voluntad mis búsquedas y me prestaron todos los servicios posibles.

Enterado de mi llegada, el corregidor del cantón de Suri, de quien depende Circuata, vino ante mí y quiso guiarme hasta Carcuata, situada cuatro leguas más lejos. Descendí una cuesta bastante larga, crucé el pequeño torrente de Chahuara y caminé por el bosque más de una legua,

¹ Los moluscos son los siguientes y figuran todos en la parte especial: *Bulimus yunganensis* d'Orb.; *Helix ammoniformis*, d'Orb.; *H. omalomorpha*, d'Orb.; *Bulimus marmarinus*, d'Orb.; *B. xanthostomus*, d'Orb.

Los pájaros son: *Conopophaga ardesiaca*, Nob.; *Tyrannus rufus*, Nob.; etc.

hasta la cima de la cuesta de Pincaluna. En las montañas hay ciertos puntos donde, de acuerdo a la forma de las cadenas y la dirección de los vientos reinantes, las nubes son más a menudo retenidas que en otras partes, y donde casi siempre quedan estacionadas. Esos puntos ofrecen por lo general una vegetación excepcional, y a veces distinta de la de los alrededores. Tuve un ejemplo en mi camino. En medio de dos cimas, entre las plantas más bellas, hallé con placer helechos arborescentes y muchas especies notables de palmeras con hojas de cañas, cuyo croquis me apresuré a tomar,¹ y recoger las partes transportables, habiendo resuelto completar en Bolivia la historia de esos magníficos vegetales. Siempre bajo la sombra, descendí dos leguas seguidas por la otra ladera hasta Carcuata, villorrio de un aspecto bastante miserable, compuesto de una sola calle sobre la pendiente de la montaña. El corregidor me había preparado una bonita casa, donde me establecí. En el trayecto, dicho funcionario me habló mucho de los osos que habitan las altas montañas vecinas; pero le rogué que me consiguiera mulas para el día siguiente, a fin de realizar esa ascensión, tanto más importante cuanto que, desde la cima debía ver también el Illimani y muchos otros puntos importantes de los Andes.

El 4 de setiembre estaba muy temprano en camino a la montaña del Viscachal,² Descendí la cuesta hasta el río de Suri, que pasé por un puente de ramas. Atravesé más lejos otro arroyo; después comencé a ascender una pendiente por demás abrupta, por la cual sin sendero trazado hacía continuamente zigzags, para disminuir la inclinación de la pendiente, que hubiera sido imposible ascender sin esa precaución; y aunque ya me había acostumbrado a las montañas, nunca había encontrado hasta entonces una tan difícil. Tanto pisaba el césped sobre un espantoso precipicio, tanto cruzaba las espesuras, viéndome obligado a prenderme de la crín de mi bestia, para no caer hacia atrás. Admiraba entonces el instinto y la fuerza de las cabalgaduras de esas comarcas, que trepaban pendientes por las cuales, en verdad, las cabras apenas podrían sostenerse. Después de dos horas de ascenso, nos detuvimos un instante para hacer descansar a nuestras mulas; y, aprovechando un agua límpida, hice sin pan con chuño³ y chalonga una comida muy frugal, después de la cual continué mi camino. Lo que me quedaba por hacer era todavía más difícil, y si el corregidor no se me hubiera adelantado, yo habría seguramente ascendido a pie antes que continuar a caballo; pero lo seguí, en medio de las espinas, dominando la quebrada a más de mil metros de altura, por una pendiente tan en declive, que no veía la continuación de la colina; finalmente, después de seis horas de esa penosa marcha, alcancé la cumbre de la montaña.

A medida que me elevaba, veía las cimas de los alrededores descender en torno mío; y, desde lo alto del Viscachal, la cuesta de Pincaluna y las restantes se convertían en simples colinas sobre las cuales yo dominaba. La superficie que abrazaba mi mirada era realmente inmensa. Sobre ese horizonte de montañas amamelonadas y cargadas de bosques, que se extendían de todos lados, se dibujaban a los lejos cuatro grupos nevados que se elevaban por encima del conjunto: uno (también el Illimani) con su doble punta, que, aunque estaba a un grado o veinte leguas de distancias, parecía muy cercano; el otro, menos alejado, el grupo **de la Cruz**, formado por la continuidad de los Andes, distante más de quince leguas marinas, de donde descendía el río de Suri. Los otros dos puntos nevados que quedan al norte, en medio de las montañas más boscosas y más cálidas, eran los de las **Bacas** y del **Cargadero**, correspondientes a la misma cadena. El radio que se desarrollaba ante mí no tenía menos de veinte leguas; y, si buscaba algún punto de Europa que pudiera ser comparado a éste, creo que lo encontraría difícilmente. La vista de la cumbre del pico del Mediodía, o del pico de Bengonse en los Pirineos, aunque mucho más accidentados por la naturaleza de las montañas, está lejos de abrazar una extensión tan vasta.

¹ *Euterpe andecola*, pl. 2 fij. 2.

² *Viscachal* proviene de *viscacha*, animal del que ya he hablado, y de la terminación colectiva española *al*. La palabra significa *casa de las vizcachas*, como *cafesal* significa, *campo de café*. En aymará, ni reemplaza a *al*; por eso los indios dicen *Viscachani*.

³ El *chuño*, del cual olvidé de hablar en el sitio donde se hace, consiste en papas heladas y secadas luego. Se las pone en las regiones altas al sol, y allí se congelan duran la noche. Al día siguiente, cuando el sol las calienta, se las frota entre sí, se pelan; después se las deja en el suelo, hasta que están enteramente secas; y, en ese estado, son vendidas con el nombre de chuño. De acuerdo al modo de prepararlo, el chuño es negro o blanco. Para comerlo, se los remoja en agua fría; al día siguiente, se lo cocina con papas comunes. Es un alimento bastante mediocre.

En la cumbre de la montaña del Viscachal, creí encontrar una punta o mamelón; pero, cuál no sería mi sorpresa al hallar por el contrario una meseta, una hermosa llanura cubierta de césped y de algunos bosquecillos. La recorrí en todos sentidos para buscar los osos, sin ver el menor rastro. Entré en los bosques, donde recogí los más bellos licópodos y muchas plantas nuevas, sin hablar de dos pájaros¹ de los más interesantes, que veía por primera vez. Habiéndome sorprendido la noche, me vi obligado a regresar a mi cuartel general, donde se encendió fuego, y cada uno se tendió como quiso sobre su montura. El frío se hizo tan vivo, sobre todo hacia la mañana, que aguardé el día con impaciencia. El suelo estaba cubierto de una fuerte helada blanca; y la temperatura era tan distinta de la que había tenido en los valles, que tiritaba hasta que el sol hubo disipado las nubes que envolvían a la montaña.

Cuando finalmente pude ver todos los alrededores, medí una base para conocer la distancia real de la montaña al villorrio de Carcuata, y tomé medidas en todos los puntos importantes de los alrededores. Poco después de recorrer de nuevo la cumbre, me dispuse a abandonarla. Si el ascenso fue difícil, el descenso no lo fue menos; y más de una vez temí llegar abajo más rápido de lo que pensaba. Cuando más tarde recorrí los Pirineos, donde el curso de viajeros no ha hecho abrir como en Suiza caminos de vehículos hasta los glaciares,² los senderos citados por los guías como los peores, no me parecieron comparables a las partes más concurridas de la provincia de Yungas, y en general, a todas las rutas de montaña de Bolivia; mientras que por lo común se consideran impracticables e inaccesibles todos los caminos que yo seguía diariamente en mis viajes; verdaderas sendas, de apenas medio metro de ancho, donde el arte nada ha hecho y donde sólo la naturaleza con sus accidentes aparece sin disfraz.

Al día siguiente abandoné Carcuata, para dirigirme a Suri. Sólo tenía que hacer tres leguas, que fueron pronto cubiertas. Seguí la misma cuesta durante dos leguas, luego, cruzando el río de Suri, junto al villorrio de la **Puente**, ascendí la cuesta opuesta hacia el caserío, cabeza del cantón, situado en la cumbre de una colina muy grande, cultivada en todas partes. Vi pocas cosas para la historia natural, y me vi obligado a permanecer hasta el día siguiente. día de la fiesta del villorrio. Llegaron muchos indios de los campos vecinos, cada uno trayendo su regalo al cura, unos bananas, otros ananás y generalmente todas las frutas del país. Una banda disfrazada, antes de entregarse al baile, asistió también a misa, a la cual yo debí necesariamente asistir. Los indios se habían puesto el vestido corriente de los mocetones de las montañas: llevaban una sencilla túnica sin mangas, bordada por debajo; sobre la cabeza un turbante de plumas y al costado la chuspa o bolsa de la coca, adornada de cintas y de cascabeles hechos con calabazas. Su baile, muy distinto de todo lo que yo había visto hasta entonces, comenzó con una canción quichua, acompañada de cadencias regulares. El compás, ya lento, ya acelerado, siempre es marcado por el ruido de un bastón chato, al que se atan varillas, que se agitan a intervalos. Observé en esa reunión de indios muchos individuos afectados de bocios muy voluminosos; pero comprobé que nunca acompaña a esa enfermedad el cretinismo.

Tenía que andar once leguas del país para llegar a Inquisivi, primer burgo de la provincia de Sicasica. No pude partir hasta el 9, y demasiado tarde para llegar el mismo día. Desde Carcuata, ascendí en dirección a los Andes, y vi poco a poco desaparecer la hermosa vegetación de las regiones húmedas, reemplazada por una conjunto mucho menos variado, compuesto sin embargo de plantas de las regiones cálidas. Suri me había mostrado alrededores en alto grado pintoresco; y, dejando ese burgo, la campaña era cada vez más seca, a medida que marchaba. Seguí las colinas en parte desnudas de la montaña de Subluche, curso arriba del río de Suri, dando la vuelta a todas las colinas, pasando por todas las quebradas, hasta el arroyo de la Plata, donde vi un vasto valle, el fondo del cual es arbolado, mientras el resto está cubierto de tierras de labor; de

¹ *Synallaxis tirquata*, Nob.; *Aglaya montana*, Nob.

² Lo prueba el de Grindewald, en el cantón de Berne.

tanto en tanto, de algunas casitas de indígenas. La naturaleza había cambiado totalmente de aspecto. Nada de esas quebradas profundas, nada de esos bosques húmedos, donde el hombre lucha sin cesar contra la vegetación activa, que vuelve a apoderarse de aquello que abandona durante algunos meses. Aquí la naturaleza, por el contrario, está parcialmente desnuda, y el agricultor halla, sin trabajo, tierras excelentes y pastos inmensos; por eso, yo veía con placer en las cumbres de las colinas numerosos rebaños de ovejas, que acompañaban sus pastores. Al atravesar los campos de maíz y de papas, llegué al pequeño caserío de Charapacce, donde la hora avanzada me obligó a pasar la noche. Acampé junto a la casa de una pobre india y le compré una oveja, que, con una docena de palomas salvajes matadas con dos tiros de fusil, vino a reforzar mis provisiones. Desde mi partida de La Paz estaba reducido, como los habitantes, a beber agua; hasta el pan me faltaba a menudo, puesto que sólo los grandes burgos podían proporcionármelo. Los indígenas y las pobres gentes no se alimentan más que de papas y maíz. Nadie caza en esas comarcas; por eso me resultó fácil pagar, en algunos instantes, la hospitalidad de mi india con una amplia provisión de palomas, que, tan familiares como si fueran domésticas, no huían en lo más mínimo del cazador. Por la noche, quise acostarme en un galpón. Miríadas de pulgas me hicieron salir pronto y preferí el medio del campo alejado de las habitaciones. Charapacce es el último lugar habitado de la provincia de Yungas.

VIAJE POR LA PROVINCIA DE SICASICA

A una legua cuando más del villorrio de Caharapacce llegué a la cima de la cadena de Cocasuyo, que separa las provincias de Yungas y de Sicasica. Es una montaña alta, donde experimenté un frío penetrante y quedé congelado por un viento fuerte y seco, que me recordó a las cordilleras. Había cambiado en efecto por completo la temperatura; y a las regiones brumosas de los bosques húmedos y cálidos sucedió el cielo siempre sereno de las mesetas. Tenía al frente el burgo de Inquisivi, dominado por montañas amamelonadas; debajo el profundo torrente de Cotuma, separado por una pendiente rápida y sobre todo muy larga. Si ponía la vista en el origen del valle, veía al río saliendo de montañas de asperón desnudo, encerrado en un lecho por demás estrecho. Si al contrario seguía el curso de las aguas, veía al valle ensancharse y su curso limitado a lo lejos por una cadena de montañas que lo atraviesa diametralmente. Comencé a descender por estrechos senderos que llenan de dificultades la pendiente y los fragmentos de roca que la cubren. Al principio hallé bosques bastante altos; pero más abajo en el lugar denominado Sila, desaparecieron y fueron reemplazados por pequeños zarzales, por colinas cultivadas, sobre las cuales había pequeñas cabañas esparcidas. Llegué así al río, donde se hacía sentir un calor sofocante, calor tanto más sensible cuanto que yo había experimentado gran frío en la cumbre de la cuesta. Un puente de ramas, cubierto de tierra, me permitió atravesar el torrente, que es muy rápido; sus aguas rugientes, cubiertas de espuma, se precipitan con estrépito a lo largo de murallones azulados, que ellas han cavado en el esquisto. Sació mi sed con esa agua helada, que conserva todavía, en su curso rápido, la temperatura de las nieves. Una legua de cuesta bastante en pendiente me faltaba por hacer, y la hice no sin trabajo, ya que las mulas experimentaban la rarefacción del aire y se detenían cada diez pasos para tomar aliento. Esa cuesta presentaba el aspecto más triste. El invierno se hacía presente en todas partes; los árboles estaban desprovistos de follaje, y sin embargo las flores amarillas, de los que algunos estaban cubiertos, anunciaban la proximidad de la primavera. Todos están cargados de una especie de líquen,¹ cuyas hojas desliadas como una larga cabellera caen de todas las ramas, dando al conjunto el aspecto más raro. Después de haber atravesado esa naturaleza seca y estéril, llegué a Inquisivi. El corregidor me recibió amablemente, me instaló en su propia casa y al atardecer todos los habitantes vinieron a presentarme sus respetos, como si yo fuese un gran señor.

Inquisivi, cabeza del cantón y uno de los mayores burgos de la provincia, está ubicada en una hermosa explanada, a media altura de una montaña amamelonada, de contornos redondos. Se compone de una hermosa plaza, de una iglesia y de algunas casas agrupadas alrededor. Antes mucho más poblada y floreciente, Inquisivi se vió arruinada por completo en diversas ocasiones durante los catorce años de las guerras de la independencia. Los españoles se acantonaron allí, en una fuerte cuyas ruinas se ven todavía, durante largos años, constantemente hostigados por los patriotas, dueños de los campos vecinos. Habría podido recoger numerosos informes acerca de los diversos incidentes de esa larga lucha, porque la conversación de los habitantes no versaba, por decirlo así, más que sobre ese tema; pero el deseo de mantenerme siempre al margen de la política, me hizo abstenerme de entrar en detalles, que no son por lo demás más que de interés local.

Las cimas y las partes elevadas de las montañas vecinas están cubiertas de pequeños zarzales y céspedes, donde pacer constantemente numerosos rebaños. Las partes menos en pendientes están cultivadas y sembradas de trigo y maíz, y el aspecto general es análogo al de ciertas partes de las montañas de los Alpes Bajos. A primera vista debía temer encontrar pocos

¹ Es la misma especie que recogí en Iribicuá, en la provincia de Corrientes.

objetos de historia natural. Sin embargo no sucedió así. Las cuevas en apariencia áridas eran visitadas por las más hermosas especies conocidas de pájaros-mosca. Allí, en efecto, encontré el magnífico safo,¹ de plumaje de fuego, el pájaro más brillante de su familia.

Después de tres días de permanencia en Inquisivi, faltó de medio de transporte, volví a ponerme en camino. Recorrí la continuación de la colina, cruzando dos vallecitos. Se labran todos los lugares susceptibles de serlo, mientras que los valles o las cimas de las montañas muestran en todas partes rebaños de ovejas o de vacas que pacen libremente. Después de dos horas de marcha, llegué a la parte elevada de la cuesta de Huntul, desde donde dominaba la profunda quebrada de Titipacha, del otro lado de la cual, en la montaña opuesta, vi el villorrio de Capiñata, fin de la jornada. La ruta que conducía allí directamente descende la cuesta y sube del otro lado. Como quería ver muchos pequeños caseríos, y sobre todo las minas de plata explotadas, preferí dar la vuelta al valle y hacer el doble de camino. Tomé a la derecha, sobre la colina, pasé junto a la capilla de Titipacha, rodeada de casas de indígenas y de campos labrados; a poca distancia, encontré el caserío de Acutani, donde vi no sin placer en todas partes huertas de duraznos, manzanas y peras en flor, que me recordaban a mi patria. El paisaje, en efecto, armonizaba perfectamente con esos árboles importados del viejo mundo. Los campos de trigo naciente, las vacas y las ovejas en las colinas, y hasta cabañas cubiertas de cañas, todo se parecía a nuestros caseríos franceses de Auvernia o del Lionés. Llegué al río de Tucumariri, que descende de los Andes, y hallé, a su orilla, la capilla del Corachapi, perteneciente a la fábrica donde se explota el mineral de plata de Huala. Vi a unas dos leguas las boca-minas y los montones de escombros.

La explotación es de lo más sencillo. Se trae el material extraído y escogido; se lo reduce a polvo, por medio de dos ruedas de piedra, que giran alrededor de un eje común; se lo pasa por un tamiz, se lo pone en el horno, luego se lo amalgama con mercurio; se lo expone al aire, humedeciéndolo por lo general. Los indios están constantemente ocupados en removerlo; después, cuando se juzga que la amalgama se ha completado, se conduce esa pasta al lugar del lavado, que consiste en un agujero provisto de cuero, donde el agua cae desde lo alto, para lavar y extraer las partes heterogéneas. A la salida de ese agujero, de dos metros de ancho, donde un hombre patatea constantemente, existe un pequeño foso, donde se detienen por fuerza las partículas más pesadas; allí, otro hombre remueve continuamente la mezcla, para separar la tierra. De ese fosito parte un pequeño canal, igualmente provisto de cuero, donde de tanto en tanto hay todavía pequeños fosos, destinados a retener las partículas más pesadas; en la extremidad del canal hay un gran depósito, que cuando está demasiado lleno rebasa su contenido en el campo. El movimiento que se imprime en todos los puntos, separa las partículas más livianas. Una vez terminada la operación, el primer depósito, así como los otros, no contienen más que la mezcla de mercurio y plata, que se presiona para separar de la plata la mayor cantidad posible de mercurio. Se forman así panecillos de diversas formas, que se someten al tostaje para extraer el resto de mercurio. Esos panes son conocidos con el nombre **Plata Piña**. Las leyes del país prohíben con mucha severidad la exportación de plata piña, pues la plata no debe exportarse más que en moneda, y pagando grandes derechos. La plata piña constituye, empero, como se sabe, una de las ramas lucrativas del comercio extranjero, que es muy activo, a pesar de las precauciones que los gobiernos boliviano y peruano toman para impedirlo.

El propietario de la mina puso una amabilidad infinita en mostrarme su explotación en sus menores detalles, y hasta me dio algunas muestras del mineral. Al abandonarle, me dirigí a la mina de Huala, donde hallé las galerías abiertas en el esquistoso azulado de transición. Recorrí la entrada de las más bajas, y no me pareció del menor interés penetrar más adentro. Llegué después a Capiñata, donde el alcalde me dio por alojamiento un granero sin puertas ni ventanas. A mi partida de La Paz, sabiendo que recorrería comarcas donde no se hablan más que idiomas indígenas, el

¹ *Orthorhynchus sapho*. Poesía el primero de esa especie, pero, en Cochabamba, un criado infiel, conquistado por el ofrecimiento de un comerciante inglés de Tacna, cuyo nombre callo, me lo robó, junto con el *O. Gouldii*, que llegaron a Europa antes que yo. Se me adelantaron, pues, en la publicación de esos magníficos pájaros, que yo había descubierto.

aymará y el quichua, llevé conmigo un joven intérprete de esas dos lenguas. Tuve ocasión a menudo de felicitar me de esa precaución, en medio de campos donde nadie habla español. En Capiñata ese intérprete me fue indispensable; no hallé ningún español, lo que no me impidió ser bien tratado y obtener todo lo que deseaba. El villorrio de Capiñata, construido junto a la montaña de Pumulú, está formado de una plaza, una iglesia y unas cuarenta casas de indios. Está a seis leguas de Inquisivi, de la cual depende. Los alrededores me ofrecieron el mismo aspecto y las mismas producciones que en Inquisivi. La paz de que gozan los animales de caza en esas comarcas es tal, que desde la ventana de mi granero, maté todos los que quise, tanto tórtolas como palomas, que venían familiarmente a posarse en medio de la plaza pública.

En la dirección que seguía, al norte de los Andes orientales, me faltaba todavía ser, en la provincia de Sicasica, el cantón de Cavari, cuya cabecera está a ocho leguas. Me puso en camino

16 de setiembre hacia allí. Estuve pronto en la cumbre de la cuesta de Pumulú, donde experimenté un frío muy penetrante. Esa cuesta, como todas las montañas de asperón de los alrededores, es muy redonda a lo ancho y

la cumbre está cultivada por completo. No se parece de ninguna manera a las crestas agudas de los alrededores de Yanacachi y de Chupé. Aquí la cuarta parte más o menos de los alrededores de las tierras es empleada en la agricultura, mientras que en Yungas la agricultura sólo ocupa un terreno muy pequeño en relación al conjunto. Había abandonado del todo la zona de los bosques. Si desde lo alto de la montaña escudriñaba los alrededores, no veía más que bosquecillos espinosos, achaparrados, en la cumbres de las montañas o en el fondo de los valles; por lo demás, no veía más que pequeños zarzales cubiertos de espinas, que crecen con trabajo en un terreno no muy seco. Todas las regiones agrícolas de esa provincia, aunque situadas en la cima de las cadenas, toman en el país el nombre de **valles**.¹ Desde la cumbre de la cuesta se mostraba, al fondo de la quebrada, el río Colquiri. Me creía muy cerca, pero no era así. Descendí dando innumerables rodeos, para disminuir la pendiente, en medio de estrechos senderos, apenas trazados, llenos de piedras desprendidas, que rodaban bajo las pisadas de las cabalgaduras y las hacían a menudo resbalar algunos metros. Esos pobre animales, para resistir a la pendiente y tenerse, avanzan las patas de atrás, como punto de resistencia; así no tropiezan casi nunca. Su instinto en esos terribles caminos es realmente extraordinario. A pie daría trabajo caminar sin tropezar a cada paso, corriendo además el riesgo de rodar algunos centenares de metros hacia la base de la montaña. En mula, por el contrario, uno confía a tal punto en la seguridad de la marcha de su bestia, que se desliza por las rápidas pendientes, se salta por encima de los bloques de rocas o se franquean las grietas, sin que nunca llamen la atención esos accidentes del terreno: es asunto de la cabalgadura y no del jinete, que se limita a ayudarla con las riendas. Durante cuatro horas seguidas descendí, en medio de un suelo pedregoso, salpicado de zarzales de quebrachos, de algunos cactus en forma de árbol y de mimosas espinosas. El campo era tanto más triste cuanto, poco tiempo antes, había sido completamente quemado.²

Toqué, finalmente, las márgenes del río, donde el calor sofocaba. Las aguas, entonces poco voluminosas, de una anchura de veinte metros a lo sumo, corrían con fuerza en medio de una playa de cerca de media legua de ancho, cubierta de cantos rodados y completamente deshabitada, a causa de las fiebres intermitentes que allí reinan, y por la falta de tierra susceptible de cultivo. Es en efecto el más triste lugar del mundo. Me detuve un instante y, contemplando el camino que me quedaba por recorrer, casi me asusté. Estando Cavari del otro lado de la montaña, tenía que ascender por lo menos tanto como lo descendido, por pendientes tan abruptas y por caminos tan malos. Fué necesario, según los cálculos de los habitantes, ascender cuatro leguas, que me llevaron seis horas de marcha, jadeando las mulas y sintiendo a menudo la necesidad de

¹ Casa zona de terreno tiene, en el idioma español, su nombre local particular. Como le he dicho, así, las mesetas muy elevadas, como las de la cordillera y las vecinas a las nubes, se llaman *Puna brava*; las mesetas menos frías o las montañas menos elevadas, son conocidas con la simple denominación de *Puna*; los valles secos, donde se comienzan a cultivar los cereales, se llaman *Valles*, los valles más cálidos, donde pueden crecer la vid y la caña de azúcar, llevan el nombre *Valles Fuertes*; y, finalmente, las montañas boscosas, muy húmedas y muy cálidas, son los *Yungas*.

² Es una costumbre general en América aprovechar la estación seca para incendiar el campo, a fin de renovar los pastos e impedir que crezcan los zarzales. La he observado en Corrientes y en las Pampas; debía volverla a encontrar en el interior de Bolivia. Se cree obtener así una planta más tierna, más apropiada a la nutrición de los animales de carga y destruir a los reptiles, con todos los animales que no puedan huir. Es una verdadera calamidad para el naturalista, que no halla nada, después del incendio.

detenerse. Hallé las mimas plantas, la misma aridez que del lado opuesto; pero la cumbre no da lugar más que plantas gramíneas y a cardones, que han alejado en muchos puntos el cultivo del trigo, de la papa y del maíz. En las partes culminantes del otro lado antes de llegar a Cavari, encontré con interés **chulpas** o antiguas tumbas de los aymarás, más grandes, pero construídas en tierra, como las que vi en Palca. Lo que aquí presentaban de interesante es que, construídas sin duda por los aymarás, puesto que los quichuas practicaban fosos para enterrar a sus muertos, están hoy junto a un burgo, donde no hay más que quichuas, colonia moderna, proveniente del este o del sureste. Yo debía vivir desde aquel momento con esa nación, siendo Inquisivi, de ese lado, el último lugar habitado por la nación aymará. En el fondo del valle, a una hora, el termómetro centígrado daba treinta y dos grados; en la cima de la cuesta de Chulpa Chirca,¹ lo hallé a las seis de la tarde en seis grados. Esa diferencia de temperatura me hizo experimentar una sensación muy intensa de frío, que un viento muy fuerte hacía aún más viva.

Cavari está construído al este de la montaña, muy cerca de su cumbre. Fuí recibido lo mejor que podía pensar por el corregidor, que me hizo compartir su casa. Al día siguiente recorrí el burgo, compuesto de una hermosa iglesia, una plaza y gran número de casas habitadas por indios quichuas. Es la cabeza del cantón de cinco o seis capillas diseminadas por las montañas vecinas; las principales son Cascavi, Charula y Carava. Todos los alrededores están cultivados; y, desde los puntos elevados, el panorama es muy hermoso, pudiendo la vista abrazar una gran parte del curso de los ríos Colquiri y Ayupaya, que se unen algunas leguas de distancia. El aspecto de las montañas situadas al este me pareció tanto más agradable cuanto una corta lluvia, que cayó por la noche, las revistió de una ligera capa de nieve, contrastando con el fondo ardiente de los valles.

Antes de abandonar la provincia de Sicasica, echaré una ojeada rápida a su conjunto. Está situada a ambos lados de la cadena oriental de los Andes; y por consiguiente participa de las producciones de las mesetas y de los valles cálidos. Sin embargo, como lo hemos visto por las partes ya descritas, es completamente distinta de la provincia de Yungas, en cuanto a su vegetación, sus productos, su aspecto pintoresco y la forma de sus montañas. Depende del departamento de La Paz, y hasta una parte de sus riquezas cubre las márgenes de ese río, antes que atravesase los Andes. En los alrededores de Sicasica, sobre las mesetas, hay las mismas producciones que en La Paz; sólo se ocupan de la cría de ganado y el pastoreo de rebaños. Los cantores de Cavari, Inquisivi y una parte de los valles de La Paz y de Caracato, presentan los más hermosos cultivos de trigo, maíz y papas. En esos mismos valles, algo más abajo, se recoge un vino delicioso y caña de azúcar. No dudo que se pueda introducir fácilmente la cría del gusano de seda, y, por consiguiente, ahorrar la considerable salida de fondos destinados a comprar fuera las telas de seda que se consumen en el país. El lino y el cáñamo podrían también cultivarse con provecho en los valles algo más elevados; y esas dos materias primas, junto con la abundancia de la lana, darían nuevo impulso a la industria, en una provincia donde numerosas corrientes de agua y las pendientes de los ríos proporcionan todos los medios posibles para el establecimiento de toda clase de fábricas. Se han limitado, en esa provincia, a la explotación de minas; y durante el siglo pasado la agricultura sólo se ha dedicado a satisfacer las necesidades más apremiantes de los trabajadores. Hoy, que casi todas las minas están llenas de agua y no pueden ser explotadas, sólo se ha podido extender la agricultura; pero queda mucho por hacer para elevarla a la perfección que debe alcanzar, aplicando los conocimientos teóricos de algunos países europeos, como Francia e Inglaterra. La primera medida de progreso sería dejar de prender fuego a los campos, lo que ocasiona el desmonte de las partes boscosas. Allí resulta que las nubes se detienen menos, las lluvias disminuyen anualmente y el agricultor se queja de la sequía que anula su cosecha, mientras que no tendría más que dejar actuar a la naturaleza para lograr, en la economía agrícola, un cambio sumamente favorable.

La provincia de Sicasica es una de las más abundantes en minas de plata. Gran número se explota todavía, como las de Suanca, Pacoani, Calamarca, Laurani, Coacollo, Yuncayancani,

¹ *Chula Circa* es aymará y se compone de *Chulpa*, tumba, y *Chirca*, nombre de una mimosa de hojas aflechadas, que dan la cascarilla; así el nombre de la montaña sería *Mimosas de las tumbas*, denominación que no deja de tener su poesía.

Choquetanga, Corachapi y Acutani, de donde se sacan grandes beneficios; pero las más ricas, las de Colquiri, Antara y Abara, en el cantón de Cavari, de Ayoayo, están hoy invadidas por las aguas. Las minas de oro de Choquetanga y Arava presentan también por momentos grandes beneficios. La explotación de minas es en general muy insegura. El número de personas que se han arruinado por completo es treinta veces mayor que el de individuos que han reportado verdaderas ganancias. Es un juego de azar que los habitantes prefieren a la explotación cierta y segura de la agricultura o de la industria, fuente de toda prosperidad real. Hay principalmente en el rico valle de Caracato, junto al burgo de ese nombre y en Belén muchas fuentes termales, que brindan baños preciosos a los enfermos y producen abundantes concreciones calcáreas, empleadas en la fabricación de cal. Hay en la provincia diez y siete burgos habitados en parte por indios aymarás. Su población es de alrededor de 58.300 almas y sus productos anuales dan al Estado 54.383 pesos (271.915 francos).¹

¹ *El iris de La Paz*, no. 8, 29 de agosto de 1829.

VIAJE POR LA PROVINCIA DE AYOPAYA

En Cavari vi los límites de la provincia de Sicasica, y al mismo tiempo el último lugar habitado del departamento de La Paz, Machaca o Machamarca, donde debía ir, dependiente de la

1830 provincia de Ayopaya, departamento de Cochabamba. Debía también,
Ayopaya durante mucho tiempo, abandonar la lengua aymará, para sólo oír hablar
18 de setiembre el quichua, antiguo idioma de los Incas. Al dejar Cavari, seguí la

la pendiente de la colina¹ unas dos leguas, atravesando siempre tierras cultivadas, sembradas de trigo y maíz, teniendo delante la nieve que cubría las cumbres; a mis pies el río Ayopaya, límite de dos provincias, en las márgenes del cual vi una vegetación que anunciaba los dulces efectos de la primavera. Todo eso se mostraba algo así como un abismo, donde era menester llegar. El sendero trazado, suspendido sobre el río, cruzaba durante mucho tiempo sólo terrenos secos, calcinados, cubiertos de una vegetación pobre, achaparrada, caracterizada por numerosas plantas espinosas; luego esa zona contrasta con las mimosas de color verde tierno, que forman bosques de especies variadas, por su elegante follaje aflechado, por sus bonitas flores amarillas en penachos, cuyo suave olor hace que se las llame **aromas**.² En el fondo de los valles, al abrigo de los vientos del sureste, se experimenta un intenso calor de refracción tanto más sensible cuanto en la cumbre de las colinas el frío es muy intenso, y la transición tiene lugar a lo sumo en algunas horas. Después de haber atravesado el cerco de mimosas que bordea al pie de las colinas el lecho del río, llegué a una gran playa de cantos rodados, en medio de la cual hallé aguas límpidas, que corrían con fuerza en una anchura de veinticinco a treinta metros; aguas engañosas, cuyo aspecto cristalino, así como los encantadores bosques de sus orillas, ocultan influencias pestilentes, fiebres violentas, sea intermitentes, sea continuas, pero siempre mortales en pocos días. Evitadas por los habitantes,³ y hasta se diría, abandonadas de los pájaros, esas alegres orillas, entonces embellecidas por la actividad de la primavera, estaban tristes y silenciosas. Se las atraviesa rápidamente, sin admirarlas, abandonándolas sin lamentarlo para alcanzar las colinas áridas de las montañas.

Ya había observado, y tuve oportunidad más tarde de comprobarlo en todas partes, que la humedad o sequedad de las montañas, con una temperatura semejante, cambia por completo la naturaleza de la vegetación. Cuando son cálidas y secas, se cubren sólo de árboles espinosos de hojas aflechadas, y los cactus constituyen las tres cuartas partes del conjunto de sus plantas, por lo general arborescentes. Cuando, por el contrario, son húmedas y cálidas, como en Yungas, no hay rastros de cactus; las plantas espinosas desaparecen, las hojas aflechadas son más raras, mientras se ve dominar a las hojas anchas y enteras.⁴ Después de haber cruzado el segundo cerco de mimosas, penetré en un verdadero bosque de cactus, que mis guías aseguraron ser frecuentado por los osos, sin que yo viera el menor rastro. Ascendí luego, durante cuatro horas, una cuesta en extremo rápida y llegué al burgo de Machacamarca.

¹ Para designar esa naturaleza de caminos *trazados horizontalmente sobre la pendiente* de una montaña, la lengua española emplea, en vez de una perífrasis, la palabra *ladera*, que todo lo dice.

² Son bosques análogos, por la altura, el follaje y las flores, a los bosques de espinillos de la República de Buenos Aires y a los de la llanura de Santiago, en Chile. Si no son de la misma especie, son por lo menos plantas similares.

³ Se cree por lo general que las fiebres intermitentes no se producen más que en los pantanos o en los lugares donde las aguas se pudren. Ya había observado yo ese hecho en la Vega y en el río de La Paz; lo volví a encontrar aquí en un río cuyas aguas torrenciales corren sobre cantos, sin dejar nunca depósitos en sus orillas; y pude comprobarlo en una serie de puntos, en las regiones secas de Bolivia.

⁴ He creído observar que en los invernaderos particulares, y hasta en los de los grandes establecimientos públicos, no se tiene suficiente cuenta de esos géneros de necesidades de las plantas, que se someten indiferentemente a un calor húmedo. Así se ha desnaturalizado a ciertos cactus, que no se reconocerían más, si se volvieran a ver.

El corregidor del cantón y el juez de paz estaban reclutando¹ en el campo, y sólo pude dirigirme a indios que, poco dispuestos a acogerme, daban a mis preguntas respuestas evasivas. Estaba en medio de la plaza, no sabiendo qué hacer con mi persona, cuando un individuo amable tuvo la bondad de brindarme hospitalidad en su casa, donde tuve las habitaciones mejores que ocupé desde mi partida de Chulumani. Experimenté, sin embargo, algún embarazo. No hallaba absolutamente nada que comprar para comer, y desde las seis de la mañana sin comer nada, todavía tuve que aguardar hasta las ocho de la noche y aprovechar una vez más la amabilidad de mis huéspedes.

Machacamarca, situada a cuatro leguas de Palca y a veintinueve de Cochabamba, era un mayorazgo del marqués de Montemira. Fue catorce años seguidos, desde 1810 hasta 1824, durante las últimas luchas de la independencia, teatro de la guerra. El valiente general Lanza se acantonó allí y resistió todos los ataques de los españoles. Los habitantes perdieron en ese conflicto todo lo que poseían, de lo que se resienten hasta hoy. Carentes de ganado, se ven obligados a consumir sus productos, por no tener medios de comunicación hasta la capital. El burgo nada vale en sí mismo; su gran iglesia sólo es frecuentada el día domingo, habiendo a los sumo doscientas almas repartidas en unas cuarenta cabañas, habitadas por los indios quichuas. El resto de la población está distribuida en cinco anejos² y en numerosas haciendas. El panorama es muy pintoresco por el valle de Ayopaya, que domina las montañas que coronan el valle.

Al día siguiente, algunos tiros de fusil en medio de bandadas de palomas y tórtolas, que viven apaciblemente alrededor de las casas y hasta en la plaza, me proporcionaron algunas docenas, de las cuales ofrecí una parte a mi huésped y conseguí provisiones para la jornada. Un sendero estrecho, de subida muy rápida, en medio de una naturaleza poco variada, me condujo a una garganta profunda, donde hallé con placer bosquecillos de ese árbol que había encontrado en la cumbre de la cordillera, junto a la cuesta de Delingui; árbol original, de follaje trunco, cuya corteza amarillenta, de cuatro a seis centímetros de espesor, se compone de capas muy numerosas de hojuelas finísimas como el más fino papel, en extremo lisas y que en la superficie están desgarradas, meneándose a merced de los vientos y presentando el aspecto más original. Serpenteando por senderos tortuosos y pintorescos, abandoné esos bosques por la región de las gramíneas, de las que todas las cumbres están cubiertas, y llegué al punto más alto, donde se ofreció a mis ojos un panorama inmenso y de lo más hermoso. A la izquierda, una garganta cubre un bosque sombrío; más abajo, un gran valle cultivado, que va a desembocar más lejos en otro valle cuyo curso no podía ya ver por encima de las altas colinas; y terminaba todo en la línea del horizonte con una vasta cadena de montañas, cuyos picos, altos y contados, estaban entonces cubiertos de nieves de una blancura brillante, en contraste con la región de los pastos, que se perdía a lo lejos.

Mientras observaba así todo lo que se me presentaba, mis bestias de carga y su conductor tomaron la delantera. Me hallé ante dos caminos. Como nada me orientaba, resolví tomar el mejor trazado; pero pronto, al ver a mi pies el burgo de Palca Grande, me di cuenta de que me había equivocado, y que esa era la ruta de Cochabamba. Volví sobre mis pasos, y dos horas más tarde descendí a Palca. Uno de mis guías me había precedido. Era domingo. Todos los habitantes estaban reunidos en la capital de la provincia. Vieron llegar un hombre, un extranjero, con un fusil. El gobernador estupefacto lo encarceló provisoriamente, sin querer oírlo. Pusieron también mis efectos bajo la vigilancia de la policía, y los tres únicos fusiles del lugar, cubiertos de herrumbre, fueron puestos en condiciones, como si se tratara de hacer frente a una agresión. Cuando yo llegué, se agruparon de nuevo a mí alrededor. Se manifestaba de todos lados la más viva

¹ En el país, los blancos se exceptúan del servicio militar; los indios también, siempre que paguen una contribución personal. El reclutamiento sólo tiene lugar, por lo tanto, entre los mestizos indígenas llamados Cholos o los mestizos de negros conocidos con el nombre de *Zambos*. Como nadie sirve de buena voluntad y no existe ninguna ley de reclutamiento, se dirigen los reclutadores armados al campo, donde saben que existen hombres en condiciones de prestar servicio militar; se cercan las casas, se prende a los hombres y hasta se los ata, y se los conduce así con buena escolta, hasta la ciudad próxima, donde encerrados en presiones reciben las primeras lecciones. En general la aversión al estado militar llega en el país al máximo. Como la hospitalidad del país a nadie deja morir de hambre y los vagabundos siempre hallan quien los mantenga en la ociosidad, hace que prefieran, aun careciendo de ropas, esa existencia libre a la disciplina militar, que odian por encima de todo.

² Esos anejos son los siguientes: Fuisonga, Sampaya, Cuti, Caimani y Usungani.

curiosidad, y tres hombres armados constituían un acontecimiento tan grande, que, a pesar de mi aire de autoridad, tuve la mayor dificultad en abrimme paso entre la muchedumbre y dirigirme a casa del gobernador, a quien, después de mostrarle mi pasaporte y las órdenes del gobierno, le reproché su falta de hospitalidad con los extranjeros. Ese gobernador era, bajo el aspecto más miserable, el más rico propietario de los alrededores, lo que lo envanecía algún tanto. Se dignó, empero, darme un alojamiento, y se mostró al día siguiente muy dispuesto a servirme, sin duda con el objeto de hacer olvidar su conducta de la víspera.

Situada en el fondo de un valle y junto a la confluencia de muchos arroyos, Palca Grande está rodeada de campos de maíz y trigo. Es un burgo distante veinticinco leguas de Cochabamba, y cabeza de la provincia de Ayopaya. La iglesia es suficientemente grande; pero las casas, bastante mal construidas, son verdaderas cabañas de planta baja.¹ Se ven cerca del burgo las ruinas de la antigua iglesia, destruida durante la revolución de Tupac Amaru; y se asegura que trescientos españoles, mujeres y niños, fueron masacrados sin piedad por los indios. Su población es indígena o mestiza de quichuas, siendo allí poco numerosos los españoles. Los habitantes de los valles están afectados por grandes bocios, que no se complican nunca cretinismo. Los productos de la provincia son idénticos a los de Sicasica; sin embargo, la cosecha de cereales es aquí más abundante. Existe una rica explotación de lavado de oro en Choquecamata, donde las pepitas son muy grandes, y se han realizado actualmente trabajos importantes en el fondo del río, para explotar esa tan copiosa fuente de riquezas. Se ha descubierto también recientemente una mina de plata en los esquistos de las montañas próximas a la capital; pero no mostró continuidad en los filones. En general, la provincia de Ayopaya sufre todavía las consecuencias de las guerras; la población es poca en relación a la extensión de las tierras agrícolas, que no sólo podrían alimentar a cien veces más habitantes, sino también ofrecer las mayores ventajas a las explotaciones de todo género, por medio de sus aguas corrientes y la variedad de temperatura de que gozan, desde la de las nieves eternas hasta la de las regiones más cálidas. El gusano de seda daría, según creo, amplias cosechas.

Dediqué un día a recorrer los alrededores y hacer observaciones en todas las direcciones. Paseándome por el burgo noté muchos grupos de indios ancianos, de ambos sexos, sentados a la redonda, que parecían comer maíz sin tostar. Me llamó la atención. Me dijeron que masticaban el maíz para hacer chicha. Esa explicación nada me explicó y pedí otras. En el departamento de Cochabamba el gusto por la chicha, especie de licor fermentado hecho de maíz, es tan pronunciado, que constituye un artículo de primera necesidad, al mismo tiempo que un gran placer. Objeto de todas las reuniones del pueblo, es también bebida por los ricos propietarios, como tendré ocasión de decirlo más adelante. Para satisfacer ese gusto, hace falta maíz triturado; pero por refinamiento los aficionados a la chicha creen que el maíz mascado es infinitamente mejor. Los mestizos lo prefieren así, y los propietarios de mayorazgos o de haciendas tienen hasta hoy derecho a exigir de sus indios,² de acuerdo a lo convenido, uno o dos quintales de maíz mascado por año, para hacer la chicha. A ese efecto, los pobres indígenas están obligados, como los que veía, a emplear días enteros en ese trabajo, que es por lo general la tarea de los ancianos, ocupándose los jóvenes de otras cosas, consideradas más penosas. Nada más raro que ver a ocho o diez personas, tomar constantemente un puñado de granos de maíz, metérselos en la boca, triturarlos hasta aplastarlos y mezclarlos con la saliva. Lo escupen después y lo colocan a su lado sobre un cuero, en montoncitos llamados **mascadas**, a medida que progresa la operación. Se reúnen, al fin de la sesión, los montoncitos secos en bolsas, hasta obtener la cantidad exigida por el señor o propietarios de las haciendas. Habiendo experimentado yo mismo, en ciertos momentos de escasez, cuán cansador resulta triturar así granos tan duros, y siendo interesante comprobar hasta qué punto pueden emplearse los dientes, logré plenamente más tarde, como simple broma, que algunos de los mascadores del día me mostrasen la boca. Todos tenían los dientes gastados hasta

¹ En 1787, según Viedma, p. 16, cuyo manuscrito original poseo, esa población era, comprendida la de los cinco anejos, de 1.197 almas, de las cuales 911 indios pagaban el tributo anual de 750 pesos (3.750 francos). El cura tenía una renta de 1.500 pesos ó 7.500 francos.

² Resulta doloroso pensar que todos los campos parcelados, así como todas las grandes haciendas, no pertenecen a quienes los cultivan, sino a esos grandes propietarios que reemplazan a la nobleza y tienen prerrogativas sea sobre las comunidades, sea como rentistas, sobre las rentas; mientras que ningún indio posee un pedazo de tierra.

las encías, y presentaban una superficie lisa, sobre la cual se veían las cavidades constitutivas. Me sorprendió también la pérdida enorme de saliva que debía hacer sufrir esa masticación forzada, hecha para el estómago de otro.

Habituado a no asombrarse nunca de la diferencia de usos y costumbres que encontraba, no podía empero, acostumbrarme a ésta; e hice a mi interlocutor algunas observaciones sobre la repugnancia que debía causar la idea de semejante preparación. Me respondió sin asombrarse que si gustaba de la chicha, olvidaría la fabricación, y que además la fermentación todo lo corregía. Poco dispuesto, por el momento, a comprobar el hecho, debía contentarme con la respuesta. La chicha se hace con maíz triturado o maseado, que se pone con agua. Se la somete, según creo, a una cocción, luego se vierte a beber. Es una bebida muy nutritiva que, para mantener la existencia, sólo requiere agregar muy pocos alimentos.

El cura de Palca, hombre amable e instruido, me hizo una visita. Tuve un verdadero placer en hablar con él. Siendo su conversación sobre cualquier tema que tratara, alegre, entretenida y completamente exenta de afectación. Ya había notado, en algunos curas de aldea, especialmente en el de Suri, ideas muy justas y conocimientos.

Abandoné Palca, para ir a dormir a la capilla de Santa Rosa, alejada de allí cuatro leguas; atravesé colinas cultivadas de tanto en tanto y trepé aquí y allí hasta casillas habitadas por indios.

21 de setiembre

Por desgracia, habiendo tenido mala suerte con las autoridades locales, desde que toqué el departamento de Cochabamba, no me fué mejor en Santa Rosa. El corregidor del cantón llevó la grosería al extremo de no querer darme ni un techo bajo el cual descansar. Después de hacerle justos reproches, pedí hospitalidad en una cabaña de indígenas y me establecí en un galpón, donde pasé mucho frío por la noche. Estaba frente a un brazo de los Andes cubierto de nieve y sólo separado por el río Ponacaché. Al día siguiente me dirigí hacia Morochata, límite de la provincia, distante ocho leguas de Santa Rosa. El aspecto de las montañas es allí realmente imponente. Desde el lecho del río, donde el sol produce un efecto de irradiación original, veía sucederse las zonas de vegetación: las del cactus abajo, luego los zarzales, reemplazadas más arriba por un césped que se extendía hasta el pie de las nieves, que dividen los picos diseminados sobre la cadena, tan lejos como la mirada puede extenderse hacia el norte. Después de haber cruzado los cantos de la playa, tomé la ladera de las montañas nevadas, remontando hacia los Andes orientales, atravesando lugares sembrados de campo de maíz y trigo, hasta el caserío de Chinchiri. Me hallaba delante de altas montañas, formadas de asperón siluriano rojo y violeta, dispuesto en capas casi horizontales cuyo corte, hecho perpendicularmente encima de la quebrada, presenta el aspecto más pintoresco. A medida que uno se eleva, se ven desaparecer los cactus. Algunos árboles se muestran hasta el caserío de Parangani, donde los campos de trigo se suceden, así como muchos molinos de agua, alimentados por el derretimiento de las nieves, que forma muchas quebradas de pendiente sumamente rápida desde la cumbre de los Andes. El valle se estrecha mucho. Vi también algunos campos; luego, al pie de una alta cadena de asperón, cortada a pico en el valle, divisé finalmente el burgo de Morochata, objetivo de mi viaje de aquel día. La mayor pobreza parecía reinar en ese villorrio, donde sólo se cultiva la papa y la cebada: tan elevado y próximo está a las cimas nevadas y frías.

No me faltaba más que cuatro leguas del país, desde Morochata hasta la cumbre de los Andes orientales, límites naturales de la provincia de Ayopaya. Ascendí el valle, reducido entonces

22 de setiembre

a una simple quebrada de los más encajonada, compuesta al norte por un corte escarpado de esquistos, y al sur por asperones cortados también perpendicularmente, quedando la quebrada constituida por los más hermosos cortes de filones que he conocido. A poca distancia del villorrio, los cultivos desaparecen, y volví a encontrar la zona de los pastos, donde todas las plantas se reducen al césped. La senda se hacía cada vez más difícil. Logré sin embargo, después de detenerme cada diez pasos a causa del enrarecimiento del aire, llegar hasta el nivel de esas enormes masas de esquistos desnudos, que contrastando con las nieves que los recubren, presentan el aspecto más imponente y más severo. Puse pie en tierra, para observar mejor, y recogí muchas plantas

interesantes, así como nuevas y preciosas informaciones sobre la geología de esa cadena desconocida de los geógrafos. Sentí el frío más intenso y tal efecto del enrarecimiento del aire, que apenas pude dar algunos pasos sin ser detenido por fuertes palpitaciones. Esas cumbres representan puntos elevados y desgastados, que constituyen el levantamiento de capas de esquistos y de filados, todos desprovistos de vegetación cubiertos de nieves y hielos. La cadena se ve desde la copa en la dirección del noroeste, hasta dónde puede llegar la mirada. Cuando se llega a la zona tórrida, hasta el nivel de las nieves permanentes, es imposible no experimentar, ante el aspecto de esa naturaleza salvaje e inanimada, una fuerte emoción por así decirlo independiente de la voluntad. En lo que a mí respecta, sea que a esas masas, de aspecto grandioso, atribuye ideas de catástrofes ingentes, de dislocaciones de la corteza terrestre que las hayan provocado, sea que me inspiren un alto grado de respeto, al mismo tiempo que una viva satisfacción causada por la vista de una vegetación muy peculiar, me sentía afectado de una gran exaltación, cada vez que en mis ascensiones llegaba a esos puntos culminantes del nuevo mundo.

Crucé por dos estrechos pasos del mismo nivel, más elevados sin duda que el paso de Gualillas,¹ a juzgar por la falta de vegetación y por la nieve. Llegué a un tercer paso, donde de golpe me sumergí a algunos millares de pasos en los ricos valles de Cochabamba y Cliza. Ningún contraste me resultó más impresionante con las rocas donde me hallaba; era la naturaleza triste y silenciosa, y la vida más activa, la animación de todos los puntos. Eran, rodeados de colinas áridas, dos inmensas llanuras cultivadas, sembradas en todas partes de casas, de bosquecillos, donde se distinguían un gran número de burgos y una gran ciudad, a la cual sus edificios daban el aspecto de una reina en medio de sus súbditos. Nada, en efecto, puede compararse a la sensación que producen esas dos inmensas llanuras, o, por mejor decir, esas mesetas cubiertas de casas y de cultivo, ubicadas en medio de una naturaleza quebrada y seca, que se extiende a más de treinta leguas a la redonda, y se pierde en el horizonte. Se cree ver la tierra prometida en medio del desierto, el más hermoso cuadro rodeado de un marco sencillo, pero severo, que hace destacar aún más sus riquezas. Si había experimentado vivas impresiones ante las bellezas salvajes de la naturaleza grandiosa de Tacora, de la meseta boliviana y de las montañas de Yungas, donde la vida no participa en nada del conjunto, puesto que no aparece nada realizado por el hombre, ¡qué debía sentir ante esos campos animados, esas llanuras cubiertas de edificios, esos ricos campos, que me recordaban mi querida patria!

¹ La vegetación y la proximidad de las nieves me hacen pensar que ese paso está a unos 4.800 metros sobre el nivel del mar.

CAPITULO IV

*Cochabamba y sus alrededores.- Viaje a Santa Cruz de la Sierra,
por las provincias de Cliza, Mizque y Valle Grande.*

§ 1

COCHABAMBA Y SUS ALREDEDORES

LOS primeros pasos que di al descender los Andes orientales, me condujeron a la provincia de Quillacollo, de la cual depende la parte occidental de la hermosa llanura de Cochabamba. Como andaba por penoso sendero,¹ estaba poco dispuesto a observar lo que me rodeaba. Descendí maquinalmente sin ver nada, con los ojos puestos en el valle, cuyas riquezas parecían crecer a medida que me acercaba. Después de dos meses pasados en las montañas, donde me hubiera sido difícil encontrar una superficie horizontal, de sólo media legua de ancho, estando todo el terreno formado de pendientes más o menos abruptas en todos sentidos, experimentaba tanto más placer en contemplar la llanura, cuanto que veía

23 de setiembre

en ella mucha semejanza con las hermosas regiones agrícolas de Francia. La vista de la cúpula de iglesias, de los campanarios de los conventos de Cochabamba, me dio la esperanza de gustar algunos momentos esa existencia intelectual de que había estado privado largo tiempo, y de la que sentía una verdadera necesidad, antes de hundirme, tal vez por años, en el centro del continente americano. Después de tres horas de macha, abandoné la quebrada rocosa y desemboqué en la llanura. Era tarde, y tuve que detenerme no lejos de allí, junto a una humilde cabaña de indígena, donde fui recibido con toda la bondad imaginable, y pudieron conseguirme víveres, consistentes en carne salada y maíz.

Mientras descendía, ví a los indios prendiendo fuego en muchos lugares de las colinas; esos torbellinos de llamas y humo se elevaban al aire y me ofrecían también aquí un espectáculo imponente a causa de la mala costumbre que tienen los americanos de quemar todos los años el campo, con el objeto de renovar la hierba. El viento del sur que sopló por la tarde reanimó el incendio. La noche, sin luna, era muy sombría, y experimenté un verdadero placer al ver esas oleadas de fuego que descendían de lo alto de las montañas a las quebradas, donde encontraban pocos alimentos; parecían entonces torrentes de lava que corrían con lentitud del cráter de un volcán. De acuerdo a la naturaleza del combustible, las llamas cambian de color, de violencia y de forma, y toman, a cada instante, un aspecto nuevo. La viva luz que expanden por las montañas se extienden a lo lejos, a menudo hasta las cumbres nevadas, que se ven surgir, de tanto en tanto, de en medio de una espesa nube de humo, cuando el viento la disipa. Entonces es cuando la luz avanza hacia la llanura y aclara una parte, dejando la otra sumergida en tinieblas muy espesas.

El 24 atravesé inmensos campos de trigo y maíz, en una campaña sembrada en todas partes, al lado de numerosas huertas de durazneros, olivos, higueras y sauces, presentando el conjunto el aspecto de nuestra Provenza. Llegué así, por una pendiente muy suave, hasta el gran burgo de Quillacollo, cabeza de provincia y el más poblado del valle, después de la capital del departamento. Es muy extenso y cada casa está rodeada de jardines y cercos; por eso se buscaría allí en vano esa regularidad habitual en las ciudades españolas de América. De Quillacollo hasta Cochabamba la llanura es más libre y hay menos árboles, pero ni una ola parcela de tierra sin cultivar; los campos están en todas partes aquí y allí cubiertos de pequeñas cabañas de tierra, rodeadas de cercos de la misma naturaleza, que ocupan los indios; cabañas idénticas a las que los

¹ Hallé en ese lugar el árbol cuya corteza parece papel.

primeros aventureros encontraron en esa parte del nuevo mundo, y cuya forma redonda en cúpula y la abertura única dan a la campaña un sello muy especial, que recuerda al europeo que no está que no está en su ambiente, a pesar de estar rodeado de una vegetación importante y en nada indígena. Después de haber pasado cerca del villorrio de Colcapirgua, llegué pronto a los arrabales de Cochabamba, que comparados a lo que había visto en algunos meses, me anunciaban una gran ciudad y me hicieron experimentar una viva sensación de placer. Atravesé una parte de la ciudad, hasta la casa de un comerciante que me habían recomendado, y que, encargado de conseguirme alojamiento, se había ocupado de hacerlo, eligiéndome una casa cómoda, pero sin muebles, donde me instalé de inmediato. Me arreglé algo para presentarme en casa del intendente de policía y en la del prefecto, a fin de estar después libre en mis acciones.

El valle de Cochabamba¹ ha sido, en todos los tiempos, habitado por indios quichuas agricultores que, hace siglos, estuvieron sometidos a un cacique de la misma nación, llamado Chipana, cuyo nombre se transmitía de padre a hijo.² Ese jefe sostuvo, en defensa de los límites de su jurisdicción, guerras cruentas con el cacique Cari, igualmente soberano de la provincia de Tapacarí, que limita al oeste con la de Cochabamba. Como esas disputas empobrecieron a ambos guerreros, resolvieron someter sus diferencias al arbitraje del Inca, cuyo poder y justicia habían oído alabar. En el siglo XIII, Capac Yupanqui, quinto Inca, llevó sus conquistas hasta la provincia de Paria,³ donde los caciques enemigos le enviaron diputados para pedirle su intervención.⁴ El Inca los acogió muy bondadosamente, envió sus parientes a los lugares en litigio, después asignó sus respectivas jurisdicciones a Chipana y Cari, estableciéndose como soberano de las dos provincias y sometiéndolas a su creencia. Cochabamba, al gozar de paz, floreció; la agricultura tomó allí todavía más extensión⁵ hasta la llegada de los españoles, época en que, después del derrocamiento de los Incas y de los otros jefes naturales, la provincia y sus habitantes fueron divididos entre esos aventureros, que los sometieron a la esclavitud y se repartieron a los indígenas como podrían hacerlo con ganado. La envidia de un lado, la falta de disciplina del otro, hicieron pasar de mano en mano las tierras y sus antiguos poseedores, hasta el momento en que el virrey de Lima y la Audiencia tuvieron bastante ascendiente en el país como para sancionar leyes y hacerlas cumplir desde lejos.

La fertilidad del valle estimuló a los españoles a establecerse allí en 1565. Luis de Osorio fundó un burgo con el nombre de San Pedro de Cardeña,⁶ pero en 1579,⁷ el virrey de Lima, don Francisco de Toledo, cambió esa denominación por la de **Villa Oropesa**,⁸ aplicando el nombre de su familia a la nueva ciudad, que llevó sus armas. Cochabamba, poco rica en minas, en comparación con La Paz, Chuquisaca y sobre todo Potosí, adquirió poca consistencia política, estando la agricultura muy por debajo de los inmensos beneficios que producía la explotación de las minas y no siendo sostenida la industria por los gobiernos. Permaneció, como simple residencia de un corregidor, bajo la dependencia de Lima, hasta 1776, en que se instituyó el virreinato de Buenos Aires, del que Cochabamba dependió, a pesar de estar alejada más de setecientas leguas de su nueva capital. Seis años más tarde (1782), el virrey de Buenos Aires, enterado de la importancia agrícola de Cochabamba, hizo de ella cabeza de una intendencia, a la cual incorporó la provincia de Santa Cruz, con las antiguas misiones de Moxos y Chiquitos, encerrando así en

¹ *Cochabamba* es un nombre corrompido de la lengua de los Incas o lengua quichua, proveniente de *Cocha-pampa*, de *Cocha*, lago, laguna, y *Pampa*, llanura. Traducción literaria: el lago de la llanura, o mejor dicho, *llanura inundada*. Es, en efecto, lo que sucede en la estación de las lluvias.

² Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib. III, cap. XIV, pág. 89.

³ La provincia de Paria está hoy en el departamento de Oruro.

⁴ Cieza de León, *cap.* 100; Garcilaso, *loc. cit.*, lib. III, cap. XIV.

⁵ Vi, en la cima de las montañas vecinas, los restos de inmensos trabajos que los antiguos indios ejecutaron para conducir, por medio de canales, las aguas de la meseta al valle. Esos restos revelan el poder y la gran población de la llanura de Cochabamba en esa época.

⁶ Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib. III, cap. XIV, pág. 91.

⁷ Según el *Iris de La Paz*, no 16 p. 2, 24 de octubre de 1829, la ciudad habría sido fundada en 1572; la *Crónica de San Agustín en el Perú*, lib. III, cap. 37, fol. 722, dice que en 1677, pero fecha más segura es 1579, que saqué de los archivos de Cochabamba, de *El primer libro del Cabildo*, que comienza el 20 de junio de 1579.

⁸ *Oropesa* es un nombre empleado en los mapas, pero que nunca fué aceptado por los indios, ni tampoco por los españoles del país, que la llaman siempre ciudad de Cochabamba. Esos dos nombres hicieron creer a muchos de nuestros geógrafos que se trataba de dos ciudades, y es curioso ver figurar, una al lado de otra, la ciudad de Cochabamba y la de Oropesa, como se observa en los mapas de la América Meridional de Brué (1826) y en muchos otros.

sus límites mucho más de la mitad del antiguo Alto Perú, superficie igual a las tres cuartas partes de Francia. Cochabamba dependía entonces de la Audiencia de Charcas. Esa ciudad, después de la rebelión de Tupac Amaru, recibió por sus importantes servicios, el título de **Ciudad**, con el epíteto de **leal** y **valerosa**, que le confirió Carlos III. Sin embargo, esos títulos no la enriquecieron, pues la industria fue poco estimulada. De creer a Viedma,¹ se hallaba en 1793 en la mayor miseria. Sufrió mucho, lo mismo que las otras ciudades, durante la guerra de la independencia. Después de la emancipación definitiva y de la creación de la república de Bolivia en 1824, se convirtió en lo que es hoy, la cabeza del departamento de Cochabamba,² perdiendo las provincias de Moxos, Chiquitos y Santa Cruz de la Sierra, la última de las cuales fué erigida en capital de departamento.

La ciudad está situada en el extremo oriental de una llanura de alrededor dos leguas de ancho por siete de largo, circunscripta al norte por un brazo de los Andes, que se eleva hasta las nieves eternas; al sur, por montañas secas y poco elevadas. Esa meseta forma un valle cerrado al oeste por las montañas, al este por las colinas, que la separan por un lado del valle de Sacaba, y por el otro del valle de Cliza. Está cruzada por el río Rocha que viniendo del valle de Sacaba, pasa junto a la ciudad, y por el río Tamborada, que tiene su origen en el valle de Cliza, y va a unirse al otro río entre Colcapirgua y Quillacollo. Esos ríos se desbordan en época de lluvias, mientras que están casi secos en invierno.

La ciudad de Cochabamba, con sus arrabales, ocupa una vasta superficie. El gran número de sus cursos de agua y jardines, la multitud de casas de un solo piso, la hacen aparecer infinitamente más poblada de los que es en realidad.³ Está perfectamente trazada, dividida en bloques o **cuadras**, por medio de hermosas calles de nueve metros de ancho, las principales bien empedradas. Hay dos grandes plazas, la **Plaza Principal** (situada en el centro de la ciudad), alrededor de la cual hay cuatro iglesias, la casa de gobierno o Cabildo, y, en medio, un surtidor de agua. Está adornada, además, con sauces recientemente plantados, destinados a refrescar, cuando crezcan con sus sombras; es, sin duda alguna, la más hermosa plaza que pueda verse en cualquiera de las ciudades de la república. La segunda plaza es la de San Sebastián, situada casi en los suburbios. Reina la mayor limpieza, gracias a la vigilancia de la policía. Sin embargo, por falta de local apropiado, esas plazas, lo mismo que en La Paz, sirven también de mercado y están ocupadas, ciertos días, de toda suerte de productos de los alrededores, transportados por los indios.

Los monumentos consisten en iglesias. Se destacan sobre todo la Matriz, construída de piedra, y la iglesia del antiguo colegio de los Jesuitas (dividida en tres naves), la más hermosa de todas; después vienen las iglesias de Santo Domingo, de San Francisco, de San Agustín, de la Merced, de San Juan de Dios, de la Recoleta, pertenecientes a otros tantos conventos de hombres; las de Santa Clara y las Carmelitas, donde viven hermanas de esas órdenes. Además, está el Cabildo, gran construcción de una arquitectura muy sencilla. En el centro de la ciudad hay muchas casas de un piso, construída con ladrillos crudos, todas provistas al exterior de grandes balcones de madera, que se prolongan por una parte de la fachada; pero esas casas disminuyen de apariencia a medida que se alejan de la plaza principal. Son al principio bastante grandes, compuestas sólo de planta baja y cubiertas de tejas, después terminan por no ser más, en el campo, que pequeñas cabañas construídas de tierra y cubiertas de cañas. Los establecimientos públicos son: un colegio de ciencias y artes, fundado por el general Sucre, muy apoyado por el presidente Santa Cruz; un colegio de jóvenes huérfanos, otro para huérfanos, una escuela de enseñanza mutua, dotada por el Estado y un hospicio para pobres.

El domingo siguiente a mi llegada, recorrí una parte de la ciudad, acompañado del doctor Barrionuevo, culto médico, recibido en Francia, y que quiso servirme de cicerone. Me impresionó ante todo el raro vestido de las mujeres, de acuerdo a las diferentes clases sociedad. Las mujeres

¹ Informe general de la provincia de Santa Cruz de la Sierra (manuscrito).

² Hoy el departamento se compone de las provincias de Quillacollo, Tapacarí, Ayopaya, Cliza, Arqué y Mizque, que corresponden a nuestros distritos.

³ El Iris de La Paz, no. 16, eleva aproximadamente la población a 23.500 almas. En 1793, Viedma, p. 9 (manuscrito citado), la eleva a 22.500 almas, de las cuales eran 6.363 españoles, 12.980 mestizos de indígenas, 1.600 mulatos, 175 negros y 1.182 indios quichuas puros.

ricas, con nuestras modas francesas más o menos atrasadas, llevan los cabellos cayendo sobre los hombros y divididos en una serie de trencitas cuyo conjunto es bastante agradable; nada

27 de setiembre

llevan, por lo demás, en la cabeza; pero usan, por lo general, un rebozo español o los hermosos chales de seda de nuestras fábricas de Lyon. Las mujeres de los artesanos mestizos tienen también los cabellos divididos de la misma manera y la cabeza cubierta de un sombrero de hombre, blanco o negro, lo que es poco gracioso y choca a los extranjeros. El resto del vestido no es de mejor gusto. Sobre un corsé de lana llevan un rebozo o echarpe de lana de vivos colores, rojo, rosa, verde, amarillo, siendo más preferidos los tintes más brillantes. Esas polleras son tableadas para aumentar el espesor, y bordadas con cintas, cuyo color contrasta con el resto. Cuanto más rica es la persona, mayor es el número de sus polleras. Así sucede por lo general que parece, por ostentación, tan ancha como alta y rodar antes que caminar. No debe buscarse en las mujeres la menor gracia en el modo de andar, ni ninguno de esos rasgos tan destacados de las españolas. La moda bajó su tiránico imperio ha velado en ese lugar por completo a la naturaleza, disfrazando todas las formas bajo un ajuar tan incómodo como feo. Los vestidos de las indias y de las mestizas más pobres son algo distintos.¹ Los cabellos se llevan igual, el corsé y el rebozo sólo tienen un color más sombrío; las polleras, mucho menos numerosas y de telas negras, llevan pliegues más grandes. La cabeza está cubierta de una **montera**, especie de sombrero de género con grandes alas, con la punta levantada adelante y atrás, terminando en punta arriba, alto, cuyo conjunto recuerda involuntariamente el sombrero de Polichinela. Esas monteras me parecieron tan extraordinarias que creí al principio que se trataba de un disfraz burlesco. A veces esas mujeres usan monteras de hombre, especie de casco redondo, con piezas de cuero de variados colores, pequeñas alas, provisto, atrás, de una ancha correa que cae sobre las espaldas, y cuya forma no es menos extravagante. Los hombres de sociedad visten a la francesa, los indios y mestizos llevan el poncho corto, un chaleco redondo sobre una camisa de lana, y un calzón abierto de ambos lados, que baja la mitad de la pierna, dejando aparecer unos calzoncillos que llegan más abajo. El resto de la pierna está desnudo.

Mi guía me condujo hacia la **Pampa Grande**, gran plaza ubicada casi fuera de la ciudad. La organización completamente novedosa de una guardia nacional que maniobraba, atraía entonces allí mucha gente, y pude observarla a mis anchas. Ví a numerosos habitantes de la ciudad de uniforme gris, poniendo en el ejercicio un celo que revelaba el más ardiente patriotismo. Cerca de Pampa Grande hay una pequeña colina llamada **Cerro de San Sebastián**. Encontré todavía paseantes, que tomaban allí el fresco. En la cima, elevada de cien a ciento cincuenta metros sobre la llanura, y sobre la cual hay bancos, goce de un panorama magnífico. Dominaba toda la ciudad y descubría el conjunto de sus alrededores, de los más pintoresco y llenos de contrastes. A la derecha, las colinas de San Pedro, tristes y áridas, sin ningún rastro de vegetación; frente, detrás de la ciudad, el bonito caserío de Calacala, con sus árboles verdes, lugar de cita de los paseantes, sitio elegido para los paseos campestres de los ciudadanos; la huerta del valle, cuyas suculentas fresas (frutillas) son famosas en el país; a la izquierda en lontananza los grandes burgos de Tiquipaya, de Colcapirgua, de Paso y de Quillacollo. En todas partes, en el valle, casa dispersas, árboles aislados, campos cultivados, praderas siempre verdes, contrastan con la suave temperatura de que se goza en la ciudad. Admiré largo rato, sin cansarme de recorrerla con los ojos, esa hermosa campiña, semejante a las de Francia. Debiendo abandonar por la noche mi observatorio, regresé con la muchedumbre. En Cochabamba no hay hoteles, ni albergues, ni siquiera cafés; sin embargo, pueden tomarse helados en algunas casas. Se ve en toda época ir a buscar materia prima para ese refresco en la cima de los picos vecinos, en la medida de las necesidades, sin pensar en construir heladeras, ya que la naturaleza provee de todo.

Una tarde vi pasar a una muchedumbre de mujeres y niños corriendo con rapidez detrás de una mujer que tenía en la mano una bandera blanca, que agitaba d tanto en tanto, a manera de saludo, delante de otra persona, que cargaba un paquetito cuidadosamente envuelto. Pregunté de qué se trataba. Me dijeron que era un ángel que se iba al cielo y que llevaba a la iglesia. Recordé

¹ Pueden verse esos vestidos en la plancha Nº. 47.

entonces los **velorios** de Corrientes y no me llamó la atención; era la misma costumbre. Los padres que pierden un niño de corta edad, lo colocan sobre un altar. Invitan a los amigos conocidos; cantan, hasta bailan, beben sobre todo mucha chicha, después acompañan con mucha pompa al cadáver del niño a la iglesia, sin que los padres demuestren tristeza, persuadidos de que es un ángel que vuelve a la morada celestial. Otra vez, distraído en mis trabajos por el ruido de la música que pasaba bajo mis ventanas, tuve la curiosidad de mirar. Era una novena a la Virgen, que ví repetirse durante nueve días. Un buen número de músicos iba delante; una mujer con un incensario en la mano marchaba detrás, precediendo a otras dos mujeres, que llevaban un cuadro de la Virgen, todos seguidos por un numeroso cortejo.

El idioma general de Cochabamba es el quichua. Los indios no conocen otros. Los mestizos de ambos sexos sólo saben algunas palabras de un pésimo español. La lengua quichua está tan extendida hasta en la ciudad, que, en la intimidad, es la única que se habla. Las mujeres de la sociedad burguesa poseen una idea muy incompleta del castellano, que no les gusta hablar; por eso el extranjero, que no puede aprender de la noche a la mañana el idioma de los Incas, se halla a menudo en gran embarazo. Ahora que las escuelas se multiplican, que la educación se extiende más entre las mujeres, ellas serán, sin duda, con los medios naturales de que están dotadas, tan amables, tan sensatas en la conversación y de una sociedad tan agradable como lo son los hombres cultos del país.

Nada igual la pasión del pueblo por la chicha; es un verdadero furor. Los indios y los mestizos no se contentan con consumirla continuamente, con beberla en la comida o para refrescarse; buscan también todas las ocasiones posibles en las fiestas religiosas, para reunirse y beber, día y noche, a menudo durante varios días, entregándose entonces a los mayores desórdenes. El consumo de ese licor les hace perder todo freno y los conduce a satisfacer todas las fantasías que les pasan por la cabeza. Sin embargo, puede decirse, en favor de su carácter, que si entonces son relajados al máximo, en lo que respecta a los propósitos y acciones que pueden conducir al acercamiento de los dos sexos, siempre están alegres, difícilmente se pelean y se golpean aún más raramente. Parece que ese licor tiene sobre ellos una influencia del todo benigna, en comparación a los terribles efectos que trae en Europa el abuso de nuestras bebidas espirituosas, mucho más fuertes. Si el pueblo ama la chicha, los otros miembros de la sociedad no la desean menos; y eso se concibe, porque como son educados por las indias, no se privan de nada; por eso, el consumo es general,¹ así como la costumbre de las **meriendas** o colaciones. Invitado un día por el comerciante español al cual había sido recomendado, a una de esas meriendas, no quise perder la ocasión de conocer ese género de reuniones. La compañía de la mujer del comerciante, nacida en el país, de muchas de sus amigas, de uno de los más importantes comerciantes ingleses de Tacan, de los parientes y amigos de la casa. Trajeron chanchos de la India asados y grandes fuentes de papas con una salsa espesa, compuesta de pimienta colorado. Sirvieron; insistieron sobre todo en la salsa de pimienta para estimular la sed, y trajeron ollas de una chicha que consideraron excelente. Confieso que la imagen de los indios masticadores de Palca se presentó ante mí con toda fuerza y me hizo retardar, lo más posible, el instante de llevar el brebaje a los labios. ¿Qué hacer? Negarme hubiera sido descortesía. Era necesario que lo ejecutara con una sonrisa, y que me plegara una vez más a los hábitos locales, por más desagradables que me parecieran. Por lo demás, cuando veía a un inglés echar al olvido, para complacer a su huésped, su orgullo y hábitos nacionales, por lo general tan exclusivos, habría sido muy mal visto que yo, viajero francés, me hiciera el difícil. Me inmolé, pues; sin embargo, como los vasos nunca permanecían vacíos, comían siempre pimienta para excitar la bebida y veía todavía un mar de chicha que se disponían a engullir, pretexté una cita a las diez de la noche, y pude, con mucho trabajo, abandonar la merienda, sin esperar el desenlace, que preveía poco agradable. Lo que más me asombró fue ver que dejaba a mi buen inglés. Tan buen **chichero**² como el mejor de los cochabambinos.³

¹ Según Viedma, página 9, se consumen anualmente 200.000 fanegas de maíz en chicha.

² Bebedor de chicha.

³ Personas nacidas en Cochabamba.

El habitante de Cochabamba, siempre tan dispuesto a divertirse y embriagarse con chicha, es, en los viajes, el hombre más sobrio y sobre todo más económico. Tiene, por encima de todo, un espíritu emprendedor y viajero. Así como se encuentran en todas partes paraguayos (habitantes del Paraguay), se ven igualmente, en toda América, cochabambinos, distinguiéndose en eso de los habitantes de otras provincias. Comerciantes por excelencia, a quienes nada les importa las fatigas, hay en todos los caminos, mestizos con sus mulas o con sus asnos cargados de mercaderías, que van a vender a todas partes. Por lo general, sus provisiones consisten entonces en una bolsa de maíz tostado. Se detienen en lugares deshabitados para hacer pacer sus bestias o viven en la ciudad con la más estricta economía, a fin de ahorrar dinero para sus familias, para cuando llegue el momento de compartir los placeres con ellas. Sí, aprovechando sus aficiones mercantiles, sus disposiciones de hombres de empresa, un gobierno estable y amigo del progreso quisiera estimular el establecimiento de fábricas de tejidos de lana, de algodón, de hilo y de seda, cuyas materias primas abundan en el país, o pudieran fácilmente naturalizarse, Cochabamba se convertiría tanto más rápidamente en una ciudad manufacturera, cuanto que su población es muy extensa, gran número de sus habitantes vive en la ociosidad a causa de la miseria, y la atracción hacia las manufactureras es innata en ellos; puesto que sin arte, sin ningún conocimiento mecánico, poseen gran número de telares, que aunque groseros les bastan para confeccionar telas de algodón ordinarias, llamadas **tocuyos** y **barracan**, y telas de lana llamadas **bayetas**. Hasta ahora no existe ningún taller de tintorería, ni de impresión en tela entre los cochabambinos; tampoco poseen telares para hacer medias y sus tejidos están lejos de valer como los que fabrican los indios de la provincia de Moxos. Sin embargo, la lana abunda en el país, lo que parece increíble cuando se ven los hermosos valles cálidos de las provincias de Ayopaya, Arque y Mizque, apenas cultivados, y los algodones son hasta hoy traídos de Tacna, es decir de más de ciento sesenta leguas de montañas, a través de los Andes y a lomo de mulas. Sería necesario, para que Cochabamba prosperara, que el gobierno diera una prima a los agricultores que plantan algodón, gravando con fuertes derechos los algodones importados del Perú. Habría también que estimular la siembra del lino y del cáñamo, para las telas; la industria del gusano de seda, plantando moreras, que se desarrollarían perfectamente con la temperatura del valles, y asegurarían un porvenir de prosperidad a los hermosos campos del departamento. Lo repito una vez más: Bolivia posee, sobre todo en ciertas provincias, todos los elementos de la mayor prosperidad; sólo le falta la industria, para bastarse a sí misma, para emanciparse del comercio extranjero que le lleva anualmente en numerario a menudo más de lo que le producen todas las minas; y tiende constantemente a disminuir los recursos de su porvenir.

Cochabamba produce maíz, trigo, cebada, papas, algunas legumbres, algunas frutas y alfalfa de pastoreo; así la agricultura se ha limitado a los artículos de primera necesidad, que corresponden a su infancia, mientras que las plantas oleaginosas, las plantas tintóreas y una serie de plantas, útiles a la industria y a las artes, son todavía desconocidas. Ese estado de cosas exige sociedades de agricultura, sostenidas por el gobierno, y primas ofrecidas a toda clase de mejoramientos en la agricultura o cría del ganado, hoy sólo bajo la dirección de los indios, que desde la conquista del nuevo mundo no han modificado su vieja rutina. Se saca el azúcar del Cuzco y de Santa Cruz; el vino y el aguardiente de Moquegua o de los otros valles del Perú, mientras que esos productos podrían obtenerse en el departamento. Por medio de la irrigación, las partes bajas del valle dan cada año dos cosechas; pero una gran parte de la llanura muy alta sólo puede cultivarse en la estación de las lluvias, que, a causa de los desmontes, es cada vez más rara. Para fertilizar muchas regiones inútiles, la gran penuria de agua ha sugerido la idea de extraerla del Lago de Larata, situado en la cumbre de las montañas, del mismo modo que se hace con las lagunas de Potosí. Ese proyecto, de lo más recomendable, ha comenzado a ponerse en ejecución. Se trata de construir diques provisorios del lado de la quebrada que recibe el grueso de las aguas de ese lago, a fin de retenerlas a una mayor altura, y proporciona así los medios de regar una porción grande del valle. Si tal sistema de represa de agua se emplea en la entrada del valle de Sacaba del río Rocha, y en la angostura del río Tamborada, en la desembocadura del valle de Cliza, no pongo en duda que se podrá, durante las lluvias, retener una masa considerable de agua ahora completamente perdida, y aumentar en mucho los productos del hermoso valle de Cochabamba.

La temperatura es muy agradable. Aunque situada en la zona tórrida, la elevación¹ del valle sobre el nivel del mar le da las características de una región muy templada, donde no hace ni tanto calor ni tanto frío como en Provenza: el olivo no se hiela nunca. En el mes de setiembre, es decir, al comienzo de la primavera, el máximo de temperatura no me dio nunca arriba de 18 a 20 grados centígrados, y la proximidad de las montañas nevadas produce a menudo una frescura saludable. Durante seis a ocho meses del año el tiempo es sereno y el cielo de los más puro; sólo entonces se sienten, por la tarde, vientos del oeste o del suroeste muy violentos y muy cálidos, que levantan nubes de polvo y secan las tierras. Cuando el viento viene del norte, trae mucha frescura de la cadena oriental de los Andes. Las lluvias comienzan en noviembre y duran hasta el mes de abril; entonces hay frecuentes tempestades y fuertes aguaceros, que caen sobre todo de noche.

Visité varias veces al prefecto y su relación me era de lo más agradable. Era uno de los hombres más cultos y notables de la república. Me invitó a asistir con él a la fiesta de San Miguel en su casa de campo, en Viloma, distante cinco leguas de la ciudad, en el extremo opuesto del valle. Aunque yo tenía mucho que hacer, no pude negarme. A la tarde siguiente, me envió un buen caballo y partimos juntos. El viento del oeste soplabla con fuerza extrema y llenaba el aire de nubes de polvo. Para sustraerme más pronto a su violencia, tomamos el galope; pero, soplándonos en el rostro, estuvimos varias veces a punto de ser derribados. Sin embargo, en tres cuartos de hora, las tres leguas que nos separaban de Quillacollo fueron franqueadas. Atravesamos magníficas campiñas y llegamos al gran caserío de Viloma, perteneciente al prefecto. Es, con su capilla y sus indios, una vasta hacienda, cuya extensión no es menor de doce leguas, desde la cumbre de los Andes hasta la llanura, y comprende todas las temperaturas. La superficie de la llanura que depende de ella es inmensa y da abundantes cosechas de granos, que alimentan nueve molinos de agua, de horizontales, puestas en movimiento por un torrente producido por el derretimiento de las nieves, y que las hacen girar una tras otra, al descender de la montaña. Admiré el buen orden de esa chacra, donde sin los rostros cobrizos de los indios podría creerse por un momento en las más hermosas regiones de nuestra Francia agrícola.

Al día siguiente, día de San Miguel, fiesta del prefecto, vimos llegar muy temprano, al rector del colegio, al médico de Cochabamba, al gobernador de Quillacollo, a las autoridades de los alrededores y al cura de Sipe-Sipe, que dijo una misa, después de la cual
29 de setiembre almorzamos. Durante esa comida, muy bien servida y de lo mejor, la conversación se generalizó. Oía hablar al prefecto con mucho placer. Culto sin pedantería, nutrido de buenas lecturas, la facilidad de sus modales y su excelente tono serían apreciados hasta en los mejores salones de París. Me complazco aquí en rendir este justo elogio a don Miguel de Aguirre, como homenaje debido a la verdad y como una pequeña prueba de agradecimiento por las amabilidades de que me colmó durante mi estadía en Cochabamba. Hallé también en la señora de Aguirre una mujer amable, sin pretensiones y enriquecida de todas las cualidades.

El día transcurrió en juegos y paseos; pero por la tarde, todos los indios de la capellanía, también de fiesta, se reunieron para beber chicha. Fui testigo de una justa de lo más extraño, que existe entre los indígenas de los dos sexos. Es un verdadero asalto de coraje. Dos campeones se ponen en presencia, cada uno armado de una vara de membrillo larga y flexible; uno de los dos flagela al otro arriba de las piernas, hasta verse obligado a parar de cansancio; el segundo hace otro tanto, y recomienzan sucesivamente, con la mayor flema, a golpearse, a pesar de la sangre vertida, hasta que uno de los dos adversarios se confiesa vencido de dolor. Su vencedor es entonces proclamado el más valiente y recibe los aplausos de los espectadores. Jóvenes indias lucharon también de esa manera, sin hacer durar la prueba tanto tiempo. No pude dejar de compadecer tanto a los unos como a las otras, y de estremecerse por la barbarie de ese juego, que me dio explicación del gran número de heridas en las piernas, que había observado en los indios e indias.

¹ Está a 2.275 metros sobre el nivel del mar, altura superior a la del hospital del monte San Bernardo.

Al día siguiente por la mañana, al regresar a la capital con el rector del colegio (el doctor Torrico) y el médico, encontraron hombres atados de diez en diez y conducidos por jinetes. Los tomé por ladrones o asesinos; pero supe por mis compañeros de viaje que no eran más que reclutas que se dirigían a Cochabamba. Las leyes obligan, cuando el caso lo exige, y exceptuando a los indios, a todos los habitantes al servicio militar. El temor de una guerra con el Perú motivó esa leva, de la que ya he hablado al referirme a Machacamarca. La aversión de los habitantes a la profesión de las armas obliga a las autoridades a apoderarse de los hombres durante las fiestas, o a la ir a buscarlos en sus casas. Se los ata, se les ponen hierros en los pies en el villorrio, hasta que el contingente se complete; entonces se los ata, como lo veía, y se los conduce a las prisiones de las ciudades, donde permanecen todo el tiempo que no les es posible evadirse. ¡Hace falta, en un país tan poco poblado, donde los brazos no son ni la mitad de los necesarios para la agricultura, ver cómo se los aleja del campo! La leva no es nada en sí misma, pero ocasiona muchos males. Al menor rumor de guerra y de reclutamiento, el temor se extiende de una aldea a otra, y todos los hombres se refugian en los bosques, donde se ocultan. Los campos quedan, por lo tanto, sin cultivar y abandonados hasta que la tranquilidad renace. El retorno de la paz tendrá por consecuencia inmediata un estado más floreciente. La guerra intestina o las disputas con los vecinos retardan ese progreso, y detienen la prosperidad general. Si el patriotismo sofocara las ambiciones particulares, las repúblicas americanas serían llamadas a jugar un gran papel entre las naciones civilizadas.

Para dirigirme de Cochabamba a Santa Cruz de la Sierra, tenía que franquear antes de llegar a las llanuras del interior, entre ciento veinte leguas, de las cuales cien montañas abruptas. La estación avanzada. Los habitantes experimentados me habían prevenido de que las lluvias se acercaban, y que, si me tomaban en el camino, tendría que sufrir mucho, y hasta correr los mayores peligros, en medio de numerosos precipicios y sobre un suelo resbaladizo; lo que me obligaría posiblemente a detenerme del todo. Desde mi llegada a Cochabamba, había tomado mis medidas para partir lo más pronto posible; por eso, después de veinticinco días de trabajo tenaz, que no me había impedido recorrer los alrededores de la ciudad, mis colecciones fueron revisadas, embaladas, depositadas en casa del prefecto y mis notas estaban al día. En el intervalo completé mis otros preparativos de partida, haciendo las compras necesarias, y alquilando los servicios de un arriero que debía conducirme hasta Santa Cruz, no queriendo exponerme, como en mis viajes de Yungas, a perder muchos días esperando los medios de transporte. Me despedía de Cochabamba, y sobre todo de don Miguel de Aguirre, que me colmó de consejos, y cuyo recuerdo es, para mí, inseparable del sentimiento de la más profunda gratitud.

§ 2

VIAJE A SANTA CRUZ DE LA SIERRA POR LAS PROVINCIAS DE CLIZA, MIZQUE Y VALLE GRANDE

PROVINCIA DE CLIZA

La partida es siempre algo muy difícil en América. Se diría que los habitantes nunca están apresurados y el europeo sufre constantemente a ese respecto. Había pedido mulas para la mañana temprano; vestido para el viaje y ya listo para partir, aguardé con impaciencia toda la mañana, sintiéndome dichos al ver que llegaban una hora antes del mediodía. Se cargaron mis efectos, y finalmente partí. Empero, aún antes de abandonar la ciudad, no habían vencidos todos los obstáculos. Mis arrieros se detuvieron en su casa, donde sus parientes, sus vecinos y vecinas los esperaban con chicha. Salimos de la casa, pero los parientes de los arrieros partieron con nosotros, llevando ollas de chicha; y cada cien pasos detenían para beber de nuevo. Cansado de tantos retardos, me di cuenta de que mis guías pronto no podrían conducirnos, terminé por enojarme y obligar a las mujeres demasiado

amables a alejarse, muy convencido de que, sin algo de energía por mi parte, mis guías me dejarían en el camino.

Al salir de Cochabamba, seguí el pie de las colinas de San Pedro y entré en la quebrada por donde corre el río Tamborada, que lleva las aguas del valle de Cliza. Esa quebrada, profunda y estrecha, que, por tal causa, se llama **Angostura**, está cultivada en las orillas cubiertas de tanto en tanto de sauces, molles, manzanos, durazneros, higueras y de pequeñas casitas diseminadas de un aspecto pintoresco, contrastando con las colinas desnudas, secas y descoloridas de los lados, donde los cactus achaparrados son los únicos que presentan un resto de vida. Pronto, en un pequeño montículo limítrofe de dos provincias, entreví el vasto valle de Cliza, más grande, pero menos fértil que el valle de Cochabamba, porque tiene menos cursos de agua permanentes. En su desembocadura en la llanura, a cuatro leguas de Cochabamba, la noche se acercaba, obligándome a detenerme junto a primera cabaña de indios, donde dormí al aire libre.

El valle de Cliza, forma oval, se parece en todo, por el aspecto y la agricultura, al de Cochabamba. Veía, a dos leguas de distancia, el gran burgo de Tarata,¹ capital de la provincia, cuya iglesia, coronada de una cúpula, y las numerosas casas y huertas se distinguían de los

22 de octubre campos entonces incultos, que esperaban las lluvias para fertilizarse. Veía también, en el campo, gran número de caseríos y casas aisladas, cuyo aspecto contrastaba con las montañas secas y áridas que rodean al valle. Al abandonar mi albergue, seguí al norte el pie de las montañas de asperón. Atravesé el villorrio de Sacacirca, en el cual casi todas las cabañas de indios terminan en cúpula, como las que ya he descrito. Tres leguas más lejos, después de haber pasado delante de Cliza, estaba cerca del burgo de San Benito, y había abandonado la vecindad de las colinas para dirigirme hacia Punata, atravesando dos leguas de campos y praderas naturales, cubiertas de ganados y rebaños de ovejas. Punata,² una de las más importantes parroquias de la provincia, tiene una iglesia muy hermosa, muchas casas bien construidas, divididas en cuadras o bloques iguales. Se ven sobre todo numerosas huertas frutales. Está situada bastante cerca de la extremidad oriental del valle, a orillas del río Punata, cuyas aguas, poco abundantes, sirven empero al riego artificial de una inmensa superficie de tierras cultivables. Mi paso conmovió al villorrio. Todos los habitantes, hombres y mujeres, sobre todo estas últimas, salieron a sus puertas a mirarnos, y se preguntaban quienes podíamos ser. Tuve la crueldad de no satisfacer su curiosidad, no deteniéndome en Punata.

Al dirigirme a Arani, distante dos leguas, atravesé las más bellas llanuras arenosas cultivadas, que, sin embargo, parecían sufrir de la sequía. A mi llegada a esa parroquia, fui al principio recibido muy groseramente por el corregidor; pero la vista de mi pasaporte lo hizo tratable y se dignó permitirme dormir en tierra bajo techo.

A la mañana siguiente, mientras cargaban mis efectos, visité el burgo. Encontré una plaza muy hermosa, entonces cubierta de géneros del país y de la población indígena de los alrededores. En uno de los lados hay una hermosa y vasta iglesia, provista de una torre cuadrada muy alta. Entré, y comencé a admirar la riqueza de sus adornos de plata, y esa famosa virgen llamada **Nuestra Señora de la Bella**, que atrae tantos devotos, peregrinajes y sobre todo limosnas, cuando el cura en persona vino a decirme que era indecente entrar así en la iglesia. Completamente aturdido por ese apóstrofe, busqué en vano qué podía llevar de extraordinario, cuando él me señaló las espuelas, que lo habían escandalizado. Salí de inmediato y siempre recordé que las costumbres del país prohíben entrar con espuelas en una iglesia, lo que ignoraba entonces por completo. Arani, situada en la extremidad oriental del valle de Cliza y por completo. Arani, situada en la extremidad oriental del valle de Cliza y al pie de montañas áridas, es uno de los burgos³ más ricos

¹ Tarata, según Viedma, tenía en 1793, comprendiendo sus anejos y sus campañas, 15,826 almas, de la cuales 3.971 españoles, 4.156 mestizos, 6.924 indios y 775 mulatos.

² Punta tenía, en 1793, comprendiendo los alrededores, 9.732 almas, de las cuales 1.322 españoles, 4.350 mestizos, 3.411 indios y 612 mulatos.

³ Su población, según Viedma, es de 6.256 almas, de las cuales 803 son españoles, 2.058 mestizos, 2.904 indios y 488 mulatos.

de la provincia. Sus calles están bien trazadas, sus casas limpias, divididas en bloques iguales y todo anuncia bienestar. Se ven numerosos indios y los habitantes son muy famosos como los bebedores de chicha.

La provincia, que comprende el valle de ese nombre y una parte de las montañas que se elevan al norte y al sur, encierra los cantones de Tarata, Punata, Cliza, Toco, San Benito, Arani, Tiraque y Paredón.¹ Por sus productos, si temperatura (aunque algo más fría) y los progresos de que es susceptible, se parece en un todo a Cochabamba; contiene más pastos y alimenta a numerosos ganados, tales como vacas, caballos, mulas, asnos, ovejas y cabras. Los habitantes se lamentaron mucho ante mí, de la falta de agua para el riego y fertilización de las tierras. Cuando ascendí las montañas que dominan el valle, reconocí fácilmente, que estableciendo una empalizada en la parte oriental del gran lago de **Parco**, y haciendo una sangría al oeste, hacia las quebradas que descienden junto a Arani, se podría sin grandes gastos tener una enorme masa de agua en el valle, que daría, por consiguiente, un gran impulso progresista. La diferencia de niveles, las pendientes naturales, facilitarían esa operación, que, en cualquier otro país, demandaría mucho tiempo. Esperamos que el gobierno comprenda el bienestar que podría traer a una parte importante de esas poblaciones, y que secundaría con todo su poder proyectos de una utilidad tan indiscutible.

PROVINCIA DE MIZQUE

Al ascender, en medio de asperón de transición, las altas colinas que rodean al valle de Cliza y que están desprovistas de toda vegetación, llegué a los límites de las provincias de Cliza y Mizque. En la cumbre, vi un panorama, dominando sobre el conjunto del valle, que se desarrolla en lontananza, con su cuadro de montañas que la distancia mostraba sin salida; el todo coronado por uno de los picos nevados del valle de Cochabamba. A medida que contemplaba esa hermosa llanura, le hallaba más analogía con las campiñas de Francia. La ilusión era realmente completa, cuando un grupo de indios, que pasó junto a mí, destruyó de golpe ese hermoso sueño, al cual me había entregado y me volvió a traer a las montañas de América. Siguiendo un vallecito por una colina, siempre ascendiendo, y costeanado, a mi derecha, algunas tierras de pastos donde pacían numerosas ovejas, llegué a la cima de una pequeña meseta, donde están los límites de la provincia. Allí dominaba una meseta bastante elevada, cuyos alrededores, tristes y descoloridos, contrastaban con una serie de cuatro lagos escalonados que ocupaban el fondo, dándole vida. Uno de esos lagos, la laguna de Porco, el mayor de todos, me pareció muy apropiado para fertilizar el valle de Cliza. Bastaría, en efecto, como lo he dicho, más arriba, establecer una empalizada en su parte inferior, y cortar una colina muy pequeña en su extremidad occidental para cambiar el curso de sus aguas, y hacerlas descender al vallecito que acababa de remontar.

A pesar de la sequía de los alrededores, la presencia de agua límpida de las montañas, y los pájaros acuáticos que ella atrae, vinieron a animar el paisaje y alegrar el conjunto. Puse pie en tierra y recorrí las orillas del primer lago, de más de una legua de largo, y la mitad de ancho. Ví al principio largas falanges de fenicópteros, que volaron a mi primer tiro de fusil, para ir a buscar más lejos una tranquilidad a la cual están acostumbrados y que yo acababa inopinadamente de turbar. Muchos pájaros estaban allí reunidos: desde las blancas gaviotas hasta el **manteau** gris, ánades variadas, gallinetas, **foulques**, de plumas negras y, sobre todo, un admirable pato, de talla gigantesca, que nadaba majestuosamente en medio de las aguas, como nuestros cisnes, en los estanques de los hombres opulento de nuestra Europa. Maté muchos ejemplares interesantes y después pensé en unirme a mi gente. Atravesé campos que se disponían a recibir el trigo, llegué al sendero trazado junto a las colinas de asperón que bordean la meseta hacia el noroeste, pisando tierras secas, áridas, consideradas en vista de su elevación como verdaderas Punas. Por la noche

¹ El conjunto de su población es de alrededor de 37.000 almas, según Viedma. El *Iris de La Paz*, N°. 20, le da, en 1829, 60.500, cifra sin duda, demasiado exagerada.

hizo un frío muy penetrante, y la temperatura pareció llegar a una altura cercana a la de La Paz, alrededor de 4.700 metros sobre el nivel del mar. El camino me condujo, pasando frente a otros dos lagos, hasta el villorrio de Baca, distante ocho leguas de Arani. Ese villorrio, poblado por indios quichuas, se compone de cincuenta a sesenta casa, cuyos techos de paja no revelan gran bienestar. No hay corregidor, ni alcalde. Me presenté ante el cura, que, contrariamente a sus colegas, siempre de lo más hospitalarios, me faltó, aun a los más elementales deberes del cristiano. Sólo hallé en él grosería y ninguna ayuda. Por desgracia su ejemplo, imitado por los indios, me expuso al doble inconveniente de acostarme al aire libre y no conseguir nada de comer. Las necesidad obliga por lo general a cambiar de conducta y, viendo que nada podía obtener de buen modo, tomé el partido de usar el derecho del más fuerte. Mi gente, aunque sólo se componía de algunos hombres, estaba bien armada. Podía arriesgarlo todo; no vacilé un instante. Dos tiros de fusil me procuraron una oveja y un pollo, que me dieron por lo menos la seguridad de satisfacer la más apremiante de las necesidades. Temí que ese acto de autoridad me atraería por lo menos fuertes peleas; pero no aconteció así. Vinieron humildemente a pedirme el precio de mi cabeza de corral; luego obtuve todo lo que podía desear, y hasta agasajos de los habitantes. No por eso dejé de instalarme en un recinto aislado fuera del burgo, prefiriendo tener como techo la bóveda del cielo antes que las sucias casas de los indígenas.

Al amanecer, recorrí los alrededores, visitando sucesivamente las leguas, la orilla del río Conda o bien las colinas cultivadas de los alrededores de Baca. En todas partes las llanuras situadas al pie de las montañas están sembradas de trigo de papas. Las colinas están cubiertas de rebaños de ovejas y las orillas de los lagos de vacunos. Busqué en vano algunos árboles, cuando a lo lejos, creía ver una palmera de tronco esbelto. Estaba tanto más asombrado cuanto que esas hermosas plantas no crecen en regiones elevadas. Me acerqué y reconocí una magnífica especie de agave. Su tronco delgado, de dos a tres metros de alto, estaba coronado de un conjunto de numerosas hojas largas y puntiagudas, y formando una bola de aspecto muy pintoresco. Por desgracia, esas plantas son poco numerosas, y el poco aprecio que se les tiene, las hará desaparecer del todo en esas regiones.

Al abandonar Baca, seguí costeano la colina hasta el final del valle. Ascendí después por caminos terribles, marchando sobre piedras desprendidas hasta la cima de la montaña, donde el sendero ocupa la cresta de la misma cadena, contra la cual se apoya Baca. De esa cresta, bastante aguda, formada de asperón de transición en descomposición, dominaba a la derecha el valle de Conda, donde mirando del lado de su fuente, veía al arroyo que sale de los lagos de Baca, y otro afluente formado por el grueso de las aguas de la laguna, perteneciente a un valle distinto. La abundancia de agua del río Conda hace nacer en sus orillas un césped verde tierno, que contrasta con la aridez de las montañas situadas más al sur. Muchas cabañitas de indios pastores están esparcidas y no contribuyen poco a embellecerlo. A la izquierda corre el río Pocona por un verdadero precipicio, a tal punto está encerrado entre las dos montañas que forman su lecho, mucho más profundo que el de Conda. Algunos arbustos achaparrados ocupan la parte más baja. Del otro lado de la quebrada de Pocona aparece la cadena de montañas de Coripaloma, cuya cresta está muy deshecha y tiene un aspecto negro por los esquistos que la componen, mostrándose la roca al desnudo en todas sus partes. Marchaba lentamente hacia la cima de la montaña, mirando sucesivamente a uno y otro lado, midiendo con los ojos los seiscientos u ochocientos metros de altura que me separaban de las quebradas, cuyas ladera, son a tal punto abruptas, que forman en todos los puntos, precipicios; o bien, recogía algunas de esas bonitas soláneas en zarzales, cuya flor violácea me anunciaba la primera. El tiempo era calmo y cálido; el cielo estaba algo cubierto. Nubes aisladas, primero en pequeño, recorrían muy debajo de mí, el valle de Pocona, mientras que el otro estaba despejado. Parecían a veces pegadas, como grandes manchas blancas, a los arbustos de la montaña de Coripaloma. Se sucedían, se acercaban rápidamente, y pronto llenaron todo el valle, ocultándomelo por completo, como una gran cortina tendida de una montaña a la otra. Esas nubes, primero blanquecinas, se amontonaron y adquirieron un color más sombrío; las surcaron los relámpagos, el trueno rugió con estrépito, el eco de las montañas repitió mil veces sus rugidos, que se hicieron continuos, reenviados, como lo eran sin cesar, de un lado al otro de las pendientes. Gocé tanto más de ese espectáculo cuanto que

disponía en la cumbre de la montaña de la calma más perfecta. El valle de Conda no tenía una sola nube. De un lado, la imagen de la naturaleza enfurecida; del otro, la naturaleza tranquila aunque no menos importante.

Desde lo alto de mi observatorio, admiraba esos efectos de un contraste verdaderamente mágico; pero no tardé en observar a las nubes que remontaban el valle de Conda, que pronto quedó completamente cubierto. Esas nubes se elevaban poco a poco; las del valle de Pocona surgieron a fragmentos desgarrados de sus lechos; después todas marchaban con ligereza. Fui repentinamente envuelto por una y otras, y no distinguían más que torbellinos arrolladores de viento, que cambiaban de dirección a cada segundo. Algunos instantes más tarde apenas pude ver ya nada. El trueno rugió al mismo tiempo arriba, debajo y alrededor mío; los relámpagos surcaron el espacio en todos sentidos y mi pobre tropa, sin abrigo, suspendida en la cima de la montaña, podía temer a cada instante, ya ser arrastrada al fondo de los valles, ya ser alcanzada por el rayo. Jamás oí semejante batahola; jamás había estado rodeado de tal manera por nubes eléctricas. Era algo magníficamente horroroso, cuyo conjunto me asombraba, hasta me aturdía, sin inspirarme empero el menor temor. Estaba pendiente de la admiración que me inspiraba es fenómeno. Las nubes se abrieron; torrentes de lluvia nos inundaron y robaron al cuadro algo de su belleza ideal. Tres horas seguidas duró aquello. Estaba empapado y marchaba penosamente por un terreno muy resbaladizo. El trueno, dirigiéndose hacia el oeste, se alejó poco a poco y se perdió en el espacio. La lluvia se hizo menos fuerte y las nubes desaparecieron. Hacia las tres de la tarde el horizonte estaba enteramente limpio, apareció un sol consolador y la calma más perfecta se restableció en la naturaleza. Estaba entonces en una punta de la cadena, desde donde veía, en el fondo del valle, al borde del río, el burgo de Pocona, completamente a mis pies. Viéndolo tan cerca, creía llegar allí en algunos instantes; pero mi guía me anunció que nos era necesario marchar todavía por lo menos dos horas antes de llegar. Comencé a descender por mil rodeos una pendiente de los más abrupta, donde a cada instante mi mula sintiéndome a punto de caer, tendía sus patas delanteras, adelantaba las traseras y se deslizaba así algunas veces más de cinco o seis metros, luego marchaba de nuevo, se deslizaba otra vez, y recomenzaba sin cesar esa operación, que continuó hasta debajo de la costa, corriendo el riesgo de rodar conmigo. Llegué, al fin, sano y salvo al lecho del río y a Pocona, donde, recordando algunos de los malos recibimientos pasados, preferí comprar la hospitalidad en casa de un indio, que dirigirme a las autoridades civiles o religiosas.

Hacia el fin del siglo XIII, el Inca Roca, sexto rey de su raza, llevando sus conquistas más allá de las provincias de Cochabamba y de Tapacarí, sometidas a su padre, exigió el vasallaje de las provincias de Pucuna¹ y de Chuncuri, pretensión que después de algunas conversaciones con los ancianos, condujo al sometimiento de provincias entonces a tal punto pobladas, que el Inca les hizo el honor de sacarles quinientos guerreros para su ejército.² Había llegado a la capital de una de esas antiguas provincias al marchar sin ninguna duda por el sendero recorrido por el Inca y su comitiva, quinientos años antes que yo, cuando llevó sus conquistas hasta Chuquisaca, por la provincia de Mizqui, hoy Mizque. Esos recuerdos del antiguo esplendor de la monarquía de los Incas, me hicieron experimentar un sentimiento penoso, cuando comprobé hasta qué punto esas regiones, antes tan ricas, están actualmente despobladas, sobre todo de indígenas. Pocona actual, lo mismo que el antiguo Pocona, sólo contiene algunos indios puros, y muchos mestizos de indios o de negros.

Pocona parece haber llevado antiguamente el título de ciudad.³ Luego pasó bajo el patronato de los hermanos de San Francisco hasta 1757, en que recibió un corregidor. Es un gran burgo,⁴ mal construido, situado a la orilla derecha del río Pocona, en el fondo del valle; sus calles son tan estrechas, su plaza pequeña, su iglesia bastante grande; sus casas son verdaderas

¹ Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib. IV, cap. XVII, pág. 122.

² *Ibidem*, cap. XVIII, p. 123.

³ Viedma, *Informe*, etc. p.30.

⁴ Viedma comprendiendo Baca y las casas aisladas de todas partes, calcula su población en 3.209 almas.

cabañas cubiertas de cañas, salvo la del cura, que es la más grande. Todos los alrededores están cubiertos de las más hermosas huertas, donde dominan los durazneros, manzanas y perales. Las campañas, sobre todo abajo, en el valle, están cultivadas y dan magníficas cosechas de maíz y de trigo candeal, mientras las alturas vecinas son empleadas por los pastores de ovejas. La casa donde estaba yo instalado me parecía bastante bien cubierta. Sin embargo por la noche, habiendo recommenzado la lluvia, se llenó a tal punto de agua, que debí mantenerme de pie, tanto por la imposibilidad de tenderme en el suelo como de defender mis efectos de esa inundación general.

De Pocona debía dirigirme a Totorá, distante ocho leguas. Recorrí al principio todos los alrededores, haciendo exploraciones de historia natural, y me puse en camino. Admiraba esas crestas desgastadas de la cadena de Coripaloma, cuyos esquistos formaban puntas agudas. El valle de Pocona se ensanchaba mucho debajo del villorrio, presentando los más hermosos campos de cultivo y en todas partes chacras; luego se achica a tal punto hacia su desembocadura en el río Copi que se reduce a un simple estrecho, por donde el camino entre dos altas escarpadas, atraviesa el río muchas veces, sobre un lecho de cantos rodados. Al salir, tenía a la derecha el valle de Copi, donde todas las aguas se reúnen para dirigirse al río Mizque, uno de los grandes afluentes del río Grande. Ese valle es profundo; pero las costas son demasiado escarpadas para que se puedan cultivar. Remonté el valle y fui costeanado muchas chacras, hasta el río Machacamarca, que tiene su fuente cerca de Tiraque, en la cadena de los Andes orientales. Como la tormenta se había dirigido de ese lado, dicho torrente arrastraba, en su lecho de cantos, asperones y esquistos, aguas turbosas, que atravesamos no sin algunas dificultades, dada la violencia de la corriente. Me hallé luego en el lecho mismo de otro río, que remonté, pasando varias veces sus aguas rápidas, al pie de una gran montaña seca, compuesta de asperones desplomados de su cima. Por espacio de dos leguas, en la hondonada donde me hallaba, se reúnen de diversos lados en el Copi o Mizque, los ríos Pocona, Machacamarca, Chuchi, Muqui; el quinto, el más pequeño de todos, hacia el cual me dirigía, corre en medio de una hermosa llanura cultivada, adornada de algunas casas esparcidas. Como las aguas atravesaban tierras laborables sin ninguna consistencia, cavaban en todos sentidos, de acuerdo a las pendientes, quebradas muy profundas y muy numerosas (a menudo subterráneas), que, minando las tierras en ciertos lugares y haciéndolas desplomar, han obligado a cambiar todos los años la dirección del sendero. Mi arriero no había estado en esos lugares desde hacía dos años; había tomado su camino habitual; pero lo hallamos cortado por una profunda quebrada, y nos fué necesario hacer más de media legua para volver a encontrar el buen camino. Del otro lado del valle ascendí durante dos horas una cuesta muy alta, por una pendiente poco inclinada, siguiendo una cuchilla cuyas quebradas estaban cultivadas; maté numerosas palomas y muchos pájaros interesantes. Desde la cumbre de esa colina pude hacer observaciones de muchos puntos del valle. Descendí por una pequeña quebrada cubierta de piedras aisladas, hasta el gran burgo de Totorá.

A mi llegada, supe que el corregidor estaba ausente. Comencé a temer hallarme en la misma situación que la noche precedente, cuando uno de los principales propietarios del país, don Manuel Soria, que me complazco en nombrar aquí, vino a rogarme que descendiera a su casa, donde me dio una habitación muy buena. No puedo expresar con qué delicadeza el señor Soria y su amable esposa me recibieron. Todo fué puesto en movimiento para recibirme, y me prodigaron los cuidados más exquisitos, sin que tuviera yo otros títulos para merecerlos que los de extranjero y viajero. Retenido un día en casa de esa honorable familia, pude gustar el más dulce descanso.

Totorá, uno de los grandes burgos de la provincia de Mizque, está situado bastante cerca de la cima de las montañas, en el fondo de una pequeña quebrada, en la confluencia de arroyuelos, de manera que su suelo es de los más desigual, sus calles en pendiente y no goza de ningún panorama. Los alrededores son también bastante áridos, por lo menos del lado sur, y un vallecito muy fértil le da al norte otro aspecto. Está a treinta leguas de Cochabamba, a veintinueve de Mizque y a noventa de Santa Cruz. Las casas están mal construídas, salvo algunas, como la que yo ocupaba, que son de un piso y de apariencias en un todo señorial. La plaza es vasta, y en uno de sus lados, se halla una iglesia no muy grande, pero bonita. La población se compone de propietarios descendientes de españoles y mestizos agricultores o arrieros que hacen diariamente, con las provincias de Valle Grande y Santa Cruz, el comercio de papas y harinas. Cuando se ve la

composición actual de los habitantes de Totorá, uno está lejos de imaginar que haya sido en un comienzo un burgo de indios puros (de indios reales); lo que es tanto más seguro cuanto que en tiempo de los Incas, formaba una provincia conquistada por Capac Yupanqui, quinto Inca, hacia el siglo XIII, época en que también fué sometida la provincia de Chayanta.¹ En tiempos de Viedma,² en 1793, no contaba ya más de setecientos indígenas puros. Si se busca la causa de ese cambio, se encontrará fácilmente en los funestos efectos de la mita. Los indígenas hacían todos sus esfuerzos para sustraerse a la explotación, los burgos más florecientes fueron casi destruídos, por lo menos para los indios, algunos sepultados en las minas de Potosí, donde por lo general moría los indios, algunos sepultados en las minas de Potosí, donde por lo general moría la tercera parte;³ otros preferían entregarse al vagabundaje antes que soportar esa horrible carga. Así se produjo la renovación completa de la población y el aniquilamiento de muchos villorrios.

Aparte de los productos de su valle, Totorá se enriquece además con las producciones muy diversas de un lugar ganado a los hermosos bosques vírgenes, del lado del país de los yuracarés, donde se cultivan, como en Yungas, la coca, el cacao y todas las plantas de las regiones cálidas, razón por la cual se lo llama **Yunga** de Choquéoma. Ese lugar está situado al norte de las montañas, sobre la ladera de la provincia de Moxos. No cabe duda que ese género de industria puede, si es estimulada, hacer progresar la provincia de Mizque e impedir que sea en la coca tributaria de la de La Paz. Totorá posee además otra ventaja: rodeada de los lugares más malsanos del mundo, sus habitantes no experimentan ninguna enfermedad endémica, y gozan de una temperatura agradable.

Para dirigirme de Totorá a Challhuani, tenía que franquear doce leguas de caminos muy malos. El 27, después de expresar mi agradecimiento por la hospitalidad que se me había acordado, me puse en camino. Al salir, hallé en la primera colina

27 de octubre

muchos fósiles pertenecientes a terrenos de transición. Marché después por la cresta de una montaña de asperón, al nivel de gramíneas, pisando un césped llano y teniendo a la derecha valles profundos, cuyos innumerables rodeos me ocultaban la extensión, todos reducidos, empero, al lecho profundo y estrecho de un torrente, que las montañas rodeaban de cada lado. Después de muchas leguas de marcha, me encontré al comienzo de una pendiente que descendía hacia el río. Vi en un campo, al lado del camino, una mujer sentada junto a un cerquito de piedras secas, que la defendían del viento. El arriero me informó que esa mujer venía todos los días de Totorá, con una olla de chicha que vendía a los viajeros, si pasaban ese día. No había visto hasta entonces ese género de industria, que me pareció bastante original. Me hallaba delante del río Copachuncho, que corría a mis pies por un precipicio, a cuyo fondo llegué finalmente, después de un descenso de más de una hora y media, haciendo numerosos zigzags por uno de los flancos de una colina sumamente seca, y rodando con las piedras sueltas, que hacen a cada instante tropezar a las mulas. Una vez que llegué al lecho del torrente, experimenté un calor sofocante; y para sustraerme lo más pronto posible, comencé mi ascensión por la cuesta opuesta, mucho más elevada todavía que la que acababa de descender. Esa cuesta está completamente desprovista de vegetación. Al principio caminé por capas de esquistos desmenuzables, desplomados de todos lados, y luego sobre asperón. A medida que me elevaba, el sendero se hacía más rápido y se cubría de piedras sueltas; finalmente, cuando estaba a punto de alcanzar la cima, dudé todavía de poder llegar. El sendero trazado en el asperón desmenuzable consistía en agujeros practicados en la pendiente de tanto en tanto, donde las mulas ponen sus patas para ascender como las cabras, corriendo el riesgo de rodar con el jinete hasta lo hondo de la montaña. Al llegar a mi objetivo, fuí compensado de la fatiga con la hermosa meseta, que ocupaba toda la cumbre de la cadena, sobre la cual, en medio de un césped corto y verde, se elevaban mamelones redondos. Sentí un frío penetrante, que me

¹ Garcilaso de la Vega, *Coment. Reales de los Incas*. lib. III, cap. 17, p. 95. Totorá se llamaba entonces Tutura.

² Informe, p. 31.

³ Viedma (p.77 y sig.), uno de los españoles que más elevaron la voz contra esa bárbara costumbre, da, en su *Informe* al virrey de Buenos Aires, detalles horribles sobre la suerte de los desdichados condenados a ese trabajo. Explica cómo los villorrios se despoblaban, y cita a Paso, en el valle de Cochabamba, donde sobre treinta y cuatro indios en ser escogidos, debían elegirse todos los años diez y siete, número que permaneció invariable, desde el establecimiento del impuesto personal, aun cuando la población se redujo a cero.

hacía sufrir tanto más, cuanto acababa de experimentar un calor sofocante, habiendo en dos horas pasado de la temperatura de los trópicos a la de regiones menos templadas; por eso no estaba rodeado más que de plantas características de las montañas muy altas de la Puna. Me detuve en busca de insectos, mientras mis mulas tomaban la delantera. Las alcancé pronto, y nos encaminamos mucho tiempo por la cima de la montaña, hasta que habiendo por casualidad encontrado a un indio, lo que es raro en esos caminos, donde se pasan jornadas enteras sin ver a nadie, el arriero le habló y comprobó que seguíamos un camino distinto del que debíamos tomar: ese conducía a Yungas. Fué necesario regresar, lo que nos obligó a detenernos junto a una casa de mestizos, en la pendiente de la montaña, donde por la noche, acostado al aire libre, sufrí mucho por el frío. Todo, alrededor mío, estaba cubierto de helada blanca.

Deseando vivamente conocer esas regiones, desde que la luz de la mañana me lo permitió, recorrí el campo, cazando sucesivamente pájaros y cortando plantas. Entre estas últimas, hallé sobre todo en las quebradas una hermosa especie de tejo de follaje tupido y un gran arbusto de hojas triangulares, adornado de flores violetas en racimos. Habiendo sido cargadas las mulas durante mi paseo, me puse de inmediato en camino. Se trataba de recobrar en la jornada el tiempo perdido la víspera. Tuvimos al principio mucho trabajo para volver a encontrar el verdadero camino, atravesando mucha quebradas en medio de matorrales de tejos; finalmente a las nueve alcanzamos el pequeño caserío de Duraznillo, donde debíamos haber pasado la noche. Desde ese caserío, compuesto sólo de tres casas, y del lugar de los durazneros cuyo nombre lleva,¹ descendí dos horas por una pendiente rápida hasta el río Challhuani o Chaluani.² A medio camino, en medio de muchos árboles desprovistos de hojas, donde sin embargo grande botones anunciaban la primavera, observé muchas especies de **Ciebos**,³ cubiertos de hermosos racimos; unos de un bello azul, otros amarillos, contrastando con otros de color rojo carmesí intenso, semejantes a los que había visto a orillas del Paraná, remontando hacia Corrientes; para esa variedad de colores, de que la copa de los árboles está adornada, parecía tanto más extraordinaria, tanto más tocante, cuanto esos mismos árboles no tenían entonces una sola hoja, y la naturaleza de los alrededores estaba siempre seca y descolorida, sólo esperando las primeras lluvias, para cambiar por completo de aspecto. Más abajo, hallé la zona de las mimosas y de los cactus; las primeras ya cubiertas de sus aderezos primaverales, los segundo altos como árboles, de naturaleza muy variada, aquéllas cargadas de un plumón colgante de la extremidad de sus tallos como una gran barba blanca, éstos muy ramificados, adornados de flores blancas o rojas de la mayor belleza, o de frutos que, aunque salvajes, no dejan de ser sabrosos. Después de haber visto la vegetación cambiar muchas veces a medida que descendía; después de haber recogido algunos fósiles de transición en los asperones desmenuzables que pisaba, abandoné los matorrales de mimosas espinosas que se hacían más tupidos, para llegar a la orilla misma del río Chaluani, donde una casa sombreada de algarrobos⁴ me invitó a reposar un instante. Un letrero atado al extremo de un gran palo, anunciaba a los paseantes que se vendía chicha; pues, detenerme sin contraer obligaciones.

Hubiera permanecido de buena gana en ese lugar; pero tenía todavía cuatro largas leguas que franquear antes de llegar a la **Jornada**, punto de descanso del día de macha. Al descender al lecho del río, donde anduve por la orilla, pasando a menudo de un lado a otro, de acuerdo a los obstáculos y accidentes naturales del terreno, experimenté un calor sofocante, a causa del sol que lanzaba con fuerza sus rayos y a la reverberación de éstos sobre los cantos rodados y blanquecinos. Las colinas estaban en una dirección transversal al viento y no se sentía el más ligero soplo. Sufría tanto, que casi añoraba la blanca escarcha de la noche anterior. Estaba en lo que los habitantes llaman **Valle Fuerte**. Para que tuviera paciencia, el arriero me contó, durante el

¹ Duraznillo es un diminutivo y significa pequeño duraznero.

² El primer nombre es la ortografía de la lengua quichua y proviene de Chalhua (pez) y de la partícula colectiva ni (reunión de); así ese río que da su nombre al valle, es el Río de los peces.

³ Del género *Erythrina*, Linneo.

⁴ El algarrobo es un árbol de hojas acuchilladas, perteneciente al género *Accacia*. Da una vaina que se parece a la de la habichuela. Espesa y pulposa, está llena de una materia harinosa y azucarada, de un gusto muy agradable. Se hace con ella harina, pan y fuertes y excelentes bebidas fermentadas. Es, con la carne, el único alimento de los habitantes de la provincia de Santiago del Estero, en la República Argentina.



Trajes de Santa Cruz de la Sierra

viaje, una serie de anécdotas de viajeros que, al cruzar ese río, fueron atacados tres días por fiebres violentas, o por fiebres intermitentes, otro flagelo de los habitantes; pero, habituado a esa clase de relatos, no me expuse por eso menos al sol, ya corriendo a pie detrás de hermosas especies de pájaros, ya descansando la vista, fatigada del brillo del sol, en el hermoso verde de los árboles esparcidos que adornaban el pie de las colinas. Durante la estación de las lluvias, resulta a menudo imposible viajar, porque el río se convierte en un torrente impetuoso, y arrastra todo a su paso. En ese momento, sus playas, de dos o tres kilómetros de ancho según los lugares dejan sólo correr un arroyo muy grande que se cruza sin trabajo a vado. Llegué así por la tarde al burgo de Chaluani, situado a la orilla izquierda, junto a una pequeña quebrada; fui perfectamente recibido por el corregidor, que me instaló en una de las casas vacías de que el burgo está repleto.

Chaluani, último lugar habitado de la provincia de Mizque, estaba antiguamente muy poblado de indios; hoy es un triste villorrio, compuesto de algunas chozas donde se ven morir o expatriarse casi todos su habitantes, a causa de las fiebres tifoideas e intermitentes, que son muy comunes todo el año, pero sobre todo durante la estación de las lluvias. Los que quedan están pálidos, lívidos, revelando demasiado bien la insalubridad del valle. Están también generalmente afectados de enormes bocios.

Al llegar a los confines de la provincia de Mizque, quiero decir una palabra de su conjunto. Era antiguamente una de las más florecientes del Alto Perú por la gran variedad de cultivos que podían mantenerse; pero, antes tan poblada, se hace insalubre a tal punto que hoy está casi desierta, por lo menos en los valles, sede de la infección, sin dejar de ser sana en las altas montañas, de manera que de siete lugares habitados, Mizque, Tintín, Aiquile, Pasorapa, Chaluani, Pocona y Totora, sólo los dos últimos están exentos de esa calamidad. Cruzada por el Río Grande, y por una serie de otros ríos, la provincia se compone de valles profundos, anchos y muy cálidos, formados de cadenas de montañas bastante elevadas, cuya dirección general es de oeste a este. Las cumbres, cubiertas de buenos pastos, alimentan muchos rebaños de vacas y ovejas. Los valles superiores producen papas; los que están algo más abajo, maíz, trigo candeal, habichuelas, etc. Más abajo todavía, se cultiva la viña, que brinda excelentes productos. Esta industria está hoy abandonada. Debajo, se planta algo de caña de azúcar. Es evidente que con los mismos progresos y mejoramientos posibles, de que he hablado al referirme a Cochabamba. Esa provincia podría proporcionar abundantes cosechas de algodón, de rubia y de una serie de otras plantas características de las regiones cálidas, aparte de las de los terrenos templados y fríos; por eso los recursos de la provincia serían inmensos, si se supieran aprovechar sus posibilidades, puesto que al lado de los productos, los numerosos ríos proporcionan los medios de establecer toda clase de fábricas.

Los bosques poseen muchos árboles útiles, el cedro por su madera, la quinaquina por si incienso, el ceibo, la tipa, la vilca y el soto apropiados para las curtiembres, el molle, el tejo y una serie de acacias, de mimosas y de cactus. Todas las frutas de Europa se desarrollan tan bien como las de las regiones cálidas. Los mamíferos son numerosos, así como los pájaros. Entre estos últimos, la bandadas de papagayos variados, de palomas, de tórtolas, se ven por millares; y los bosques están poblados de penélopes o **pavas del monte**. Los pájaros peculiares de cada región

proporcionan una caza abundante, la que hoy nadie aprovecha. Los reptiles son muy comunes; y entre ellos muchos lagartos, culebras y hasta crótalos serpientes de cascabel. Los ríos, en época de crecientes. Están llenos de hermosos y buenos peces, que remontan las llanuras de Santa Cruz. Se explota en la montaña de Quioma una mina de plata muy rica.

La población se compone de españoles, de gran número de mestizos de raza africana y americana, y de indios,¹ pero poco numerosos. La cabeza de provincia, la ciudad de Mizque, es una de las mayores del Alto Perú; tiene buenos edificios; declina actualmente día a día. Sus dos hermosas parroquias, así como sus cuatro conventos, están casi desiertos. Sus anchas calles, bien alineadas; sus casas espaciosas están por así decirlo deshabitadas, y todo revela una decadencia completa.

Informado de ese detalle, de ese cambio funesto en la provincia de Mizque, de ese paso de un estado próspero al abandono más absoluto, a causa de influencias malignas, cada año más intensas y reemplazando un estado sanitario satisfactorio, traté de hallar una explicación a ese desastre, pensando al mismo tiempo en los medios de ponerle remedio; y creo haber hallado la causa. Recorriendo las colinas, observé gran número de viejas capas carbonizadas, únicos rastros de grandes árboles, en un lugar donde crecen apenas de tanto en tanto algunos pequeños arbustos achaparrados todavía medio quemados. Reflexioné sobre ese hecho. Pregunté al corregidor, quien me aseguró haber oído decir que esas colinas estaban antes cubiertas de grandes árboles. Me mostró, en efecto, en su casa, bastante antigua, gruesas vigas, que hoy no se podrían de ninguna manera reemplazar. Ese hecho fijó mis ideas sobre la cuestión. La insalubridad siempre creciente del país me pareció causada por el desmonte que origina la mala costumbre de prender fuego a los campos, y de destruir así todos los árboles que podrían nacer. Las enfermedades prenden en efecto cada año con más fuerza, a medida que las tierras se van desmontando y producen miasmas pestilentes por la evaporación instantánea debida al ardor del sol. Estoy convencido de que si el gobierno boliviano prohíbe, bajo pena de severos castigos, esos incendios anuales en todo el país, los árboles crecerán poco a poco, las colinas se cubrirán a la larga de una tupida vegetación y la provincia de Mizque hoy, por así decirlo, desierta e inutilizada, volverá a tener su pasado esplendor, su antigua salubridad, dando al Estado una renta que hoy, disminuyendo sin cesar, no tardará en ser ilusoria. Es una gran cuestión que someto al gobierno boliviano, un medio que dejo a su conciencia y a su amor por el bien general de ese interesante país, del que tengo el honor de ser ciudadano,² dichoso como seré siempre de señalar los mejoramientos que me sugiera la combinación de las posibilidades locales con los medios de acción que nos proporciona la industria europea.

Al ver a Chaluani despoblado, al oír a los habitantes hablar de las enfermedades que los atacan, un viajero accesible al temor se apresuraría a abandonar esos lugares, llevando tal vez con él los gérmenes de afecciones endémicas de la región. Habitado a desafiarlo todo, pasé todo el día siguiendo haciendo historia natural en el valle, afrontando los rayos solares más ardientes. Después de haber cazado toda la mañana, me puse, en camino al medio día. Siguiendo el lecho del río, atravesé la confluencia del río Pojo, que desemboca a la izquierda, uniendo sus aguas, bastante abundantes, a las del río Chaluani, y forma un torrente ya difícil de franquear. Llegué así a la **Viña Perdida**. Los jesuitas –industriosos y amigos del progreso hasta el máximo– plantaron, cuando poseían la provincia de Moxos, la viña en ese lugar, y tenían de ese producto la más hermosa huerta del país. Construyeron magníficos edificios, una hermosa capilla y llegaron a cosechar tres mil botijas³ de vino; pero en la época de su expulsión esa huerta, vendida a la familia Velasco de Cochabamba, perdió mucho; fué luego abandonada por completo, y actualmente no sólo está desprovista de viñas, sino también no tiene más habitantes entre sus ruinas que algunos multeros o algunos cholos, que cultivan algo de maíz.

¹ En la época de Viedma, en 1793, la población de la provincia era de 17.196, de la cual eran 2.962 españoles, 8.031 indios, 5.602 mestizos, 2.249 negros o mulatos. Hoy las proporciones son distintas, hay más mulatos y el conjunto de la población se ha reducido en dos tercios.

² El general Santa Cruz, presidente de la república, se dignó conferirme ese título en muchos despachos oficiales

³ Medida española, que equivale a una damajuana grande.

Atraído por los gritos de numerosos aras, los perseguí y fui lo bastante feliz como para matar muchos. Son azules, con los lomos de un hermoso color rojo.¹ En el intervalo, mi gente había avanzado, y no me reuní con ella hasta la mitad de una elevada colina, aunque poco inclinada de enormes cactus, simulando grandes árboles; y aquí y allí, de árboles cuyo raro tronco me llamó la atención. Son gruesos hacia la mitad de su largo, estrechos más abajo y son idénticos a husos. Tienen una vaina que cuando se abre da un algodón corto, sedoso y sin duda susceptible de encontrar empleo en las artes. En la cima de esa colina alcancé al mismo tiempo los límites de la provincia de Mizque y los del departamento de Santa Cruz de la Sierra.

PROVINCIA DE VALLE GRANDE

Comencé a descender a una pequeña quebrada, y llegamos a una reducida explanada, donde el arriero quiso pasar la noche, porque le ofrecía pasto para sus mulas. Acampamos, pues, en campo raso, en medio de una naturaleza salvaje y árida, alejada de todo lugar habitado. Al recorrer los alrededores, fui bastante afortunado como para encontrar, en el asperón de transición, un buen número de fósiles interesantes. Desde ese lugar, me faltaban todavía ocho leguas hasta Chilón. Al día siguiente, al borde de una quebrada seca y profunda, vi un crótalo o serpiente de cascabel, que mi mula estuvo a punto de pisar. Después de haberme apoderado de ella para llevarla a Francia, seguí descendiendo hasta el río Chilón, entonces poco ancho, muy encajonado y tan seco que parecía un simple arroyo. Los recodos que forma dejan en muchos lugares pequeños pedazos de tierra vegetal, que los agricultores siembran de maíz y cebada. En los bosquecillos achaparrados esparcidos en las orillas, hallé gran número de penélopes de gran tamaño, conocidos con el nombre de **pavas del monte**. Me detuve largo rato para cazarlas y recoger plantas muy originales, pero, no pudiendo llegar a Chilón la misma tarde, me vi obligado acampar junto a una casa, donde me acosté al aire libre.

Creí por un instante que a ese lugar se había transportado la vegetación de la Patagonia, cuyo aspecto siempre estaba presente en mi recuerdo. Observé sobre todo una mimosa sin espinosa sin hojas, en todo análoga a las que traje de las regiones meridionales. Todas las plantas leñosas de esas quebradas son espinosas, provistas de hojas muy pequeñas; y, reunidas con los numerosos cactus, dan al campo el aspecto más triste. Tal vez la gran sequedad de la estación contribuya en mucho a hacer al conjunto más árido y a quitarle algo del encanto que ofrece en época de lluvias. Siguiendo las costas tortuosas del río, el valle se ensancha y llegué finalmente a Chilón.

Chilón, parroquia de la provincia de Valle Grande, es un villorrio triste, situado en medio de un ancho valle de lo más fértil, cuando es fecundado por la irrigación. Está a treinta leguas de la capital. Su iglesia es pequeña; sus calles están mal trazadas; sus casas, de bien triste aspecto, están construídas de ladrillos crudos, y por lo general cubiertas de cañas. No hallé a ninguna de las autoridades, y una persona encargada de reemplazar al corregidor, me alojó en la cárcel. A pesar de mi repugnancia a instalarme en semejante habitación, tuve que aceptarlo, antes que exponerme al ardor de un sol devorador, cuyos rayos podían transmitirme enfermedades mortales, que constituían un obstáculo a la prosperidad del valle y hará que lo abandonen por completo, si no se apresuran a sanearlo. La población está hoy compuesta de españoles, mulatos y algunos cholos. No se habla ninguna de las lenguas indígenas, sino sólo español. Desde mi partida de Tacna, en todos los lugares por donde pasé, se hablaba el aymará o el quichua. Recordaba algunas palabras de esos idiomas, pero la dureza y dificultad de pronunciación me desanimaron a tal punto, que sólo conservaba las expresiones más usuales, viéndome obligado a recurrir en todas partes a mi intérprete. Es en los viajes una gran dificultad, más un fastidio y un embarazo en todo momento; por eso no encuentro palabras para expresar el placer que experimenté cuando vi a una persona de rostro moreno enojarse cuando mi intérprete le dirigió la palabra en quichua, temerosa

¹ *Ara militaris*, d'Orb

de que se la tomara por un indio. Con el propósito, sin duda, de a darse mayor importancia a mis ojos, llegó hasta insultar a esos pobres indígenas y a todas las provincias de Cochabamba, asegurándome que en Chilón, como en todo el departamento de Santa Cruz, no se habla otra lengua que la castellana. Tuve así el convencimiento de que, por lo menos durante algunos meses, podría hacerme entender en todas partes, sin necesidad de recurrir a un tercero.

Cuando se ven las colinas de los alrededores de Chilón casi al desnudo o apenas cubiertas de tanto en tanto por algunos zarzales espinosos o por cactus; cuando se ve su valle hoy inculto, o por lo menos descuidado, que apenas se utiliza en una milésima parte, resulta difícil creer en su antigua prosperidad. Antes las colinas estaban cargadas de bosques, la llanura estaba llena de haciendas, donde se cultivaban en grandes la caña de azúcar y la vid y donde se recogían muy buenos productos; mas pronto a la agricultura se agregó la cría de ganado. Desde entonces la primera industria se perdió, a medida que se destruían los bosques por el incendio anual de las colinas, con el fin de renovar la hierba. Las lluvias se hicieron más raras, la sequía más agobiante; aparecieron las enfermedades. La agricultura fué cada vez más descuidada; se la redujo finalmente a un poco de maíz, para asegurar en parte la subsistencia de los habitantes; a cebada, para las bestias de carga, y a ají o pimienta colorado, como único objeto de exportación. Las chacras para la crianza del ganado sólo encontraron por falta de humedad pocos pastos, mientras las influencias perniciosas aumentaron y alejaron a aquellos habitantes que la enfermedad había perdonado. Allí tuve una prueba más de que la enfermedad había perdonado. Allí tuve una prueba mas de que el desmonte era la causa de la insalubridad y miseria de la región, flagelo que puede cesar, si medidas severas de policía rural detienen los terribles efectos de los incendios periódicos.

La violencia del calor, reflejándose en un suelo blanquecino y polvoriento, me obligó a permanecer en Chilón hasta el día siguiente, porque las mulas tenían necesidad de descanso. De Chilón hasta el primer alto tenía que franquear seis leguas. Partí muy

1º de noviembre

temprano, a fin de sentir menos el ardor del sol. La ruta fué, por demás molesta. Seguí durante algún tiempo el valle, lo atravesé, remonté la colina del otro lado por caminos pedregosos y sumamente tristes; después, en medio de montañas bajas y amamelonadas, descendí lentamente hacia la llanura de Pulquina. Esa travesía me pareció en extremo monótona y el exceso de calor no permitía la menor sombra. En todas partes los mismos árboles espinosos, en todas partes los mismos cactus de aspecto tristón. Finalmente vi desde lejos la playa arenosa del río. Descendí por una larga costa, junto a colinas blancas desnudas por completo, hasta el caserío de Pulquina, compuesto sólo de algunas pobres cabaña situadas en medio de un vasto valle, donde la agricultura ha sacado a los campos salvajes de los alrededores algunas parcelas de tierra de las orillas del río. El valle, mucho más verde que el de Chilón, presenta algunos lugares de descanso a la vista fatigada por la aridez y sequía de las colinas. Me detuve junto a una cabaña tan sucia que preferí acostarme al aire libre, corriendo el riesgo de contagiarme, al exponerme al rocío considerado mortal, esas fiebres en alto grado malignas, especialmente hostiles a quienes desafían la humedad de la noche; pero, ¿no debía temer un peligro más inmediato todavía, el de convertirme en presa de millares de insectos parásitos, cuya enorme variedad de especies impresiona? Los bocios más voluminosos desfiguraban a casi todas las personas que vi, sin que no obstante estuvieran atacadas de cretinismo, afección completamente desconocida en todas las regiones de América que he visitado.

El río Pulquina, como todos los ríos que he cruzado desde Cochabamba, tiene su fuente en el brazo oriental de los Andes y va a reunirse al río Grande, que recibe las aguas de una inmensa superficie de terrenos. Junto a las casas, y en muchos puntos del valle, hay numerosos algarrobos, de los que los habitantes recogen las vainas para hacer una excelente chicha. Observé que esa especie de acacia da una goma tan agradable como la llamada goma arábica. Recogí una amplia provisión, recordando que las enfermedades reinantes en las llanuras cálidas de Santa Cruz, son principalmente disenterías. Cuando se ve a las farmacias del país hacer venir goma de Europa, uno se asombra de que la industria no se haya apoderado de esos productos naturales, que podrían dotar de una nueva rama de comercio a la provincia de Valle Grande, sin perjuicio de los inmensos progresos a introducirse en las ramas ya existentes.

De Pulquina debía dirigirme a Tasajos,¹ distante ocho leguas. Ascendí una colina muy inclinada, atravesando los terrenos áridos de la víspera; y llegué a una meseta muy grande, de la misma naturaleza, en la que algunas ligeras colinas con lo único que modifica la uniformidad. Vi a lo lejos una tropa que caminaba en sentido contrario a mi marcha; pronto se acercó; y comprobé que se trataba de reclutas a pie conducidos por un oficial y algunos soldados a caballo. Los cruceños Habitantes de Santa Cruz), más enemigos todavía del servicio militar que los otros bolivianos, son tanto más difíciles de reunir cuanto que se los arranca de sus hermosas llanuras cálidas para llevarlos a las montañas frías, que temen sobremanera; por eso buscan todos los medios para desertar, lo que ha provocado la severa medida del **chalejo**. En marcha, no sólo se los ata entre sí como en galeras, sino también se les pone un chaleco de cuero de vaca fresco, que, al sacarse, les cierra fuertemente lo alto de los brazos, haciendo todo movimiento imposible. Esa costumbre bárbara los hace llegar medio muertos de cansancio. A veces, según me han asegurado, las moscas depositan sus huevos bajo esos chalecos de cuero; y los desdichados reclutas, después de ciento treinta y cinco leguas de marcha, están cubiertos de llagas y roídos por los gusanos. Se concibe fácilmente que el temor de ser así tratados, les lleva a ocultarse con mayor cuidado, al menor rumor de guerra, lo que hace el reclutamiento en el interior tan difícil, que nunca esas provincias completan un contingente.

La llanura que recorría está limitada al este por una cadena de altas montañas, hacia las cuales me dirigí. Siguiendo con los ojos la dirección, comprobé fácilmente que continuaban el brazo oriental de los Andes o de la Sierra de Cocapata, que ya mucho menos elevada forma un codo hacia el sureste, para terminar hacia las orillas del río Grade, a unas treinta leguas de distancia. Me dispuse a cambiar completamente de ladera, puesto que las aguas del otro lado se dirigían hacia la provincia de Moxos. Después de haber ascendido muchas colinas, llegué a la cima de la cadena, al lugar denominado San Pedro. Hallé una casa aislada, que habitaba una familia de pastores, que me acogió muy bien; pero la falta de cebada para las bestias de carga me obligó a continuar el camino, a pesar de mi deseo de permanecer algún tiempo en esa cadena. Todas esas cimas, de asperón desmenuzable, mostraban tan lejos como la vista podía extenderse, mamelones redondos, cubiertos de césped verde, del aspecto más alegre. Es la zona de las gramíneas. Al oeste se ven regiones tristes y secas, en parte peladas; al este, quebradas boscosas, que me recordaron algo de la provincia de Yungas. Las dos laderas presentaban los contrastes más curiosos. Comencé a descender una pendiente rápida por un sendero apenas trazado, lleno de piedras que rodaban bajo mis pies. Llegué a una quebrada, cubierta de grandes árboles, de la más hermosa vegetación. No eran ya esos árboles achaparrados, de hojas raras, esparcidos en las colinas del río Chaluani, sino bosques tupidos y frondosos de gran altura: una vegetación activa, en medio de una naturaleza húmeda, donde yo respiraba con placer.

Cada vez que la naturaleza presenta en sus riquezas formas a las cuales el hombre no está habituado, lo impresiona vivamente, cualquiera sea su grado de civilización; mis viajes me han dado muchas veces la prueba. Vi más tarde a los indios de Moxos extasiarse al descubrir piedritas y querer recogerlas, no habiéndolas nunca visto en su provincia. Vi también a un habitante de las llanuras arenosas de Santa Cruz regocijarse al ver por primera vez las rocas de las montañas. Fuí testigo de una escena de ese género al descender la quebrada de San Pedro. El gobierno me había dado para acompañarme a un joven de Cochabamba. Salía del colegio, no conocía más que las montañas áridas de los alrededores de su valle, y no había visto aún en su camino más que rocas secas, hasta que en el río Chaluani encontró los primeros bosques de mimosas. Su gozo fué de los más vivo; pero nada igualó su éxtasis cuando vió los bosques de esa quebrada. Apenas podía contener sus palabras, no cesando de decirme que creía que recién ese día había comenzado a vivir.

La quebrada se estrechó a tal punto, entre las montañas escarpadas, que las aguas corrían entre dos murallas; entonces el arroyo mismo se convirtió durante una legua en el único

¹ Tasajo quiere decir en español carne seca. Ignoro el motivo por qué se le dio ese nombre a este caserío.

sendero a seguir, marchando sobre cantos resbaladizos. El cielo estaba cargado de lluvia; nubes espesas, junto al follaje doblemente cruzado sobre mi cabeza, oscurecían a tal punto la profundidad donde me hallaba, que apenas veía nada. El trueno rugió en las montañas vecinas y mi arriero me expresó sus temores de hallarse en ese estrecho paso, donde el arroyo podía convertirse en un verdadero torrente, a causa de las lluvias tan abundantes en esas comarcas, y engrosar de tal manera que nos arrastraría, si la tormenta estallaba arriba de nosotros. Ese temor, basado en la experiencia, le hizo apurar sus bestias tanto como pudo, a fin de huir del peligro, mientras recordaba una serie de accidentes sucedidos a los viajeros sorprendidos por la estación de las lluvias, en esos caminos entonces de lo más peligrosos. Todo jadeante de inquietud, no respiró hasta que, desembocando en la quebrada, vimos la playa del río Tasajos. El cielo amenazaba por todas partes, el trueno más cercano rugía espantoso; el eco repetía sus frecuentes detonaciones. Doblé el paso, y apenas llegué a la casa del **Comisionado**, cuando torrentes de lluvia inundaba el campo, antes que mis efectos llegarán. En un instante, todo el valle se convirtió en un verdadero lago; la lluvia cayó con tanta violencia que las aguas acumuladas ni podían correr. Se logró, empero, introducir mis baúles. El arriero, temblando todavía por el peligro que había corrido, agradecía al cielo por haberlo preservado de la catástrofe, que algunos instantes más tarde habría podido producirse. Llovía siempre a cántaros. La noche se puso por más oscura. Sólo los relámpagos arrojaban de vez en cuando una viva luz que hacía más temible la oscuridad. Contemplé un rato ese imponente espectáculo; pero pronto, como el agua penetraba por el techo y las puertas de la cabaña, donde estábamos reunidos, fué necesario buscar un medio para preservar mis papeles, lo que me impidió acostarme y me obligó a permanecer de pie toda la noche, para vigilar mis equipajes. Por otra parte, no había un solo lugar en tierra, donde pudiera tenderme. Un viajero abajeño,¹ el señor Suárez que llegó de Santa Cruz algo después de nosotros, me repetía a cada rato esa noche incómoda el refrán de circunstancia de los gauchos: **Una mala noche se pasa como se quiere.**

Habiendo mejorado el tiempo por la mañana, pude recorrer los alrededores. La llanura de Tasajos es muy plana, adornada de césped en muchas partes; el resto, junto a los ríos, está cubierto de bosques de mimosas espinosas, de Algarrobos y de algunos cactus. La estación de las lluvias había comenzado en ese valle quince días antes, y el estado fresco y reverdecido del campo me mostró en todas partes su influencia sobre la vegetación, entonces en su apariencia primaveral. En medio de esa llanura poco cultivada, están diseminadas aquí y allí una docena de casas pertenecientes a chacareros que crían ganado. Habría deseado partir por la mañana, pero el comisionado, mostrándome el río que arrastraba árboles enteros en medio de las aguas cenagosas, me dijo que era necesario cruzarlo por un lugar estrecho, donde franquea una montaña, y que en ese momento sería querer dejarse engullir por la corriente o desaparecer en las arenas movedizas. Era necesario, aguardar. Hacia mediodía, las aguas corrieron fácilmente y el comisionado me aseguró que, tomando precauciones, podría dirigirme a Pampa Grande,² distante cuatro leguas. Tomé por el pie de las montañas a la derecha, en medio de terrenos arenosos de aluvión; di la vuelta a una colina redonda, compuesta de asperón y regané la orilla de la **Angostura**, estrecho desfiladero, donde las montañas muy pegada no dejan pasar otro camino que el mismo lecho del río que debí cruzar por lo menos diez veces, luchando también contra una corriente rápida, o temiendo en otros lugares hundirnos en una arena movediza que se sacudía bajo nuestros pasos, y apenas nos permitía detenernos un segundo. La línea de las aguas trazada sobre las rocas de esquistos, revelaba que el torrente debió ser terrible durante la lluvia de la víspera, y que entonces muy profundo debía arrastrar consigo todos los obstáculos. En esa quebrada encontré, en las laderas, árboles espinosos, cactus de más de siete metros de altura,

¹ Se llaman, en el país, *abajeños*, a todos los habitantes de las provincias de *abajo*, es decir de las provincias de Salta, Jujuy, Tucumán, etc., menos elevadas que el Alto Perú, hoy Bolivia. Las mismas provincias, en relación a Buenos Aires, son, para esa última, las provincias de *arriba*, en relación a la posesión respectiva de los lugares.

² Hay aquí una reunión de la lengua quichua y el español. *Pampa*, como le he dicho en otra parte, quiere decir *llanura*, en quichua. Es una de las palabras generalizadas en América, hasta en los lugares donde no existe la lengua indígena y muy apartados de la lengua quichua.

coronados de muchas ramas y cubiertos de frutos redondos, del grueso de una manzana pequeña, que comí con gran placer. A la desembocadura del río, encontré una llanura lisa muy vasta. Atravesé la playa de arena del río Tembladeras,¹ y llegué finalmente a Pampa Grande.

Es un anejo de Valle Grande, distante quince leguas de su capital, gran villorrio mal construido, compuesto de casas levantadas en empalizadas, sobre las cuales se arroja algo de tierra, y cubiertas de rastros. El aspecto es tanto más triste cuando que casi todas están cerradas y se ven muy pocos habitantes, y los que hay tienen el rostro pálido y amarillo. El corregidor me señaló una pequeña cabaña donde podía instalarme, pero apenas penetré una nube de pulgas se levantó del suelo polvoriento, obligándome a salir muy rápido. Preferí establecerme en el campo, al aire libre, a sufrir el suplicio al que sería condenado, de haber pasado la noche en ese lugar. Por la tarde, visitando el villorrio, el cura me ofreció sus servicios. Era un bravo joven, cuya tristeza me revelaba que tenía miedo de morir. Mientras me mostraba las casas vacías, a causa de la muerte de sus habitantes, me dio detalles horribles de las fiebres reinantes, que todos los años segaban una parte muriendo unos en algunos días solamente, otros después de largos sufrimientos, de que nada podía salvarlos. Su melancolía me impresionó; citaba entre otros muertos a sus tres predecesores en cuatro años, y esperaba no sobrevivir mucho tiempo. Ese pobre joven era por su timidez misma más susceptible de ser alcanzado por el flagelo. Me ví obligado a visitar a muchos enfermos, a quienes suministré sulfato de quinina, lamentando la suerte de los desdichados habitantes de las provincias de Mizque y Valle Grande, librados a la enfermedad sin esperanza de socorro, ya que ningún médico va a aliviarlos y sustraerlos a la muerte. El cura insistió mucho en que entrara bajo un techo, a fin de preservarme, pero no pude decidirme, a pesar de sus presionantes instancias. Por lo demás, poco accesible al temor, me sentí demasiado fuerte como para que las influencias malignas me atacaran, habiendo ya visitado tan a menudo lugares apestados, sin experimentar nada. Me creía realmente invulnerable.

Me impresionó la lentitud con que el cura se expresaba en español, lentitud que distingue el habla de los cruceños, de la volubilidad común en los porteños y hasta en otros bolivianos. Ese acento no tenía, sin embargo, nada nuevo para mí; estaba acostumbrado a Corrientes, donde existe la misma manera de hablar. Esa analogía, al revelarme el origen de los habitantes de Santa Cruz, que vinieron en otra época del Paraguay, me trajo agradables recuerdos, y me hizo esperar hallar, en esa región, la amable hospitalidad que había recibido en la frontera del Paraguay.

La tristeza que reinaba en Pampa Grande no me invitó a quedarme. Por lo demás, la estación estaba muy avanzada, para que no me apresurase a llegar pronto a Santa Cruz, donde quería pasar la época de las lluvias. Al salir de Pampa Grande, hallé una hermosa llanura de una legua de ancho, cubierta de hierba y animada por numeroso ganado. *4 de noviembre* Encontré también algunas tropillas de mulas cargadas de azúcar, que la llevaban de Santa Cruz a Cochabamba. Me llamó la atención el traje de los arrieros, tan diferentes del que había visto hasta entonces. Llevan sobre la cabeza una montera o casquete de cuero, más o menos igual de los cochabambinos, un calzón de cuero curtido, una especie de túnica semejante, adornada de franjas y costuras de diversos colores; están calzados con plantillas de cuero atadas al pie. Los hice detener un momento, so pretexto de pedirles informes, para verlos mejor. Es, por lo que supe más tarde, el traje de todos los arrieros de Samaypata y de la provincia de Valle Grande.

La llanura termina al pie de una alta cadena de montañas, que trepé por una quebrada pedregosa, larga, y difícil, sobre todo al acercarse a la cumbre, donde llegué no sin trabajo. Esa cima presenta una gran cumbre redonda, cubierta de gramíneas, desde donde dominaba de un lado el hermoso valle de Pampa Grande, y del otro el de Vilca. Veía en los dos serpentear el ancho lecho de arena desnudo de los ríos, las casas esparcidas al pie de las colinas en la llanura; todo rodeado de montañas verdes, con la cima suavemente ondulada en forma de mamelones

¹ Se llaman tembladeras a las arenas movedizas. Ese río es en ese aspecto sumamente peligroso al ser atravesado. La tierra temblaba a gran distancia bajo nuestros pasos

redondos. Esa naturaleza me habría parecido admirable, si no me hubiera impresionado el horrible sufrimiento de los habitantes y su abandono a la acción permanente de las influencias pestilentes de esos hermosos valles que de lo más péfidos ocultan, bajo una rica apariencia, el veneno más activo. Ese valle de Vilca, que veía a un millar de metros abajo, es el último en que las fiebres son malignas. Más allá, hasta Santa Cruz, las enfermedades endémicas son más raras. Como había llegado a uno de los últimos puntos elevados de esas montañas, quise detenerme en la cumbre, junto a una chacra; pero mi arriero se negó, impidiendo hasta que sus mulas ramonearan en el camino, temiendo que ellas tocaran una planta venenosa, que las hincha y las hacer morir en pocas horas. Me mostró esa planta, que creí un euforbio, y me citó muchos ejemplos de arrieros que habían perdido una parte de sus bestias, por haber pasado la noche en ese lugar, engañados por la apariencia del césped. Lo más raro del caso es que, mientras las mulas de paso se envenenan en esas montañas, comiendo indiferentemente toda clase de hierbas, las mulas nacidas en ese lugar saben distinguir bien las plantas nocivas, hasta el punto que nunca les suceden accidentes semejantes.

La cuesta que me faltaba descender no carecía de dificultades. Tallada en un asperón desmenuzable o llena de piedras desprendidas, se rueda más ligero de lo que uno quisiera por una pendiente en alto grado abrupta. Al llegar al pie, pasé junto a muchos mamelones redondos y desemboqué en la llanura de Vilca, distante seis leguas de Pampa Grande. Me dirigí a casa del comisionado, donde fui muy bien recibido. El valle, muy grande y hermoso, está sobre una pequeña superficie, cultivada de maíz, alrededor de las casas aisladas que la pueblan. El resto, susceptible de una agricultura muy provechosa, permanece improductiva, por falta de brazos. A medida que avanzaba hacia Santa Cruz, notaba que el número de mestizos disminuía, que el color de los habitantes era menos mezclado, que se producía un evidente mejoramiento en la raza.

De Vilca, pequeño caserío sin capilla, no me quedaban más que cuatro leguas hasta Samaypata, último punto habitado antes de Santa Cruz. Me dirigí al día siguiente, atravesando la llanura de Vilca, así como su río lleno de arenas movedizas, y ascendí una montaña, del otro lado de la cual descendí en medio de campo cultivados hasta el burgo, situado en una hermosa llanura, cubierta de vegetación, Circunscripto de colinas redondas.

5 de noviembre

La lluvia, que me tomó en el camino, cayó a torrentes, cuatro días seguidos. Me vi obligado a permanecer en la casa de uno de los curas, donde el corregidor me alojó. Apenas llegué, comencé a gozar de la hospitalidad de los habitantes. Cada uno de mis vecinos me envió su ofrenda y sus cumplimientos por medio de sus criados: era un paquete de cigarros atados con cintas de colores, una taza de chocolate, un planto de confituras, hasta sopa; y, en un instante, confundido por tantas amabilidades, me hallé aprovisionado para más de un día. Esa recepción a un extranjero desconocido de ellos, me probó que todo lo que me habían dicho de Santa Cruz y de sus habitantes, no era exagerado, y me hizo presagiar una estadía agradable en esa ciudad, alejada trescientas leguas de la costa, donde el pequeño número de extranjeros y la escasa comunicación comercial, conservan todavía la hospitalidad de la edad de oro, esa bonhomía que desaparece rápidamente, por el abuso de los viajeros, tan prontos como éstos abundan.

Durante los días siguientes, visité a mis vecinos y vecinas, y les agradecí su bondadosa acogida. Uno de los curas, hombre amable y jovial, me invitó a acompañarlo a casa de una dama que daba una fiesta. Acepté con tanto más placer cuanto que allí no constituía una indiscreción presentarse así, y que, para no ser del todo novicio al llegar a Santa Cruz, deseaba ponerme al corriente de las costumbres, que me parecieron completamente distintas de las de las otras provincias. En la fiesta de una de las mujeres de la sociedad, sus amigas envían cada una su pequeño regalo en prueba de amistad. Encontramos una mesa cubierta de esos regalos: paquetes de cigarrillos de paja de maíz, artísticamente confeccionados, adornados de flores y cintas; bombones de diversas especies, vinos y licores. La habitación estaba llena de hombre y mujeres. La señora de casa, apenas llegué, tomó un cigarro, se lo puso en la boca para encenderlo y me lo ofreció. No había aún terminado el primero, cuando me ofrecieron otro, y así todo el tiempo. Luego una señorita se acercó a mí con un vasito de licor en la mano y llevándolo a los labios, me dijo:

Tomo con Ud., Señor. Le agradecí su cumplido, pero me advirtieron que no bastaba el agradecimiento, y que debía devolverle su amabilidad, lo que hice de inmediato. Sin embargo, cometía una falta. Debía necesariamente al beber a mi vez, convidar a una mujer; y para castigarme, me obligaron a comenzar de nuevo. Se concibe fácilmente que mi condición de extranjero me puso de moda. Cada dama se creyó obligada a invitarme a beber; no podía negarme y de esa manera me hallé pronto, como los otros invitados, animado de una viva alegría, que gustó mucho. El tañido de una guitarra hizo pensar pronto en otra diversión. Se cantó una mariquita. Todos bailaron, hasta el cura. No pude tampoco dejar de hacerlo. De lo más torpe, por la manera de agitar el pañuelo durante el baile, hice reír a mis expensas, y para vengarme, pedí un vals, que me era más familiar. A las dos se sirvió de comer; cada uno se colocó alrededor de una larga mesa. Se trincharon mucho volátiles, y entonces comenzó un nuevo asalto de cortesías. Una dama cortó un trocito de pollo, y lo colocó en el extremo de un tenedor; pasó de mano en mano, hasta mí, que debía aceptarlo; me llegaron así trozos elegidos de todos lados. Me fué absolutamente necesario, para devolver esa atención, reenviar un bocado a cada uno de los convidados. Durante la comida, los tenedores no cesaron de pasar de mano en mano y de boca en boca, lo que me pareció más original que agradable; sin embargo, resuelto por principio a seguir las costumbres de cada país, me plegué de la mejor manera que me fué posible a ese uso tan distinto de los nuestros. Se bebió mucho, comiendo siempre e invitándose mutuamente; luego se volvió a bailar hasta la noche. Me retiré temprano, satisfecho de esa primera lección y dejando a los invitados divertirse a una parte de la noche.

Samaypata o mejor dicho Camaypata¹ es, sin ninguna duda, el punto en que los Incas se detuvieron, cuando, bajo el décimo rey (Inca Yupanqui) quisieron someter a los indios chiriguano,² y transcurrieron dos años sin lograrlo. Los restos de antiguas esculturas hallados en las rocas, los numerosos rastros de casas redondas esparcidas en las montañas,³ las armas enterradas en el seno de la tierra, todo revela evidentemente la larga permanencia de un gran conjunto de hombres civilizados en los alrededores de Samaypata. Es probable también que haya residido posteriormente una población indígena, puesto que en 1793 se veían todavía cincuenta indios puros.⁴ Hoy no existen ya ni indios, el burgo está ubicado en la cima de las montañas, donde lo instalaron los Incas. Se extiende en medio de una hermosa llanura, cubierta de vegetación, grande, bastante bien construída, con una hermosa plaza, una iglesia mediocre y calles bastante prolongadas. Es un paso indispensable, un punto de reposo casi obligado de los comerciantes o viajeros que van a Santa Cruz, o se dirigen de esa ciudad a las otras de la república; una posición encantadora, una región de lo más sana, rodeada de valles apestados; un lugar de recursos para el cultivo de la cebada, el maíz, el trigo y la papa, por su excelentes pastos, por la madera que cubre todas las quebradas circundantes. Su situación debe convertir necesariamente a Samaypata en una población de las más importantes, cuando haya crecido su población y la navegación abierta con el río Paraguay por el Plata, con el río Piray por el Amazonas, traiga una nueva vida a esas vastas regiones hoy sin comercio y sin industria, destinadas sin embargo a ser en el porvenir una fuente de prosperidad para Bolivia.

El horrible tiempo que hacía me inquietaba para la continuación de mi viaje. Sólo me faltaba cuarenta leguas para llegar a Santa Cruz; pero cuarenta leguas sin casas, de las cuales alrededor de veinte por montañas de lo más escarpadas, por caminos horribles, temidos de los viajeros, y por lo general, abandonados durante la estación de las lluvias, a causa de los peligros de todo género que presentan a cada paso. Los samaypateños no dejan de hacerlo presente en todas sus formas, mostrando al viajero sorprendido por las lluvias, abundantes, en el lecho de los torrentes que es necesario seguir, corriendo el riesgo de ser arrastrado por la corriente o retenido

¹ Camaypata proviene de *Camay* (descanso después de la fatiga) y de *pata* (marcha, grada): así Camaypata quiere decir *grada del descanso*, nombre poético, al mismo tiempo que descripción perfecta de la localidad. Es, en efecto, la primera meseta y el primer lugar donde se puede descansar, cuando se va de las llanuras del interior a las montañas.

² Garcilaso de la Vega, *Com. real de los Incas*, lib. VII, cap. XVII, p. 244.

³ Sobre el burgo actual, la cumbre de una montaña está de tal modo cubierto de esos restos que se llaman *Cerro de la rueditas*.

⁴ Informe de Viedma. p. 38.

muchos días por la crecida de las aguas, sin poder avanzar ni retroceder. Los otros riesgos a correr eran resbalar por una tierra arcillosa, desde lo alto de las montañas con la mula; romperse las piernas o rodar por los precipicios. Dado mi carácter emprendedor, esos relatos no estaban hechos para detenerme; tal vez, por el contrario, me inspiraron un deseo más vivo de afrontar las fatigas que un viajero nunca deber temer. Sólo, como tenía que desafiar peligros reales que podían tener por causa la inexperiencia de mi arriero, pedí al corregidor un buen guía, a fin de disminuir las probabilidades de fracaso y no tener nada que reprocharme.

El 9 de noviembre, dejé Samaypata, lamentando no haber podido visitar, a causa de las lluvias, las antigüedades de los alrededores, y prometiéndome regresar en una estación más apropiada.¹ Comencé en seguida a descender una quebrada profunda, escarpada, en la que las

aguas del arroyo de Samaypata caen, rugiendo en pequeñas cascadas sobre un lecho de asperón blanco. Habría podido contemplar ese espectáculo, pero estaba obligado a concentrar toda mi atención en el

terrible camino, repleto de bosques de piedras, por donde descendía con ayuda de escalones informes; y esto corriendo el peligro de ir demasiado pronto a visitar el fondo de la quebrada. Pronto el sendero me condujo, por el mismo lecho del torrente, a un precipicio que sólo tiene el ancho de las aguas, entre dos paredones tallados a pico. El valle se ensancha poco a poco, el lecho del torrente es menos encajonado y se puede tomar un sendero trazado en medio de bosques de acacias espinosas, teniendo a la derecha el famoso Cerro del Inca, del que me contaron tantas maravillas, y a la izquierda una elevada montaña cortada por el río de Piedras Blancas, así llamado por el asperón blanco que lo llena. Después de seis horas de marcha, las montañas se acercaron de nuevo. Pasé a la derecha el río Colorado, cuyo lecho y las aguas son, en efecto, de un color rojo pronunciado, a causa del óxido de hierro que arrastran. Allí el río Samaypata, al unirse al río Colorado, toma el nombre de río Laja. Antiguamente se seguía este último río; pero los numerosos accidentes producidos han hecho abandonar esa ruta. Ocupa el lecho mismo del curso de agua, en una estrecha grieta de las montañas, que dejé a la izquierda, asombrado de que alguien hubiera osado usar alguna vez semejante camino.

Al abandonar el río, tomé un vallecito estrecho y me dirigí hacia la cadena de **las Abras**, donde vi efectivamente, en la cima, como un estrecho desfiladero entre dos mamelones redondos, que rodeaban el horizonte. Estaba entre dos cadenas. La de la derecha es sumamente rara. Es una serie de picos elevados, en los que la roca está en todas partes al desnudo y cortada casi perpendicularmente sobre sus laderas. Tomé la cuchilla izquierda y llegué frente a uno de esos picos denominado **La Cueva**, porque en varios puntos, sus paredes, tallados a pico, parecen por sus desplomamientos, vastas arcadas o pórticos irregulares. Allí acampamos en la misma cuesta, a media altura, siendo ese lugar necesariamente una **pascana**.² Frente a esos picos a la vez amenazadores y pintorescos, descubrí el más hermoso eco que haya oído. Los sonidos más puros reproducía la montaña vecina, que los enviaba a los otros picos; y, muchas veces repetidos, debilitándose siempre, esos sonidos se perdían en lontananza. Todo era romántico en ese lugar: la montaña de la Cueva, su cima desnuda y elevada como una gran torre, llegando hasta los cielos; sus laderas escarpadas, formando asientos de diversos colores, las puertas que figuraban esas paredes y hasta su admirable eco. Habría sido un hermoso tema para un romancista, de haber habido allí habitante. Ese lugar salvaje, visitado sólo por viajeros, está en todo tiempo silencioso y desierto.

La noche fue húmeda y fría; por eso, desde el amanecer, abandoné, para recorrer los alrededores, el suelo sobre el que me había acostado bajo la bóveda de los cielos. Una niebla espesa me ocultaba de todos los objetos. Se elevó poco a poco, formando pequeños grupos de nubes, que pasaban alrededor de los picos y desaparecían finalmente. Nubecillas redondas, fijas en cada punto culminante,³ permanecieron sin embargo más de dos horas, hasta ser disipadas por los rayos del sol, dando al conjunto un rasgo más de originalidad. La jornada de marcha debía ser

1 Regresé en 1832, como se verá más adelante, y daré entonces detalles interesantes sobre esas antigüedades notables.

2 *Pascana*, lugar donde pueden pacer las mulas. Es la palabra local en toda América.

3 Maté, alrededor de las montañas, una especie nueva de martineta con collar, *Cypselus montivagus*, Nob. Vuela todavía con mayor rapidez que nuestra martineta de Europa. Es tal vez el pájaro que recorre el espacio con mayor rapidez.

larga y cansadora; sin embargo, recién a las nueve reunieron las mulas esparcidas por el campo y las cargaron. A llegar a la cumbre de las Abras, descendí del otro lado, teniendo enfrente una montaña elevada, que había que franquear y a mis pies, un valle profundo, por donde corre el río de **las Astas**. Olvidé por un instante los malos caminos, viendo numerosas plantas criptógamas, entre las cuales helechos arborescentes, árboles verdes y una vegetación casi tan exuberante como la de la provincia de Yungas; pero las frecuentes patinadas de mi mula, me trajeron rápidamente a la realidad. Descendí más de diez metros de un solo tirón y creí prudente efectuar el trayecto a pies hasta el río. Estaba como encajonado entre las colinas cubiertas de bosques tupidos, cuya vista es más espantosa que alegre. Si el descenso fue difícil, no era nada en relación a la dificultad que presentaba la cuesta rápida que tenía ante mí. Al principio estuve a punto de descorazonarme. A pie, estaba obligado a prenderme de los árboles; en mula, cuatro o cinco veces seguidas, mi bestia cayó de cuatro patas o resbaló, faltando poco para que me rompiera las piernas. No había, empero, medio de retroceder; por eso, tanto a pie como montado, resbalando y cayendo, amenazado de rodar sobre las mulas que estaban debajo de mí, o pudiendo temer ser aplastado por las que me precedían, llegué finalmente a la cima del **Cerro Largo**, cubierto de elevadas hierbas, de palmeras, de helechos arborescentes y de quinquina. Mi guía me mostró, en el camino, un cerco de piedras que en la región conserva el nombre de **Casa del Inca**. Las tradiciones transmitidas de padre a hijo recuerdan que fue el último campamento de los Incas, durante sus expediciones contra los Chiriguano. Es un punto muy importante para la geografía antigua de los Incas.

Al descender del otro lado por una pendiente rápida, en medio del bosque, no podía prever dónde mi gente hallaría un lugar apropiado para detenerse, en ese caos de quebradas profundas y montañas escarpadas. Mi guía me sacó del embarazo al mostrarme, a los lejos, la cumbre de una montaña, a la que había necesariamente que llegar. Algunas horas de penosa marcha me condujeron al fondo del valle por donde corre el río de Bueyes. Subí por el otro lado por caminos muy malos, trazados en el asperón desmenuzable, y toqué finalmente a la entrada de la noche la cumbre del cerro de Coronilla. Vi un galponcito construido para albergar a los viajeros, pero estaban tan lleno de pulgas, que preferimos acampar al aire libre sobre la cuesta a poca distancia. Los arrieros condujeron sus mulas al fondo de un valle vecino, donde hallaron algo de pasto. Se prendió, y algunos trozos de carne seca, arrojados sobre las brasas al agua del arroyo, vinieron como de ordinario a reparar la fatiga de la jornada, una de las más penosas que he pasado.

A la mañana siguiente, al recorrer el valle que dominaba con la vista, hallé la cuesta cubierta de coca salvaje. Temiendo equivocarme, se la mostré al arriero, propietario él mismo de una chacra de cultivo de esa planta, en la Yunga de Yucararés; *11 de noviembre* reconoció, como yo, que era la verdadera coca y recogió una buena provisión. Ese descubrimiento me probó el partido que puede sacarse de esas montañas, puesto que esa planta tan preciosa, que sólo se obtiene en Yungas por medio de un costoso cultivo, crece naturalmente y ofrece a los agricultores una cosecha abundante, una rama lucrativa de industria, hasta ahora desconocida en esas regiones desiertas. Regresé al alto, pensando en esa nueva fuente de prosperidad y en los beneficios inmensos que podría proporcionar a quien, obteniendo del gobierno la concesión de ese valle, funde el primer establecimiento.

Nos pusimos en camino muy temprano, ya que la jornada debía ser bien larga. Siguiendo siempre la cresta de Coronilla, llegué a un punto, desde donde se me presentó una inmensa extensión. Entre dos altas montañas, separadas por un valle profundo y estrecho, se desarrollaba un vasto horizonte de llanuras cubiertas de bosques, donde las ligeras ondulaciones del suelo y la



Un alto cerca del peñasco granítico de Guayarito a Chiquitos

extensión de los bosques presentaban el aspecto de un mar agitado, al pie de una costa escapada. Había llegado a los últimos contrafuertes de los Andes y entreveía, finalmente, las hermosas llanuras cálidas de la provincia de Santa Cruz. Gozaba, por anticipado, de la dicha de recorrer esas hermosas comarcas, verdadera tierra prometida, que era desde hacía mucho tiempo el objeto de mis deseos. Me faltaba, sin embargo, franquear todavía los dos puntos más temidos de esa ruta: el descenso de la famosa cuesta de Petaca y el río Piray. La primera, ese día menos terrible por la falta de lluvia, me dio la esperanza de pasar sin accidentes. Veía desde la cumbre, a una enorme distancia allí abajo, y como en el fondo de un precipicio, la confluencia de los ríos Laya y Projera, que forman el río Piray, el cual después de serpentear entre dos murallas escarpadas, formadas de las últimas montañas, va a desembocar en la llanura de Santa Cruz. La cuesta está compuesta de asperón y arcilla; su pendiente, donde se ha practicado el peor sendero que uno pueda imaginar, es extraordinariamente abrupta. En vez de trazar largos zigzag en las laderas de la montaña, se ha cortado por una verdadera escalera giratoria, donde, a cada paso, hay que volver de un lado al otro. Creí más prudente descender a pie, mientras buscaba las hélices y los insectos.

Obligado constantemente a frenarme para no ir más rápido, llegué con fuertes dolores en las articulaciones. Al borde del torrente, maté una magnífica especie de ara de alas blancas,¹ que sólo vi en ese lugar. Debajo de la cuesta, experimenté un sentimiento de horror, al contemplar la montaña que acababa de descender y pensando que el resto del camino no sería más fácil. No tenía, es verdad, más montañas que franquear; pero hasta la llanura el río Piray,² con su torrente ancho e impetuoso, encerrado entre dos murallones gigantes tallados casi a pico, es el único camino a seguir durante más de tres leguas. Ese trayecto es el más difícil de toda la ruta. Es menester cruzar el río diez veces por medio de las rocas, corriendo el riesgo de caer con la mula, o ser engullidos los equipajes. Si sorprende una tormenta, o esas lluvias abundantes de la estación en que estábamos, el río crece tan súbitamente, que algunas veces es menester detenerse, sin poder avanzar ni retroceder. Se ha visto, en ese caso, a tropillas de mulas morir de hambre y a los viajeros correr los mayores peligros. Por suerte mía, el tiempo, aunque siempre amenazador, me permitió franquear ese mal paso. Para cruzar el río, mi guía, sumamente experimentado, conocía hasta la menor roca, entonces oculta bajo las aguas, marchando siempre a la cabeza, haciendo pasar una mula tras otra; llegué así hasta la llanura, cubierta de bosques, y entré en la provincia de Santa Cruz. Por una dicha extraordinaria, un chubasco de los más fuerte, cayó precisamente en el momento en que, desembocando en la llanura, ya nada tenía que temer.

¹ *Ara Cruziana*, d'Orb.

² *Piray*, de *pira*, pez, y de, agua, río, en lengua guaraní; *el río de los peces*.

CAPÍTULO V.

Estadía en Santa Cruz de la Sierra y viajes por los alrededores

§ 1

ESTADÍA EN SANTA CRUZ DE LA SIERRA

AL entrar en la llanura, abandoné los últimos límites de la provincia de Valle Grande. Seguí, durante tres leguas, un bosque virgen extraordinariamente majestuoso, donde árboles gigantesos cruzan sus ramas y hacen de la ruta una enramada impenetrable a los rayos del sol. En cualquiera otra circunstancia, la habría admirado, pero la lluvia caía a cántaros y apenas se veía por el estrecho sendero, donde de cuando en cuando estaba obligado, ya a más, ya a saltar por encima de los troncos de árboles volteados por el viento. Era, sin embargo, la única ruta que existe entre las llanuras del interior y las ciudades de las mesetas, en único medio de comunicación entre Bolivia y el Brasil. A pesar de todas esas molestias, la vuelta del sol trajo la alegría y me sentí dichoso al admirar la belleza del bosque, caminando por un terreno llano después de haber franqueado montañas tan difíciles. Nos detuvimos en un espacio desprovisto de árboles, junto al río, en el lugar llamado Potrero del rey. Mi admiración duró poco, atenuada por las picaduras de los **marehuí**,¹ y los millares de mosquitos,² que, durante toda la tarde, no me dejaron un momento de descanso. Se asaron algunas penélopes cazadas en el camino, y me tendí en tierra, pudiendo más el cansancio que los insectos. Dormí profundamente la mitad de la noche. Un chaparrón cayó entonces, que me empapó hasta los huesos y duró toda la mañana.

Desde mis viajes por las orillas del Paraná y la provincia de Corrientes, había olvidado la picadura de los mosquitos. Sentimos a tal punto los efectos, que, a la mañana siguiente, cada uno de nosotros, al mirar a los otros no pudo aguantar la risa a tal extremo nuestros rostros estaban hinchados y desfigurados. Por mi parte, apenas podía abrir los ojos. He observado que las consecuencias de esas picaduras sólo se producen en los primeros días. La epidermis se habitúa a la larga. Se siente el mismo dolor, pero no hay inflamación y la picazón es menos persistente. Todo durante esa noche contribuyó a contrariamente. Un jaguar, habituado sin duda a reinar en esos lugares salvajes, rugió varias veces en los alrededores. No sólo espantó a mi tropilla y nos obligó a mantenernos en guardia, sino también las mulas asustadas sin duda por ese animal se dispersaron por los bosques, sin que quedara una sola en la pascana. Esa triste noticia, que supe por la mañana, vino a aumentar en mí la molestia de estar expuesto a la lluvia. Mientras mis arrieros corrían por los bosques, tratando de hallar los rastros de las mulas, encendí un poco de fuego e hice construir una tiendita bajo la cual me albergué. Teníamos algunas telas de lana apropiadas para llenar este último objeto. Se trataba sobre todo de preservar a los baúles de la inundación general; por eso sólo me quedó un pequeño espacio en el que no podía permanecer ni acostado ni de pie. Cuando hacer mal tiempo, la vista del fuego, hasta en las regiones cálidas, hace experimentar un gozo que no se podría definir; es el verdadero consuelo del viajero.

Constantemente mojado, a pesar de mi tienda, pasé una de las jornadas más tristes de mi vida errante. Los elevados árboles que me rodeaban carecían de todo encanto. La vegetación no me parecía tan hermosa; toda la naturaleza había perdido su prestigio; no era más para mí la tierra prometida, sino una horrible soledad, un horrible desierto, que sólo me inspiraba pensamientos melancólicos. La lluvia cayó sin interrupción dos días y dos noches, durante los cuales, siempre

¹ El *marehuí*, sin duda lo mismo que *maringuín*, es una mosquita corta y rechoncha, cuya picadura causa de inmediato un dolor tan fuerte como si fuera una quemazón. Aparece en seguida una manchita de sangre en la piel, una picazón atroz sigue a la llaga, y el efecto dura tres o cuatro días.

² Son especies de moscas análogas a nuestros mosquitos de Europa.

inundado, la incomodidad de mi situación y la importuna vecindad de insectos encarnizados, no me permitieron gozar del menor descanso. Creo que nunca sufrí tanto. No nos quedaban más víveres que maíz tostado. El mal tiempo no me habría detenido, de haber tenido mis mulas; pero los pobres arrieros, después de haber explorado los bosques en todos sentidos, no lograron reunirlos hasta el tercer día, y con todo faltaba una, que fué presa del jaguar. La hallaron en lo más tupido de la espesura, donde el feroz animal la había arrastrado, a cincuenta pasos por lo menos del lugar donde la mató.

El 14 de noviembre, la lluvia caía todavía; pero las mulas, una vez halladas, me permitieron partir a las once. Estaban en pleno **Monte Grande**, que, al pie de las últimas montañas, se extiende hacia el norte, hasta Colombia, por Yuracaré y por *14 de noviembre* Apolobamba. Es en efecto uno de los más hermosos que hemos visto; se compone en ese sitio de árboles enormes: su suelo no está cubierto de Vegetación más que hacia el confín, junto al río; el resto está libre y se pueden recorrer todas las partes bajo sombras impenetrables. A pesar de la incomodidad de la lluvia, la esperanza de hallar pronto descanso en Santa Cruz, me permitió, reanimándome un poco, juzgar más favorablemente el hermoso país que atravesábamos. Nada cansa tanto, sin embargo, como la uniformidad de los bosques. Sería necesario romperla con claros abiertos de tanto en tanto o con casas. Era sin duda injusto que recordando haber deseado árboles en la cima de las cordilleras, para animar el cuadro, quisiera ahora que esos sombríos bosques fueran alegrados por la presencia del hombre. Caminé todo el día bajo esa bóveda de follaje. Hacia la tarde, a los árboles de hojas generalmente enteras, se agregaron algunas palmeras **Motacús**,¹ cuyas hermosas gavillas de hojas acuchilladas, de más de seis metros de altura, coronando un tronco grueso, liso o provisto de antiguos gajos de hojas, presentaban el aspecto más hermoso, y formaban el más bonito contraste con el resto de la vegetación. La noche llegó a grande pasos y fué necesario detenernos junto a las orillas del Piray, en medio del bosque. La lluvia había cesado durante la tarde. Me sentía feliz al pensar que gozaría algo de descanso, en medio de ese silencio solemne de la naturaleza, que sólo algunos pájaros nocturnos debían interrumpir. El gran búho americano vino a posarse encima de mi cabeza; y su canto monótono y triste (ña-curututu), repetido a intervalos, fue lo único que turbó algún tiempo la calma universal. Hacia medianoche, fui despertado por un aguacero que me inundó al instante. No me inquietaba mucho recibir la lluvia de día, pero nada resulta más triste en el mundo que ser mojado durante las horas que la naturaleza destina al descanso. Uno es sorprendido; la oscuridad impide abrigarse suficientemente y el tiempo que corre hasta la aurora parece eterno.

Las mulas que escaparon, y que era necesario buscar, retardaron la partida. El tiempo era bastante bueno; lo aproveché para dedicarme a exploraciones entomológicas, que fueron de lo más fructuosas, siendo el comienzo de la estación de las lluvias la época del *15 de noviembre* año más favorable para esas observaciones. Resulta hasta imposible imaginar la diversidad de formas, el brillo de los colores de millares de insectos que cubren entonces, al menor rayo de sol, las hojas de los árboles. Cuando sólo se conoce nuestra Europa, es imposible formarse una idea justa de los tesoros de todo género que enriquecen la zona tórrida en los lugares boscosos. No me faltaba atravesar más que cuatro leguas de bosques, para llegar finalmente, a la primera casa de esa ruta, la posta aduanera. El bosque, cada vez más hermoso, cambió de aspecto; a medida que avanzaba, los motacús más comunes constituían ellos solos toda la vegetación de lo más curiosa por su conjunto. Llegué finalmente a la **Guardia**, dos casas rodeadas de campos de maíz sustraídos a los bosques de los alrededores. Era el primer lugar habitado desde Samaypata; por eso no sabría expresar con qué placer lo ví. Informado de mi llegada el jefe de aduana que allí reside, no sólo no quiso revisar mis maletas, sino que me ofreció de corazón una franca hospitalidad, que acepté de buena gana hasta el día siguiente. Apenas llegué, fui a los bosques, a fin de continuar mis exploraciones, fructuosas de todas maneras. La lluvia me hizo regresar al techo hospitalario y me retuvo toda la noche y el día siguiente. Durante las dos noches no pude descansar, porque la casa dejaba pasar el agua por todas partes, lo que me obligaba a vigilar mis maletas para preservarlas del diluvio.

¹ Nombre local.

Nuestras lluvias de Europa no son nada en comparación con las de la zona tórrida en el verano. Son allí aguaceros incesantes, torrentes que inundan el país y llenan todas las llanuras, formando momentáneamente lagos. Todo está húmedo, todo está mojado. La naturaleza entera está bajo el agua. Me felicité de haber escapado de ese flagelo, en las montañas, donde habría muy bien podido quedarme; pero a seis leguas del término de mi viaje, agradeciendo al cielo haberme protegido, pedí algunas horas de sol, para llegar a Santa Cruz. Habitado a desafiarlo todo, cuando se trataba de colecciones, partí a pesar de la lluvia para ir a buscar moluscos en medio del bosque. Me empapé, sin otro resultado, en una exploración de algunas horas.

Me había llamado la atención el lenguaje del escaso número de cruceños que había visto, encontrándoles el acento, los modales y hasta los rasgos de los habitantes de Corrientes. Observé el nombre **Piray** del río, perteneciente a la lengua guaraní, de la que había aprendido muchas palabras en la frontera del Paraguay. Todas esas analogías me sorprendieron; pero lo fué aún más, cuando vi llegar a la guardia a muchos indios del villorrio de Porongo, junto al cual nos hallábamos. Sus rasgos me asombraron. Creí reconocer a los guaraníes. Sin embargo, ¿cómo suponer que esa nación habitaba el pie de los Andes, tan lejos de su cuna? Impaciente por fijar mis ideas acerca de esa curiosa analogía, me arriesgué a decirles algunas palabras en guaraní. Me contemplaron estupefactos, no concibiendo, sin duda, que un extranjero conociera su lengua; me respondieron y tuve la certeza de que son verdaderos guaraníes, así como todos los Chiriguano de la provincia de Cordillera.¹ Comprendí desde entonces cómo esos orgullosos descendientes de los caribes² debieron rechazar las armas de los Incas, habituados a triunfar más por su número que por su espíritu guerrero, y todas las analogías que observé ulteriormente entre Corrientes y Santa Cruz, se aclararon para mí por la identidad bien demostrada desde ese momento de esas dos comarcas.

El 17 de noviembre, el tiempo menos malo me permitió finalmente ponerme en camino. La llanura está primero entrecortada de bosquecillos y praderas, rodeada al norte por la floresta de las orillas del Piray, cuyo curso seguí. Penetré en la Pampa (la llanura), desde donde vi en una colinita boscosa, algunas casas dependientes de la ciudad. Pasé el arroyo de Pari, e hice finalmente mi entrada en Santa Cruz de la Sierra, capital del departamento del mismo nombre. Atravesé muchas calles, donde vi a todas las mujeres salir a las puertas para contemplarme. Unas gritaban: es un **Colla**,³ otras, más jóvenes, decían: Yo fuí **la primera en verlo**,⁴ será mi **camarada**, **mi visita**.⁵

Llegué así a casa de un anciano español, a quien estaba recomendado, y donde fuí perfectamente recibido. Se me festejó en todas las formas y pude finalmente acostarme bajo techo y en una cama.

Al día siguiente fui a ver al prefecto, en militar, muy buen hombre; y al cura Salvatierra, a quien no se puede ver sin amar. Su bello rostro abierto me predispuso desde el momento a su favor; después su amabilidad, sus modales llenos de bondad, produjeron en mí un efecto realmente magnético, que no disminuyó durante mi bastante larga estadía en Santa Cruz. Tuvo la bondad de conseguirme como alojamiento la más hermosa casa de la ciudad, el antiguo obispado, cuyo alquiler no me costó sin embargo más que diez pesos (cincuenta francos) por mes. Me instalé sin demora, impaciente por comenzar mis tareas. Apenas me ubiqué en mi nueva morada, cuando

¹ Se llama *cordillera* a toda la región de llanura situada al sur del lugar donde me hallaba y que costea el pie de los últimos contrafuertes de los Andes. Esa región sólo es habitada por los indios Chiriguano.

² Véase mi artículo Guaraní en "El Hombre Americano".

³ Ese apelativo *Colla* que los habitantes de Santa Cruz dan a todas las personas que vienen de las montañas, no es un insulto. Se debe a antiguos recuerdos. Se llamaba, antes de la conquista, *Collao*, a toda la región de los Andes al sur del Cuzco (Garcilaso, *Comentario de los Incas*, lib. VII, cap. I, p. 220). Los primeros habitantes de Santa Cruz daban el nombre de *colla* a todos los montañeses, equivalente a la palabra *serrano*, empleada por los habitantes de la costa (costeños) para designar a los peruanos de las montañas.

⁴ Es también un término amistoso. Las cruceñas (mujeres de Santa Cruz), amigas de la vida de sociedad, consideran entre sí como un derecho a recibir a los extranjeros, haber sido las primeras en verlos, y se comportan con ellos de la manera más amable.

⁵ Término de efecto local. Las mujeres dicen *camarada* a las personas que reciben en su casa como amigos; lo mismo sucede con la palabra *visita*, aplicada a quienes las visitan, sin que se le asignen otros pensamientos.

recibí las visitas de mis vecinos y los **recados** de mis vecinas, que, para testimoniar el placer que experimentaban de tenerme cerca de ellas, ponían sus casas a mi disposición, enviándome con sus criadas bonitos paquetes de cigarros adornados de flores y atados con cintas, o confituras de toda especie en platos de plata. Algunos días después de mi llegada era conocido de todo el mundo y había visitado a mis vecinos y vecinas. En todas partes fui recibido por las mujeres con tanta amabilidad como franqueza, con tanta alegría y placer, que entreveía la permanencia más agradable en la ciudad, donde debía pasar la estación de las lluvias. Durante mis visitas, apenas me sentaba en el estrado de los salones, cuando por orden de sus madres las señoritas, lo mismo que en Corrientes, encendían mi cigarro, lo fumaban un poco, lo sacaban de la boca para ofrecérmelo y me presentaban otro, una vez que el primero se apagaba. Por lo general me ofrecían también un mazapán y una copa de vino, de licor, de chicha no fermentada de maíz o de guarapo.¹ Todas trataban de enseñorearse exclusivamente de mí o por lo menos de poder decir que tenía preferencia por ellas.

Pocos días después, el prefecto me ofreció un baile acompañar a muchas de mis vecinas; me dirigí a las ocho. Numerosas mujeres se habían reunido en el salón de recepciones de la prefectura. No reconocí al principio a ninguna, por estar acostumbrado a verlas con el cabello cayendo a la espalda, en dos trenzas (partidos), atadas con cintas; mientras que entonces las veía con el peinado levantado, adornado con dos peinetas, flores, perlas finas y hasta diamantes; el resto del vestido, en un todo a la francesa, me impresionó por su lujo. La sala se llenó muy pronto. Casi todas las madres se colocaron aparte. Las jóvenes, ricas y elegantemente adornadas, quedaron solas y (puedo decirlo en su favor) en ninguna parte de la república vi una reunión de tan bonitas mujeres o de modales más graciosos. Los hombres, también vestidos a la francesa, no representaban, por su número, la tercera parte del otro sexo; por eso son buscados y cortejados de todas formas.²

Una orquesta compuesta de unos veinte músicos, sacados momentáneamente de la iglesia, comenzó a tocar una encantadora contradanza española. El prefecto abrió el baile. Bailé también, y tuve oportunidad de observar el gusto exquisito que despliegan las mujeres en esas gloriets de brazos, en esas formas que componen los grupos más graciosos que pueda crear la imaginación del pintor. No perder la primera contradanza es de gran interés para los jóvenes. Cuando se prepara un baile, emplean todos los medios para asegurarse esa prioridad tan envidiada, haciéndose invitar mucho tiempo antes. Las cruceñas, si pudieran elegirlo, preferirían permanecer todo el tiempo sin invitación, antes de dejar de abrir el baile. Tan orgullosas de ese primer éxito como si acabaran de lograr una victoria, su aire de triunfo contrasta con la tristeza y el despecho pintado en el rostro de sus rivales menos afortunadas. Estas, sin embargo, tienen también su oportunidad. La música toca una nueva pieza; los bailarines se ubican, se forman las cadenas. Ese vals,³ enlazador, donde se presionan sucesivamente todos los talles, donde se cierran todas las manos, donde todos los cuerpos se abandonan con languidez al movimiento voluptuoso de una medida lenta y acompañada, hace brillar la alegría en los rasgos de las nuevas bailarinas, rivalizando en gracia con las primeras, condenadas a su vez al papel de espectadoras, pero orgullosas todavía de su triunfo.

Esa primera parte del baile, siempre de gran etiqueta, se baila en traje negro; pero ¿cómo soportar esa ropa, con el calor de la zona tórrida? Por eso los hombres tienen en Santa Cruz la costumbre de pasar a otra habitación, dar sus trajes a sus criados y ponerse una chaqueta blanca. Desde ese momento, hay menos reserva más alegría. Se sirve chicha de maíz;⁴ se pasan platos cubiertos de cigarrillos hechos de paja de maíz; se conversa; se forman grupos animados. Alrededor de las mujeres más amables se cambian frases de lo más espirituales, interrumpidas a

¹ Es un licor hecho de miel fermentada.

² La inferioridad del número de hombres en la ciudad se debe, por lo general, a la necesidad en que se hallan jóvenes de dedicarse a las tareas del campo. Pierden en la soledad los hábitos mundanos y no aparecen más en sociedad. Otros van a seguir cursos en la Universidad de Derecho de Chuquisaca.

³ La contradanza española, con la medida lenta del vals alemán, se compone de figuras muy variadas y de lo más graciosas, bailando a la vez numerosas personas.

⁴ Es una bebida no fermentada, sumamente agradable, muy distinta de la chicha de Cochabamba.

menudo por una mariquita, baile vivo y alegre, donde un guitarrista cantor se agrega indispensablemente a la música. Un caballero invita a una señorita; se colocan uno frente a la otra, con un pañuelo blanco en la mano. El cantor comienza a entonar coplas de la más rara ingenuidad, cuyas perífrasis no velan ni disfrazan el sentido; la música lo acompaña. Los dos bailarines agitan sus pañuelos con gracia, golpean los pies a medida, avanzan, retroceden parecen huir, se acercan, giran de un lado al otro. Los asistentes golpean las manos en cadencia y el baile termina, para recomenzar sucesivamente con todas las damas presentes; reemplazándose dos o tres caballeros a ese efecto; y cada una de ellas, seguras de convertirse a su turno en objeto de las observaciones de las restantes, trata no de bailar con más ligereza (lo que es inútil), sino de desplegar todos los encantos de su talle y de sus gestos.

Durante el baile, las puertas y ventanas están abiertas a una ancha galería, donde se aglomeran todos los curiosos de la ciudad, hombres, mujeres, criados, mulatas y negras, sin que se los pueda despedir, habiendo la costumbre consagrado ese hábito. Nada más original que la conversación de esa extravagancia aglomeración. Cada uno expresa en alta voz sus reflexiones sobre los bailarines y bailarinas que se suceden en la mariquita; sucesivamente son puestos en el banquillo, sea por su aspecto exterior, sus modales, sus relaciones y hasta sus intrigas. Sus ridiculeces son pasadas en revista de una manera tan ingenua como espiritual, a menudo con refinada maldad, siempre con rodeos cuya picaresca alegría me permitió juzgar el carácter nacional. Supe más, en un instante, de la vida privada de todo el mundo, que lo que podría haber aprendido en un año.

Un vals me atrajo de nuevo con los bailarines. Era mi baile favorito, aquel en el que estaba más ejercitado; me mostré infatigable. Duró mucho tiempo; fui el último en abandonarlo y me hice una verdadera reputación entre las damas, cosa de no desdeñar en un país donde el bello sexo reina despóticamente en toda la sociedad, y dicta, por así decirlo, sus leyes a todas las autoridades. Después del vals vino el indispensable minué; más por un resto de hábito que por gusto, ese baile serio está poco de acuerdo con el carácter alegre de los habitantes. Le sucedió la favota, pero sólo participaron en ella pocos bailarines. Lo mismo sucedió con el elegante **ondú**, verdadero bolero español, que se baila con castañuelas y en el cual las mujeres sacan gran partida de su ligereza y encantos naturales. El **chambé**, introducido por los colombianos, también se bailó; es bastante monótono y poco elegante. Un caballero solo gira alrededor del salón; parece querer detenerse delante de algunas damas, persiguiéndolas, y después de haber engañado así a muchas, termina por pararse frente a una de ellas. Esta se ve obligada a ceder su lugar al caballero y a comenzar la misma operación, hasta que elige un caballero que, a su vez, se hace reemplazar por otra dama, y así sucesivamente, todo el tiempo que la música ejecuta esa pieza, muy alegre, cuya medida es precipitada.

Esos bailes duraron hasta las once; entonces se distribuyeron **paños de mano**, especie de largas servilletas adornadas de franjas, y se sirvió a cada dama una taza de chocolate y bombones, que los caballeros se apresuraron a llevarles. También ellos cargaron una gran fuente de plata, cubierta de confituras, que ofrecieron a todas las damas. Por mi parte, distribuí los **dulces de piñas**. La primera persona a quien me dirigí, se sirvió algunos dulces que me ofreció; yo debía aceptarlos y ofrecerle otros a mi vez. Esas cortesías continuaron de una a otra parte y todas me rogaron amablemente que recibiera dulces. Así las dos o tres cucharas de plata pasaron sucesivamente de cada boca femenina a la mía, de manera de saturarme por mucho tiempo de los ananás que llevaba y verme obligado a continuar mi paseo, temiendo tener que absorber casi solo la mitad. Después de esa pausa, el baile continuó hasta la llegada del ponche.

El baile cambió entonces de aspecto. La reserva y la etiqueta se alejaron por completo. En Santa Cruz no se sirven como en Francia vasos llenos sobre un plato, sino que cada caballero, provisto de una jarra y de un vaso, se presenta delante de una dama, llena ese mismo vaso y lo vacía de un solo trago, invitando a la dama, que lo hace llenar a su vez de la misma cantidad de licor, e imita al caballero convidando sea a ese mismo o a otro, que llama a ese efecto para mostrarle lo que bebe. Resulta así que los vasos no están vacíos ni llenos, y que uno se ve forzado a beber sin parar, no pudiendo bajo ningún pretexto negarse, sin correr el riesgo de pasar por

descortés. Yo era recién llegado, extranjero, encargado de una misión, que sin comprenderla, la consideraban de mucha importancia. Tenía veintiocho años; gozaba de una salud floreciente; era lo suficiente para merecer la atención; por eso todas las damas querían festejarme. No sabía a quién responder, llamado como era de todos los puntos del salón y obligado a atender a todo el mundo. No puedo decir cuántos vasos de ponche me vi obligado a aceptar, y tuve necesidad verdaderamente de toda la fuerza de voluntad de que estoy dotado para resistir ese asalto inesperado. El baile tomó un carácter de abandono hasta la locura, mientras los hombres excitaban cada vez más a las mujeres por efecto del licor, cuya fuente inextinguible substituía sin cesar con oleadas de ponche al que acababa de correr. Se bailaron con frenesí la **mariquita** y la rumba. El **guachambé**, baile parecido al **batuqué** brasileño, con figuras demasiado africanas y muy poco convenientes, no fué menos ejecutado por algunas personas. Finalmente, la exaltación aumentó tanto que se cerraron las puertas para impedir salir, y varios comisarios dieron la vuelta al salón, proclamando en alta voz en nombre del prefecto, un bando que prohibía, bajo cualquier pretexto, abandonar el baile, bajo pena de verse obligado a beber, los hombres diez y las mujeres seis vasos de ponche, cuando fueran alcanzados y convictos de tentativa de evasión. Esa vez creí inútil quebrantar el reglamento, pero, más tarde, en una circunstancia semejante, habiendo sido sorprendido con el sombrero en la mano, me llevaron al centro de la sala, me hicieron sentar en un sillón, me juzgaron con todas las reglas y me obligaron a cumplir una parte de la pena, plegándome a las exigencias de la sociedad donde estaba y a un entretenimiento del cual de buena gana me habría evadido. Ofrecieron luego pan y queso, que cada uno se apresuró a aceptar y se bailó hasta el día. En medio del alboroto, a pesar de los esfuerzos de las mujeres alineadas contra mí, conservé mi presencia de espíritu y hallé realmente agradable esa bulliciosa alegría, esos gritos, esa franqueza, que me descubrían tantos secretos, sea por las miradas, sea por las palabras. Espectador benévolo, aprendí a conocer, en esa fiesta, las inclinaciones y debilidades de todos; la amable exaltación y la espiritual alegría de las cruceñas, que haré conocer con una sola palabra que, no teniendo bastante superlativos en la lengua española para pintar sus sentimientos, han tenido que inventar el superlativo de los superlativos,¹ análogo a la vivacidad de sus impresiones.

Algunos días después recibí una nueva invitación de una de las principales familias del país. En Santa Cruz se acostumbra a festejar solemnemente el día en que un joven eclesiástico dice su primera misa. Una circunstancia de esa naturaleza había motivado la reunión. Fui a las nueve de la mañana. Ya un tambor congregaba a los invitados a la puerta de los padres, y hallé al prefecto y reunidas a todas las autoridades religiosas, civiles y militares. Con una orquesta a la cabeza, nos dirigimos en corporación a la iglesia, donde el joven sacerdote cantó la misa, servido por dos curas ancianos y el padrino de la fiesta. Una vez concluída la ceremonia, se colocó en medio de la iglesia, donde todos los invitados le besaron sucesivamente la mano, en señal de respeto y obediencia. Se fué luego a su casa, donde, en la puerta, ofreció a besar su mano a cuantos se presentaron. A nuestro regreso al salón, la mesa estaba cubierta de bombones, vinos y licores de toda especie, para tomar las once, antes de almorzar. Si invitó a beber a la inglesa y la conversación se generalizó. Todos se alejaron para sacarse el traje negro y ponerse el blanco, regresando a las dos para comer. Una mesa suntuosamente servida, estaba cargada con un cerdo entero, una cabeza de vaca, pavos asados, una serie de manjares, sazonados a la española, todo preparado bajo la dirección de una marquesa, señora de la casa, que, lo mismo que las otras damas, no consideraba rebajarse al vigilar la cocina a cargo de sus criados; por eso hallé todo, en general, de un gusto exquisito, aunque muy diferente de nuestra cocina francesa. Se hicieron muchos brindis, en los que el sentimiento más delicado de la buena educación atemperaba siempre la alegría general. Al terminar la comida, el padrino de la fiesta invitó a la concurrencia al baile que ofrecía como fin de la jornada. En efecto, se bailó toda la noche y las cosas sucedieron absolutamente de la misma manera que en casa del prefecto.

¹ *Mucho* se emplea en español, como *beaucoup* en francés, para designar el número de cosas materiales, para dar más fuerza al pensamiento. Se dice: *te amo mucho*; pero la lengua española posee otros superlativos. Se dice: *te amo muchísimo* (te quiero con exceso, con exaltación); pero ese superlativo no parece suficiente a las mujeres de Santa Cruz para expresar lo que sienten y han inventado un superlativo de ese superlativo, diciendo: *te amo muchísiminísimo*, expresión que no puede emitir ninguna de las nuestras.

El 9 de diciembre es el aniversario de la famosa batalla de Ayacucho (9 de diciembre de 1824), en la que al ser vencidos los españoles por el partido de la independencia, se hizo posible el

9 de diciembre establecimiento de las repúblicas. Bolivia y Perú tienen la costumbre de festejar, en cada ciudad, ese aniversario con toda la pompa posible. Yo vivía precisamente en el **barrio de Ayacucho**. Las otras calles, empavesadas, revelaban la alegría. Se cantó una gran misa, después de la cual el prefecto vino a buscarme, y de acuerdo a una costumbre establecida desde hacía algunos años, era menester presentarse en casa de todas las damas de mi calle, que tenían todo dispuesto para recibir las visitas, habiendo reservado cada una gran provisión de amabilidad para prodigar una mesa abundantemente servida de bombones y licores. A las tres, se tiraron petardos; a las cuatro, se corrió a caballo un juego de sortijas en la calle Ayacucho. Cada vez que un jinete era bastante diestro como para sacar el anillo, la música ejecutaba una marcha y lo proclamaba vencedor, y el feliz mortal recibía, de manos de una señorita de la familia Velasco,¹ un lazo de cintas que le ataba al brazo como señal de distinción. Se jugó así hasta la noche, en que todos se fueron a preparar para el baile, que debía tener lugar en casa del prefecto. Por la noche, con la primera contradanza, cada uno de los caballeros vencedores en el juego de la sortija, ató su lazo de cintas en el brazo de la joven con quien bailaba, lo que se convirtió en motivo de envidia para las mujeres que no lo obtuvieron. Sería difícil contemplar con indiferencia, transportados así al seno de las colonias españolas del nuevo mundo y mantenidos en el centro del continente, esos últimos recuerdos de las costumbres caballerescas y galantes de la nación Cid y de Jimena. Allí, las almas no cesan de abrirse a las poéticas inspiraciones del patriotismo y del amor.

La víspera del día de Navidad los hombres hacen regalos a las casas donde son recibidos con frecuencia. Las gentes de la campaña envían algunas **arrobas**² de azúcar, pero los ciudadanos dan a menudo dinero que sirve para pagar los dulces de circunstancias que se llaman **manjar blanco**.³ Se visita a todos los conocidos para dar **buena Pascua**.⁴ Para no ser descortés,

25 de diciembre fui a algunas casas, pero estuve a punto de arrepentirme. Desde el 30 de noviembre hasta carnaval dura un juego bastante original, que consiste en guerrillas entre hombres y mujeres, arrojando pequeños limones o naranjas verdes. En una de las casas, fui atacado por tres señoritas. Resistí tan valientemente ese primer choque, que iba a ser dueño del campo de batalla, cuando mis tres adversarios, después de atar una gran naranja en la punta de su pañuelo, se pusieron a perseguirme con grandes golpes, y pronto, todo maltrecho, no osando responder de la misma manera, me vi obligado a abandonar el terreno. Sufrí la misma prueba en otra casa, donde, después de haber empleado tales armas, salí, no sin maldecir esa costumbre y sobre todo los juegos poco femeninos que me dejaron los miembros doloridos varios días, sin que tuviese derecho de quejarme... Es la costumbre.

Otra costumbre bastante original, que recuerda en un todo nuestro primero de abril, es la del día de los **Inocentes** (28 de diciembre). Por suerte fui advertido con anticipación y no resulté víctima. Todo lo que pedimos prestado ese día nos pertenecen y si satisfacemos un pedido

28 de diciembre cualquiera que se nos haga, no sólo perdemos los objetos prestados, sino que somos tratados de **inocentes**. Por lo general, las cosas prestadas son de poco valor, aunque se ha visto no devolver el dinero. El día se pasa en astucias recíprocas de hombres y mujeres, a fin de tener el derecho de llamar inocentes. Por la noche hubo un baile, al que nadie asistió antes de oír la música, con el temor de merecer ese epíteto.

El primer día del año transcurrió sin ruido. En Santa Cruz no se acostumbra festejarlo. La estación de las lluvias estaba en toda su fuerza; los torrentes inundaban diariamente las calles y

¹ Una de las más antiguas y considerables.

² La arroba equivale a veinticinco libras españolas.

³ Manjar blanco, compuesto de azúcar, huevos y harina.

⁴ Navidad es llamada la Pascua de la Natividad de Nuestro Señor Jesu-Cristo.

las arenas movedizas que formaban el fondo se convertían en montones de agua donde uno se hundía hasta la rodilla. Me era necesario quedarme en Santa Cruz hasta el fin y resolví recorrer por lo menos los alrededores, puesto que, por mucho tiempo, toda comunicación quedaba interceptada con la provincia de Chiquitos, adonde deseaba ir.

1831
1º de enero

Teniendo todo preparado, hasta mis posivisiones, consistentes en galleta y carne seca, me despedí de todos mis conocidos y me puse en camino el 13 de enero. Atravesé, hacia este, al salir de la ciudad, una espesura de media legua de ancho, llena de campos cultivados, llamados **chacos**. Esos campos son pequeños espacios donde se cortan los árboles y se siembra maíz. **yuca** (mandioca). batatas y arroz. Penetré luego en un campo arenoso completamente descubierto, lleno de pequeños zarzales esparcidos, de algunas palmeras total¹ y casi sin casas. Después de seis leguas de llanura, el terreno se cubrió de bosques, de chacras agrícolas y de pronto llegué a Paurito,² donde creí encontrar un villorrio. Sólo vi una iglesia bastante pequeña, rodeada de tres o cuatro casas. No sabía dónde detenerme, cuando una mujer me dio la llave de una casa vacía; me instalé a pasar la noche, feliz de haber pensado en proveerme de víveres, que no tenía la menor esperanza de conseguir en ese lugar. Paurito, anejo de Santa Cruz, es una capilla, donde los agricultores se reúnen, los domingos para oír misa. Todos sus alrededores están muy poblados; los caseríos de Pacu y Tijeras dependen de él³ y su circunscripción es inmensa.

13 de enero

Las regiones llanas, como lo son todos los alrededores de Santa Cruz, no ofrecen casi nunca tantos recursos en historia natural como las regiones montañosas; por eso, algunas horas fueron suficientes para conseguir casi la totalidad de lo que podía esperar. Quise por consiguiente multiplicar mis excursiones, y acercarme a las orillas del río Grande, de donde estaba a corta distancia. La llanura continúa poco más allá de Paurito; pronto termina en un boque. Habiendo atravesando éste, me hallé en un lugar descubierto, arenoso, redondo, circunscripto de bosques y en medio del cual noté gran número de casas esparcidas, que constituyen el caserío de Tijeras, distante una legua de Paurito. Marché a través de los más hermosos campos de maíz, hasta el bosque, que crucé y donde vi fácilmente que una barrera, que encontré en ese sendero, servía para diferenciar una segunda llanura, rodeada igualmente de bosques, y para impedir la salida del ganado, que siempre se deja en libertad. Esas especies de llanuras caracterizan totalmente a los terrenos lisos y arenosos de la provincia de Santa Cruz, y les dan un aspecto geográfico muy peculiar; se los llama **potreros**.⁴ El potrero de Pacu, en el cual penetré, es grande, muy hermoso y está lleno de chacras agrícolas. Me detuve en la última, donde vivía el comisionado, en la cual encontré una hospitalidad sobre la que todo lo que podría decir sería un pálido reflejo. Ese buen hombre y su familia se esforzaron en satisfacer mi menor deseo. Sólo hallé realmente en los alrededores de Santa Cruz esa hombría de bien de los habitantes de las campañas, que los lleva siempre a recibirnos con la sonrisa en los labios y consejos de toda especie. Ninguno de ellos tiene ese tono grosero de nuestros campesinos de Francia. Se expresan bien, hasta espiritualmente, y sus modales son en verdad distinguidos.

El campo, al comienzo de la estación de las lluvias, es de lo más bello. Los bosques están llenos de tiernos brotes, de color verde tierno, y de flores elegantes y variadas; las llanuras están cubiertas de una hierba alta y tupida, esmaltada de plantas florecidas de diversos colores. Los campos están repletos de vigorosos brotes de maíz o de yuca, y todo revela en la vegetación una increíble energía. Recorrí el potrero en todos sentidos, admirando sucesivamente los árboles aislados, entonces adornados de flores; su laguna, junto a la cual maté un buen número de ánades nada salvajes; y los inmensos cercos de maíz, protegidos con toda libertad. La dicha que sentía al

¹ Son las mismas que el Bocaya de Corrientes.

² Se llama *Pauro*, en Santa Cruz, al abrevadero; así *Paurito* quiere decir pequeño abrevadero.

³ Hay en la circunscripción de Paurito 2.068 habitantes, de acuerdo al censo de 1832, que me ha transmitido el gran vicario de la provincia, don Andrés Pacheco.

⁴ Palabra derivada de *potro*; potrero, lugar donde se doman los caballos. Se denominan así, en Santa Cruz, las llanuras rodeadas de bosques o de agua, sin salida, o que sólo tienen una que se puede fácilmente cerrar, de modo que dejan sin inconveniente al ganado sin vigilancia.

hallarme en medio de campos tan hermosos, no me liberó empero del fastidio de ser constantemente objeto de la picadura envenenada de los mosquitos, que multiplica la humedad de la estación.

Al día siguiente, a pesar de la lluvia, me dirigí, en compañía del comisionado, hacia río Grande, distante una legua. Atravesé una magnífica llanura, llena de árboles tupidos y de palmeras que los guaraníes llaman carondai,¹ cuyo tronco cortado en dos y vaciado, sirve para hacer los techos, que cubren casi todas las casas de Santa Cruz. Esa palmera de anchas hojas en abanico, de tronco liso, presenta un aspecto realmente magnífico. Sólo crece en los lugares pantanosos y descubiertos. Era, lo mismo que el total, un antiguo conocido que me recordaba la estadía en la provincia de Corrientes, donde había hallado los mismos paisajes, la misma vegetación y hasta la misma bondad de parte de los habitantes. Llegué así a orillas del río Grande. Ancho entonces de medio kilómetro, sus aguas cenagosas arrastran los troncos de árboles enteros, corriendo con rapidez, sea junto a las playas arenosas, sea al pie de las colinas de arena constantemente minadas por las aguas. Las orillas de los ríos son alegres, cuando están habitadas; pero cuando la naturaleza está allí sola, aunque el espectáculo en sí sea hermoso, ese silencio del desierto les da pronto un aspecto triste, que se hace monótono. No podría cansarme de contemplar ese vasto río, del cual cruzado tantos afluentes desde Cochabamba hasta Santa Cruz, que recibe, él solo, las aguas de más de la mitad de los departamentos de Potosí, Chuquisaca, Cochabamba y Santa Cruz.² Al oír mugir el ganado del otro lado, sin ver ni barco ni puente, pregunté a mi guía cómo cruzaron el río. Me respondió que en época de crecidas se lo pasa a nadó, medio más o menos cómodo, aunque siempre peligroso. En la estación seca, se lo cruza a caballo con las precauciones a que obliga la presencia de la arena movediza y los remolinos. Satisfecho de mi exploración, a causa de los interesantes descubrimientos que hice, a pesar del mal tiempo, regresé para cambiar de ropa y preparar mis riquezas.

El 16, desafiando la lluvia, continué mis exploraciones siguiendo el camino por el cual había venido. Pasé a Tijeras y a Paurito, desde donde tomé un sendero que debía conducirme al caserío de Pitajaya,³ situado a dos leguas de Paurito. Atravesé un bosque poco tupido y vi una magnífica llanura de una legua, deshabitada, oval, rodeada de bosques. Más allá había otro bosque de igual tamaño, en medio del cual corre el arroyo de Turino. cuyas aguas van al río Grande. Esos bosques densamente tupidos.

16 de enero están mezclados de palmeras motacú, sobre todo cerca de los arroyos. Hacia fuera, en un gran claro, encontré el caserío de Pitajaya, donde fui perfectamente acogido y protegido de los torrentes de lluvia que inundaban el campo y no me permitían salir. La llanura de Pitajaya continúa, hacia el este, hasta río Grande, formando el potrero de San Lorenzo y el de Parí, donde vive gran número de agricultores. Esos dos caseríos, por una excepción bien rara, presentan el bocio con gran desarrollo, desconocido en las otras partes de la provincia. Fui tanto más sorprendido por ello cuanto que estaba acostumbrado a ver esa afección manifestarse sólo en las montañas; mientras que allí se manifiesta en medio de la región más llana del mundo, con una temperatura muy alta y a veinte leguas por los menos de los últimos contrafuertes de los Andes. Esa enfermedad no puede, lo mismo que en Corrientes, tener por causa la calidad de las aguas faltas de aire.

La uniformidad del campo me dio productos idénticos para cada caserío y no creí necesario insistir mucho en las diversas estaciones. Abandoné, pues, Pitajaya para ir a tres leguas, al villorrio de Cotoca. Durante esas alternativas de lluvias que inundan y de un sol abrasador de rayos perpendiculares, que queman al viajero, atravesé las malezas llenas de guayabos salvajes, luego un bosque tupido por donde corre el río Colorado, cuyas aguas van también al río Grande; y llegué a una llanura matizada de bosquecillos, que me condujo hasta el villorrio. **Nuestra Señora de Cotoca** es, como Paurito, un punto de reunión de los propietarios de

¹ Ya he hablado de ellas al referirme a Corrientes. Ese tipo de techo dura por lo general una docena de años.

² Todos los mapas le dan el nombre de Guapix, desconocido en el país.

³ Pitajaya es el nombre de una excelente fruta que se come en Santa Cruz. Proviene de un pequeño cactus trepador, que se apoya sobre las paredes de tierra y allí crece. Esta fruta se parece exteriormente al ananá, pero es mucho más pequeña. Su color es amarillo.

los alrededores y un anejo de Santa Cruz. La iglesia es pequeña; contiene una Virgen milagrosa, a la cual se hacen frecuentes peregrinaciones, lo que ha decidido a los habitantes a construir una nueva iglesia, más vasta y no terminada todavía, pues no alcanzan hasta ahora las limosnas para completar la edificación. Cotoca, por la afluencia de población que ello trae, se convertirá, sin duda, en uno de los lugares más florecientes de la provincia. Me alojé en casa del comisionado, donde permanecí dos días; y al partir le ofrecí una indemnización pecuniaria por su hospitalidad y las molestias que le causé, pero la rechazó rotundamente, contentándose con la expresión de mi agradecimiento.

De Cotoca me dirigí al Sauce. Al salir del villorrio penetré en un bosque tupido, por donde corre el río Cotoca. Llegué a un claro poco extenso, después a otro bosque, más allá del cual hay

19 de enero

un potrero circular, de una legua de diámetro, donde encontré el caserío de Itapaque, distante tres leguas de Cotoca. Está compuesto, como los anteriores, de cabañas de agricultores y chacareros, esparcidas a la entrada del bosque, todas del mismo aspecto, lo que me decidió a seguir más lejos, tanto más cuanto sólo estaba a dos leguas de Sauce. Crucé un bosque, un inmenso potrero redondo y encontré el caserío del otro lado. El comisionado me instaló en una cabañita cubierta de palmeras motacú, donde era necesario doblarse para pasar por la única abertura. Fuí devorado por los mosquitos. Ese caserío, semejante a los otros, está rodeado de campos entremezclados, de bosques, zarzales y pequeñas llanuras arenosas, cubiertas de gramíneas. En estas últimas admiré mucho las palmeras totaís, que constituyen un hermoso adorno; su follaje, de un bello color verde, semejante al de las plumas de avestruz, forma un vasto haz, por demás elegante. Esa especie caracteriza a las llanuras secas o a las orillas de los bosques de los terrenos arenosos, mientras que el carondaí distingue los lugares húmedos y arcillosos de las llanuras pantanosas, y lo mismo que el motacú sólo crece en medio de los bosques más tupidos y más sombríos; por eso esos grandes vegetales, de aspecto tan pintoresco, dan cada uno a esas tres clases de terreno su sello peculiar.

Noté que en todos los lugares por donde pasé no había más que mujeres y ningún hombre. Traté de averiguar el motivo y supe que los habitantes, creyendo, a causa de mis armas, que era el jefe de un destacamento de reclutamiento, se refugiaban en los bosques al acercarnos, y recién se tranquilizaban mucho tiempo después de mi partida. Los cruceños, por su lenguaje, sus hábitos y las llanuras que habitan, se diferencian en todo de los otros habitantes de la república. Extraños, por su alejamiento de los centros de población, a todas las disputas políticas que agitan a las ciudades de las montañas, creen inútil su intervención, puesto que no sacan ningún provecho; por eso prestan el servicio militar con más repugnancia todavía que los otros bolivianos. Prefieren sobre todo la vida apacible de la campaña, donde una independencia sin límites les brinda una existencia dulce, sin que tengan nunca que ocuparse de lo que sucede en el resto del mundo. Esa aversión por el estado militar llega a tal punto que he oído a menudo decir a los padres que preferirían ver morir a sus hijos que dejarlos partir para el ejército. Si examinamos atentamente los hechos veremos que en efecto dentro de su círculo estrecho de ideas, el campesino cruceño es el más feliz de los hombres. Ignora y quiere ignorar que existen otros países. Para él, el mundo ocupa un radio de algunas leguas, comprendidas entre las montañas, cuyo gran telón ve en el horizonte y en los inmensos bosques deshabitados del este, donde nunca intenta penetrar hasta el fin. Allí, si posee la menor industria, halla la tierra que quiere. Agricultor, su trabajo se limita a abatir los árboles del bosque, a quemarlos, a sembrar, sin otra preparación, y a la cosecha que le da la tierra todavía virgen, que abastece no sólo a sus necesidades y las de su familia, sino también le brinda las escasas ropas de algodón con que se cubre él y los suyos. Trabajando poco, vive en la abundancia; su ambición se limita a poseer algunos caballos y vacas, que se multiplican sin trabajo a su alrededor. Se levanta temprano, recorre sus campos, vuelve a tomar un frugal almuerzo, después del cual hace indispensablemente la siesta, sale algunas veces por la tarde a visitar a sus vecinos y vecinas, para acostarse luego con el sol.

Rey en su hogar, el campesino cruceño no se ocupa nunca del interior de su casa; se encarga de todo lo que corresponde al exterior, pero deja la administración del resto a su compañera o a sus hijos, respecto a los cuales se muestra poco exigente. Buen padre, buen marido, se queja raramente, contentándose con todo. Sus actos son tan lentos como sus palabras;

parece hacerlo todo perezosamente y sin embargo termina todo lo que comienza. Su traje consiste en un calzón y en una camisa de algodón, y en un poncho cuando sale. Las mujeres llevan una camisa de **lienzo**, de algodón tejida por ellas, y una pollera bastante corta, que deja ver la pierna desnuda y el más bonito piececito. Nada iguala al espíritu de hospitalidad que anima a unos y otras, a tal punto que el vagabundo que quiere vivir en el ocio es recibido en todas partes meses enteros y considerado como de la casa. El viajero es recibido allí con todas las demostraciones posibles de afecto. Se pone todo en movimiento para alojarlo bien, sin mezclar nunca la menor idea de cálculo; por eso en este dichoso país el anciano y el enfermo nunca son una carga y no tienen necesidad de recurrir a los asilos públicos, desconocidos en Santa Cruz. El sentido de humanidad suple a todo.

Resulta penoso pensar que esa bondad actual de los cruceños, esa hospitalidad, esa sencillez de costumbres que los caracteriza todavía, tengan que desaparecer, una vez que comunicaciones más frecuentes atraigan allí una mayor afluencia de viajeros; al aumentar sus necesidades por el conocimiento de una serie de objetos que ignoran hoy, pero que, cuando los conozcan, los conducirán insensiblemente, al disminuir sus recursos, a ese espíritu de egoísmo que reina en nuestros países civilizados.

Obligado a emplear otros caballos, cada vez que cambiaba la circunscripción de un comisionado, hice avisar al de Candelaria, creyendo llegar el mismo día a Gran Diosa, distante seis leguas; pero no sucedió así. Partí de Sauce con la lluvia y crucé, en medio de un bosque, el río Sauce, afluente del río Grande. Más allá atravesé por los más horribles caminos llanuras medio boscosas, llenas de agua. Ellas me condujeron al caserío de Chuchio,¹ cuyas casitas, cubiertas de hojas de palmeras, están diseminadas por todos los puntos de una vasta llanura, rodeada de bosques y poblada de caballos, bueyes y vacas, que pacen al lado de los ciervos guazúti y los avestruces americanos, como si todos esos animales hubieran sido también domésticos. Casi no huían éstos al acercarme; ¡tan grande es la seguridad de no ser tocados que les dan los habitantes! Al llegar al caserío de Candelaria, fui recibido por la mujer del comisionado; y obligado a detenerme por falta de caballos, tomé mi fusil y me sumergí en el bosque vecino, formado de algunos árboles seculares y gigantescas palmeras motacú,² apretados uno con las otras. Quien sólo conozca nuestros bosques de Europa y fuera de repente transportado a esos lugares, quedaría sin duda extasiado ante la belleza, la majestad del conjunto, y sobre todo frente a los contrastes tan pintorescos de las hojas de la variedad de árboles con las de los elegantes motacús de troncos rectos y esbeltos, coronadas de hermosos manojos de hojas. Allí, todo es imponente, hasta el profundo silencio; allí, domina en todo el respeto y la admiración por el Creador. Nada de nuestros bosques es comparable a esa naturaleza virgen, donde el hombre no ha impuesto aún su influencia. Es una bóveda tupida dividida en etapas, de la cual se pueden recorrer libremente todas las partes, en medio de la imponente columna que forman los troncos más o menos espaciados de las palmeras motacús.

Al hallar, en los límites del bosque, muchos campos recientemente roturados, me pregunté si, dentro de algunos siglos, el viajero encontrará todavía sitios semejantes en los alrededores de las ciudades y si el aumento de la población no cambiará el aspecto del país. Ya había observado que, en todas partes donde el hombre elimina momentáneamente las florestas vírgenes, con el fin de sembrar las plantas que se desarrollan después sobre el terreno abandonado a sí mismo, cambian por completo de forma. No se ve ninguna de las especies que crecían y crecen en los alrededores, y hasta dentro de siglos, una vegetación del todo distinta de la vegetación espontánea hará siempre reconocer allí los lugares donde el hombre ha dejado los rastros de su paso.

Pasé en Candelaria un día entero, durante el cual fuí objeto, de parte del comisionado, de su mujer y de su hermana, de atenciones y cuidados, de los cuales ninguna expresión podría dar clara idea. La joven pareja llegó hasta ofrecerme la única cama que poseía. Los habitantes de la

¹ Se llama Chuchio, en el país, a un gran cañaveral de hojas dispuestas en abanico y muy a orillas de todos los ríos de la provincia de Moxos.

² Es el *Maximiliana princeps*, Martius.

campaña son de una sobriedad extrema y se alimentan habitualmente con un poco de carne seca y legumbres. Un buey cuesta 6 a 8 pesos (30 a 40 francos). Se lo mata, se hace charque y se sirve como provisión con arroz, maíz seco, yuca (mandioca), que se van a buscar al chaco (campo) a medida que se necesitan, y bananas, en los lugares que se produce esa excelente fruta. No la encontré en los primeros campos, todavía demasiado altos y fríos; pero crece ya en Candelaria, y de allí hasta las regiones más septentrionales. Mientras la carne es fresca se la asa o se la come hervida con un poco de yuca, en guiso de pan, sin otra bebida que agua del arroyo vecino. Cuando está seca, se asan también las partes grasas; el resto sirve para hacer **locro**, sazonado con arroz y grasa de buey. Era el alimento ordinario de mis viajes.

Estaba en la estación más favorable para la caza de insectos. Esa cálida humedad estival de las regiones tropicales los hacer nacer en número increíble. Todas las hojas están cubiertas de ellos y sus brillantes colores rivalizan con los de las flores que adornan la vegetación; por eso veía aumentar cada día mis colecciones entomológicas. La ornitología, mucho menos variada, no dejaba empero de proporcionarme muy buenas cosas.

El 21 pude, finalmente, partir a la una. Atravesé la extremidad de una gran llanura, rica en pastos, ininterrumpida hasta Santa Cruz; y llegué a un pequeño caserío, muy cerca de la **Rinconada de Chaney**, centro de toda la región habitada comprendida entre la misión de Bibosi y Santa Cruz, y la parte más rica, desde el punto de vista de la agricultura y sus productos. Más allá, penetré en un bosque por donde corre el arroyo de Chaney. Después de haber atravesado un campo entrecortado de llanura y bosquesillos, llegué a tres leguas de Candelaria, a una de las casas esparcidas del caserío de Gran Dios. Nunca ví tantos guayabos silvestres. El límite del bosque estaba totalmente cubierto de esos pequeños arbustos, entonces cargados de guayabas. Todos los años, en esa época, los niños de los caseríos vecinos se alimentan casi exclusivamente de ellos; por eso se los encuentra a cada paso, eligiendo a placer, en ese vergel natural, las frutas que les parecen preferibles. Noté que las guayabas son de dos especies; la mejor, verde al exterior, grande como una pera, de forma oblonga, es en el roja; la otra, que se desarrolla en arbustos más pequeños, del tamaño de un mirabel; el color es amarillo, tanto por dentro como fuera; es mucho menos estimada que la primera.

Descendí a Gran Dios, a la casa de unos de los buenos propietarios de ese caserío, don Mariano Chaves, donde recibí la más cordial hospitalidad, durante dos días, empleados en recorrer los alrededores, así como los caseríos de Asusaqui y Coromechi, alejados más de una legua.

Entre los ríos Grande y Piray, que corren casi paralelamente al norte, hacia la provincia de Moxos, se extiende una inmensa llanura ya arenosa, y cubierta entonces de pastos y de pequeños zarzales, ya pantanosas, y en este caso con bosquesillos. Esa llanura está de cada lado circunscrita de bosques vírgenes, bordeando los dos ríos en un ancho mucho mayor que la distancia entre los ríos Grande y Piray; así las llanuras comienzan a una o dos leguas del Piray, mientras que se alejan del río Grande a medida que se avanza hacia el norte. Se estrechan mucho y terminan por no formar, junto a Gran Diosa y Asusaqui, más de un ancho claro, bordeado al este por los bosques del río Piray, y al oeste por los zarzales y los bosques que se extienden hasta el río Grande, en una superficie de diez a quince leguas.

Todas las casas, diseminadas en medio del campo, son de una gran sencillez; se componen, por lo general, de dos grandes habitaciones, una destinada al dormitorio de la familia, los extraños y que sirve para todos los usos domésticos; la otra destinada a guardar las provisiones o a la fabricación del azúcar, aplicación agrícola muy productiva en esas comarcas. Están siempre rodeadas de un cerco o **corral** para los caballos y de campos de cañal de azúcar,¹ que setos secos defienden de las bestias que pacen libremente en el campo.

¹ El cultivo de la caña de azúcar es muy sencillo. Los habitantes prefieren los terrenos arenosos algo húmedos; derriban los árboles, plantan las cañas y las dejan crecer, sin ocuparse más, hasta el momento de cortarlas. Su manipulación es muy sencilla: tienen entre varios propietarios, un molino o trapiche común, formado muy sencillamente, como los de Corrientes, de tres cilindros, de los cuales uno central que gira y muele groseramente la caña de azúcar. El producto es conducido después a las calderas, donde la evaporación produce, de inmediato, sin otra refinación, un azúcar blanca sólida, casi tan buena como nuestro azúcar de primera calidad. Se la parte en grandes trozos; se la coloca en petacas de cuero seco y se la envía así a Cochabamba y Chuquisaca.

El 24, después de dos días de lluvia, retomé mi camino en dirección a la misión de Bibosi, distante siete leguas de Gran Diosa y último lugar habitado en la dirección noreste. Fuí bordeando durante media legua la orilla del bosque; y después de penetrar, hallé sucesivamente tres llanuras rodeadas de bosques, la última encerrando el caserío del **Naranjal**, compuesto de algunas casas esparcidas. Del otro lado ví una nueva llanura, donde está situado el caserío de **Turobo**, semejante a Naranjal. Más allá, atravesé un bosquecillo, otra llanura arenosa, repleta de guayabos y de palmeras totaís,¹ que, muy distintas de los motacús, amigos de la sombra y de la sociedad, se desarrollan aisladamente en los sitios descubiertos. Llegué finalmente a la casa, después de recorrer caminos inundados, de los que pasé todos los trabajos del mundo para sacar al caballo. El cura tuvo la amabilidad de darme una cabañita cubierta de hojas de palmeras, donde me establecí con mi tropa.

La misión de Bibosi es una creación completamente nueva; fué fundada hacia 1800 por uno de los hermanos de San Francisco, encargado de las misiones de la cordillera, habitadas por los indios Chiriguano.² Habiéndose enterado ese franciscano por los Chiriguano de la cordillera que vivía una de sus tribus errantes en el seno de los bosques que rodean el río Grande, se propuso convertirlos a la fe católica. Recordó los bosques y sus tentativas tuvieron tanto éxito que hoy se cuentan ochocientos indios convertidos al cristianismo.³ Hasta su sometimiento, esos indígenas se dedicaban exclusivamente a la caza; cada familia vagaba por el bosque, durmiendo en chozas construídas a la ligera con hojas de palmeras. Los hombres cazaban con el arco los diversos animales salvajes, y las mujeres transportaban sus hijos y los equipajes en los viajes; encargándose al mismo tiempo de la cocina; pero, rechazados de un lado por la extensión que tomaba cada día la población de otras tribus más guerreras y más salvajes, las de los **Sirionós**, los tuvieron continuamente alarmados, lo que los decidió a convertirse al cristianismo, para obtener la protección de los blancos. Por lo demás, los únicos cambios que experimentaron sus costumbres, se redujeron a renunciar a la poligamia y cultivar algo de maíz y caña, para ellos y para su cura. En cuanto a la caza sus hábitos son siempre los mismos; la mitad de los hombres cazan sin cesar en los bosques vecinos, a fin de aprovisionarse a sus familias de monos, pecarís y sobre todo de tortugas terrestres que aprecian mucho.

La misión no está hoy bajo la dirección de la orden religiosa que la fundó; depende de un cura de la diócesis de Santa Cruz, árbitro soberano de su administración temporal y espiritual. Situada en medio mismo del bosque, en un terreno llano y muy húmedo, el villorrio se compone de una plaza, de una iglesia, muy sencilla, de cabañas indígenas, cubiertas de hojas de palmeras, rodeando la plaza, y de algunas otras esparcidas en el campo de los alrededores, cultivado a algunos centenares de metros a la redonda, conservando la naturaleza todos sus derechos, una vez que se franquean esos límites restringidos y se avanza en el bosque.

El mayor desguarnecimiento existe en esas cabañas, donde algunas ollas de tierra, hamacas y armas componen todo el mobiliario. Los hombres de la misión llevan, como las gentes de la campaña, una camisa y un pantalón; pero, cuando van de caza, están desnudos, provistos únicamente de una pequeña pieza de cuero. Sus armas consisten en un arco de madera de palmera chonta, de un metro y medio de largo y flechas de cañas, de un metro de largo, unas con punta de madera dura de palmera, y muescas para los grandes mamíferos; otras de una caña muy cortante para los pajaritos, tales como los hoccas, cuyas plumas adornan hasta las mismas flechas. Por lo demás, manejan esas armas con mucha destreza. Las mujeres llevan, como en todas las misiones, un **tipoi**, larga camisa de algodón sin mangas. Sus cabellos caen en dos trenzas sobre las espaldas. Sus rasgos son pasables; su rostro redondo y siempre sonriente nada

¹ Es la especie que el señor Matius llamó Cocos total.

² Véase en "El Hombre Americano", lo que digo de la numerosa tribu de los guaraníes.

³ De acuerdo al censo que me fué comunicado por el gran vicario de Santa Cruz.

tiene de desagradable. Todos esos indígenas hablan el guaraní puro y comprenden algunas palabras de español.

El año anterior a mi llegada, los habitantes de la misión tuvieron un encuentro con los indios sirionós. Habiendo algunos cazadores visto a esos indios en el bosque, regresaron con toda rapidez al villorrio en busca de otros hombres, a fin de atacarlos. Los agredieron de improviso, los derrotaron y se llevaron jóvenes prisioneros, a quienes ví e hice preguntas. Había oído atribuir en Santa Cruz tantas fábulas a los indios, de quienes se decía estaban privados de la palabra y no tenían otro lenguaje que un silbido bárbaro, que me consideró feliz de poder por mí mismo de la verdad. Esa tribu,¹ compuesta tal vez de un millar de almas, habita los bosques sombríos que se extienden a orillas del río Grande de Bibosi hasta las fronteras de la provincia de Moxos. Son vagabundos, viven de la caza y van completamente desnudos. Poseen flechas y arcos muy largos, que emplean de una manera original. Se sientan en tierra, plantan su arco verticalmente y apoyan el pie sobre la madera para mantenerlo tirante, mientras que tienen la flecha y la cuerda con las manos, tirando de ellas. Resulta así que lanzan la flecha con una fuerza extraordinaria; pero se concibe que sólo puedan emplear ese medio contra los grandes mamíferos.

Los sirionós son altos, bien formados, pero de color menos pronunciado que los guaraníes. Algunos hasta tienen los cabellos algo rojos. Sus rasgos son distintos, sus largos dientes se ocultan con dificultad detrás de los labios. En cuanto a su lenguaje, les hice muchas preguntas, y pude convencerme de que todos hablan el guaraní, con una pronunciación mucho más dura. Como esa lengua me era algo familiar, podía con certeza. Me convencí, pues, de que los sirionó no son más que una gran nación de los guaraníes. Ese descubrimiento era para mí muy importante, puesto que me demostraba que los guaraníes llevaron sus migraciones hasta esas comarcas, mucho antes de la llegada de los Chiriguano, cuya época conocida (1541).² Resultaría de ese hecho que los indígenas, atacados por los Incas bajo Yupanqui,³ podrían ser los sirionós, los mismos que fueron perseguidos y aniquilados más tarde por los Chiriguano, cuando su llegada a esos parajes. Podría, pues, creerse que, desde los tiempos más remotos, existían indios guaraníes; que esos guaraníes, provenientes sin duda del sudeste, cubrieron el pie de los últimos contrafuertes de las cordilleras; que fueron combatidos, pero no vencidos hacia 1430 por los Incas, no pudiendo los pueblos montañoses resistir la temperatura de esos bosques cálidos y húmedos. Cuando después del asesinato de Alejo García, los guaraníes o Chiriguano actuales de la cordillera fueron a establecerse en gran número al pie de las montañas, para huir de los portugueses, es probable que la nación que atacaron y destruyeron en parte, fuera la de los sirionós, actualmente errante en medio de los bosques. De cualquier manera, los Chiriguano y los sirionós no son otra cosa que guerreros de la nación guaraní, origen ella misma de esos guerreros caribes que llegaron hasta las Antillas con sus migraciones y sus conquistas.⁴

Permanecí algunos días en Bibosi, donde, a pesar de la continuación de la lluvia, recorrí los alrededores, admirando la belleza de esos imponentes bosques poblados en el interior sólo de palmeras, o de variados árboles en sus orillas, de higueras y una serie de especies. Recogí simultáneamente numerosos insectos y pájaros de los más vistosos.

Parece que en ese momento, en que las lluvias abundantes dan a la naturaleza una vida nueva, todos los seres concurren con la vegetación a embellecer el campo. Los árboles dan nuevas ramas, se adornan con la más tierna vegetación y se cubren de flores. Las plantas herbáceas en medio de las llanuras esmaltan el suelo de mil colores de los más vivos. Bajo la sombra de los bosques, los helechos y los licópodos extienden sus ramas puntiagudas de formas elegantes. Las flores y las hojas son cortejadas por millares de insectos de colores metálicos, que

¹ Véase lo que digo en "El Hombre Americano".

² Padre Fernández, *Relación historial de los Chiquitos*, cap. I, p. 4 Lozano, *Historia del Gran Chaco*, p. 67, etc.

³ Garcilaso, *Comentario de los Incas*, lib. VII, p. 244.

⁴ *El Hombre Americano*, Ver edición "Futuro", 1944. N. del T.

rivalizan por su brillo con las mariposas de alas matizadas. Aquellos recorren lentamente la sombría bóveda de los bosques; éstas los campos descubiertos, también poblados de pájaros, unos cantores y otros ostentando su bella apariencia. Todo interesa, todo llama la atención, y la naturaleza entera parece animada. Uno queda sorprendido aquí y allí por el zumbido del pájaro-mosca, por millares de mariposas amarillas, reunidas en las sendas, por el canto triste y monótono del curucú, posado en los lugares más solitarios del bosque, o por las bulliciosas bandadas de tángaras y trupiales, que pueblan las copas de los árboles. Nada deja de encantar, ni siquiera la incertidumbre del tiempo. En la costa del Perú, uno se cansa con la invariable serenidad de un cielo siempre sin nubes; en medio de los campos que visitaba, si a veces los torrentes de lluvia interrumpen el canto alegre de los pájaros, inundan la región, desolando momentáneamente al viajero, obligado a buscar un refugio junto al tronco de los gigantes de la vegetación, el sol más brillante y ardiente, aparece pronto, trayendo a la vez el movimiento de los seres y la alegría en el observador.

Apenas llegué, fui a ver al corregidor de los indios; le hice algunos regalos, pidiéndole que enviara, en mi ayuda, a todos sus cazadores al bosque, para traerme animales. Esperaba mucho de ese procedimiento. Hasta alentaba la esperanza de poseer el famoso tatú gigante, conocido en esas comarcas con el nombre de pejichi; pero mi esperanza resultó defraudada. Detenidos en todas partes por la inundación, los indios nada me trajeron. Sólo tuve un día la oportunidad de comprobar la impresionante serenidad en la que viven los indígenas respecto a los reptiles venenosos. En Europa, el temor a las víboras hace que los habitantes de los campos maten, sin excepción, a todas las serpientes que ven; el salvaje, por el contrario, deja vivir a su alrededor a todo aquello que le es indiferente. Un indio me trajo una enorme serpiente de cascabel o crótalo vivo, que sostenía por el cuello; pero se mostró demasiado exigente en el precio y no lo compré el animal. Pensé que por lo menos lo mataría, pero no sucedió así. Aguardando tal vez una mejor oportunidad, lo dejó en libertad.

Los alrededores de Bibosi ofrecen una disposición del terreno idéntica a la que he descrito de los alrededores de Paurito. Son comarcas enteramente lisas, pantanosas, que contienen pequeñas llanuras redondas o alargadas, circunscriptas de bosques, y conocidas, en el país, con el nombre **potreros**, porque las bestias y sobre todo los potros se encierran allí. Se cuenta, a algunas leguas a la redonda, por lo menos quince, de las cuales algunas están habitadas. Ya he hablado de los caseríos del Naranjal y de Turobo; visité también el de Naico, distante dos leguas, al norte de Bibosi.

La lluvia, cada vez más frecuente, me detenía a cada paso, y a pesar de la belleza de la naturaleza, no pudiendo esperar la mitad de los resultados que podía aguardar en otras circunstancias, decidí regresar a la Gran Diosa. Abandoné la misión el 28 de enero, con intención de pasar a la **Víbora**. Cruzé tres leguas de bosques tupidos y pequeñas llanuras hasta ese caserío, situado en un pequeño claro repleto de pastos. Un chacarero tuvo la bondad de brindarme hospitalidad con es cordial franqueza de los habitantes del campo, que nada tienen de la rusticidad de los campesinos de Europa. Hay en casa de ellos, por el contrario, un ambiente cómodo, una conversación espiritual, alegre y las atenciones más delicadas.

Las familias son, por lo general, numerosas en América; la que me recibió era muy notable en ese sentido. Contaba con diez y ocho hijos del mismo padre y de la misma madre, de los cuales doce hijas casadas o en edad de serlo. Me impresionó no sólo el número, sino también la buena salud de la familia. Los hombres eran grandes y vigorosos; las mujeres de buena estatura, bien constituidas, blancas y de una fisonomía agradable. Se multiplicaron para atenderme bien. Mi asombro fue grande al ver por la tarde que algunas de esas damas tañían una guitarra, mientras las otras cantaban, y pronto se organizó un baile improvisado, sin otra intervención que los dueños de la familia y mi gente. Lo que llama la atención del extranjero admitido en la intimidad de los campesinos españoles es, sobre todo, la extrema sencillez de sus modales y de sus costumbres. Las mujeres son amables sin afectación y de una naturalidad tan ingenua que se podría creer que revelan hasta sus pensamientos más secretos, sin parecer asignarles la menor importancia. Su

apostura es tan poco rebuscada como su lenguaje. Una camisa muy blanca de mangas cortas y una ligera pollera constituyen todo el vestido, con los cabellos negros magníficos, cayendo en dos trenzas sobre las espaldas; las piernas y los pies desnudos. No podía acostumbrarme a ver a mujeres blanca andar así con los pies desnudos, y sobre todo bailar. Es, sin embargo, la costumbre de todos los habitantes de las campañas y hasta no hace mucho tiempo estaba generalizado en el interior de la ciudad de Santa Cruz, donde las damas iban así hasta la puerta de la iglesia, poniéndose zapatos al entrar en el templo y sacándoselos al salir. Es costumbre desaparece ahora todos los días con el contacto de los extranjeros; sin embargo, ví algunas mujeres están sin calzado en sus casas. En los campos no tiene otro origen que la comodidad, pero en la ciudad, como las mujeres tienen las piernas bien formadas, los pies blancos y pequeños, y sobre todo muy cuidados, podría suponerse alguna afectación en mostrarlos.

Al día siguiente quise recorrer los alrededores, que me dijeron eran muy notables; es en efecto, la región más salvaje del bosque. Ví cantones donde las palmeras motacús están tan apretados que apenas puede hacer llegar el sol algunos rayos hasta la tierra. Hallé también con placer dos palmeras nuevas para mí, el **sumuqué**¹ y la **chonta**.² La primera se desarrolla junto a la orilla del bosque, y su copa, en forma de plumero, sostenida por un tronco esbelto y liso, supera la de los otros árboles y contrasta agradablemente con ellos. La segunda es característica de las partes más sombrías de los bosques, de los que constituye el más hermoso adorno. De una altura de quince a veinte metros, su tronco ensortijado, cubierto de largas espinas negras, está coronado de grandes hojas horizontales, verde fuera y blancas por dentro. Esta última especie juega un gran papel en la economía doméstica de los indígenas salvajes, al proporcionarles esa madera negra, dura como el hierro, que emplean en la fabricación de macanas, arcos y la punta mortífera de las flechas. Es, pues, al mismo tiempo una de las plantas más hermosas y más útiles.

Después de haber dibujado y hecho derribar esas palmeras, para estudiar todas sus partes, sólo me ocupé de buscar insectos y conchillas, escarbando al pie de los grandes árboles. Tuve un momento de temor, al sentirme de golpe herido en el dedo, en el preciso instante en que vi ocultarse una pequeña serpiente. Mi primer movimiento, creyéndome mordido por una serpiente venenosa, fue correr hasta mi caballo, para volver al caserío de la Víbora; pero pensando que antes de abandonar mis investigaciones convenía que me asegurara si mi inquietud era fundada, regresé al árbol, en busca de la culpable. Descubrí pronto un reptil inofensivo, parecido al bípedo de Cuvier; me sentí tranquilo y no pensé más en volverme, a pesar de los dolores bastante vivos y la hinchazón del dedo, pensando que sólo había sido picado por algún insecto himenóptero. Por la tarde, a mi regreso al villorrio, tuve el placer de encontrar a los indios que me traían dos hermosos ejemplares de hormigas tamandú y un tatú tatuejo vivos, que le compré.

El 30 de enero, después de recorrer de nuevo los alrededores, partí para Gran Diosa, donde llegué por la tarde y allí continué mis exploraciones durante algunos días.

Mis viajes me condujeron ya a los bosques vecinos, ya a sus bordes. De todos lados podía admirarse la fuerza de la vegetación; pero mis exploraciones no eran agradables. En medio de los bosques millares de mosquitos no me dejaban un momento de descanso; en los senderos y en los matorrales, me cubría de insectos llamados **garrapatas** o **brojelones** unos, grandes como un pequeño guisante, que estaban en todas partes; otros del tamaño de la cabeza de un alfiler, agrupándose en numerosas familias, en el extremo de las ramitas, a lo largo de los senderos, y cuando se los toca, se prenden de las ropas. Unos y otros determinan picazones atroces, sea al andar sobre la piel, sea al hundir su trompa y prenderse. Si en tal caso se los saca sin precaución, en la parte hinchada y en todos los lugares donde muerden, la picazón dura meses enteros. Me era necesario extraer cada día centenares de ellos y mi resignación habitual era impotente contra ese martirio de todos los instantes. El menor inconveniente de los viajes en esa estación es exponerse el viajero a

¹ *Cocos botryphora*, Martius.

verse siempre mojado, porque los chubascos son tan frecuentes que puede decirse que llueve continuamente.

Tenía, sin embargo, la intención bien resuelta de continuar mi viaje, de atravesar el río Piray y de recorrer sucesivamente las misiones de San Carlos, Buena Vista, Santa Rosa y Porongo. Consulté, sobre ese proyecto, a los habitantes, que se opusieron, asegurándome no sólo que no podría pasar el río Piray, sino que, si lo conseguía, arriesgando mi existencia, me encontraría en verdad retenido, durante mucho tiempo, por las arenas movedizas de los ríos y las crecidas, sin poder avanzar ni retroceder. Todos me dijeron que la ejecución de mi empresa estaba llena de peligros de todo género, y era por así decirlo imposible. Habitado a sus exageraciones, quise comprobar la verdad, y me dirigí al efecto hacia el río Piray, apenas una legua de distancia. Atravesé el bosque, entrecortado de claros, y llegué al río. Está formado allí por una playa lisa de una media legua de ancho, de arenas amarillentas, donde no se ve al principio ningún curso de agua, por estar entonces la corriente próxima a la orilla opuesta. Me encaminé con el propósito de intentar el paso. La arena, en apariencia muy seca y firme, me permitió franquear algunos centenares de metros; pronto, sin embargo, se hizo tan movediza que los caballos perdieron pie, se cayeron de golpe y estuve a punto de perecer con el mío. Nos hundíamos ambos al menor movimiento y pasé todas las penas imaginables para salvarme. Había llegado al gran trote. La arena había resistido; pero al no poder marchar más ligero, me hundía, incapaz de dar un paso. Finalmente, después de haber luchado mucho tiempo, pude volver a montar a caballo. Le apliqué las espuelas, y mi corcel, haciendo un esfuerzo que lo sacó algo del apuro, me permitió aprovecharlo para lanzarlo al galope, y sólo así pude volver a la orilla, completamente convencido de que no era posible continuar mi viaje por esa vía. En esa ocasión, recordé todo lo que había oído decir en Santa Cruz respecto a los accidentes que suceden todos los años en la estación de las lluvias y de las numerosas personas que perecen en esos ríos, en apariencia tan poco de temer. Durante los tres meses de las más fuertes lluvias, cesa toda comunicación entre las dos orillas del río Piray.

El día de la Candelaria acompañé a mis huéspedes a Chaney, para oír misa. Se hablaba entonces de bandas de ladrones que recorrían los campos. Creí necesario ir armado. Al llegar al lugar, me tomaron por una patrulla de reclutamiento; y todos los hombres, montando rápidamente a caballo, se refugiaron en los bosques. Causé, además, muy involuntariamente, otra perturbación en la iglesia. Un extranjero produce sensación en Santa Cruz; con mayor razón en el villorrio de Chaney; por eso, durante la misa, atraje todas las miradas y fui objeto de todos los cuchicheos; y el resto de la jornada sólo se habló de mí, sea que permaneciese con mis huéspedes, bajo un árbol inmenso que servía de punto de reunión del lugar, sea que los siguiese a casa del cura, centro más conveniente.

Chaney se compone de una iglesia y de una docena de casas a lo sumo. Los días comunes reina el mayor silencio, pero los domingos y días de fiesta los habitantes de las campañas se reúnen allí de cinco a seis leguas a la redonda, y a veces se ven juntas hasta ochocientas personas. Son, en general, lo más ricos propietarios, agricultores y chacareros de la provincia, que tienen magníficos caballos y despliegan el mayor lujo en los adornos de sus monturas, lujo que contrasta con la sencillez del vestido de hombres y mujeres.

Entre las personas que llegaron a Chaney, mi huésped me señaló dos hombres renombrados en el país como cazadores de jaguares. En la época de sequías, esos animales recorren la campaña, y viven lejos de los lugares habitados; pero en la estación de las lluvias, huyen de las inundaciones y se presentan con frecuencia en los alrededores de las granjas, donde aterrizan al ganado, sin respetar ni a los hombres. Entonces se los caza a ultranza, sea con perro, sea a la manera de los portugueses de Caballu Cuatiá. Con el brazo izquierdo cubierto de un cuero de carnero, para recibir el choque del animal, y la mano derecha armada de un cuchillo, especie de lucha cuerpo a cuerpo, donde, si pierde el equilibrio, el cazador es indefectiblemente devorado. La gran reunión de Chaney me dio la oportunidad de informarme acerca de la manera de cazar el **tatú gigante** o **pejichi**. Todos me hablaron de ellos, y vi rastros frescos, consistentes en enormes madrigueras y numerosas palmeras desraizadas, pero no pude ver al animal; siempre nocturno, nunca sale de su madriguera de día; y por la noche, espiándolo con el mayor cuidado, resulta muy

difícil sorprenderlo. Ofrecí mucho por poseer uno. Supe más tarde que las múltiples tentativas causaron por desgracia la muerte de uno de los cazadores de jaguares. Se lo halló en una cueva de pejichi, donde parece que fue arrastrado, al querer retener al animal, al que posiblemente agarró por la cola. De cualquier manera fue tomado por la espalda, sin poder salir.

El 13 de febrero abandoné Gran Diosa para dirigirme a Santa Cruz de las Sierra, a nueve leguas de distancia. En ese espacio hay algunos bosques, una gran llanura, interrumpida sólo por los bosques que rodean la ciudad en una anchura de dos leguas, y el arroyo **Biru-biru**, uno de los afluentes del Piray.

§ 2

NUEVA ESTADIA EN SANTA CRUZ

En la ciudad, volví a mis tareas ordinarias, retenido hasta el mes de junio, sin poder, a causa de las inundaciones, pasar a la provincia de Chiquitos. Debí a la vez reiniciar mi papel de observador, continuar la redacción de mis informes científicos y aprovechar todo el tiempo que me quedaba en recorrer los alrededores.

Era, empero, difícil aliar mis trabajos diarios con las exigencias de la sociedad, mayores en Santa Cruz que en cualquiera otra parte. Se aprovechan todas las ocasiones para reunirse, y la mayor parte del año transcurre en fiestas, visitas y bailes. A las fiestas de las damas y señoritas, es de uso enviarse entre ellas flores, dulces, vinos y licores; luego, a las once de la mañana, se dirigen, con gran boato, a casa de la heroína del día, donde pronto todos los señores de la ciudad (que no regalan nada) no dejan de seguirlas. Se dan todos sucesivamente el **abrazo** español y reciben flores de mano de la persona festejada; después comienzan las invitaciones obligadas a beber sea vino, sea licores, a menudo hasta producir en la cabeza la más exaltada alegría. Trataba siempre de llegar tarde y de retirarme temprano, pero me resultaba difícil sustraerme por completo a ese exceso de cortesía. Hasta que un día, apenas llegué a una casa de ese género, ya bastante animada, cuando muchas damas se acercaron a mí con una jarra llena de vino, gritando a la carga, y me vi obligado a sufrir una indisposición, para mí nueva, que me obligó a alejarme pronto del campo de batalla y pasar a otro departamento, donde había ya numerosas víctimas de la fiesta. Alguno de los visitantes propuso traer, la misma tarde, música a su cargo, lo que fué aceptado sin inconveniente; entonces las diversiones recomenzaron a las ocho y continuaron hasta muy avanzada la noche. Aparte de las fiestas, muchos bailes se sucedieron en carnaval, que resultó muy alegre. Ví, por primera vez, cenas espléndidas.

El carnaval es en Santa Cruz más o menos igual que en otras partes de América. El lunes, los señores montan a caballo, a esperar el martes de carnaval a orillas del río Pari, a la salida de la ciudad, y al regresar recorren las calles. Todos descienden delante de cada casa, y provistos de polvos de diversos colores, comienzan una lucha encarnizada con las damas, para colorearles el rostro. Pronto se ve correr a las mujeres despeinadas, con las ropas en desorden, la cara pintada de diversos colores, atacar o defenderse de los ataques, gritando, riendo a su vez o arrojando pequeños limones a la cabeza de los hombres. Esas diversiones duran todo el día. Por la noche se remonta a caballo y se va a cantar canciones de circunstancias a la puerta de algunos personajes excepcionales. Se debe en todas partes y se separan a la diez.

El martes, a los juegos de carnaval se agrega el aniversario del juramento de la constitución boliviana, lo que determina reuniones serias en medio de las locuras del día, terminando con un baile que da el prefecto. Esa fiesta, en parte política, tomó un carácter tanto más destacado cuanto que la guerra estaba a punto de estallar entre Perú y Bolivia. Se pronunciaron muchos brindis por las armas bolivianas. Uno de ellos degeneró en un discurso de tres partes. Por desgracia, ese discurso fué interrumpido varias veces por fallas en la memoria del autor. Las damas también

hicieron brindis políticos; luego comenzó el baile, reemplazando las graves preocupaciones con la expresión de la alegría más franca y más amable.

Al día siguiente, a las alegres fiestas sucedió la calma solemne de cuaresma. Todo cambió de carácter. Nada de diversiones, nada de juegos; un triste silencio reinó en la ciudad; no se veían más que ropas de duelo, y la austeridad más notable. Santa Cruz no era la misma y uno podía creerse transportado a algunos millares de leguas.

Ese momento consagrado a la oración fue turbado de golpe. El primero de marzo se descubrió una conspiración que tenía por objeto asesinar a las autoridades y proclamar la independencia de la provincia. De los cuatro jefes, tres fueron prendidos y fusilados militarmente a la mañana siguiente, sin otra forma de proceso; pero toda la ciudad se puso de pie, a causa del temor que inspiraba el conspirador escapado, que, según decían, había reunido mucha gente en la campaña y regresaba con tropas dispuestas al pillaje. Se pasaron todas las noches con las armas en la mano y yo tenía listo mi pequeño arsenal, así como mi plan de defensa, demasiado bien informado de que, si se producía un desorden, mi casa no sería perdonada. Se sucedieron muchas alarmas; las gentes armadas se presentaron al efecto en la plaza e hicieron fuego hasta contra el centinela, emocionando a toda la ciudad. Otra vez, un cura informó al prefecto, que había sabido, bajo secreto de confesión, que esa misma noche deberíamos ser degollados.

Hasta el 27 las angustias se renovaron en todas formas. Finalmente, el llamado Valle, jefe de la conspiración, fué apresado por traición. Se lo fusiló de inmediato, como lo habían sido sus cómplices, y desde ese momento se restableció la calma más perfecta en todas partes.

La cuaresma volvió a tener sus derechos; la tranquilidad trajo las oraciones y la austeridad de esos cuarenta días de penitencia. Todos los jueves y sábados un cura distinto pronunciaba un sermón. El jueves los hombres y el viernes las mujeres, se encerraban en la iglesia. Después de rezar, se apagaban las luces, y cada uno se flagelaba como mejor podía, con correas de cuero hasta hacer saltar la sangre. Se observaba también el ayuno más riguroso. Muchas personas pasaron un día entero sin comer, lo que se llama ayunar al traspaso.

El miércoles santo, fue invitado a la procesión de la noche, a la luz de los cirios. Un pariente del vicepresidente de la República, el doctor Velasco, fue elegido para dirigir la ceremonia. Asistí. Poco tiempo después los hermanos de la congregación vestidos de negro con un cinturón blanco, con cuatro borlas cayendo hacia delante, atrás y a ambos lados del cuerpo, trajeron un paño negro con una cruz roja en el medio. Se distribuyeron cirios y la marcha se prolongó dos leguas. Adelante iban los hermanos; en medio un temblor, cubierto de paño negro, haciendo de cuanto en cuanto oír sus lúgubres sonos; cuando cesaba, una flauta emitía sus gemidos. Nos dirigimos así, en silencio, a la iglesia llamada capilla. Un sacerdote pronunció un largo sermón, después del cual se reinició la marcha. Se llevaba un enorme Cristo con su cruz, acompañado de un santo. A bastante distancia del Cristo marchaba la Virgen. Por otro camino, Santa Verónica iba al encuentro de la cruz y enjugaba el rostro de Jesús con el santo sudario; corrió a mostrarlo a la Virgen y la procesión siguió después hasta a catedral, deteniéndose en los altares colocados a ese efecto en cada esquina.

Más de seiscientas personas llevaban cirios. Tres mil almas, por lo menos, acompañaban a esa procesión, compuesta de penitentes en hábito de San Francisco, de señoras de la ciudad y habitantes de todas clases. Un silencio profundo, interrumpido por el son lúgubre del tambor y de la flauta; la oscuridad de una noche muy nublada contrastando con la luz vacilante de los cirios; todo daba a esa ceremonia un carácter de solemnidad muy notable. Las iglesias permanecieron abiertas toda la noche y las mujeres no cesaron de ir a rezar.

El jueves santo continuaron las visitas a las iglesias, desplegando las señoras y señoritas el lujo de sus ropas más rebuscadas. Se efectuó una segunda procesión, semejante a la de la víspera, pero más solemne todavía. Por la tarde del jueves santo las funciones públicas cesan en todos los países españoles. Los jueces, los funcionarios civiles y militares van a depositar el bastón con empuñadura de oro, signo distintivo de su autoridad, en una habitación de la que el cura guarda la llave, que, junto a las de los tabernáculos de diversas iglesias, son pasadas por una magnífica cadena de oro, con que se adorna el prefecto durante la procesión. En la procesión, se llevó a Cristo en la cruz y la estatua de la Virgen. Al regresar hallé, con gran asombro de mi parte, en casa del señor Velasco, una mesa cubierta de refrescos, licores, bombones, y se sirvió chocolate a todos los invitados.

El viernes santo, la procesión se efectuó con un silencio extraordinario. Se llevó en andas solamente el sepulcro de Cristo. Al salir de la iglesia, vi con gran sorpresa a todas las negras y mulatas esclavas vestidas con las mejores ropas de sus amas y cubiertas de sus adornos de perlas y diamantes, lo que contrastaba de la manera más extraña con el vestido sencillo y lúgubre de las damas. Sin hablar ya de un recuerdo indirecto de las antiguas saturnales de los romanos, ¿no podríamos ver algo de ostentación bajo ese aparente humildad de las mujeres ricas, dispuestas a despojarse de sus atavíos, a fin de revestir con ellos a sus esclavas, puesto que ellas misma se ocupan de su arreglo y no descuidan nada por hacerlo brillar por encima de sus compañeras?

Los indios aymáras de las mesetas de los Andes son muy religiosas, pero su religión es en gran parte materialista. Toman las cosas a la letra y nada más. Un eclesiástico me contó que, el viernes santo, esos indios dicen: "Puesto que Dios está muerto, no habrá lo que haremos", y, con esa creencia, ambos sexos se abandonan a todas sus pasiones; y realizan toda especie de fantasías, sin el menor escrúpulo. Es para ellos un momento de libertad absoluta, que resiste a todas las observaciones de los curas.

El día de Pascua, Santa Cruz vió afluir una inmensa población, no solo para la fiesta, sino también para asistir a las carreras de caballos, que duran toda la semana. Mientras las mujeres de los villorrios y caseríos de la provincia visitan a sus amigas, los hombres con sus mejores caballos van a la llanura de Pari, elegida para las carreras. Se ven en efecto hermosos y buenos caballos, que serían vencedores tal vez en las carreras anuales de las ciudades europeas. Como en París, como en Londres, se hacen apuestas enormes que a menudo comprometen toda la fortuna de una familia y hasta las cosechas pendientes. Hay algunos hombres encargados de montar los caballos de carrera; sin embargo, por lo general, todos buenos jinetes, los propietarios prefieren montarlos ellos mismos. Las carreras se efectúan a todo lo largo, desde una **cuadra**, hasta una o dos leguas. Se nombran jueces, y la vigilancia se realiza tan bien como en el Campo de Marte o en Newmarket.

Una ceremonia que tuvo lugar el 25 de abril me dio la prueba de la marcha creciente de la civilización en Bolivia. Se sancionó el nuevo Código de Leyes, llamado Código de Santa Cruz, traducción modificada y corregida del Código Napoleón, que venía a reemplazar al conjunto de disposiciones anticuadas o costumbres consideradas como tales, cuya interpretación era siempre arbitraria. Ese Código fué acogido en Santa Cruz con mucho entusiasmo. Se construyeron estrados en los cuatro extremos de la plaza. Un cortejo a caballo compuesto de todas las autoridades civiles y militares, llevando sus ropas y sus insignias, avanzó hasta el estrado. El notario público (**escribano**) subió y leyó los principales fundamentos de las leyes. El cortejo hizo en alta voz el juramento de cumplirlo fielmente; y el grito de mil voces repitió **Viva la Patria**, resonando en todas partes.

Hay antiguas costumbres que se remontan al origen de los pueblos y cuya sencillez pastoral, atravesando todas las edades, se ha propagado hasta nosotros, extendiéndose hacia los diversos puntos habitados del globo. El momento en que la naturaleza despojada del duelo de sus inviernos se reviste sus galas primaverales es en todas partes un motivo de gozo. Nuestra vieja Europa celebra entonces en Francia las fiestas aldeanas, en España una fiesta religiosa, la de la

Cruz, que tiene lugar el 3 de mayo. Se canta el retorno de la estación, la regeneración de la naturaleza, el renacimiento de los días hermosos. Al cruzar los mares y cambiar de hemisferio, la fiesta religiosa de la Cruz, sin cambiar de época, no representa ya esa dichosa transición del invierno a la primavera, sino la del otoño al invierno; por eso, las flores de España son reemplazadas en América por los frutos.

La ciudad y la aldeas presentan en todos sitios altares, en los que una sencilla cruz de madera, flores, frutas y legumbres de toda especie son la única decoración: aquí guirnaldas, entremezcladas de flores brillantes de las llanuras y de los bosques, de ramas de diferentes frutas salvajes unidas al naranjo y al limonero cultivado; allí los más voluminosos gajos de bananas, dignos de la tierra prometida, los ananás, la sandías más suculentas o las más grandes raíces azucaradas o la mandioca harinosa. Los insectos también soportan su tributo: los pasteles de la avispa de miel (**chiriguana**) figuran al lado de los nidos aromáticos de las pequeñas abejas (**señoritas**),¹ productos lentos de un penoso trabajo. Esos templos campestres, en que la naturaleza todo lo hace, se convierten en el teatro de un culto apacible que no produce un solo grito de dolor, que no hace verter una sola gota de sangre, adornado con los más sencillos productos de la tierra y recordando esa dichosa edad de oro que cantan nuestros poetas.

Durante el día se visitan a pie los altares; pero el instante más agradable es por la tarde, al oscurecer. Se encuentra en todas partes alegre compañía, juegos, bailes, hasta muy avanzada la noche. El final de fiesta es señalado por el reparto entre los asistentes de los adornos de la cruz.

Una costumbre que remonta, sin duda, a la época caballeresca de España, es por la tarde, a caballo, visitar todas las cruces. Cada caballero debe, con todo rigor, llevar una dama en ancas, si no quiere ser llamado **huacho**² (huérfano). Resulta fácil a los caballeros librarse de ese epíteto, teniendo parientes que nada desean más que ese paseo, al cual asiste toda la ciudad, y donde realmente uno puede divertirse; pero un desdichado viajero, alejado de la patria, sin parientes, sin amigos... es y debe ser en todas partes huérfano. Debía resignarse a sufrir la consecuencia de mi situación y recibir el apodo que cada dama y su caballero me aplicaban sin piedad, al pasar al lado del pequeño grupo en que yo estaba.

Desde el 29 de mayo al Corpus Christi hay un segundo carnaval. Los hombres disfrazados de viejos, de viejas o de diablos recorren las calles, distribuyendo delante de cada ventana, algunos dichos picarescos, algunas bromas, unas espirituales, otras a veces demasiado pesadas.

29 de mayo

La procesión del Corpus es igual que en Europa.

Hacia fines de mayo pasó el primer correo de Chiquitos hacia Santa Cruz y yo me dediqué a preparar mi partida, pidiendo algunas bestias de carga para mi viaje. Tenía la suerte de contar con muchos amigos en la ciudad, que trataban de que se prolongara mi permanencia; por eso experimenté numerosas dificultades. Santa Cruz carecía, entonces, de médico. Como francés y sobre todo como naturalista, yo debía necesariamente serlo. Traté de sustraerme a los deberes de esa profesión, de la cual no poseía ni los elementos; pero un primer éxito en una circunstancia obligada, me creó la imposición de visitar algunos enfermos. Por otra parte, no había persona en la ciudad que no me conociera.

La casa que ocupaba era inmensa y una de las más hermosas. Tenía una sal de más de quince metros de largo, un gran patio, un jardín mayor todavía, plantado con numerosos naranjos de elevada copa, y el todo no era muy caro. Llevaba una existencia tranquila, hasta agradable, trabajando mucho, pero descansando en el seno de una amable sociedad; por eso necesitaba

¹ Especie de aguijón, cuyos nidos se conservan hasta en el interior de las casas.

² O mejor dicho *Huaccha*, que significa, en el idioma de los Incas, huérfano de padre y madre.

valor para abandonar Santa Cruz. Empero, nunca las convenientes puramente personales habían tenido influencia en mis decisiones. El éxito de mi viaje y el cumplimiento de mi misión eran el único objetivo de mis pensamientos y de mis actos. Me dispuse, pues, a partir.

Mi sala, única habitación que ocupaba, me servía a la vez de salón, de comedor, de dormitorio y de gabinete de trabajo. Se parecía a menudo al arca de Noé; tenía, en efecto, toda clase de animales vivos, agutís, tatús, perezosos y hasta una boa de cinco metros de largo. Ese extraño comensal era para mí objeto de investigaciones y estudios. Quería fijar mis ideas acerca de la especie de fascinación, de influencia magnética que lleva, según dicen, a los animales a arrojarse en la boca de las serpientes. Hice todo lo posible para llegar a algunos resultados, pero nada conseguí. En los momentos de mucho calor, me tendía en mi hamaca y observaba en silencio. Los animales pequeños pasaban y repasaban junto a la serpiente sin manifestar otro sentimiento que el miedo. Las boas de Santa Cruz, en vez de hacer huir, son por el contrario empleadas en los campos de caña de azúcar; se las usa para cazar una especie que causa muchos estragos, al roer las raíces de la planta.

Aparte de los animales que tenía conmigo, había una multitud que viven naturalmente en las casas, sin que los moradores se inquieten en lo más mínimo; esto se debe al clima y a los numerosos bosques que rodean a la ciudad. Podía a menudo, sin abandonar mi morada, hacer una buena cosecha de reptiles e insectos, porque, durante la noche, los anfibios salían de mis paredes construídas con tierra y se paseaban por la pieza, surcada así por ciempiés de diez a quince centímetros de largo, y por una multitud de cucarachas enormes. A menudo caían víboras del techo sin cielo raso, y los menores inconvenientes eran las devastadoras termitas, de las cuales tenía un inmenso nido en las paredes de mi pieza, los nidos de avispas o los millares de niguas o pulgas penetrantes, que se introducen en los pies y hacen sufrir mucho. Ya oigo a mi lector clamar contra un país en que se vive siempre con tan numerosa compañía. Sin embargo, debo confesar que si bien al comienzo hallé incómoda esa reunión, luego hice como los habitantes: me habitué y vivía, por así decirlo, sin prestarles atención.

CAPÍTULO VI

Historia y descripción de Santa Cruz de la Sierra

§ 1

HISTORIA

UNA concurrencia singular de circunstancias vincula la historia de Santa Cruz de la Sierra a la del Paraguay, en tanto que resulta ser del todo ajena a la del Perú, de la cual parecería llamada a depender por la situación geográfica de la ciudad, ubicada al pie de las últimas estribaciones de los Andes y distante del Paraguay, en línea recta, nueve grados, es decir quinientas leguas terrestres por lo menos.

En medio de la vaguedad que trasuntan los relatos de autores contemporáneos a la conquista, con respecto a los habitantes de esas regiones, anteriores a la llegada de los primeros españoles, podría inferirse que los últimos contrafuertes de las cordilleras y los llanos vecinos constituían el territorio ocupado por los indios que dependían de la gran nación guaraní o caribe. Estos pueblos resistieron, allá por el siglo XV,¹ a las fuerzas del Inca Yupanqui y conservaron su independencia salvaje.

Aquella ansia de novedades, aquella sed de riquezas que animaba a los españoles y convertían a cada aventurero en un héroe siempre dispuesto a desafiar con gusto los peligros y fatigas para obtener, ya fuera oro, ya fuera el gobierno de los países recorridos, fueron causas iniciales del descubrimiento de Santa Cruz de la Sierra. Si se menciona la perseverancia e intrepidez de los Hernán Cortés y los Pizarro, hubo numerosos españoles menos conocidos, cuyas hazañas también merecieron ocupar un sitio en la historia. Es verdad que no tuvieron que batirse con los mejicanos civilizados ni conquistar las riquezas proverbiales del Perú; pero por lo mismo que exploraban un país menos poblado, más salvaje, debían superar mayores obstáculos. Al escrutar la historia del Río de la Plata impresiona sobre todo esta verdad, así como la escasa resonancia que encontró el descubrimiento de esa parte del nuevo mundo, de la que Santa Cruz de la Sierra depende.

Apenas habían transcurrido once años después que Solís avistara las márgenes del Plata, cuando el primero de tales hombres llegó de las costas del Brasil al pie de los Andes. Es extraño ver a América atravesada en todos sentidos, en los primeros tiempos del descubrimiento del nuevo mundo, mientras hoy día semejantes viajes resultarían en cierto modo imposibles. En medio de la rivalidad nacional existente entre españoles y portugueses, por extender el dominio respectivo de ambas coronas, se emprendieron sucesivamente las expediciones más azarosas y extraordinarias. La primera, y más notable, es sin discusión la de Alejo García. Los descubrimientos de Cristóbal Colón, Américo Vespucio, Pinzón, Cabral, Solís y Magallanes habían atraído al continente americano extranjeros provenientes de todas partes. Martín Alfonso de Souza, establecido en 1526 por cuenta de Portugal en San Vicente, sobre la costa brasileña, envió al interior a cuatro portugueses, entre los cuales figuraba aventurero, hombre muy instruido en el idioma guaraní. Atravesó unos centenares de leguas hasta el Paraguay donde, estimulando el espíritu emprendedor que los guaraníes tienen para viajes y conquistas, decidió a dos mil a acompañarlo rumbo a las regiones occidentales.² Cruzaron el gran Chaco combatiendo a los pueblos que se oponían a su avance, y ganaron así las montañas de Bolivia, cerca del curso del río Grande;

¹ Garcilaso de la Vega, *Comentarios de los Incas*, p. 244-246.

² Ruy Díaz de Guzmán, *Historia Argentina*, p. 15.
Padre Guevara, *Historia del Paraguay*, p. 83.
Selección de cartas edificantes, t. I, 179.

alcanzaron a saquear a los vasallos de los Incas y regresaron al Paraguay por el mismo camino. Alejo García despachó a dos de sus compañeros para que rindieran cuentas de su expedición, pero fué pronto asesinado por los indígenas que lo acompañaron.¹ Por temor de que los castigaran los portugueses, sus asesinos volvieron a atravesar el Chaco y se establecieron en la llanura, al pie de las montañas de Santa Cruz, donde con el nombre de Chiriguano aún pueblan la provincia de Cordillera, dependiente del departamento de Santa Cruz.

Diez años más tarde, en 1537, el español Juan de Ayolas siguió, por decirlo así, las huellas del infortunado García. Remontó el Paraguay hasta el grado 21 y dejando sus naves a cargo de Irala, que debía esperarlo seis meses, partió con doscientos soldados y cruzó el Chaco hasta las primeras montañas del Perú. De regreso, ocho o nueve meses más tarde, cargado de botín arrancado a los peruanos, fue masacrado con todos los suyos a orillas del río Paraguay, por los indios paraguas.²

Todos los planes de los gobernadores del Paraguay tendían a apropiarse de una parte de las tan mentadas riquezas del Perú; por lo que cada uno quiso intentar el viaje. En 1542, Núñez Cabeza de Vaca envió a Irala, quien remontó el Paraguay hasta Yarayes y apenas logró alejarse por tierra a cuatro jornadas al oeste del río Paraguay, en la provincia de Chiquitos. Núñez quiso al año siguiente efectuar él mismo una expedición semejante, pero también fracasó.³

En 1548, Irala, uno de los hombres más emprendedores de la época, trató de internarse en el Perú; partió con trescientos cincuenta españoles, llegó por agua y Yarayes, atravesó luego la provincia de Chiquitos y llegó, tras soportar penurias indescriptibles, al río Grande y la zona dependiente de Chuquisaca. Las informaciones que allí le suministraron acerca del diferendo surgido entre los dos hermanos Pizarro y el arribo de Pedro de la Gasca, los resolvieron a detenerse.⁴ Despachó a Ñuflo de Chaves al nuevo virrey, en tanto que se veía obligado a regresar debido a los desórdenes producidos entre sus soldados. Ñuflo de Chaves no volvió al Paraguay hasta 1549.

Preocupado más que nunca por su proyecto de facilitar las comunicaciones con Perú, Irala mandó de nuevo a Ñuflo de Chaves en 1557, a echar los cimientos de una ciudad en la costa del Paraguay.⁵ Ya buscaba éste un emplazamiento conveniente, cuando supo la muerte de Irala. Resolvió entonces fundar en aquel lugar una ciudad independiente del Paraguay, decisión que estuvo a punto de costarle el abandono por sus soldados, acostumbrados al pillaje y cuyas esperanzas defraudadora con el referido proyecto. Sólo retuvo a sesenta, con los que llegó al río Grande donde encontró a Andrés Manso que venía de Perú con las mismas intenciones suyas. Entre ambos suscitó una discusión acerca de sus derechos respectivos. Por último Ñuflo de Chaves se impuso con el apoyo del virrey de Lima y echó los cimientos de la ciudad de Santa Cruz,⁶ donde poco después lo acompañaba su familia, que había ido a buscar al Paraguay. Cinco años más tarde lo mataban los Chiriguano,⁷ cuando gobernaba pacíficamente la nueva ciudad.

¹ Ruy Díaz de Guzmán, p. 18.
Fernández, Historia de los Chiquitos, p. D.
Lozano, Historia del Chaco, p. 57.

² Núñez Cabeza de Vaca. *Comentarios*, p. 36, cap. 49. Los autores no concuerdan en el nombre; uno escriben *Ayolas* y otros *Oyolas*.
Ruy Díaz de Guzmán, p. 45.
Padre Guevara, p. 93.
Schmidel, p. 109.
Herrera, *Década VI, lib. VII, cap. V.*

³ Ruy Díaz de Guzmán, p. 60.
Padre Guevara, p. 105.
Azara, *Viaje por América meridional*, t. II, p. 359.

⁴ Padre Guevara, p. 110.
Ruy Díaz, p. 72.

⁵ Ruy Díaz de Guzmán, p. 101.

⁶ Ruy Díaz de Guzmán, p. 109; *Relación del viaje a la América meridional*, t. III, p. 221, dice que Santa Cruz fué fundada en 1584; pero se equivoca con seguridad.

⁷ Ruy Díaz de Guzmán, p. 123.

La antigua ciudad de Santa Cruz estaba situada a unas doscientas leguas al este de la ciudad actual, al pie de la Sierra y cerca de la misión de San José, provincia de Chiquitos. La proximidad de las altas escarpaduras de Sutos quizá la hayan hecho llamar al principio **Santa Cruz de la Sierra, o de la Barranca**.¹ Bien distribuida en manzanas iguales,² estaba edificada con adobe en medio de un bosque relativamente próximo a la cascada de Sutos y no lejos de uno de los primeros afluentes del río San Miguel. La belleza de los alrededores había contribuido sin duda a la elección del emplazamiento, tanto como la gran cantidad de indios chiquitos amigos, que poblaban la comarca.

Los indios recibieron muy bien a los españoles y se dejaron repartir en encomiendas, sometiéndose al único tributo anual de una bola de hilo de algodón en señal de vasallaje. Esta armonía de españoles e indios chiquitos no perduró. Abusando de su docilidad, los recién venidos quisieron explotarlos y sacarles los hijos, para utilizarlos como esclavos. Los oprimidos se rebelaron y mataron a algunos de sus opresores.³ Según Azara,⁴ el gran alejamiento del Perú habría hecho en 1575 transferir la ciudad al lugar que ocupa actualmente, es decir a unas veinte leguas de los últimos contrafuertes de los Andes, en una llanura espléndida cercana al río Pari. Viedma⁵ dice que el cambio tuvo lugar a consecuencia de conflictos producidos con los chiquitos. El virrey, marqués de Cañete, ordenó en 1588 construir una ciudad a mitad del camino que une a la vieja Santa Cruz con Chuquisaca, tanto para contener a los indios Chiriguanoes como para facilitar el viaje. Encomendó a don Lorenzo Suárez de Figueroa, gobernador de la provincia, que tratara con Solís Helguín, propietario del llano, para fundar allí la noble ciudad de San Lorenzo de la Frontera; pero la fundación no tuvo lugar hasta 1592. Fue probablemente entonces cuando los últimos habitantes de Santa Cruz poblaron la ciudad nueva que, a pesar de los esfuerzos del fundador, mantuvo siempre el nombre primitivo de Santa Cruz de la Sierra, que aún lleva actualmente, mientras el de San Lorenzo sólo se empleó en las actas públicas.

La nueva ciudad de Santa Cruz, pese a ofrecer ventajas inmensas en materia agrícola, quedó muy por debajo de las ciudades de la montaña en materia mineral. Por ligarse íntimamente al Perú, perdió poco a poco sus relaciones con Paraguay. A pesar de estar separada tanto de Lima como de Asunción por seis o siete leguas de distancia y de alejarla del mar un muro de trescientas leguas de montañas, quedó estacionaria, conservando las costumbres de sus habitantes primitivos. En 1605⁶ la erigieron en obispado, liberándola de la dependencia de Cochabamba.

Santa Cruz dependió de Lima hasta 1776, época en que Buenos Aires fué convertido en virreinato autónomo, al cual se agregó, al igual que su capital Cochabamba, pese a su gran alejamiento. En 1782, el nuevo virrey, que creara una intendencia para Cochabamba, formó una circunscripción igual en superficie a las tres cuartas partes de Francia, con la provincia de Santa Cruz de la Sierra, y las misiones de Moxos y Chiquitos, hasta entonces dominadas por los jesuitas.

Si la ciudad que me ocupa nada tuvo que padecer por la revolución de Tupac Amaru (en 1780 y 1781), tuvo menos suerte durante las guerras de independencia. Entonces comenzaron a desvanecerse sus costumbres patriarcales, por influencias de las tropas pertenecientes a ambos bandos. Durante largo tiempo conservó la bandera española, pero al ser invadida por las tropas independientes, en 1824, sufrió sin protestar las consecuencias de la decisiva batalla de Ayacucho. Separada en ese tiempo de Cochabamba, se convirtió en cabecera de uno de los seis

¹ Ulloa, loc. cit., t. III, 221, expresa que Ñuflo de Chaves la denominó así para recordar el nombre de su ciudad natal, en España, situada cerca de Trujillo.

² Más tarde visité las ruinas, de modo que esas informaciones son muy positivas.

³ Viedma, *Descripción de Santa Cruz*, p. 78.

⁴ *Viaje por América meridional*, t. II, p. 78.

⁵ *Descripción*, p. GR.

⁶ *Relación histórica del Viaje a América Meridional*, por don Jorge Juan y don Antonio Ulloa, t. III, p. 219.

departamentos que componen la nueva república de Bolivia, conservando bajo su autoridad las extensas provincias de Moxos y Chiquitos.

§ 2

CIRCUNSCRIPCIÓN Y REFERENCIAS GEOGRÁFICAS

Con sus cuatro provincias, el departamento de Santa Cruz presenta una superficie inmensa, limitada al norte por el curso del río Itenes, la provincia de Matto Grosso, y las regiones deshabitadas comprendidas entre los ríos Mamoré y Beni; al sur, por los desiertos del gran Chaco; al este, por el río Paraguay y las posesiones brasileñas; al oeste, por los departamentos de Cochabamba y Chuquisaca. Está comprendido entre los 12 y 13 grados de latitud sur y 59° 30' de longitud occidental de París, cubriendo una superficie aproximada de 45.000 leguas cuadradas, de veinticinco por grado.

Esta superficie se compone, al oeste y noreste, de los últimos contrafuertes de la cordillera; luego de las llanuras dilatadas que los bordean, extendiéndose al norte por la provincia de Moxos, hacia la cuenca del Amazonas, y al sur hacia la llanura del Chaco y la gran cuenca del Plata. Se trata de una de las raras excepciones geográficas, en que el elemento divisorio de las dos grandes vertientes que existen en América meridional, tomada de norte a sur, está representado por un llano bajo, inundado parcialmente. En efecto; mientras el río Grande, con su afluente el Piray, toma francamente al norte, hacia el Amazonas, por el contrario el río Pilcomayo se dirige al Plata, rumbo al sur y el Parapetí, después de errar por el llano, parece incapaz de resolverse por uno u otro camino, hasta terminar formando charcas que desaguan hacia el norte.

Esta misma disposición singular de las vertientes apenas trazadas, se advierte también al avanzar hacia el este, por llanuras donde nacen, cerca de San José de Chiquitos, por un lado el río San Juan, uno de los afluentes del Plata, y por otro el San José, que va al Amazonas por el norte. Más lejos y en escala mayor, los primeros afluentes del Itenes y el Paraguay se comunican por medio de pantanos comunes, en los cuales puede establecerse yendo en bote la línea divisoria de las aguas. En tres puntos diferentes los geógrafos emplazaron sistemáticamente montañas, siendo meros llanos pantanosos lo que separan las extensas vertientes de los dos ríos máximos del nuevo mundo.

Considerado como sistema orográfico, el departamento de Santa Cruz es muy simple. Ya dije que por el oeste lo limitan los últimos contrafuertes de la cordillera; todo el resto constituye una sola llanura atravesada de noroeste a suroeste por las colinas elevadas del sistema chiquitense, que apenas sobresalen unos centenares de metros del de las planicies circundantes.

Los cursos de agua del departamento dependen de las dos grandes cuencas ya mencionadas. Unos se dirigen hacia el sur, otros al norte. Los primeros son: el río Pilcomayo, que encuentra su fuente en la montañas y mesetas de Tola Palca y Tola Pampa, departamento de Potosí, y atraviesa después todo el Chaco; el Jaoru, uno de los afluentes del Paraguay, que nace cerca de Villa Bella de Matto Grosso; el río de San Juan o Tucabaca que, unido a los riachos San Rafael y Latiriquiqui, forma el Oxuquis, también afluente del Paraguay.

Mayores y más numerosos al norte, los ríos provienen de tres cursos de agua principales: Itenes, Mamoré y Beni. El primero recibe al este los ríos Barbados, Verde y Serre, y más hacia el oeste el Blanco y el San Miguel, que nacen en la provincia de Chiquitos y se unen al Machupo, para formar así con el Itenes o Guaporé un curso de agua considerable.

Todos los restantes afluentes del Amazonas nacen en las montañas, en medio de los contrafuertes cordilleranos. Unos van al Mamoré y otros al Beni. Los afluentes del Mamoré son los siguientes riachos: más al sudeste que todos, el Parapetí, perdido en la llanura, uno de los

afuentes superiores del río Grande. Este último, que nace en la provincia de Chayanta, recibe sucesivamente al Río Acero, Piray, Yapacani, o Ibabo, y Mamoré; después de esta unión, prosigue hacia el norte con el nombre de Mamoré, recibiendo aún al oeste los ríos Chapare, Securi, Tijamuchi, Apere, Yacuma e Iruyani.

El Beni nace en las montañas situadas al norte de la cordillera oriental de Cochabamba y La Paz. Tiene un caudal considerable al llegar a la provincia de Moxos, que sigue al norte hasta su confluencia con el Mamoré.

El Mamoré y el Guaporé o Iténes se unen a los 12 grados y corren hacia el norte con el nombre de Mamoré, hasta alcanzar la confluencia del Beni, en que constituyen el Madeiras.

Estos ríos dependen de las distintas provincias del departamento. Luego recorrí estas provincias, que he de describir sucesivamente, limitándome ahora a la de Santa Cruz de la Sierra, después de este rápido esbozo.

Al norte está separada de la provincia de Moxos por bosques y pantanos despoblados; al este, de la provincia de Chiquitos, por el río Grande; al sur la limita la provincia de Cordillera y al oeste las estribaciones de las montañas de la provincia de Valle Grande. Así circunscripta, ocupa un llano arenoso, uniforme, cortado de noreste a sudeste por el río Grande y los riachos Piray, Palometa, Palacios y Yapacani, ninguno de los cuales es navegable; sólo en el confín septentrional de la provincia, el Grande y el Piray, pueden navegarse en canoa hasta Moxos. La provincia presenta gran horizontalidad y su aspecto recuerda mucho a los alrededores de Ipacaray y Ensenadas, en la provincia de Corrientes. También la cubren planicies arenosas, lagunas y grupos dispersos de árboles; ofreciendo las mejores tierras para cultivos y pastos excelentes para los rebaños, está sin embargo infinitamente más arbolada.

El clima de Santa Cruz es de los más ardientes. Demasiado alejada de las altas cordilleras para que modifiquen su temperatura, sufre todas las influencias comunes en las regiones intertropicales situadas en medio de los llanos que ocupan la parte central del continente. Tiene dos estaciones bien diferentes: la estación de sequía o invierno, la estación de las lluvias o verano. La estación seca comienza en abril y termina en setiembre u octubre; se caracteriza en especial por vientos alternados del norte y sur. Los primeros son cálidos y soplan casi sin interrupción; cuando cesan, los sustituye el viento sur, que produce un rápido descenso de temperatura. La población teme mucho este viento y durante los dos o tres días que suele soplar cierra sus puertas y se cubre de mantas, como lo haríamos en inviernos rigurosos. Fuerte y seco por lo general, sume en una especie de consternación a los cruceños, acostumbrados al calor húmedo. Los enferma o por lo menos produce un estado de malestar análogo al que el viento norte causa a los correntinos. También paraliza la vegetación esta estación seca. Las hojas se marchitan; algunas caen y muchos árboles sufren la misma pérdida que se manifiesta en regiones frías. Este fenómeno aparece sobre todo en los llanos no pantanosos.

El calor aumenta poco a poco hacia el mes de setiembre; aparecen los brotes, pero recién crecen con vigor después de las primeras lluvias primaverales. Entonces cambia el aspecto de la naturaleza, que reviste sus mejores galas. Las lluvias se vuelven cada vez más copiosas y casi incesantes, a partir de noviembre. Todo el campo se inunda y las comunicaciones quedan interrumpidas, por decirlo así, por un lado con las ciudades de la montaña y por el otro con la provincia de Chiquitos. Estas lluvias caen hasta abril, disminuyendo gradualmente.

PRODUCTOS NATURALES DE SANTA CRUZ

La provincia de Santa Cruz, continuando en cierto modo los llanos del Chaco, Paraguay y Corrientes, apenas ofrece diferencias con el conjunto de la zoología que pude señalar en esta última región y sus diferencias se reducen a unos cambios producidos por la mayor elevación de la

temperatura. En efecto, se ve aparecer por una parte algunos animales y plantas más propios de las zonas cálidas, en tanto que los que pueblan regiones templadas y frías faltan por completo. Voy a efectuar una mención somera de tales diferencias, remitiéndome a las generalidades citadas, para el conjunto de las producciones naturales, más o menos idénticas.

Los monos son más numerosos y variados en Santa Cruz. Llenan los grandes bosques hasta la vecindad de la ciudad, donde cuando hay tiempo tormentoso se oyen los llamados roncós de los monos gritones o los gritos convulsivos que provienen de las bandas juguetonas de los otros monitos. Son más comunes que en Corrientes, los murciélagos, coatís, zorros, jaguares, comadrejas, carpinchos, tapires, tatúes y los distintos ciervos. Junto a ellos se ven además los tatúes gigantes o pejichi, la más grande raza viviente, entre los desdentados acorazados, y los perezosos, de costumbres extrañas, prototipos de lentitud y carencia de energía.

Los pájaros son los mismos, salvo lo que escapan a los rigores del invierno, que no llegan a Santa Cruz, donde los reemplazan los brillantes manaquines, los cotingas y una variedad mayor de tangaras, casicas, loros, penélopes y hocos.

A los reptiles de Corrientes, comunes en Santa Cruz, puede agregarse una cantidad innumerable de culebras, variadas en sus especies y colores, boas de gran talla y numerosas serpientes de cascabel.

Por falta de ríos grandes, los peces escasean; se reducen a unas palometas y siluros.

Las conchas terrestres y fluviales también son raras, sin duda en razón del coto número de cursos de agua y la costumbre que tienen los habitantes de pegar fuego a los campos.

Tal como lo dejé entrever al relatar mis excursiones por los alrededores de la ciudad de Santa Cruz, los insectos son aquí más variados y numerosos que en Corrientes, cosa previsible por la mayor elevación de la temperatura y la mayor multiplicidad de las especies vegetales. En efecto, nada iguala al brillo de los coleópteros y los vivos colores de las mariposas que pululan en los espacios floridos así como en el corazón de los oscuros bosques.

La vegetación de Santa Cruz presenta dos aspectos muy distintos, conforme a la naturaleza de los lugares. En los llanos arenosos se asemeja en todo a la de Corrientes; se reconocen las mismas especies en proporciones iguales y predominan las hojas lanceoladas. En los sitios húmedos, sea junto al **Monte Grande**, al pie de las montañas, o cerca de los ríos Piray y Grande, ofrece un conjunto distinto, notable sobre todo por la abundancia de palmeras más diversificadas en sus especies que las correntinas. Aquí ya no aparecen el yatay,¹ pintdo² y bocaya,³ los que se sustituyen en plena selva por el elegante motacú,⁴ la útil chonta,⁵ el marayahú⁶ de fruto succulento, y en las orillas de los bosques prospera el esbelto sumuqué,⁷ en tanto que por los lugares húmedos crece el carondai,⁸ de tronco duro que se emplea en la confección de techados. Esta vegetación aparece adornada de lianas envolventes y de esa mezcla de plantas de todas clases, entre las cuales pueden distinguirse hermosos helechos y flores de las más brillantes.

¹ *Cocos yatal*, Martus, Palmiers de mon Voyage

² *Cocos australis*, Mart., ibid.

³ *Cocos tatai*, Mart., ibid.

⁴ *Maximiliana princeps*, Mart., ibid.

⁵ *Astrocaryum chonta*, Mart., ibid.

⁶ *Bactris sociales*, Mart., ibid.

⁷ *Cocos botryophora*, Mart., ibid.

⁸ *Corpernicia cerifera*, Mart., ibid.

Casi todos los frutos de la provincia de Santa Cruz corresponden a la flora autóctona; en efecto, con excepción del naranjo, tan común como productivo, todos los frutos de la comarca son salvajes. Más común que en Corrientes, el **ibá porú** despliega los suyos os troncos de los arbustos; el **ibá viyú**, el **ibá virá**, otras mirtáceas de fruto verde, crecen en pleno bosque; las solanáceas proporcionan varias especies trepadoras, de fruta succulentas; las piperáceas también la ofrecen; pudiéndose citar entre éstos a la **lambaiva**, que produce los frutos más azucarados y sabrosos; algunos **ficus** llegan a tener fruta comestible y es bastante común el algarrobo con sus gotas almibaradas. A estas plantas, algunas también de Corrientes, debe agregarse la **pitajaya**, especie de cacto rampante de fruto amarillo, muy bueno; la guayaba, el marayahú, de sabor algo agrio, etcétera.

La geología no ofrece ningún producto en Santa Cruz, ya que no se encuentra piedras en todo el suelo que cubre arena diluviana.

POBLACIÓN, COSTUMBRES, USOS

La provincia de Santa Cruz de la Sierra comprende, aparte de la ciudad y localidades de Portachuelo, Paurito, Chaney y Cotoca, que dependen de ella, las misiones de Buena Vista, San Carlos, Porongo, Santa Rosa y Bibosi.

Según el censo de 1830 que me hizo conocer el doctor don Andrés Pacheco, gran vicario de la diócesis, la población de la provincia de Santa Cruz tendría la composición siguiente.

NOMBRE DE LUGARES	CENSO DE 1830 Según Pacheco						CENSO DE 1788 Según Viedma ¹					
	Españoles	Chiquitos	Chiriguano o guaraníes	Yuracaré	Mestizos	Total	Españoles	Indígenas	Mestizos	Negros	Mulatos	Total
Santa Cruz	3.908	—	—	—	—	3.908	—	—	—	—	—	—
Portachuelo	566	—	—	—	—	566	4.303	2.111	4.014	150	—	10.578
Paurito	2.068	—	—	—	—	2.068	—	—	—	—	—	—
Buena Vista ...	—	2.719	—	—	—	2.719	—	—	—	—	—	—
San Carlos	—	—	—	337	—	337	—	2.107	—	—	—	2.107
Porongo	—	—	1.173	—	—	1.173	—	180	—	—	—	180
Santa Rosa	—	—	947	—	—	947	—	1.701	—	—	—	1.701
Bibosi	—	—	776	—	—	776	—	550	—	—	—	550
TOTALES ...	6.542	2.719	2.896	337	—	12.494	4.303	6.649	4.014	150	—	15.116

1 Descripción de la Provincia de Santa Cruz de la Sierra, p. TV.

He querido comparar los datos suministrados por el censo de 1830 con los que Viedma publicara en 1788, a fin de verificar sus concordancias. Si dichos elementos fueran verídicos, lo que no puede asegurarse, en razón de las dificultades que presenta semejante trabajo por los intereses adversos que hacen disminuir o aumentar la cifra de la población, de esta comparación resultarían diferencias demasiado sensible para darles crédito, pues habría que admitir que la población de la ciudad y localidades dependientes se hubiera reducido en más de un tercio, ya que Portachuelo y Paurito reunidas, apenas sumarían 5642 almas en 1830, en tanto que tenían 10.578 en 1788. Esta merma sería demasiado fuerte, especialmente si se tiene en cuenta que Buena Vista, San Carlo y Santa Rosa aumentan su población en forma considerable.¹ La extensión de la ciudad denota una población de ocho a diez mil habitantes y en este número los estiman todos los

¹ El censo publicado en la *Guía de Forasteros de la República de Bolivia* da en 1835, como total de la provincia de Santa Cruz, 15.010 y 4596 para la ciudad. La Guía de 1936 indica 5066 almas en la ciudad de Santa Cruz. Se advierte sin esfuerzo que estos documentos carecen de exactitud.

hombres instruídos del país. Sería preciso creer que el censo de 1830 se halla muy por debajo de la realidad.

Sea como fuere, este censo permite formarse una idea acerca de los elementos comparativos de la población indígena con la española y prueba que la raza primitiva todavía es numéricamente poderosa en esta comarca. Esta población se compone, en efecto, de españoles, americanos, algunos negros y una mezcla de las tres razas. Hay pocos mulatos, pero muchos mestizos de indios. Estos últimos tienen buena talla, rasgos hermosos y sobre todo una fisonomía muy agradable.¹

En cuanto a la ciudad y la campaña, presentan tres clases distintas de habitantes, aparte de los negros: españoles, mestizos e indígenas.

Los primeros, descendientes casi todos los compañeros de Ñuflo de Chaves, por su alejamiento de las ciudades comerciales conservan hasta el presente la simplicidad de costumbres características del siglo XVI y llevan al extremo su hospitalidad. Su idioma y modales se asemejan a los de los paraguayos o correntinos. Los hombres se muestran amables y de buenas maneras, acostumbrados a satisfacer todo el tiempo obligaciones sociales. Su estatura es superior a la media corriente y sus rasgos, muy agradables; observan la moda francesa, algo modificada por la temperatura local. Ocupan todos los empleos y en el campo se dedican a grandes explotaciones agrícolas o cría de ganado. Las mujeres de esta clase son bonitas por lo general, de hermosa talla, llenas de gracia, amigas de los bailes y diversiones sobre todas las cosas. Gentiles en la vida social y muy espirituales por naturaleza, tienen la réplica pronta de las meridionales y una conversación tanto más vivaz por sentirse libres de las severas conveniencias que encadenan a nuestras damas europeas. Dicen todo lo que piensan con el candor más original. Sus vestidos son los de Francia, aunque las modas llegan a Santa Cruz con unos años de retraso; así es que nadie adoptó aún el sombrero. En la actualidad, mientras la gente joven concurre a la iglesia vestida de fiesta, las mujeres de treinta a cuarenta años lo hacen con un atavío especial. Cuando no van vestidas de negro, se tocan con una mantilla de encaje negro y llevan una pollera del mismo color cuyo ruedo bordean anchas cintas de colores chillones.¹ Antes de la revolución libertadora el vestuario femenino era notable por su elegancia y riqueza. El traje llamado de **enaguas** ya no se usa actualmente, pero las mujeres de edad lo conservan como recuerdo; obtuve uno completo y lo reproduje en mi atlas.² Se componía de una pollera llamada **enaguas**, hecha de tela calada en bandas que alternaban con bordados de lana de color muy vivo; el ruedo terminaba en anchas puntillas. Completaba el resto una camisa también bordada y adornada con puntillas en las mangas y cuello, con aplicaciones de terciopelo carmesí bordado de oro, en el pecho y atrás. Además, las mujeres usaban enormes cruces de oro y dejaban caer su cabellera en dos trenzas entrelazadas con cintas de color. El conjunto resultaba muy agradable y por mi parte lamenté que se lo abandonara por nuestras modas europeas que invaden todo el mundo, llamadas a desplazar los trajes nacionales de los pueblos.

Creo que existen pocos lugares en que la vida transcurra con placidez mayor que en Santa Cruz. Se trabaja poco. Visitas y fiestas son las ocupaciones principales. No tienen, como en Europa, diarios numerosos y una política general que se guste seguir; la literatura se conoce poco. El cruceño ama su provincia, pero se preocupa muy severamente por todo lo que no le afecte en forma inmediata. Cada quince días un correo le trae un diario de difusión mediana, que suele recorrer con indiferencia, puesto por la distancia al margen de las luchas políticas que desarrollan los **serranos**, nombre que se impone al resto de la población de la república. Los hombres leen poco; las mujeres, nada, y su casa, junto a los deberes sociales, bastan para ocuparlas. De manera que todos los temas de conversación giran en torno a cuestiones locales, reducidas a la llanura situada al este de las últimas estribaciones cordilleras.

La segunda clase, la de los mestizos, conocida en el país bajo el nombre de **cholos** (o **cholas**, según el sexo), difiere poco de la primera por la soltura de maneras, regularidad y atractivo

¹ Se trata de la mezcla que ya mencionara con referencia a Corrientes.

de rasgos, vivacidad del lenguaje, finura y oportunidad de sus réplicas. Hombres y mujeres van descalzos y visten el traje sencillo de los campesinos. Los hombres son artesanos, por lo común: ejercen toda clase de oficios y también trabajos rústicos. Como en Corrientes, las mujeres trabajan en sus casas y las jóvenes recorren las calles vendiendo de puerta en puerta los productos de sus quintas o de su industria personal, consisten en pan fresco, repostería, cigarros, etc. Audaces charlando con todo el mundo; están al tanto de todo lo que sucede; sin atender a las diferencias de posición social, provocan a cada cual con una observación aguda, le obligan a responder y así platican horas enteras sin parecer interesadas en lo más mínimo por el motivo de su paseo comercial.

En cuanto a los indios puros, muy abundantes en las misiones, escasean en Santa Cruz, donde desempeñan funciones de sirvientes o nodrizas en las casas españolas, ejerciendo también diversos oficios, igual que los mestizos. Comparten sus mismas costumbres. De mañana y por la tarde, indias y mestizas con un jarro en la cabeza van a buscar agua al Pari, fuera de la ciudad. Arrebujadas entonces con coquetería en sus **rebozos** blancos (especie de chal largo), representan a la perfección las estatuas antiguas.

Santa Cruz es la única ciudad de la república donde sólo se habla castellano; en las restantes el pueblo emplea exclusivamente los idiomas indígenas. El lenguaje, muy lento por lo común, tiene relativa pureza. Sin embargo se le interpolan numerosas expresiones del viejo idioma español, correspondientes a los siglos XV y XVI, así como voces propias a los idiomas de los indios chiquitos o guaraníes, que sirven para designar objetos del país. En la campaña, se habla como en Santa Cruz, aunque con menor pureza elocutiva. Sólo las misiones han de exceptuarse; como la población es exclusivamente indígena, se emplea su lenguaje. En Buena Vista, el chiquito; en San Carlos, el yuracaré; en Porongo, Santa Rosa y Bibosi, el guaraní. Cuatro idiomas distintos se conservan, pues, en la provincia de Santa Cruz.

INDUSTRIA, PRODUCCIÓN, COMERCIO

La industria propiamente dicho está muy atrasada en Santa Cruz. Con excepción de algunos oficios –zapatería, herrería, carpintería, etc.–, es exclusivamente agrícola. No existe ninguna fábrica de tejidos, ningún taller de cualquier especie que sea.

Están sin explotar los bosques llenos de caoba, de magníficas maderas rojizas y amarillas y materiales para ebanistería. No se hace más que cortar la madera de construcción indispensable a las necesidades materiales y los troncos de palmeras carondaí aptos para confeccionar los techos de las casas urbanas.

Se cultiva en especial la caña de azúcar, de la que se extrae a la vez azúcar y melaza, para expedirlas a las ciudades del interior: la melaza en odres, el azúcar¹ en valijitas de cuero sin curtir, llamadas **petacas**. Este comercio es tanto más considerable porque las ciudades de Chuquisaca, Potosí y Cochabamba se aprovisionan únicamente en Santa Cruz. El aguardiente extraído de la melaza se consume en la región.

También se cosecha arroz y exporta en grande, cultivándose asimismo urucú y todos los granos y legumbres de primera necesidad, como maíz, batatas, porotos, cacahuets de tierra o maní, mandioca o yuca, calabazas, melones, bananas, ananás, etc.

Se exporta además tabaco, pero en cantidades exiguas. Sólo se planta algodón para satisfacer las necesidades de la población campesina, sin hacerlo objeto de comercio, porque las

¹ Su precio medio es de 4 ó 5 pesos (20 francos) la arroba.

provincias de Chiquitos y Moxos proveen, junto con las mercancías extranjeras, la tela necesaria para el consumo de la provincia.

Por prestarse el territorio a la cría de animales, todos los agricultores son a la vez hacendados, sin que ambas explotaciones, siempre distintas en la República Argentina, se hallen aquí diferenciadas. En efecto, cada propietario deja que a su alrededor proliferen numerosos rebaños de vacunos y equinos, en tanto que destina a la agricultura terrenos cercados. Constituyen empero un producto muy modesto porque los cueros, por falta de salida, resultan prácticamente inaprovechables. No se hace más que recoger la grasa y a veces preparar tasajo que se envía a las provincias montañosas. En Santa Cruz, un buey gordo cuesta a lo sumo seis pesos (treinta francos) y un buen caballo, de diez a doce pesos (cincuenta o sesenta francos).

En resumen, la exportación se reduce a azúcar, melaza, arroz, maíz, urucú, tabaco, grasa de vaca, charque y un poco de cera que los indios de las misiones recogen en el monte.

La importación es de mayor consideración, pues la ciudad de Santa Cruz viene a ser el centro de donde irradian las mercaderías propias al comercio de las provincias indígenas: Cordillera, Chiquitos y Moxos. Estas mercancías consisten principalmente en panes de sal, que se traen de las mesetas para consumo de la ciudad y de la provincia de Moxos, carentes por completo de este primordial objeto de consumo;¹ en harina de trigo, en vino para los servicios de la iglesia y la gente rica, pues los demás siempre se privan de consumirlo; en cintas de seda; en quincallería, como cuchillos, tijeras, agujas, hachas y vidriería gruesa, para uso de los indígenas. Además la ciudad consume mate del Paraguay, telas de fábricas francesas e inglesas, sedería de Lyon, indiana y otros tejidos de algodón venidos de ultramar, índigo, lana de color y toda clase de productos de uso cotidiano, pues los objetos de lujo, con excepción de las joyas, aún no se conocen en Santa Cruz.

El comercio se practica en forma peculiar. Por lo general, los traficantes de Chuquisaca o Cochabamba llegan con pacotilla abundante, abren un negocio y venden mientras tengan mercadería. Así realizan valores que truecan por azúcar, con la que se vuelven. Aparte de estos negociantes de paso, hay negocios que pertenecen a las gentes más ricas de la región. Si el trabajo manual es un desdoro para quien lo practica, el comercio de venta, aun al detalle, siempre resulta compatible con las pretensiones aristocráticas más exageradas. Se desprecia a un artesano y hasta a un fabricante. Se elogia y halaga al boticario más ínfimo. El primero siempre es un obrero que en ninguna parte se recibe; el segundo es un **caballero** en todos lados.

La posición central de la ciudad, entre las tres provincias Cordillera, Moxos y Chiquitos, no puede ser más favorable a la prosperidad de su comercio futuro. Es de prever que en la medida que se civilice estas provincias, sus habitantes, estimulados por la necesidad de afrontar nuevas necesidades, se vuelvan más industriales y aprovechen sus propios productos. La misma Santa Cruz, utilizando estas ventajas y sus recursos naturales, podrá llegar a ser una de las comarcas más florecientes, sobre todo cuando por una parte la navegación del río Paraguay le facilita la llegada de surtidos extranjeros, mientras por otra, sus cursos de agua que afluyen al Amazonas darán salida a multitud de productos inútiles.

Santa Cruz recibe de Moxos y de Chiquitos toda la producción anual, como ser cacao, cera, diversos tejidos de algodón, vainilla, etc. Esta mercadería se vende en la región o se exporta a las ciudades del interior, donde tiene mucho valor.

¹ En las provincias de Santa Cruz y Moxos no hay tierras salinas y la carne es muy mala. Al parecer hace falta que los pastos tengan parte salobres para la alimentación de los herbívoros, porque las mulas traídas de la cordillera enflaquecen de inmediato si no se toma el cuidado de suministrarles sal para lamer de tiempo en tiempo.

DESCRIPCIÓN DE LA CIUDAD

Situada más o menos a 17° 24' de latitud sur y 4° 4' de longitud oeste de París, la ciudad de Santa Cruz de la Sierra se levanta en medio de una llanura espléndida, rodeada de bosques. Dista ciento veinte leguas de Cochabamba, ciento cuarenta de Chuquisaca, casi cien de las primeras misiones de Chiquitos y una distancia aun mayor de Moxos.

Al igual que todas las ciudades españolas del nuevo mundo, se divide en **cuadras** o manzanas igual entre sí; pero como no se mantuvo la alineación con escrupulosidad y los cuadrados no se edificaron por completo, se ha formado una ciudad muy extendida y de escasa regularidad. Con excepción de la casa del jefe de policía, las viviendas sólo tienen una planta baja; todas cuentan con galerías exteriores, destinadas a protegerlas de la lluvia, y las paredes son de tierra y carpintería. Están mal alineados y su altura varía mucho; el acceso a algunas se facilita con gradas. Así como en Corrientes, suelen estar cubiertas de troncos o de palmera carondai, aunque ya se empiezan a construir techos de tejas cocidas. A medida que se alejan de la plaza, se reducen a cabañitas cubiertas de paja o palmas. En el centro de la ciudad, las manzanas no se edificaron del todo, constando a menudo de viviendas esparcidas en el pasto, y la irregularidad aumenta en las afueras, donde ya no se observa orden alguno de construcción. Los solares, siempre más numerosos, se convierten en campos cultivados. En general se tomaría a Santa Cruz por una ciudad provisional y de cualquier modo se trata de la más campestre que haya conocido en América.

Las calles están bastante mal trazadas y carecen de pavimento; las cubre una arena movediza donde las piernas se hunden hasta la mitad, tanto cuando llueve como en época de sequía, a menos que se circunde por unos caminitos verdes, irregulares, que serpentean por el césped natural de los baldíos o cerca de las casas. En una de esas calles, el **Barrio de la Palma**, hay una palmera carondai que ya era grande cuando se construyó la ciudad en 1592, por lo que debe tener unos trescientos años.

La gran plaza, semejante a un prado natural, ostenta a un lado la catedral, edificio provisorio hecho de barro, que todos los días se pensaba sustituir por otro digno de su objeto,¹ y el Cabildo, donde vive el prefecto. Este Cabildo es una casa grande, provista de una galería de madera, edificada a dos metros sobre el nivel de la plaza. Enfrente se alza el colegio, que sirve también de seminario. Además de la catedral, hay dos iglesias: la **Misericordia** y la del convento de la **Merced**. Esta última es la más hermosa de la ciudad, pero ninguna puede competir en su construcción con las iglesias que poseen las misiones de Chiquitos y Moxos, que más tarde he de describir. En Santa Cruz no hay hospital.

Cada casa cuenta con una o dos puertas y otras tantas ventanas a la calle; casi siempre abiertas, éstas están provistas de una enrejado de madera y carecen de vidrios. A la siesta y de noche se cierran por la parte interior unos postigos provistos de mirillas. Casi todas las casas tienen una sala amueblada con grandes sillones o sofás de madera, a la moda del siglo XV, rara vez tapizados de cuero; a veces también se cuelga la hamaca en la sala. Es el lugar de las recepciones; la pieza donde se instalan las damas para platicar con sus visitas o por la ventana con los transeúntes, como si todos fueran miembros de una misma familia. En Santa Cruz no se conocen muebles rebuscados ni pinturas. En los interiores resalta la mayor sencillez; nada les ha llegado de las comodidades europeas y parecería estarse tres siglos atrás. Lejos de sentirme incómodo por el simple moblaje de las habitaciones cruceñas, casi me regocijaba encontrar esa sencillez, pensando en las transformaciones que sufrirán las virtudes hospitalarias de la población cuando conozca las mil y una necesidades que el lujo y la molicie introdujeron en nuestras ciudades. Entonces, con innumerables necesidades que ignoran hasta el presente, su existencia será menos fácil, sus gastos habrán de centuplicarse, las diferencias de fortuna se harán sentir y

¹ Supe más tarde que en 1841 se ocupaban en la construcción de un templo más adecuado.

acarrearán rivalidades tendientes a endurecer sus corazones e inspirarles el frío egoísmo que envenena nuestros centros civilizados. ¿Serán entonces más felices los cruceños? Lo dudo; quizás añoren esta sencillez que lo nivela y aumenta sus recursos en la medida de todas las necesidades que no tienen.

Como cabecera de departamento, Santa Cruz es residencia de un prefecto, gobernador civil y militar, un jefe de policía, un administrador de correos y un escribano público. Tiene un tribunal de justicia y un juez de letras o procurador del rey. La autoridad eclesiástica se compone del obispo, un vicario mayor y los canónigos de la diócesis. El colegio es religioso y laico a la vez. Los estudios no son muy elevados, por lo que se envía a los jóvenes a Chuquisaca para proseguirlos; allí ingresan en la Facultad de Derecho y vuelven a los pocos años con el título de doctor.

CAPÍTULO VII.

Partida a la provincia de Chiquitos.- Estada en las Misiones del Oeste y Centro de la provincia de Chiquitos.

§ 1

PARTIDA A LA PROVINCIA DE CHIQUITOS

HACIA un mes que me dedicaba a los preparativos de viaje. Calculaba permanecer un año y medio por lo menos entre los indígenas, de manera que se trataba de munirme de todo lo que pudiera serme necesario durante ese tiempo, ya que distante varios centenares de leguas de las ciudades, no podría contar con otro recurso. Por otra parte, el dinero, el mueble y el más fácil transporte, aún no tiene curso en las provincias de Chiquitos y Moxos, cosa que me imponía adquirir todos los objetos que lo reemplazaran en mis relaciones cotidianas con los indios. Obtuve al respecto informaciones positivas de parte de los viejos padres de las misiones y dediqué la suma de cuatro mil francos a la compra de toda clase de bagatelas aptas para ganarme, regalándolas, la benevolencia de los indios, o susceptibles de convertir en medios de cambio estimados por ellos. Estos objetos eran tijeras, cuchillos, hachas, gruesas agujas de coser, estampas, espejos, vidrios de colores, alhajas de pacotilla, cintas de los colores más vivos, pañuelos de algodón muy matizados, indiana roja, lana coloreada para bordar y, finalmente, tela negra y azul para los jefes. Me faltaba adquirir todo el material de aprovisionamiento destinado a mis investigaciones y a mi personal.

15 de junio

Es penoso para el viajero dejar el lugar donde tuvo una permanencia prolongada; en Santa Cruz se me había recibido con la hospitalidad cordial que generalmente caracteriza las localidades poco frecuentadas. Se tenían conmigo tantas bondades, se me había expresado tanto aprecio, que al despedirme de los numerosos amigos sentía una tristeza que sólo podía atenuar pensando en la vida nueva que haría con los indígenas y la esperanza de amplios descubrimientos. Sin embargo el presente es más fuerte que el futuro y me estaba faltando la firmeza mía para librarme de los intentos hechos para retenerme.

El 20 de mañana esperaba las mulas cargueras para ponerme en marcha; no llegaron y el contratiempo me obligó a diferir la partida hasta el día siguiente. En efecto, los muleteros recién aparecieron a las ocho de la mañana y los habitantes principales de la ciudad fueron a acompañarme a caballo. Quedé realmente impresionado por las muestras de afecto que en esta circunstancia me prodigaron. Prefecto, vicario mayor, curas, jueces, jefes militares, etc., me acompañaron en corporación hasta una media legua de la ciudad, donde me separé de ellos, confundido por su bondad y lleno de viva gratitud. Fueron los adioses últimos; recién entonces sentí que abandonaba esa ciudad acogedora, que por tantos motivos añoraba.

20 de junio

Al encontrarme solo con mi tropa, rodeado por los campos desiertos, tuve un momento de penoso aislamiento al que pronto sucedió la conciencia de mi posición y la obligación de reanudar mis observaciones geográficas. Me hallaba en la vasta llanura arenosa que circunda a Santa Cruz a una legua a la redonda, y se extiende a lo lejos. Soplaban uno de esos fuertes vientos del sur que en esas regiones producen tal descenso de temperatura que se siente intenso frío; luchando trabajosamente contra sus embates para no ser desmontado, llegué al atardecer, con los ojos llenos de arena, al caserío de **Itapaqué**, distante seis leguas de la ciudad. Hice alto cerca de un

pobre rancho indio, donde no quise pernoctar, porque se me hacía preferible el frío a la intemperie que los inconvenientes distintos que podrían esperarme bajo aquel techo.

En el vivac siempre se es madrugador; desde el alba, pues, estaba en pie y apuraba a mis arrieros. Mi tropa se componía de un alemán, don Mauricio Bach,¹ que me acompañaba como aficionado; dos jóvenes nombrados por el gobierno boliviano, don Manuel Paz y don Joaquín; un ayudante belga, dos sirvientes –uno intérprete de quichua y aymará y el otro viejo habitante de Moxos- y dos muleteros cruceños. Éramos nueve personas en total y teníamos siete mulas de carga. Esta escolta, bien armada de fusiles y lanzas, tenía un aire imponente y constituía una expedición en regla.

Me dirigí al estenoreste, a través de un bosque ralo, de dos leguas de longitud. Entré en un monte espeso, que ofrecía una variedad agradable de palmeras motacús, bocayá y marayahú, del otro lado del cual encontré un llano oblongo, rodeado de bosques, donde varias fincas forman el lugar de Urina (nombre de la hembra del ciervo guazutí). Allá, en un pastizal verde donde crecen algunas palmeras carondai² y junto a los rebaños de caballos y vacas pacen numerosos ciervos que se pueden confundir con animales domésticos. De esta llanura pasé a otra, algo menos extensa, donde se encuentran la capilla y establecimiento de Payla, último puesto habitado de la provincia de Santa Cruz de la Sierra. Iba pues a dejar los hombres para penetrar en el seno del **Monte Grande** que se extiende de las márgenes del río Grande al de San Miguel, sobre una superficie cuya travesía iba a insumirme no menos de seis días.

Crucé un bosque de una media legua de ancho, lleno de mirtáceas con frutos en el tronco, que en la región denominan **ibaporú**,³ y alcancé las orillas del río Grande que se trataba de vadear. Con una anchura aproximada de medio kilómetro y un lecho de arena movediza, su vado es casi siempre muy peligroso. Primero fué un guía a sondear el pasaje y cuando hubo determinado el punto vadeable puso pequeñas balizas que nos sirvieron de rumbo. Por exceso de precaución, se adelantó a mí, llevando de la rienda a uno de los animales del tiro. Para luchar con mayor ventaja contra una corriente muy rápida, en el agua que llega hasta el lomo de las caballerías, es preciso mantener la cabeza del caballo vuelta en dirección a la corriente, arriesgando ser arrastrado si toma de flanco al animal. Bach me seguía de cerca, pero se dejó dominar por las aguas y pronto lo vi desaparecer con su caballo. Al oírlo gritar, así lo antes que pude la mula que llevaba mis notas y mientras trataba de hacerla ganar la orilla, mandé un guía en auxilio de mi desdichado compañero de viaje a quien logró llevar a la ribera, no sin bastante trabajo. De primera intención puede suponerse que vadear un río poco profundo es cosa fácil, pero no es así; y cuando falta la costumbre sucede con excesiva frecuencia que la rapidez de la corriente maree y cause vértigos, de manera que se pierda la dirección querida, sin casi advertirlo, y se vea arrastrado como lo fuera Bach. No ocurrieron otros accidentes, pero se perdió toda la tarde en pasar la tropa y la carga. Luego se acampó junto al río para hacer noche.

1831
Río Grande

Nuestro campamento era muy salvaje. Estábamos en la arena, cerca de una espesura de un kilómetro de ancho, compuesta de grandes cañas con hojas en abanico. Habíamos observado en la arena muchas huellas de jaguares, y los pelos erizados de mi perro, así como su ladrido especial ya me tenían al tanto de la proximidad de tan incómodos vecinos. Se alineó la carga en la arena y cada uno se acomodó como pudo, no lejos de los grandes fuegos que había mandado encender. Tras una comida liviana se trató de descansar. La noche muy oscura, no podía ser más serena; el silencio imponente del desierto sólo se interrumpía con el rumor del agua y el ronco croar de algunos sapos que se repetía a intervalos, semejante al entrecuchar de dos piedras. Pronto mi perro se lanzó con fuerza en una dirección dada, previniéndonos que un jaguar

¹ Don Mauricio Bach es actualmente secretario del nuevo gobernador Oliden, a quien el gobierno boliviano, con posteridad a mi viaje, hizo concesión de unas tierras al borde del río Paraguay, comprendida la misión de Santo Corazón, con cargo de abrir la navegación con el río Paraguay.

² *Copernicia certifera*.

³ Especie que he mencionado en Corrientes.

andaba por ahí rondando sin osar acercarse. Por el crujido de las cañas colegíamos su proximidad y todo el mundo se puso en pie; por lo que me resolví a disparar unos tiros en la dirección de donde proviniera el ruido. La maniobra tuvo éxito; el jaguar se conformó con hacer resonar el eco de sus rugidos, durante buena parte de la noche, y ya empezábamos a recobrar la calma cuando una lluvia bastante abundante nos inundó hasta el amanecer.

En los viajes de esa clase el tiempo nunca constituye un obstáculo y a pesar de la lluvia se prepara la partida. Los arrieros perdieron mucho tiempo en buscar sus mulas que al acercarse el jaguar se habían dispersado por el campo y pronto se comprobó que una no acudía al llamado; a medio kilómetro de distancia, se la encontró estrangulada y cubierta de heridas. Había sido muerta por el jaguar, al que faltó tiempo para devorarla, tal vez intimidado por los tiros que le disparara.

Pronto dejé el cañaveral y alcancé un terreno más elevado, cubierto de grandes árboles que no estaban mezclados con palmeras sino ligados entre sí por una verdadera profusión de lianas. Muchos de esos árboles me impresionaron por la forma de su tronco, parecida a un huso. Estrechos en la base, se hinchan notablemente a dos o tres metros de altura y vuelven luego a estrecharse. Esta diferencia de diámetro alcanza a veces al doble de la dilatación,¹ de modo que los extraños troncos contrastan con los demás, quebrando la monotonía del conjunto. A unos ocho kilómetros, descubrí a mi derecha una depresión cubierta de agua; más lejos me vi ante otro pantano casi lleno de agua estancada y sin embargo poblado de árboles. En aquel lugar el camino era espantoso, hice dos leguas por ese pantano arcilloso donde los caballos se hundían hasta la cincha. Estuve a punto de quedarme diez veces y me cansaba horriblemente sacando el caballo y buscando en vano partes mejores. Demoré cuatro horas en franquear el mal paso, del que por fin salí con gran alivio. El terreno se elevó en parte y dos leguas más allá me encontré ante otra chacra inundada que era preciso atravesar. Este pantano, o, mejor dicho, este antiguo lecho de un río, tiene más o menos un kilómetro de anchura; desborda de árboles caídos y ramas amontonadas, y el agua llega al vientre de los caballos. Me atreví a entrar y llegué con gran esfuerzo al borde opuesto. Dos mulas de carga perdieron pie, mojando todos mis efectos. Por fin paré al anochecer a dos kilómetros de allí, cerca de un pantano semejante, donde encontré los restos de una parada, llamada **ramadilla**. Se trataba de una especie de corral hecho de ramas secas, donde se podía encerrar caballo y mulas que por falta de pasto tenían que quedarse sin alimento, después de la jornada fatigosa que habíamos hecho. En aquel sitio hubo una cabaña cubierta de palmas, pero sólo encontramos sus vestigios. La lluvia seguía y nuestra situación se volvía difícil. Como el suelo, inundado por todas partes, no permitía acostarse, me decidí a colgar mi hamaca de los árboles y tender por encima una soga sobre la cual puse un cuero seco de buey doblado en dos, a modo de techo, que me dio cierto abrigo, facilitándome un descanso bien ganado por el cansancio del día.

Había sufrido toda clase de dificultades para recorrer las montañas, entre los precipicios de que están sembradas, pero nunca habría creído encontrarlas en medio de los llanos. Con una anchura apenas suficiente para que pase un caballo, el camino es un mero sendero tortuoso que obliga sin cesar a desmontar para abrirse paso, cuando los árboles desarraigados por el viento detienen al viajero, obstruyendo su marcha. A cada paso aparece un nuevo obstáculo, porque hay que echarse sobre el caballo para pasar bajo las ramas entrecruzadas o saltar sobre los troncos de árboles; todo esto, sin contar los tembladerales y pantanos. Durante seis meses del año las comunicaciones están interrumpidas por completo, debido a la inundación, en tanto que en la estación seca hay tres días de marcha sin pasto para las caballerías y casi otro tanto sin agua para los viajeros.

Interrogué a mis guías acerca de los pantanos, en los cuales había reconocido lechos momentáneos de cursos de agua, en los árboles echados de un mismo lado. Tiempo después completé mis informaciones con las personas más conocedoras de la región, adquiriendo la

¹ Se trata, creo, de una especie de falso algodón, muy común en la parte oriental de la provincia de Chiquitos.

convicción de que esas charcas, llamadas curichis en la comarca, para diferenciarlas de los lugares en que el agua sigue un curso regular, tomando entonces el nombre de **arroyos** o **riachos**, son efectivamente lechos donde corre una masa considerable de agua, en circunstancias determinadas. Al principio pensé que podría tratarse del río Grande, cuyas aguas, mal encajonadas, desbordan el cauce ordinario en la estación lluviosa, a fin de franquearse un camino por el bosque, pero muchas personas me aseguraron que dichos cursos de agua provienen del río Parapetí que nace al este de Chuquisaca, baja a la llanura, atraviesa la provincia de Cordillera y se pierde por las arenas. Sucede también que cuando caen las grandes lluvias, demasiado fuertes para que el suelo las absorba, el agua atraviesa por distintos puntos la llanura arbolada, en busca del río Grande, dejando tanto en su sitio como en otros esos lechos o pantanos que en ancho cubren casi diez leguas de bosque y parecen extenderse de sursudoeste a nordeste sobre dos o tres grados de extensión, atravesando el Monte Grande, bosque dilatado que en aquellas tierras horizontales reemplaza a las montañas que tantos geógrafos ubicaran sistemáticamente para separar la vertiente del Plata de la del Amazonas.

Al dejar Ramadilla crucé el pantano vecino, más profundo que el de la víspera pero mucho menos ancho. Dos mulas de carga perdieron pie y por negligencia de arrieros y servidores permanecieron casi cinco minutos bajo el agua. Con los mismos accidentes
25 de junio que la víspera estaba a punto de perder parte de mis efectos y las mercaderías que llevaba para mis trueques y como el sendero angosto trazado en la floresta no permitía detenerse hasta que se llegara al paradero común de la jornada, fué necesario tener paciencia hasta la tarde.

Las tierras se elevaron poco a poco del otro lado del pantano. Siempre tan espeso, el bosque mostraba de trecho en trecho troncos fusiformes y cactus cuya altura se acercaba a la de los árboles de gran talla. Hacia el mediodía encontré con agrado un lindo espécimen de palmerita de hoja en abanico, que mis guías llamaban **saho**.¹ Con su altura de pocos metros, formaba pequeños conjuntos en medio de otros árboles; unos dos kilómetros más allá desapareció y sólo la volví a encontrar tres jornadas más adelante, siempre en el bosque. Paré temprano en el alto de **Calavera** donde mandé encender grandes fogatas para poner a secar el contenido de los baúles sumergidos. Esta precaución necesaria salvó casi todas las cosas y apenas tuve que lamentar el deterioro de algunos libros.

Como tampoco esté alto ofrecía alimento a nuestras cabalgaduras, cansados de su abstinencia forzada los animales se desataron durante la noche y al día siguiente se perdieron tres o cuatro horas en buscarlos, lo que nos hizo partir muy tarde y recorrer no más de cuatro a cinco leguas en la jornada. El bosque extremadamente espeso sólo mostraba cactus arborescentes y troncos en forma de huso. El terreno se volvió algo desigual y dejó ver unas piedras aisladas en la superficie. Ya me empezaba a cansar la monotonía del bosque. No se oía otro ruido que el susurro del viento entre las hojas o el frotamiento de una rama con otra, produciendo sonidos tristes, melancólicos, semejantes a gemidos quejumbrosos. Me impresionaba el reposo absoluto de esas vastas soledades en que el viajero, perdido bajo una bóveda natural de vegetación, ya nada vea cincuenta pasos y avanza sin cesar sin divisar casi el cielo. No hay pájaro que alegre los aires con su canto, ni un ser viviente se muestra a vuestro alrededor y se diría que lejos de los lugares habitado por el hombre la naturaleza es fría e inanimada por doquier. La escasa variedad de la vegetación reducida a pocas especies de árboles me parecía quizás más fastidiosa que la inmensidad de los mares, en mis largas singlaturas. Ya en otra parte había observado que los bosques muy extensos, cuando no presentan claros, sólo contienen por lo general un número muy pequeño de especies vegetales y alimentan pocos animales. Para que un bosque sea animado deber cortarse con frecuentes llanos, cursos de agua o fuertes irregularidades del suelo.

Menos tupido era el lugar en que habíamos parado; había un poco de pasto bajo los árboles y nuestros animales se encontraron a gusto; pero la carencia total de agua nos hizo sufrir

¹ *Trithrinax brasiliensis*, Martius.

mucha sed, por lo cual al día siguiente lo dejamos sin pensar, tratando de satisfacer nuestra necesidad más apremiante. Encontré agua unas leguas más allá, en un sitio donde mi perro me anunciaba a esos animales tan comunes en esta región de América, pero un incidente vino a hacerme cambiar de actitud. Uno de mis ayudantes había quedado rezagado y nosotros nos adelantábamos cuando le oí proferir gritos extraños. En seguida acudí al

27 de junio

galope, encontrándolo pálido de miedo, pese a tratarse de un hombre valiente, y a poca distancia alcancé a ver un jaguar que se alejaba por el bosque. El guía dejado el fusil sobre el caballo que atara a un árbol y se alejó unos diez pasos, cuando un jaguar que seguramente nos espiaba, se le acercó despacio, mirándolo como un gato que acecha al ratón. Mi ayudante no vio a la fiera hasta que ésta se disponía a acometerlo; entonces lanzó el grito de terror que habíamos oído; este grito sorprendió al jaguar, permitiéndonos llegar antes del ataque.

Como los caballos y las mulas se habían repuesto a la noche, hice una docena de leguas por el bosque, dejando atrás los altos de la **Sienega**, **Sumuqué** y la **Cola**. En el último encontramos muchos rastros frescos de jaguar, los que no nos impidieron llegar, después de atravesar un llano circular cubierto de agua, hasta el alto del **Potrero Largo**, donde se encuentra otro gran llano alargado, inundado en parte y cubierto de un pasto tan alto como un hombre a caballo. Avancé hasta sus bordes y experimenté una alegría inexpressable al descubrir por fin el horizonte y sobre este horizonte, al norte, varios grupos de las colinas de Chiquitos. Era ver tierra después de una larga navegación, el término de mis esfuerzos y sobre todo el fin del desierto sombreado. Contemplé largo rato aquel espectáculo que me resultaba tan grato y sólo atinaba a comparar el efecto que me producía con el que ejercen los primeros rayos de una luz intensa, después de unas tinieblas muy profundas.

Al día siguiente, seguí por el bosque los bordes del Potrero Largo, por espacio de una legua y media, y volví a hundirme en la sombra impenetrable, hasta el **Potrero de Upayares**¹

28 de junio

donde hice alto para pernoctar, después de cruzarlo, a seis leguas de la última parada. El monte había cambiado de aspecto; la proximidad de plantas modificaba notablemente la vegetación; los árboles variaban al infinito y con gusto volví a ver las palmeras motacús, sahos y sumuqués, festoneado el paisaje con el encanto de su follaje elegantes. Nunca había visto sumuqués tan altas. Sus troncos esbeltos y delgados atravesaban la espesura y los verdes manojos que los coronan se desplegaban a treinta metros por encima de los árboles. El Potrero de Upayares, llano redondeado de una legua de diámetro aproximadamente, se inunda durante cierta parte del año y lo cubre un pasto tan alto que apenas deja sobresalir a un caballo.

La noche siguiente fué muy serena. La naturaleza parecía sumida en un reposo absoluto. No dormía, distraído con el agradable pensamiento de haber alcanzado el fin de mi viaje y de que pronto empezaría mi papel de observador ente los indígenas. En medio de mis ensueños creí oír una voz humana en el bosque cercano. Escucho. No me engaño... gritan. Entonces me levanto y despierto a uno de mis hombres, quien oye distintamente, igual que yo, una voz que parece llamar a intervalos. Estaba a punto de internarme en la arboleda cuando, despierto por nuestro diálogo, un muletero se empezó a reír, diciéndonos que se trataba de un pájaro nocturno² cuyos gritos se parecen mucho a los de un hombre extraviado, que llamara para encontrar su camino. Desde entonces escuché con frecuencia ese canto engañoso que según se dice habría perdido a más de un viajero, haciéndole buscar la persona extraviada o extraviándolo aún más, cuando ya lo estaba. Este pájaro nocturno impide que los indígenas puedan recurrir a los gritos para localizarse en el bosque y les hizo adoptar la costumbre de emplear pitos al efecto.

¹ Upayares es, en chiquito, el nombre de ñandú (avestruz americano).

² Reconocí más tarde el pájaro, como una especie de tragavientos o *Caprimulgus*.

Abandonando el Potrero de Upayares, volví a penetrar en el monte, donde anduve cinco leguas, hasta el **Curichi** (pantano) **de Quita Calzón**, tan profundo que el agua llegaba hasta la mitad del vientre de mi caballo. Más adelante entré al **Potrero de la Cruz**, donde se me ofreció el contraste más espléndido. La campiña era muy variada. Los lugares arenosos tenían palmeras totai¹ de copa redonda; las presiones húmedas estaban cubiertas de palmeras carondaí, de follaje

29 de junio

en abanico; alrededor del llano se observaba un borde de palmeras motacús color verde oscuro, coronadas a intervalos por penachos más altos de palmera sumuqué; todo limitado por el bosque, poblado por Grandes árboles del follaje más diversificado. Admiraba el efecto imponente y pintoresco de la distribución de aquellas grandes especies vegetales sobre la fresca verdura del pasto y mi vista descansaba con agrado a lo lejos, en las colinas arboladas de Chiquitos. Creo que el hombre más estólido se habría impresionado por la magnificencia del cuadro que se desplegaba ante mis ojos durante la jornada, mientras recorría una serie de pequeños llanos, teniendo a mi derecha las arboledas que bordean el San Miguel. Al caer la tarde hice alto a un cuarto de legua del río, pensando que al día siguiente encontraría por fin las primeras caras humanas. Con la variedad de los lugares y vegetación había vuelto a animarse el campo; por todas partes se veían los pájaros a millares, devolviendo el buen humor a mi tropa cansada de la soledad y monotonía del bosque, tanto como de las privaciones que habíamos soportado. El trozo de tasajo echado es noche sobre las brasas nos pareció a todos mejor que el de la víspera.

Al despuntar el día 30 me hallaba en los bosques que bordean el río San Miguel, donde maté un ejemplar magnífico de ardilla. Llegué al río, que no se podía vadear por hallarse muy crecido; hice disparos de fusil para llamar la atención de los ocupantes de la finca San Julián, que debía estar cercana, y en efecto pronto aparecieron los indios y me cruzaron en canoa a la otra orilla. En ese punto el río tendrá a lo sumo cincuenta metros de ancho pero corre muy encajonado y profundo. No hay duda que ofrece bastante agua para navegarlo con facilidad en barco a vapor; sería, pues practicable la navegación desde el Amazonas hasta allí y entonces el comercio podría beneficiarse con los productos naturales e industria de toda la provincia de Chiquitos.

30 de junio

Mientras esperaba la llegada de la carga quise fumar y encendí un cigarro con los rayos solares, mediante una lupa. Los indios lo observaron con tanta sorpresa tanta sorpresa que me hicieron repetir muchas veces la experiencia: desde ese momento tuvieron conmigo una consideración especial que por lo demás me acompañó por todas las misiones, valiéndome ser visto como un personaje extraordinario.

A menos de un kilómetro de distancia encontré el establecimiento San Julián; es una estancia dependiente de la misión San Javier. Se me instaló en una pieza destinada a los viajeros, donde en seguida recibí la visita de todas las mujeres indígenas, vestidas con su **tipoi**, especie de camisa larga de algodón sin mangas, adornada arriba y abajo con bordados de lana de color y larga hasta el suelo. Estos tipos no se atan en el talle, de manera que flotan sin amoldarse al cuerpo. Las mujeres llevaban el pelo arreglado en una trenza caída hacia atrás; su cuello y sus brazos estaban cargados con varios kilogramos de cuentas de vidrio colorado. Cada una me llevó un regalo consistente en pollos, queso, miel, etc., esperando que por mi parte se lo retribuyera con algunas bagatelas.

1831
Chiquitos

Al entrar en el cuarto para huéspedes sentí un olor fuerte a almizcle que me hizo casi añorar los vivacs de las noches anteriores; producían el olor miles de murciélagos que pululan por todas partes, sin conformarse con el campo, y llenaban las habitaciones impidiéndome descansar un solo instante por temor a sufrir sus mordeduras. Los vampiros o filóstomos abundan de tal modo en esos parajes que producen daños de gravedad a los caballos y hasta a las personas. Se aproximan de noche sin despertar a la víctima, le hincan en la piel sus dientes finos como agujas y succionan su sangre. Hacen todo esto con tal suavidad que recién se advierte al día siguiente.

¹ *Acrocoma totai*, Martius.

Rara vez los vampiros se introducen en las casas, pero al aire libre hay que cubrirse por completo para librarse de ellos; así es cómo los indios tienen la costumbre de protegerse la cabeza, lo que no impide a los murciélagos picarles la piernas. Me lastimaron a menudo pero solamente en los pies. La mordedura no tiene importancia por sí misma pero produce llagas y atroces dolores, parecidos a los que causan las sanguijuelas. Los vampiros pican con frecuencia a perros y caballos; los últimos aparecen casi todas las mañanas con el cuello ensangrentado y esas heridas leves, renovadas sin cesar, les hacen enflaquecer y dilatan mucho. Hasta existen regiones, por ejemplo la provincia de Apolobamba, en que estos voraces animales no los dejan vivir. Dos de mis compañeros de viajes se quejaban a la mañana siguiente a nuestro arribo, de esta plaga que los había mordido en la cara.

En los alrededores de San Julián el campo es muy accidentado. Hay muchas rocas de gneis, emergiendo del suelo, que contrastan con el césped verde y los numerosos grupos de árboles dispersos por las colinas bajas. Las higueras de hojas enteras crecen por lo general en la grietas de las rocas, y sus raíces, al entrecruzarse en todos los sentidos, parecían quererlas esconder. A veces esos árboles parecen salir de la misma roca y ofrecen un aspecto muy pintoresco.

Todavía me separaban catorce leguas de la misión de San Javier. Al salir de la estancia franqueé un bosque de palmeras carondaí de una legua de extensión, que tienen la particularidad de crecer solas, sin mezcla de otros árboles. Allí pude ver por primera vez los hermosos guacamayos llamados **maticos** por los naturales. Animaban el contorno numerosas bandadas de distintas especies y legiones de loros. Gané una pequeña colina arbolada que me condujo hasta el río **Quisere**, afluente del San Miguel, y después de haberlo cruzado subí a otra colina en la que tuve que detenerme. En el alto del Rosario, el campo ofrecía vistas encantadoras, en todas direcciones, y agradable contrastes de vegetación: palmeras carondaí en los llanos inundados; laderas matizadas de palmeras totai, en las partes no arboladas; palmeras motacús, marayahus y bambúes de tallos lanceolados, en las hondonadas. Tras la monotonía de Monte Grande, no podía cansarme de contemplar esos campos en que todos los elementos serían preciosos recursos para el agricultor, pero donde la naturaleza virgen aún despliega tesoros hasta ahora desaprovechados. La noche anterior los vampiros habían turbado nuestro sueño; en ésta los jaguares se encargaron de terneros en pie, para echarlos a tiros de fusil: así es cómo el animal terrible y el insignificante obtenía el mismo resultado. Gracias a nuestra vigilancia no perdimos ninguna cabalgadura.

Estadía en las Misiones del Oeste de la Provincia de Chiquitos

§ 2

MISION DE SAN JAVIER

Al amanecer tomé la delantera y después de haber recorrido nueve leguas de las colinas más bonitas, por una campiña encantadora en sus detalles, por la vegetación y masa de gneis, llegué por fin a la misión, situada en la cima de una colina. El administrador me recibió como a un gran personaje; se me dio el mejor alojamiento y el cura mandó preguntar si quería oír la misa que

1831
San Javier
(Chiquitos)
2 de julio

me dedicaba. Después de la ceremonia recibí la visita y cumplidos de todos los jefes indígenas, quienes, tras haberme dado un **abrazo**, me congrataron y ofrecieron sus servicios. Escuché las arengas en su propio idioma y luego su traducción al castellano, por el intérprete. Respondíles en la misma forma y luego pude empezar a instalarme en mi nuevo alojamiento, que me pareció un verdadero palacio. Se trataba de una sal enorme amueblada con una cama de madera y sillones del mismo material, cubiertos de cuero curtido.

Permanecí en San Javier cuatro días dedicados a recorrer los alrededores con el objeto de recoger muestras de historia natural y tomar nota acerca de la misión. Villa grande y hermosa, con un emplazamiento agradable en la cima de las colinas arboladas más altas, y muy bien distribuidas San Javier posee una hermosa iglesia que no habría sido desdeñada en muchas ciudades nuestras. Esta iglesia, bastante espaciosa para contener de cuatro a cinco mil personas, presenta por fuera un frontón sostenido por grandes columnas de madera y por dentro dos hileras de las mismas columnas. Cubierta de esculturas ornamentales, al estilo de la Edad Media, sus muros resplandecen por estar revestidos de láminas de **mica**. El altar mayor es muy hermoso y los días de fiesta el órgano acompaña los cantos. Cerca de la iglesia se alza el **collegio** o casa de gobierno, distribuido en torno a cuatro grandes, las habitaciones destinadas a los viajeros y numerosos talleres. Cuarenta telares funcionan sin interrupción y vi también curtidos, zapateros, carpinteros, torneros y herreros. Observé además instalaciones para la refinación y blanqueo de la cera de abejas silvestres y para la elaboración de azúcar. Estos talleres suministran productos expedidos todos los años a Santa Cruz por cuenta del Estado, único propietario aquí. Las casas de los indígenas forman manzanas alargadas, dispuestas en calles longitudinales y transversales. Alrededor de una gran plaza, uno de cuyos lados cierra la iglesia. Esta plaza, ornada con una cruz de madera, posee en sus cuatro ángulos capillas afectadas al ceremonial de las procesiones. La misión se fundó en 1691.¹

El 5 de julio –un domingo– concurrí a la iglesia con el administrador. Se cantó una gran misa con música italiana y tuve la verdadera sorpresa de encontrar entre los indios esta música preferible a toda la que había escuchado aun en las ciudades más ricas de Bolivia. El director del coro por un lado conducía el canto; el de orquestas, por el otro, ejecutaba diversos fragmentos con admirable armonía. Cada cantor, cada corista con el papel de la música ante sí, desempañaba su parte con gusto, acompañado por el órgano y numerosos violines fabricados por los indígenas. Escuchaba esa música con placer debido en parte a que en todo el resto de América no había podido oír otra mejor. Era un resto del esplendor introducido en las misiones por los jesuitas, cuyos trabajos tuve necesariamente que admirar, pensando que antes de su llegada los chiquitos,

¹ Relación histórica de las misiones de Chiquitos, p. 63.

todavía en estado salvaje, se hallaban dispersos por los bosques. En la iglesia los hombres se ubican a un lado, las mujeres al otro y los niños aparte en el mayor recogimiento.

Una manera fácil de apreciar el conjunto de una población es instalarse a la salida de la iglesia; la empleé, impresionándome la estatura elevada de los indios: fuertes, robustos, de rostro interesado, sin ser bello; su nariz es corta, un poco ancha; sus ojos, horizontales, y el mentón era vez muestra vestigios de barba. Llevan la ropa de los campesinos de Santa Cruz; tienen un calzón de algodón, camisa y la cabeza descubierta, con los cabellos que caen sobre los hombros. Las mujeres, bastante poco agraciadas sin ser feas, usan el tipoi y la cabellera suelta. Advertí que los jóvenes de ambos sexos tenían el pelo muy corto. Interrogué al respecto al cura y el administrador, quienes me explicaron que se trataba de una antigua costumbre instaurada por los jesuitas y mantenida hasta el presente. Con el propósito de estimular el aumento de la población los jesuitas a las mujeres y hombres dejarse el pelo largo antes de haber tenido hijos. Las parejas que por esto se diferencian de los demás matrimonios y reciben el mote de **pelados y peladas**, sufren la contrariedad imaginable y realizan esfuerzos para merecer el derecho a usar una cabellera larga. Se casan las niñas de diez a doce años y los varones, de trece a quince; en la misión los hombres no pueden permanecer solteros o viudos y lo mismo se aplica a las mujeres jóvenes. En 1825 la población de San Javier ascendía a más de dos mil habitantes. Diezmada por una epidemia de viruela boba, estaba reducida a la mitad. Todos pertenecen a la nación de los chiquitos.

Esta merma impresionante de la población, debida a la viruela boba, parece extraordinaria a primera vista y todos tratan de averiguar el motivo. También me sorprendió igualmente y pregunté sus causas verdaderas al cura y al administrador. Supe que la enfermedad había resultado devastadora por falta de precauciones. En tiempos de los jesuitas se ejercía una vigilancia severa sobre todo lo concerniente a la salud de los indígenas y los padres les administraban medicamentos. Actualmente el indio enfermo es abandonado a sus propios recursos. Nadie lo atiende ni piensa en cuidarlo... De ahí resulta una mortalidad mucho mayor y antes y la población, lejos de aumentar, disminuye en forma sensible. Durante la epidemia de viruela boba el indígena afectado de fiebre ardiente consideraba natural saciar la sed y refrescarse, bañándose en las aguas más frías de los arroyos; lo cual producía una agravación y la muerte casi segura del enfermo. Así fue como la mitad de los habitantes de San Javier pereció en 1825, en tanto que una medida preventiva, al impedirles alejarse de sus casas, habría conjurado este resultado desastroso.¹ Esperemos que en el futuro los intereses de la humanidad ocupen un lugar junto a los intereses personales y que esos hombres aun carentes de experiencia sean orientados por aquellos cuya posición inviste de poder ilimitado sobre estos novicios de la civilización y la vida social.

Durante mi permanencia en la misión fui a visitar el valle vecino donde, en el arroyo San Pedro, se habían encontrado vestigios de oro. Hice cavar y lavar, recogiendo en efecto varias pajuelas que denunciaban la presencia del metal precioso. Dudo, sin embargo, que su explotación ofrezca jamás grandes ventajas, porque los aluviones no me parecían bastante ricos. Sería bueno, empero, hacer nuevos cateos, sobre todo en los lugares más irregulares.

La provincia de Chiquitos era muy extensa y debía quedarme poco tiempo en cada misión si quería recorrerlas todas. Me dediqué, pues, a preparar mi partida; tuve una gran dificultad: después de las guerras de la independencia, la provincia había quedado desprovista de caballos. Como no encontraba animales para el acarreo de mis baúles, el administrador me propuso hacerlos llevar por hombres. Al principio rehusé, pero luego tuve que consentir so pena de no poder proseguir mi viaje. El bagaje de mi tropa se componía de doce baúles; se destinaron cuarenta y ocho indígenas para transportarlos: cuatro por bulto. Doce cocineros se despacharon con anticipación para preparar comida en las paradas del camino y además se me proporcionaron dos intérpretes para que me entendiera con los chiquitanos y aprendiera los nombres de los lugares que deseara designar con exactitud en mis itinerarios.

¹ Hablando de la raza americana se dijo a menudo que la varicela le causaba más estragos que la blanca. El fenómeno se explica con lo que acabó de expresar.

MISIÓN DE CONCEPCIÓN

La misión de Concepción, en la que estuve tres días aunque volví con posterioridad, está situada en medio de una meseta redondeada, de cinco leguas de diámetro, cuyas pendientes son más pronunciadas al nordeste y sudoeste. Con sólo verla pude reconocer su superioridad sobre

San Javier. La población es mucho más numerosa (alrededor de tres mil almas) y los edificios mejores. La iglesia se distingue en especial por las pinturas góticas que exornan el interior. El domingo después de la misa,

en que los indios interpretaron una música bastante apreciable, todas las indias resolvieron visitarme; al principio llegaron veinte o treinta, me dieron la bienvenida a su país y luego fueron a sentarse junto a las paredes de la sala. Su número crecía a cada momento y oía que algunas me interpelaban, diciendo: ¡Por Cristo, señor! Inquirí el significado de esta frase y el administrador me dijo que esperaban mis regalos para irse y que no se irían antes de haberlos recibido. Les hice repartir cuentas de vidrio y agujas. Se levantaron, pero su número aumentaban en razón de mi generosidad; al advertir que no daría abasto, me retiré para sustraerme a su importunidad.

Había oído hablar del **Guatorch**,¹ antiguo juego nacional que se conservaba en la provincia. Es un juego de pelota que se practica con la cabeza, sin intervención de las manos, al que todos los indios se dedican los días de fiesta. Como expresara el deseo de presenciar su práctica, el cura tuco a bien preparar una función en grande. También más tarde tuve ocasión de asistir a esta diversión, en las misiones del centro de la provincia. A las tres, una

música salvaje me anunció la llegada de los jugadores. Se trataba de un bando, compuesto de veinticinco a treinta indígenas que llevaban en triunfo un gran paquete de marlos de maíz, destinado a marcar el lado ganador. Varios músicos acompañaban a estos indios: unos, golpeando tambores; otros, sacudiendo una calabaza llena de piedrecitas; otros tocando pitos o largos bambúes, como flautas, con dos perforaciones hechas al extremo, que obligaban al músico a estirar el brazo a fin de extraerles sonidos. Todos bailaron alrededor del paquete de marlos, haciendo las contorsiones y adoptando las actitudes más extravagantes. El equipo contrario llegó pronto, con una música análoga y tomando asimismo actitudes grotescas. Ambos bandos se burlaron uno del otro durante un rato, paseando en torno al gran patio del colegio. Procedieron a designar el jugador encargado de lanzar la pelota por cada equipo; los jueces trazaron dos líneas que deberían servir de límite a los jugadores, quienes se ubicaron a cada lado, de manera que sus cabezas estuvieran en las condiciones más favorables para recibir la pelota. Al frente había una fila en cuclillas, para recibir los tiros rasantes, los demás se alinearon atrás, de acuerdo a su estatura. La música y tambores de ambos bandos pregonaron el comienzo del encuentro. El indio elegido para tirar la pelota a su grupo, bailó largamente, girando al compás de la música; mientras saltaba, tiró la pelota al suelo y al rebotar le dio un golpe con la frente, lanzándola a su equipo, que también con la cabeza la dirigió al bando enemigo, que debía devolverla, prosiguiendo así el juego hasta alguno marró. Entonces el equipo contrario recibió un marlo en señal de ventaja y se burló de sus adversarios. El bando que, después de luchar con encarnizamiento durante todo el día, obtuvo mayor número de marlos, fue declarado ganador; había adquirido el derecho exclusivo de beber chicha preparada, poniendo los gastos en común, y de burlarse impunemente de los vencidos.

Me divertí mucho este raro juego, en el cual todas las miradas y las cabezas están en movimiento; en que la pelota se lanza como una bala por una cabeza y es recibida por otra; en que esa pelota aunque esté casi en el suelo se levanta hábilmente con la cabeza, cosa que varias veces creí irrealizable sin lastimarse contra el piso. Me recordaba el juego que practican los patagones, no con la cabeza sino con el pecho. En estos ejercicios de gimnasia trascendente, el

¹ *Guatoroch* es, en chiquito, el nombre del árbol que produce caucho y el del mismo caucho, con que se hace la pelota.

hombre parece gozar en multiplicar las dificultades, como si quisiera aumentar su gloria superándolas.

Después de haber recorrido la misión, quise escuchar las oraciones vespertinas de los indios, oportunidad en que hombres, mujeres y niños entonan un coro, con afinación realmente notable. Siempre tuve en las misiones el máximo interés por estos cantos, cuya armonía tanto contraste con el estado aun semisalvaje de los virtuosos que los ejecutan.

Distante cuarenta y siete leguas de San Miguel y diez y ocho de San Javier, Concepción quizás sea de todas las misiones la que haya costado mayor trabajo establecer a los jesuitas. La fundaron en 1707. El administrador me había asegurado que allí se hablaban ocho lenguas distintas; quise tener la confirmación de este aserto, formando vocabularios con los distintos idiomas y pude llegar a la convicción, mediante una comparación minuciosa, de que en realidad no había más que tres, comprendiendo sus dialectos, que corresponden a las siguientes naciones:

1º **Quitemocas**, con su tribu de **napecas**, los más numerosos de la misión; dulces, buenos y de los más robustos, pero en general muy feos. En su origen vivían cerca de las orillas del río Blanco; llevados a Chiquitos uno y a Moxos los demás, se los llama **Chapacuras**.¹ El idioma de estos indios es bastante duro; les gusta la vida salvaje, que con frecuencia vuelven a buscar al fondo de los bosques.

2º **Paiconecas**, con su tribu de **paunacas**, restos de una nación distinta, traída por los jesuitas de las selvas situadas al norte de la misión. Son los más taciturnos de todos los indígenas de la provincia.

3º **Chiquitos**, compuesta por las tribus **cuciquia**, **yurucaritia** y **mococas**; las dos primeras tienen un lenguaje muy alterado, mezcla de palabras que sin duda provienen de idiomas diferentes.

Sea como fuera, había una dificultad más que vencer en Concepción, donde se trataba de reunir tres naciones distintas, que formaban ocho secciones en cierto modo enemigas y dispersas en los bosques. Tuve que admirar el trabajo y perseverancia que necesitaron aquellos tan calumniados para llegar a formar un todo homogéneo con elementos tan disímiles. Para obtener la desaparición gradual de los diferentes dialectos, los jesuitas se tomaban el cuidado de mezclar a los indios que los hablaban con la nación dominante de los chiquitos, exigiendo que las oraciones y todas las relaciones entre ellos se efectuaran en este idioma. Se produjeron muchas alteraciones en las otras lenguas, y si actualmente esas naciones todavía emplean sus dialectos en el seno de las familias, ya empiezan olvidarlos, como sucedió con otros. Antes de medio siglo no existía sino una lengua en esta misión y el propósito de los jesuitas vendrá a realizarse más de un siglo después de su expulsión.²

Por sus productos Concepción es una de las misiones más ricas. Produce un algodón magnífico, un índigo superior y los bosques vecinos rinden mucha cera y vainilla; pero la dureza del administrador actual molesta a los indígenas que, para sustraerse a sus exigencias escapan al bosque donde se vuelven salvajes. Así es cómo un quinto de la población ha recobrado sus costumbres primitivas, junto a las fuentes del río Blanco, donde el suelo generoso les ofrece alimento abundante, casi sin esfuerzo. Al no tener necesidades, los indios son más felices que en la misión, donde aparte de los trabajos del gobierno deben efectuar los correspondientes al cura y al administrador, que no se los escatiman para nada.

¹ Ver en *El Hombre Americano* lo que dije acerca de esta nación y las siguientes. (pág. 310 de la edición Futuro).

² Humboldt, *Relación Histórica*, t. VIII, p. 65, aprueba este sistema introducido por los jesuitas.

Supe que a dos leguas de allí crecía una palmera de especie rara por su hermosura y marché a encontrarla en todo su esplendor en el fondo de una hondonada; era la **palma real**.¹ Su tronco esbelto, muy recto, termina a quince o veinte metros de altura por un manojo de hojas en abanico, de cinco metros de largo e igual anchura. No puedo expresar el placer que me producían estos vegetales tan notables de los países cálidos. Aquí eran unisexuales: uno sostenían racimos de cocos, adornados de escamas pulidas, y los otros largos pedúnculos de flores masculinas.

El 12 de julio partí de Concepción a San Miguel en compañía de cuarenta indios cargados con mis baúles y quince cocineros que llevaban los víveres. Había que franquear un territorio deshabitado de unas cuarenta y siete leguas, en dirección este-sudeste. Hasta la primera parada recorrí tres leguas de llanos poblados de árboles aislados. En seguida penetré en la floresta, donde anduve cinco leguas más. El suelo era muy irregular, cortado por arroyitos que llevan sus aguas hacia el norte. Los atravesé sobre puentes de ramas, cubiertas de tierra. Con frecuencia encontraba grandes formaciones rocosas de gneis, cuyas paredes desnudas contrastaban con la vegetación del bosque. Era la estación que en aquellos parajes equivale a nuestro invierno. Los árboles tenían hojas, pero de color verde triste; muchos vegetales estaban desnudos trasuntando ese momento de reposo que en la naturaleza preludia la primavera. Coloquintidas, vainas y arvejillas pendían por todas partes en guirnaldas, pero nada verde cubría el suelo, porque estaban secas todas las plantas que las suelen tapizar.

Acampado con mis indígenas cerca de la salida del bosque, la oscuridad, los fuegos dispersos y rodeados por las hamacas blancas de los indios y el silencio imponente de la soledad, conferían al vivac una soledad cautivante. En sus viajes los chiquitos jamás hacen alto en el llano; pasan la noche en los bosques plantando postes o aprovechando los árboles existentes, cuelgan sus hamacas en círculo de cinco a seis cada uno y prenden en medio de cada grupo una fogata que mantienen toda la noche calentarse, porque no acostumbran taparse. Al caer el sol, en cuanto acaban, se acuestan y duermen. Por lo común, se despiertan un poco antes del alba, hablan entre sí de sus padres muertos y se lamentan hasta que llega el día. Entonces se levantan y preparan su almuerzo, pero no parten hasta que el sol haya evaporado la mayor parte del rocío nocturno. Un chiquito nunca viaja solo ni de noche; el fuego del sol más ardiente le es indiferente, no piensa siquiera en protegerse la cabeza, que lleva siempre descubierta, pero se sentiría perdido si tuviera que dar un paso en la oscuridad.

Al dejar el bosque atravesé sucesivamente cuatro leguas de pequeños llanos redondeados, circunscriptos por bosques poco espesos, hasta el alto denominado **Ramada de Tejas**, debido a que en efecto su cabaña está techada con tejas. Entré en otro bosque menos accidentado que el de la víspera, pero de aspecto idéntico, y tras otras leguas paré en la Ramada de Medio Monte, donde tuve tiempo para cazar y recoger muchas plantas, antes que anoheciera.

13 de julio

De la **Ramada de Medio Monte** me dirigí a **Guarayito**, a ocho leguas de distancia y cuatro del riacho **Sapococh**² que después de haber recibido los arroyos que ya había cruzado la antevíspera, se dirige al sudoeste hacia el río San Miguel. En tiempo de las crecientes sus aguas son profundas y corren con mucha violencia; aquellos días estaban bajas y me permitieron vadearlo, medio que consideré más prudente que recurrir a un gran puente de ramaje, en bastante mal estado, en el cual temía hundirme. Durante toda la jornada había pasado un suelo muy curioso, desde el punto de vista geológico. De trecho en trecho observé superficies sólo cubiertas de plantitas gramíneas. Buscaba el motivo, cuando la desnudez de numerosos puntos me permitió reconocer que esas planicies, siempre circunscriptas, son meras superficies horizontales compuestas por capas de gneis compacto, sobre las cuales no hay tierra vegetal suficiente para que los árboles se desarrollen.

14 de julio

¹ Es la *Mauritia vinífera*.

² *Sapococh* es el nombre indígena de todos los riachos o arroyos.

Son también sitios en que el agua se estanca por falta de desagüe. Estas plataformas tan frecuentes me interesaban asimismo por construir una prueba de la poca dislocación sufrida por superficies que solían alcanzar hasta dos kilómetros de diámetro. Su primer aspecto me había hecho creer que carecían de grietas, pero luego advertí que la plataforma cubierta de gramínea era atravesada a veces por una hilera de árboles. En aquellos lugares, donde el hombre aun no impuso modificaciones a la naturaleza, no podía creer que alguien se hubiera puesto a alinear los árboles de tal modo. Examinando atentamente la formación, noté que las hileras correspondían a anchas hendiduras de la masa de gneis que se habían rellanado de tierra en cantidad suficiente para que los árboles pudieran desarrollarse.

Al nordeste del Sapococh y hasta el Guarayito advertí, por encima del bosque, grandes mamelones de gneis compacto,¹ y me acosté al pie de uno, el Guarayito, que pude estudiar con cuidado. Como en su cima forma una meseta bastante extensa y sus laderas están cortadas casi a pico que se trataba de una plataforma análoga a todas las que encontrara a nivel del suelo, que por falla de las capas circundantes se hallara a unos cientos de metros más alta que las demás, situada al pie y formando parte quizá de la misma masa. Esas especies de mesas ofrecen gran interés en cuanto ponen de manifiesto que en aquellos lugares se produjeron dislocaciones de valor diferente. Recorrí parte del contorno de aquel promontorio, sin haber podido descubrir ningún punto abordable para tener acceso a la cima del Guarayito, aunque la presencia de una cruz clavada en lo alto me indicaba con elocuencia que alguien había subido antes.

Por estas vastas soledades el viaje es fácil, pero se sufre el tormento de miríadas de insectos: de día, los jejenes; de noche, los mosquitos. Hasta los animales más inofensivos resultan ser los más molestos. Quiero referirme a las abejas sin aguijón, cuyos enjambres pululan en los bosques. Cuando se hace algo con ánimo de aprovechar el descanso, miles de estos insectos se posan en la cara y manos del viajero, buscando la humedad con encarnizamiento sin igual, por lo que eligen en especial boca y ojos. No se puede hablar sin tragarlos y es preciso espantarlos sin cesar del rostro, al que rodean con una nube espesa. Es enojoso tener que pagar tan caro el placer de hollar esos campos aun vírgenes, donde el hombre habrá de encontrar, cuando venga a explotarlos, los mejores elementos de riqueza. No hay duda que esas plagas del desierto disminuyen y hasta desaparecen en cuanto el hombre lo puebla, como ocurre con las misiones, que ahora no las padecen. ¡Cuántas veces habré lamentado la suerte de los labradores de algunas provincias francesas donde, a costa de un trabajo obstinado, el hombre más laborioso apenas logra dar a su familia un alimento grosero e insuficiente, en tanto que una superficie tan grande de estas bellas comarcas americanas, aun inculta, podría procurarles cosechas inmensas en escasos días de moderada labor!

De la parada de Guarayito recorrí en una jornada once leguas hasta la ramada de Pausiquia. El suelo se volvió menos variado, apareciendo a veces cubierto de bosques y a veces moteado de pequeñas planicies redondeadas, parecidas a las de los días pasados. Ya no mostraban su follaje las elegantes palmeras y cerca de Pausiquia las colinas están casi desprovistas de vegetación y sembradas de piedrecitas. Durante todo el día el calor había sido sofocante y el cielo cagado de nubes presagiaba tormenta. En efecto, el trueno resonó a los lejos y de pronto aquel calor aplastante fue barrido por un viento sur tan frío que, bajo el cobertizo en que me hallaba sin ningún abrigo, pasé tiritando gran parte de la noche. Los altos o ramadas se hicieron con un simple techado para que la libre circulación del viento aleje los mosquitos con más facilidad; de manera que cuando existen esos techos sólo pueden proteger al viajero de la lluvia, sin preservarlo de los cambios de temperatura.

Aún tenía que recorrer doce leguas antes de llegar a San Miguel. Crucé la campiña más alegre, moteada de árboles y planicies, hasta la parada del **Carmen**, situada cerca de otro riacho

¹ Estos mamelones son semejantes a los que menciona Humboldt (Relation hisrique, t. VIII, p. 34) a orillas del Casiquiare.

también llamado **Sapocochi**, que recibe las aguas de los alrededores de Santa Ana, San Ignacio y San Miguel, constituyendo además un afluente del río San Miguel. Se atraviesa por medio de un puente de ramas. Allí encontré a muchos indios de San Miguel pescando con redes. Al acercarme a San Miguel el campo es más seco; pude ver allí muchos lugares cultivados.

Al entrar en el patio del colegio de San Miguel, encontré al gobernador que montaba a caballo para salir a mi encuentro. Había venido expresamente para recibirme de Santa Ana, la capital y su residencia habitual. Fui muy sensible a su amabilidad ya la gentileza perfecta de la acogida que me dispensó. Pronto nos hicimos los mejores amigos del mundo y llegué a convencerme de que me acompañaría por toda la provincia, circunstancia que aseguraba el éxito de mi viaje, facilitándome todos los medios de efectuarlo.

**Estadía en la Misiones del centro de la
Provincia de Chiquitos**

§ 3

MISIÓN DE SAN MIGUEL

San Miguel es una de la misiones mayores del país; cuenta en la actualidad con 2.500 habitantes, todos de raza chiquita, divididos en seis secciones¹ que hablan el mismo idioma. El pueblo está situado a cuarenta y siete leguas de Concepción, y a unas once, en dirección sursudoeste, de Santa Ana; más cerca de San Rafael y más alejada de San Ignacio. Su ubicación es encantadora; ocupa la cima de una suave colina, rodeada de campos de cultivo sobre los cuales la vista se desliza con agrado para detenerse más allá a distancia, en bosques cuyo verdor sombrío encuadra todo el horizonte. Grande y espaciosa, la misión encierra algunos de los mejores edificios de la provincia. La iglesia es notable sobre todo por sus dimensiones y un frontispicio de columnas; en su interior tuve ocasión de admirar una estatua de San Miguel, patrono de la misión, esculpida en Roma por un artista excelente. En esa iglesia de ricos ornamentos, escuché buena música italiana que los indígenas ejecutaron. Las casas de ellos están muy bien alineadas y, sobre todo, distribuidas de manera que el aire circule libremente.

Antes de irme de San Miguel anotaré un episodio susceptible de ejercer influencia notable en el porvenir de la región. Mediante una ley primitiva, la península había impedido durante mucho tiempo la extensión del cultivo de la vid, para reservase el monopolio de su importación; por lo que esas plantaciones constituían excepción. El gobernador, don Marcelino de la Peña, hombre de mérito, pasó varios años pidiendo plantas de vid para hacer ensayos de plantación. Hacía unos días que por fin las recibiera y teníamos que buscar juntos el lugar favorable para plantarlas. Espero que la tentativa resulte coronada del éxito que merece y que el nuevo producto se agregue a los que ya da la provincia.

1831
San Miguel
(Chiquitos)

El 19 de julio fui a Santa Ana con el gobernador, atravesando campos muy alegres, sembrados de pequeñas planicies, colinas y valles cubiertos de verdor, donde sobresalía una linda especie pequeña de bambú. A las seis leguas de marcha se hizo alto bajo una ramada donde nos esperaba una comida espléndida, pues el gobernador había despachado con antelación un grupo de cocineros. Más allá, me detuvo unos momentos un valle delicioso llamado **Motacucito**, distante tres legua de Santa Ana; con posterioridad volví para pasarme un día entero estudiando sus cercanías. A cada lado se alzan colinas, desnudas en parte y mostrando magníficos esquistos ondulados, llenos de cristales de granate y estaurótidas. Una vegetación activa ocupa el fondo del valle, donde las palmeras de motacús se mezclan a los helechos arborescentes, en el fondo de espesuras variadas y pintorescas, animadas por numerosos pájaros que atraen la sombra y humedad del lugar. Luego el campo se muestra más variado por todas partes, entrecortado de vallecitos cubiertos de pasto y leves irregularidades llenas de vegetación. A dos leguas de Santa Ana encontramos al cura y al secretario del gobernador que venían a nuestro encuentro, y más lejos, al cacique indio con los jueces principales, quienes después de haberme cumplimentado, volvieron al galope para anunciar nuestra llegada, pues el gobernador quería dispensarme todos los honores correspondientes a los gobernadores bajo el régimen español, cuando llegara a su capital.

¹ Son los pequicas, saracas, parahacas, guazoroch, guazoros y guarayos.

MISIÓN DE SANTA ANA

En la entrada de la misión nos esperaba un arco de triunfo hecho de ramas y palmas. Apenas hubimos llegado empezó la música. Indios jóvenes de ambos sexos, vestidos con limpieza al modo del país, iniciaron un hermoso baile, especie de vals o cadena sin fin, a cuya terminación cantaron todos juntos mi feliz arribo. Quedé tan impresionado como sorprendido por la atención del gobernador y el conjunto del cortejo. Abrían la marcha cacique, manteniendo en alto sus símbolos de autoridades; luego venía una cincuenta de músicos y los bailarines que avanzaban danzando ante nosotros. A la entrada de la plaza se alza un segundo arco de triunfo bajo el cual tuvimos que escuchar nuevas coplas y ver otros bailes, rodeados por toda la población de la misión, que acudiera para honrarnos. Por fin, después de haber atravesado la plaza con nuestro cortejo, llegamos a la casa del gobernador. Bailes y cantos prosiguieron en la sala, donde siempre se me designaba por el nombre de **Don Carlos** o **Señor Doctor**.¹ Aunque nueva para mí, la escena me cansaba en exceso. Habría dado cualquier cosa por sustraerme a los honores con que se me abrumaba y, sin embargo, el gobernador quiso que se festejara mi llegada durante tres días consecutivos, con el objeto, decía, de que los indios me consideraba un enviado del gobierno boliviano, un igual al gobernador, lo que no era poco decir para aquellas pobres gentes, que consideraban al gobernador un ser sobrenatural, investido de todos los derechos imaginables.

A las ocho de la noche las jóvenes indias de la misión se dirigieron al baile del gobernador, ataviadas con sus hermosos tipois y cubiertas de cintas de colores.² Empezaron a bailar entre sí danzas indígenas y de origen salvaje; pronto el gobernador intervino en el esparcimiento y no tuve menos que acceder también a sus invitaciones reiteradas. Durante toda la velada, las jóvenes alternaron sus bailes: formaban rueda, tomadas de las manos, y giraban alternativamente hacia un lado y otro, entonando letras con refrán, en cierto modo análogas a las rondas que se cantan en ciertas partes de Bretaña o la Vendée, aunque la música acompañaba siempre sus canciones. Luego se bailó el **quituriqui**, el **catonapapa** y el **tamaosis**: esta última danza es una especie de juego o lucha, en que dos indias tratan de quitarse mutuamente las bailarinas que defienden, manteniéndolas en fila tras de sí. En general, estos cantos y bailes son muy monótonas tengan ritmo bastante rápido.³ Junto con los bailes indígenas se ejecutaron también los que se estilan en Santa Cruz y Brasil. El baile fue divertido y, pese al ingrato tipoí, las mujeres se mostraron muy graciosas.

Durante los dos días siguientes, la música no cesó de tocar durante las comidas, mientras jóvenes de ambos sexos bailaban o cantaban **guainito**, especie de coplas nacionales, muy simples e ingenuas, cuyos textos castellanos resultaban tan alterados por los cantos que a veces se hacía imposible entenderlos. Una de las noches se me ofreció una representación del Doctor Borrego, pieza bufa, ejecutada en un teatro situado en medio de la plaza. Los indios bailarines a buscarnos a la gobernación y nos condujeron danzando. La obra se refería a unos sirvientes que, en ausencia de su patrón, médico célebre, administraban remedios a algunos enfermos y los mataban uno tras otro. Los indios desempeñaron sus papeles con muy buen humor y su castellano estropeando aumentaba el interés de la obra.

Santa Ana, una de las misiones más recientes de la provincia, está ubicada en una pequeña colina rodeada de valles, que los jesuitas convirtieron en hermosos laguitos, obstruyendo las entradas. Estos lagos rodeados de los árboles que crecen en las laderas próximas, aumentan

¹ En Bolivia y Perú todos los curas y hasta todas las personas de buena posición social reciben el título de doctor; es ofensivo omitirlo, de manera que se prodiga con cada palabra.

² Ver los trajes de los chiquitos.

³ Ver en las Consideraciones generales acerca de la provincia, la música de estas danzas, que hice anotar por el maestro de la capilla de Santa Ana.

el encanto del paisaje. En la actualidad, la misión está despoblada en parte; Ramos, su último gobernador español en el momento de la emancipación, se llevó trescientas familias indígenas, actualmente retenidas por los brasileños en el poblado de Casalbaco. El colegio, quemado más tarde, en tiempo del gobernador don Gil de Toledo, sólo fué reconstruido provisoriamente. La iglesia es espaciosa, bien distribuida y sobre todo ornada con extrema riqueza. Los muros columnas interiores están revestidos de dibujos hechos en láminas de la mica más brillante. Su música es, por cierto, la mejor que se pueda encontrar en todas las misiones; el sitio es muy lindo, bien unido y rodeado de casas de indígenas.

Al fundarse, la misión constaba de cuatro naciones distintas: 1º un número de chiquitos pertenecientes a la tribu de los **guazaroca**; 2º los **curuminacas**; 3º los **covarecas** y 4º **saravecas**.

Los jesuitas trataban siempre de mezclar las otras naciones con la raza chiquita, la más numerosa de la provincia, con el propósito de generalizar su idioma, refundándole los demás; las oraciones, por ejemplo, siempre se decían en chiquitos. Si aquellos religiosos ahora a Santa Ana, verían cumplidos sus deseos, pues sólo encontré a un viejo saraveca que hablaba bien su idioma; todos los jóvenes de esta nación, así como los covarecas y curuminacas había olvidado por completo su lengua materna, de la que sólo conocí una palabras gracias al anciano saraveca, antiguo cacique de la misión, donde los saravecas son muy numerosos. De todos los indígenas son los mejores, los más dóciles y los que tienen rasgos más regulares.

En Santa Ana los indios son más civilizados que en las otras partes de la provincia; sus modales son muy amables y el trato muy agradable. Los hombres muestran buen humor y las mujeres más aún. Junto a la rigidez exterior del cristianismo, mantienen muchas de sus viejas supersticiones. Tuve al respecto varias conversaciones con el cura y los indios principales, llegando a obtener las informaciones siguientes:

Cuando una mujer está encinta su marido se abstiene de matar una víbora por miedo de dañar la salud de su hijo.

Un hombre no deber hacer nada durante los primeros días siguientes al parto de su mujer, para que ella no se canse ni enferme.

Una mujer con embarazo de cuatro meses interrumpe sus relaciones con el marido y no las reanuda hasta que haya cesado de amamantar a su hijo; vale decir, dos o tres años después. Se concibe la razón de esta medida, fundada sagazmente en que las mujeres sólo cuentan consigo mismas para la crianza de sus hijos; pero la costumbre causa muchas perturbaciones en los hogares y mucha tolerancia entre los cónyuges, sin que se le atribuya importancia ni su fe religiosa sufra la menor alteración. Las mujeres tienen pocos escrúpulos por cometer una falta, seguras de alcanzar el perdón mediante la confesión.

Los celos son muy comunes entre las mujeres y muy raros entre los hombres, de donde resulta una gran indiferencia de parte de ellos, que por un regalo, dejan sin esfuerzo a su compañera. La mayor parte de los indios llega a preferir dos cosas a todo: su perro y el chico que su mujer haya tenido con un blanco. Cuando salen al campo hacen caminar a todos los hijos, en tanto que llevan en brazos al perro y sobre los hombros al hijo mestizo de su mujer. Parecía que los honra saber que mejora el color de la familia. Es fácil suponer la mala influencia que semejantes sentimientos pueden ejercer sobre la conducta de las mujeres, sobre todo dada la indiferencia norma de los hombres. Bajo la autoridad de los jesuitas parece que las costumbres eran muy severas, pero los jefes actuales dan ejemplo de inconducta, los indios no tardan en imitarlos y la corrupción más completa reina en la provincia.

Ya he dicho que la religiosidad está desarrollada hasta el máximo. Sin embargo, los jesuitas fueron mucho mejores para los indios que los curas actuales, que están lejos de tener su instrucción y costumbres rigurosas, por lo que se observa en los indios clara preferencia por los sermones que los curas extraen en los manuscritos jesuíticos. Al hablar de ellos dicen: “¡Lo que

dice el cura es bueno, pero lo que dice el libro de los padres es mucho mejor!" Escuchan lo primero distraído, mientras reservan todo su recogimiento para lo último.

Tal es su fe que consideran a su sacerdote representante de Cristo en la tierra y lo obedecen ciegamente.

No quisieron imponer la menor modificación a las costumbres, usos y ceremonias establecidos por los jesuitas. Los viejos recuerdan con pena la expulsión de los padres (en 1767) y todos repiten: "Gracias a ellos nos hicimos cristianos, conocimos a Dios y fuimos felices".

La fe de las indias las consuela más fácilmente de la pérdida de un esposo que de la de un padre. Durante largos años lloran la muerte del padre o la madre y todas las mañanas se lamentan pensando en ellos; pero nada de esto hacen por el marido. No es raro ver bailando a una mujer que enviudara pocos días antes y, cuando se le hace alguna observación sobre la inconveniencia de su conducta, responde: "¿Por qué voy a estar triste? ¿Acaso mi marido no está con Dios, no disfruta un reposo del que estoy privada? Además, si bailo es para olvidar la pena que me causa haberlo perdido, estar separada de él, aunque lo sepa feliz porque el cura le dio los últimos sacramentos". En seguida se dedica a buscar otro marido, por no poder –dice- quedarse sin sostén y dejar su campo sin cultivo, cosa que la expondría a morir de hambre.

Muy a menudo me impresionó la candidez con que esas pobres gentes concilian las exigencias de la religión con la satisfacción de todas sus ocurrencias y la conducta más desarrollada.

Nos acercábamos al día de Santa Ana, fiesta de la misión, y en ninguna arte vi jamás tanta alegría. Los viejos repetían: "Veré de nuevo la fiesta". Los jóvenes cantaban y reían y el regocijo era general. El 25 de julio, víspera del gran día, se levantó un teatro en la plaza y se hizo un reparto de carne. Mataron cierto número de bueyes y os faenaron en la plaza pública. Los jueces de la misión efectuaron una distribución regular, conforme a la importancia de las familias y cada cual vino a su turno, al son de la música, a recibir su parte de manos del cacique.

25 de julio

Al mediodía, en tanto que cacique y jueces invitaban al gobernador a asistir a la fiesta, los indios fueron a la iglesia en corporación, con la música, a fin de sacar la bandera. El cacique, de guantes blancos, la recibió y otros dos caciques de tribus vecinas tomaron los extremos de una cinta larga que estaba atada al asta. Todos los indios en orden correspondiente a su rango fueron a saludarla hincándose de rodillas. Tras muchas ceremonias la procesión dio la vuelta a la plaza, en el orden siguiente: a cada lado marchaban indios guerreros en fila, llevando cada uno su arco, y según la edad un haz de flechas, dos o una sola. La banda encabezaba la procesión y seguíanla jóvenes bailarines indios, vestidos todos con túnica blanca y corona de plumas brillantes, de pájaros de los bosques vecinos. Cuatro indios con alabaras y otros cuatro con lanzas precedían a unos niños portadores de las cañas de los caciques que llevaban la bandera, seguidos a su vez por todos los jueces y los comisarios de la fiesta, a caballo y en el orden de sus funciones respectivas. Los indios con las cabezas desnudas y los brazos cruzados sobre el pecho marchaban detrás y luego venían las indias. Después de haber dado la vuelta a la plaza, la procesión se detuvo ante un altar levantado frente a la casa de gobierno. Se volvió a saludar la bandera y se la depositó en el altar, ante el cual dieciséis chicos ejecutaron danzas sencillas y entonaron cánticos en loor de la Patrona. Después de la ceremonia, todos los indios fueron a arrodillarse a la puerta de la iglesia para pedir hijos a Santa Ana, pues los hombres no gozan de ninguna consideración si no los tienen.

A la una se nos sirvió la comida, con música, cantos y bailes de los jóvenes indios e indias. A las tres la procesión volvió a salir, dio de nuevo la vuelta a la plaza y volvió a la iglesia, donde se cantaron las vísperas con música de un excelente maestro italiano, matizada con coros armoniosos y bien acompañados. Después de las vísperas se pusieron sillones fuera de la iglesia y pude ver el desarrollo de la ceremonia. Dieciséis indios jóvenes volvieron a ejecutar danzas y cantos; uno de

los bailes tenía mucha gracia. Un niño de corta edad apareció cargado de arcos y los distribuyó a los bailarines, que hicieron con ellos figuras muy bonitas. En verdad me habría podido creer por un momento en las funciones de baile de la Opera y no en una ceremonia religiosa y entre hombres apenas salidos del estado salvaje.

A la noche, después de una comedia burlesca representada en el teatro, se hizo un baile en casa del gobernador, donde me sorprendió oír, después de los bailes indígenas y brasileños, trozos de Rossini y el coro de los cazadores de **Robín de los Bosques, de Weber**. Esos fragmentos habían sido llevados por un médico francés que murió en Santa Cruz a su vuelta de Chiquitos.

El día de Santa Ana, después de la misa mayor, cantada con música que los indios ejecutaron notablemente, la banda nos llevó de vuelta a casa del gobernador, donde los bailarines compusieron figuras de conjunto, muy variadas y graciosas, en tanto que
26 de julio todas las corporaciones indígenas y los indios e indias llegados de otras misiones hacían su visita oficial. El gobernador mandó servir un vaso de aguardiente, queso y golosinas secas a cada una de las indias, que se fueron muy satisfechas de su galantería.

Al mediodía asistí a una ceremonia singular: la bendición de la comida de los indios. Cada familia llevó su plato y hasta animales vivos sobre los cuales el cura asperjó agua bendita, recitando oraciones al compás de la música. Luego fueron los indios a instalarse en la plaza donde compartieron su pitanza con los hermanos de otras misiones (como los llamaban), comiendo al son de sus flautas y tamboriles. Al empezar la comida resplandecía la alegría más viva, pero en sus postrimerías cada uno recordó a sus padres muertos, ausentes del festín. Hubo lamentaciones, se refirieron las buenas cualidades de los extintos y la tristeza se generalizó. Antes de separarse todos se desearon volver a reunirse el año siguiente.

A las tres se hizo la misma procesión que la víspera, con la cruz; luego varios grupos de jinetes indios efectuaron numerosas evoluciones, describiendo todos una cruz. Mientras se desarrollaban estas pruebas me dediqué a otra ceremonia. Un niño cargado con un sable y cuatro hombres con sendas alabardas fueron a saludar la bandera. El párvulo trazó una cruz en el suelo, en cuyos cuatro extremos los hombres se arrodillaron (ceremonia que tal vez simbolice la conquista espiritual de la comarca). Siguió llegando hombres con lanzas, indios munidos de banderitas, tambores, trompetas y trompas. Otros juegos, tales como un poste de cucaña y un juego se sortija a caballo, atrajeron pronto a la multitud, dándome ocasión de apreciar la agilidad y destreza con que los indios se entregaban a dichos ejercicios.

Se hizo a los indios una distribución de víveres, consistentes en trozos de queso y dulces secos. El gobernador, el cura, el administrador y yo os encargamos de ponerlos en sus manos, mientras ellos se los disputaban con encarnizamiento sin igual, prefiriendo todos el pedazo así ganado al recibido. Tras esta escena ruidosa, en que todos gritaban y silbaban para atraer nuestra atención, se dispersaron con su botín, para obsequiar a sus relaciones, y en un momento la plaza quedó desierta.

Otro baile volvió a llevar a las indias jóvenes a casa del gobernador, donde desplegaron todas sus galas. La mayor parte vestía tipos de indiana o muselina estampada, adornados con cintas. Por delante sostenían el pelo con una especie de red y sus rostros redondos y radiantes de salud, que respiraban la alegría más fresca, imprimían a la reunión un aire muy particular.

Los días 27 y 28 las mismas ceremonias y diversiones prosiguieron, con gran fastidio mío, pero nada podía hacer; para no causar mala impresión, debía acompañar al gobernador a todas partes y actuar en todo lo que se hiciera. Hasta tuve que aceptar con él una invitación a casa del cacique de la misión, para beber el **pemanas**, especie de licor fermentado, hecho con maíz. Se macera maíz y se lo mezcla con agua, en un gran **cántaro**, que se tapa y entierra. Cuando se cree listo el licor, se hacen las invitaciones para catarlo. La mujer del cacique abrió el cántaro ante

nosotros; el primer vaso, en cuya superficie sobrenadaba la parte grasosa del maíz, fué ofrecido al gobernador, recibí yo el segundo y los demás bebieron a su turno, librándose a transportes de verdadero regocijo. Este licor fermentado se parece mucho a la chicha de Cochabamba, aunque sea más dulce. Termina, sin embargo, por subirse a la cabeza y, después de los primeros vasos, encontré la manera de dejar que los indios siguieran divirtiéndose entre sí. Allá no ví, como tampoco en Cochabamba, que la embriague producida por este brebaje llevara a la ferocidad. Por el contrario, produce una grata alegría muy distinta de la ebriedad, que ocasiona el abuso de los licores europeos.

En uno de los dos días, se realizó un concurso de tiro al arco, en el que los indios pusieron de manifiesto mucha habilidad. Esta diversión me interesó porque sabía la práctica del arco que es necesaria para alcanzar un blanco con alguna precisión, por tratarse de un arma cuyo manejo depende exclusivamente de la experiencia.

Según lo resuelto por el gobernador, el 29 de julio debíamos partir a San Ignacio, cuya fiesta tendría lugar el 30. Con gusto me habría sustraído a la ceremonia, yendo más tarde a San Ignacio, pero el gobernador me prometió dejarme recorrer los alrededores, mientras él recibiera los honores. San Ignacio está a doce leguas al noroeste de Santa Ana. A la salida de esta misión encontramos el camino llenos de indios e indias que también se dirigían a la fiesta, pareciendo el trayecto poco menos que una procesión. Bajé a un valle, pasando junto a varios lagos artificiales, contenidos por diques que cubrían laderas bastante escarpadas. A una legua, entramos en un bosque de doce kilómetros de profundidad, muy arbolado y ocupando un suelo desigual; más allá, un llano también extenso, poblado de árboles aislados, se prolongó hasta el alto de San Nicolás, donde debíamos pasar la noche a fin de hacer una entrada solemne al día siguiente. El administrador de San Ignacio había mandado a la parada un ejército de cocineros, mesas y sillas, y se habían clavado en torno a la cabaña muchos postes para colgar las hamacas que usaban los indígenas, o camas de cañas a la moda blanca. Indios e indias fueron llegando y al caer la noche más de quinientas personas se habían estacionado alrededor del paradero. El panorama era en verdad extraño, cuando todos se hubieron acostado en el mayor silencio. Los numerosos grupos de seis a ocho hamacas, cada uno de cuyos fuegos despedía fuerte luz en el campo, intensamente iluminado, y el conjunto de hamacas colgadas, blancas en la noche oscura, prestaban un aspecto novedoso e imponente a la escena, que contemplé largo rato, antes de extenderme al aire libre, en una cama de bambúes.

MISIONES DE SAN IGNACIO

Al despuntar el día, el campo se animó de repente; desataron las hamacas y los indios se encaminaron a San Ignacio, de donde aún nos separaban cinco leguas de llanos moteados de árboles dispersos y cortados por bosquecitos. Antes de dejar el alto, cada cual hizo su arreglo personal a fin de presentarse dignamente. El gobernador, los curas y demás blancos se pusieron unas pequeñas levitas de indiana. Por mi parte, me había quedado con el traje de baile de Santa Cruz, compuesto de una levita muy corta y blanca como el resto del traje, a la que agregaba, cuando montaba a caballo, una hermosa bufanda de raso rojo, que usaba como faja, produciendo gran efecto sobre los indios, que al verla me consideraban un personaje importante. A una legua y media de San Ignacio se nos unieron el cura y el administrador de la misión y, más lejos, la autoridades indígenas. Igual que cuando llegué a Santa Ana, se nos recibió bajo arcos de triunfo, con música y danzas y nuestras habitaciones estaban muy bien adornadas con guirnalda de hoja. La ceremonia se desarrolló como en Santa Ana, si bien fue más imponente: no menos de seis mil tomaban parte en cada procesión, donde advertí vestidos cuya tela parecía tener más de un siglo. Después de las vísperas, todos los indios se pusieron a rezar por sus padres muertos. Sus lamentos, sus gemidos y gritos semejaban el ruido que produce, durante la tempestad, el viento que silba con fuerza en el cordaje de los barcos, en un puerto de mar.

A la noche un baile nuevo para mí me produjo sumo interés. Tres indios cómicamente ataviados, ejecutaron payasadas. Luego uno de ellos metió en un agujero un cilindro de madera de tres metros de altura. Un niño de poca edad sostenía dieciséis cintas de colores atadas al extremo del cilindro y las distribuyó a otros tantos indios, que, formando una cadena encantadora, confeccionaron una linda trenza con las cintas, alrededor del cilindro, hasta que hubieron empleado todas. Entonces hicieron las mismas figuras en sentido contrario; la trenza se desenroscó y las cintas volvieron a flotar, como al principio. Los reemplazaron ocho indios enmascarados y disfrazados, cuyos gesto y posturas provocaron la hilaridad del público. En la distribución de víveres del día siguiente, el gobernador tuvo la ocurrencia de echar un cesto lleno; en un segundo, más de doscientos brazos entrelazados se dirigieron al sitio en que había caído la canasta y se hizo un grupo donde los indígenas, trepados unos sobre otros, formaban una pirámide elevada. Me causaba verdadera angustia la idea de que los que estuvieran abajo se asfixiarían, pero al vaciarse el cesto, el grupo se deshizo poco a poco y todos se levantaron riéndose, con gran satisfacción por mi parte. Otra noche, tras una pantomima burlona, el atuendo de cuatro indios me pareció muy original. Llevaban un bonete que les cubría toda la parte superior del cuerpo, hasta las costillas flotantes, de manera que representaban una cara con el vientre desnudo, sobre el cual se habían pintado rasgos faciales; el resto del cuerpo formaba la parte inferior de un tronco sin piernas. Nada más cómico que ver caminar esos bustos, haciendo con sus grandes caras las muecas más inverosímiles, mediante la contracción de los músculos abdominales.

La misión de San Ignacio es una de las mayores de la provincia, con una población que en 1830 alcanzaba a 3.299 almas. Se formó en 1707 sólo con indios chiquitos, divididos en siete secciones o parcialidades.¹ Está situada en la cima de una suave colina que al nordeste tiene tres hermosos lagos artificiales que los jesuitas formaron por medio de diques. Estos lagos prestan al campo un aspecto pintoresco y la vista se detiene más allá bosques o colinas arboladas. La misión se compone de una linda iglesia ornada por una fachada de columnas retorcidas, sobrecargadas de ornamentos de estilo medieval. Por dentro presenta un rico conjunto de columnas del mismo orden. El altar es notable por sus esculturas. El cura me mostró un órgano de madera, hecho por los jesuitas, pero ya tan deteriorado que no producía ningún sonido. Tanto la plaza como el colegio dan una idea elevada, por su aspecto de grandeza y majestad, de quienes los construyeron con

¹ Estas secciones son las siguientes: *sañepicas, quehusiquios, guazayocas, samanucas, piococas, churuberecas y punasiquias*.

hombres aun salvajes. También están muy bien distribuidas las casas de los indios, y techadas con tejas.

Recorrí a caballo los alrededores, encontrando por todas partes los mismos terrenos y piezas de historia natural que en Santa Ana. Por lo demás, la estación se prestaba poco a las investigaciones, ya que la naturaleza estaba sumida en el gran descanso invernal. El valle de **Castillo**, cercano a la misión hacia el norte, es realmente encantador. Allí acababa de hacerse una plantación de caña de azúcar.

En San Ignacio, el administrador tuvo a bien ordenar que se pescara en uno de los lagos, para mostrarme el procedimiento usado por los indígenas. Van al bosque a buscar la raíz de un árbol, conocido en el país por **barbaseo**; la aplastan y echan al agua, distribuyéndola por toda la superficie en proporción calculada. Poco rato más tarde, los peces embriagados salen a flote como locos. Los indios eligen los mayores y dejan a los demás que pronto vuelvan a la normalidad y siguen viviendo. Sin embargo, tienen la precaución de extraer del agua las raíces venenosas. Después de la pesca hacer secar el pescado al aire y lo conservan de este modo.



Vista de la plaza de San José Misión de los Jesuitas en la provincia de Chiquitos

El 5 de agosto regresé a Santa Ana donde proseguí tranquilamente mis investigaciones y trabajos, practicando sucesivamente botánica, zoología, geografía, historia, lingüística y estadística; este trabajo último me lo hacía fácil la ventaja de disponer de los archivos de la provincia.

5 de agosto

Un día fui con el gobernador a visitar el punto de donde extrajeron las hermosas láminas de mica que forman los vitrales de las iglesias y revisten sus muros y columnas. La cantera está situada en el bosque, a dos o tres leguas hacia el norte. Me encontré con una superficie extensa, cubierta de gneis micáceos rojos y amarillos, tan llena de mica que se veía el suelo. Hice excavar y sacar buenas muestras para mi colección geológica. Volvimos por un simpático valle, donde se hallan todo los predios de los indios, disfrutando de su hermoso panorama. Por todas partes se veía la hojarasca fresca y el follaje variado de la caña de azúcar, el plátano bananero y el papayero, por encima de los maizales; y alegraba la campiña multitud de ranchitos cubiertos de palmas. En ese lugar cada familia posee un campo que le suministra el alimento. Tres veces por semana los indígenas lo pueden cultivar y los otros días de dedican al Estado. Estos campos producen bananas, papayas, maíz, zapallos, mandioca, arroz, porotos y muchas otras legumbres y raíces. Como en la misión los insectos atacan el maíz, los indios conservan en su cabañas la provisión dl años, que con sus familias van a buscar todos los sábados, para la semana siguiente. La llevan en una especie de cesta cuadrada, llamada **panakich**. El orden y la máxima limpieza reinan en aquellos campos, y los productos tan notables de ese trocito de tierra arrancada a las selvas vírgenes, me dieron la medida de los inmensos recursos que se podrían obtener de las tierras actualmente incultas, si una población agraria fuera a explotar esa rica naturaleza aún inútil. El cultivo consiste en derribar los árboles, pegarles fuego y sembrar, sin necesidad de previo laboreo. Al destruirse por el fuego los granos diseminados en la superficie del suelo, cereales y

15 de agosto

legumbres crecen solos, sin necesidad de carpirlos. El segundo año basta remover un poco alrededor del orificio donde se introducen dos o tres granos de maíz o un pedazo de mandioca. La naturaleza se encarga de los demás y la cosecha siempre resulta magnífica.

Desde mi llegada a Santa Ana había visto con frecuencia grupos de indios que volvían del bosque, tras quince días de ausencia, cargando cada uno tres arrobas –setenta y cinco libras- de cera, tributo anual que grava a quienes no tejen. Excitaba mi curiosidad la forma cómo esos indios recogían la cera y quise reunir a varios con el objeto de informarme con exactitud acerca de esa explotación curiosa, hecha en plena floresta.

Todos los años, de junio a septiembre, los indios de cada misión parten en grupos de diez a veinte, en los que siempre figuran hombres experimentados y perfectos conocedores de los lugares. Toman un rumbo u otro, más o menos lejos de la misión, siguiendo la abundancia de la miel. A veces no temen alejarse a veinte o treinta leguas. En cuanto encuentran el lugar donde creen que encontrarán muchas abejas, eligen un punto cercano al agua y paran, depositando al pie de un árbol sus viveres, consistentes en choclos; después hachan árboles, que ahuecan en forma de artesa, en tanto que los demás, bajo la dirección del más experimentado, trazan un sendero que alcanza a veces una legua de longitud, dirigido más o menos de norte a sur. Apenas trazado este caminito y listas las artesas, parten de mañana por el sendero y, a cierta distancia, se dispersan de a dos, una parejas hacia la derecha y otras por izquierda, hasta lo más espeso del bosque. Durante el día, observan la dirección del vuelo de las abejas y hacia dónde toman en mayor número; después de haber localizado el árbol donde anidan, lo marcan, tratando de buscarse puntos de referencia. Al atardecer, cuando baja el sol, resuelven volver al campamento y tratar de encontrar el sendero, orientándose por la posición del sol. El primer indio que lo encuentra, hace sonar en forma especial un cuerno o silbato redondeado que siempre lleva colgado; los demás, dispersos en la floresta, contestan con sonidos distintos para que no se los confunda con los que emite el indio que llama. Guiándose de este modo por sonidos, todos vuelven sucesivamente al camino trazado y ganan el campamento. Mientras comen un chocho asado, los exploradores dan cuenta de los descubrimientos de la jornada y manifiestan cuántos panales encontraron. Luego se acuestan en sus hamacas, junto a un buen fuego, y descansan. Al día siguiente, fraternizando sin tener en cuenta quién tuvo más suerte, se distribuyen los nidos localizado la víspera y salen en dos o tres grupos, con hachas y calabazas. Al llegar al primer árbol marcado, lo derriban, abren el hueco donde se encuentra la colmena, extraen miel y cera, exprimen la miel en las calabazas y empaquetan la cera, destruyendo el nido por completo. Después de haber efectuado esta tarea cada grupo vuelve a la tarde, cargado con el producto del trabajo. En el campamento lavan la cera aún impregnada de miel, en una de las artesas llena de agua, le agregan miel y la dejan fermentando para preparar guarapo, especie de licor muy sabroso que constituye casi el único alimento de esos indios durante la faena, pues apenas disponen de unos choclos para cada uno. Al otro día vuelven al bosque y prosiguen mientras tengan colmenas; cuando ya no las hay, siguen buscando hasta que cada cual haya juntado las tres arrobas que debe al Estado. Es raro que el grupo necesite más de quince días para obtener esta cantidad considerable de cera, que no asciende a menos de mil quinientas libras para veinte hombres.

La costumbre india de recorrer cada año los bosques vecinos, les otorga tal conocimiento de ese laberinto natural que nunca se pierden entre los árboles, guiándose siempre por el sol para encontrar su misión.

Las abejas de la región son diferentes a las nuestras por su forma, talla y producto de su trabajo.¹ Por lo general anidan en los huecos o cavidades de los troncos de los árboles, a bastante altura del suelo. La colmena se compone de algunos panales regulares, formados por celdas hexagonales como las de las abejas europeas; además construyen con cera pequeñas cavidades ovaladas, de dos centímetros de longitud, que llenan con la miel más pura y aromática y polen, separadamente. Con frecuencia los indios se llevan la colmena entera con el pedazo de tronco en que se asienta; las abejas los siguen y es posible domesticar el enjambre, aprovechando que son

¹ Pertenecen al género *Melipona*.

inofensivas y carecen de aguijón.¹ En Santa Cruz vi que numerosas casa de campo poseían colmenas, en vasos de barro cocido, y estoy seguro de que podrá resultar muy beneficiosa la explotación de este ramo tan simple y productivo, cuando la industria lo pueda adoptar.

Los indios conocen trece especies distintas de abejas, nueve de las cuales están desprovistas de aguijón y producen miel excelente; tres, cuya miel es nociva, y una sola con aguijón, poco buscada por esta causa.

Las nueve primeras si aguijón son las siguientes:

1º La **omesenama**, la más pequeña de todas, pues apenas alcanza un largo de tres a cuatro milímetros, toda amarilla; s la especie que se considera productora de la mejor miel. Los españoles de Santa Cruz la llaman **Señorita**. A menudo vi llevar a las damas un panal de esta especie cubierto de abejas que sin dar muestras de que les extrañe encontrarse en un departamento o en manos de mujer, se paseaban inocentemente sobre su rostro.

2º La **omececanach**, el doble de la señorita, de tórax negruzco y abdomen rayado de negro y amarillo. Abunda sobre todo en los alrededores de San José.

3º La **ohuarobich**, del mismo tamaño que la anterior y completamente negra.

4º La **pataquiacocho**, gruesa como la señorita y toda negra. Es la más común de todas y la que tanto me hizo sufrir en el alto de Guarayeto introduciéndose en mis ojos y boca.

5º La **opanocho**, pequeña especie, medio negra y medio amarilla, con patas muy largas.

6º y 7º La **opomoos** y la **okichichich**, pequeñas y negras.

8º y 9º La **coharichuch** y la **oceturuch**, chiquitas y amarillas, pero distintas de la señorita.

Las especies que producen miel dañina y que sólo los indios saben identificar porque parece tener el mismo sabor que la buena, son tres: la **orecroch** y la **overecepes**, cuya miel produce espasmos nerviosos y enfermedades terribles; la **omocayoch**, cuya miel deliciosa embriaga como una bebida espirituosa y llega hasta extraviar la razón durante cierto tiempo. Como se requiere el ojo experimentado de los indios para distinguir a estas especies de las otras, los españoles, temiendo equivocarse, buscan únicamente las señoritas, cuya pequeña talla y color amarillo las hacen inconfundibles.

La única especie provista de aguijón, denominada **botoropes**, es la más grande de todas; produce una miel excelente pero, por temor d que los pique, los indios no la buscan mientras puedan pasarse sin ella. Si es necesario hacerlo, se apoderan de la miel y la cera después de haber espantado a los insectos por medio de una humareda espesa, que producen encendiendo hojas mojadas.

La cera se extrae del bosque negruzca y blanda. Para blanquearla y darle la consistencia necesaria se la somete a diversas preparaciones. Se hierva mucho tiempo con ceniza de plantas que contengan mucha potasa. Tras este primer lavado se mezcla con cal y se expone durante unos meses al rocío, en unas plataformas llamadas tendales. Cuando ha permanecido el tiempo suficiente para blanquearse, se la vuelve a fundir, haciendo panes que se envían a Santa Cruz. Entonces la cera es blanca, sólida y hasta quebradiza; al arder expande una aroma bastante fuerte y agradable. Hasta el presente se la dedica a usos de iglesia. En años comunes, en 1829 por ejemplo, la provincia de Chiquitos tenía almacenadas 119.726 libras de cera.

¹ Autores demasiado sistemáticos pretenden que están abejas tienen aguijón. Puedo aseverar que no lo tienen, después de haber hecho todas las experiencias susceptibles de asegurármelo

Proseguí mis investigaciones hasta el 1º de septiembre y me dispuse a visitar las misiones del sur. El 2 de septiembre me dirigí a la misión de San Rafael, pero me costó mucho trabajo sacar al gobernador de su casa y recién partimos a las once, en la hora del calor más intenso. Era uno de esos días en que la atmósfera se carga de materias nebulosas, secas y ondulantes, en que el horizonte no está claro, en que el sol de los trópicos asesta sus rayos con violencia que ningún soplo de viento atempera. El aire que respiraba era como fuego y sufrí horriblemente. Sin embargo, encontré indios cargados, caminando al rayo del sol con la cabeza descubierta, sin parecer afectados.

En dirección sursudeste, sobre las colinas, el camino está bordeado de arboleda espesa, mezclada de cañas o bambúes delgados y verticilados; en los valles, el pasto estaba seco, sin que la diferencia de nivel existente fuera superior a cincuenta metros. Tras cinco leguas de marcha, San Rafael apareció a un kilómetro de distancia, sobre una altura. Su alta torre y edificios rodeados de palmeras ofrecían el aspecto más pintoresco. El cura y el administrador me recibieron en forma inmejorable.

MISIÓN DE SAN RAFAEL

Situada a cuarenta y cinco leguas al norte de San José y fundada en 1696,¹ San Rafael es una de las lindas misiones de la provincia. La iglesia está bien decorada; la plaza, limpia; el colegio y la torre, bien contruídos. Al ver cada nueva misión experimentaba una impresión de sorpresa, pensando que esos monumentos contruídos bajo la dirección de los jesuitas, eran obra de hombres apenas salidos del estado salvaje. No podía cansarme de admirar los progresos inauditos que la orden alcanzara en tan poco tiempo. Sobre todo me impresionaron en San Rafael los talleres y objetos manufacturados, tanto muebles como artículos de cerrajería y tejidos. Nada mejor había visto en las ciudades más civilizados de Bolivia. Todo era obra de los jesuitas.

Las casas de los indios estuvieron en un principio alineados en San Rafael, igual que por todas partes; pero un incendio había destruido parte de ellas y el administrador, de acuerdo con el cura, cambió el orden, disponiendo la construcción de bloques cuadrados en cuyo interior se hizo un gran patio donde los indios podían criar aves.

En su origen la población de la misión se componía de naciones diferentes, a las que los jesuitas mezclaron chiquitos² ya cristianos, para convertirlas al cristianismo con mayor facilidad. Estas naciones eran los **curucanecas**, **corabecas** y **huataasis**. Los primeros vivían en los bosques y fueron reducidos sin esfuerzo. En la actualidad se fundieron tan bien con los chiquitos, que ya no recuerdan su idioma primitivo. Los demás resultaron ser los más insumisos de los salvajes de la comarca; aseguran los indios que volvieron a los bosques de los que habían salido. Las guerras de la independencia hicieron sufrir mucho a la misión y, en 1815, pereció gran número de indios en el horrible episodio de San Bárbara que en seguida he de referirme. El ejército acampó durante largo tiempo en el propio San Rafael, sembrando el desorden. Su población actual alcanza apenas a 1059 almas.

¹ Fernández, *Relación historial de los Chiquitos*, p. 84.

² Las tribus de los chiquitos son los *matahucas*, *kihikikias* y *tañipicas*.

CAPÍTULO VIII

Viaje a las Misiones del Sur de la Provincia de Chiquitos y regreso a las Misiones del Centro y Oeste

§ 1

VIAJE A LAS MISIONES DEL SUR DE LA PROVINCIA DE CHIKUITOS.- CAMINO A SAN JOSE.

EL domingo, después de misa, nos pusimos en marcha con un calor sofocante. La tropa compuesta por el séquito del gobernador y el mío hacía un total de veinte personas, entre las cuales el cura de San Rafael desempeñaba las funciones de capellán del gobernador.

Al salir de San Rafael entré en un bosque espeso, lleno de cañas verticiladas. Del que recién salí tres leguas más allá, en la hondonada de **Santa Bárbara**. Pasando por este valle, el gobernador me señaló el lugar donde, el 7 de octubre de 1815, se había librado una de las batallas más cruentas de la guerra de independencia. Las tropas españolas, al mando de Altolaquerro y cuyo segundo era don Marcelino de la Peña, con tres mil indios, se habían emboscado tras un atrincheramiento en el mismo fondo del valle, teniendo a sus flancos a los indios chiquitos. Los atacaron de flanco las fuerzas de Uvarnes, comandante general de las tropas de la independencia.

El ejército patriota, compuesto por quinientos jinetes y mil quinientos infantes, cargó sobre los indios profiriendo gritos de muerte. Estos se desbandaron llevando tal desorden a las tropas españolas que todos fueron muertos con excepción de treinta hombres, entre quienes había cuatro oficiales, que lograron escapar; uno de ellos era don Marcelino de la Peña, gobernador de Chiquito. La carnicería fue horrible. Muertos y heridos cubrían la llanura. Cansado de matar, Uvarnes pensó que para desembarazarse de los heridos lo más rápido sería pegar fuego a la maleza y altos pastos del campo, quemando así a los desventurados que aún respiraban. Este acto horrible de los jefes políticos, por desgracia se ha reproducido con demasiada frecuencia y sólo el fanatismo del espíritu partidista podría explicar semejante inhumanidad. En la jornada perecieron más de mil indios.

Don Marcelino de la Peña se libró de la carnicería y pudo ganar el monte. Se dirigía a Santa Ana, entonces en poder de los patriotas, cuando encontró por el camino a una joven india que fuera su protegida. La muchacha lo detuvo a su paso, salvándolo de una muerte segura al impedirlo entrar en Santa Ana, proveyéndole de alimentos para subsistir y guiándolo por los bosques hasta el Brasil. Llegados a la frontera, quiso acompañarlo en su fuga, pero como de la Peña no consintiera, le hizo aceptar su cruz de plata para que se procurara de qué vivir, a su llegada al exilio. Este rasgo de generosidad y abnegación en una niña de catorce años, semisalvaje, que contrasta violentamente con la conducta atroz de Uvarnes, reconcilia un poco con la especie humana.

Crucé un gran bosque a cuyo extremo, cerca del lugar denominado **La Piedra**, encontré un poco de agua, que el exceso de calor me hizo considerar muy rica. De aquel lugar seguí por un prado seco entonces, que se inundaba en la estación de las lluvias, y llegué al alto de **San Nicolás**, situado en una llanura pantanosa, no lejos del **Curichi de San Miguel**, pantano muy profundo y lleno de agua, afluente del río San Miguel, en el que pude pescar a la noche. Me hallaba a dos leguas al oeste de San Rafael.

Después de haber sido terriblemente atormentado por nubes de mosquitos, dejé San Nicolás internándome en una serie de pequeños llanos que se inundan en la estación de las lluvias y con frecuencia aparecen llenos de fango. Están cubiertos de pastos altos, sembrados de palmeras carondaï y bordeados de bosques espesos. Esta sucesión de pantanos, orientados hacia el sursudoeste, forma en su extremidad una depresión bastante extensa donde las aguas de todo el valle se unen en un hermoso lago que nunca se seca. El lago, denominado **Laguna de los Migueleños**, tiene más de dos kilómetros de longitud; sus bordes están cubiertos de pastos altos. Sin embargo es posible acercarse por varios lugares; allí pasé parte del día en investigaciones de historia natural y encontré a numerosos indios de la misión de San Miguel, dedicados a la pesca de una especie de siluro que salan y ponen a secar como conserva. Obtuve varios especímenes interesantes de conchas de agua dulce.¹

Me vi en la precisión de abandonar el lago para volver al campamento. Encontré al gobernador a la sombra de un gran árbol, en un sitio muy pintoresco. El grupo se había instalado al borde del bosque, cerca de un dilatado llano inundado, donde, sobre un horizonte de palmeras, se dibujaban al sur las crestas redondeadas de la cadena de gneis de San Lorenzo, que domina una zona del todo horizontal, inundada durante la mayor parte del año.

Por la noche, acostado en medio de más de ochenta indios, escuchaba a un joven que, tendido en su hamaca, tocaba en la flauta todos los aires de su pueblo. Esta música monótona y triste, en medio del silencio y oscuridad de los bosques, me impulsó suavemente hacia divagaciones melancólicas. Este pobre indio –me decía– apenas a dieciséis leguas de su pueblo, trata de recordarlo y sufre la lejanía. Semejante pensamiento me hizo recordar, sin quererlo, a mi patria, de las que me alejara ya seis años y que no me atrevía a evocar, perdido como estaba en el fondo de los desiertos centrales de América y tan lejos de Francia y su civilización. Cuando algún incidente me llevaba así al otro hemisferio, el único capaz de hacerme feliz, trataba de levantar el velo del porvenir y presentir el futuro de mi vida con los goces sufrimientos que me estaban deparados. En ese laberinto inextricable me perdía hasta donde el sueño, tan necesario después del cansancio de la jornada, ya no me podía acompañar. El alba me sorprendía sumido en estas cavilaciones, cubiertas con más frecuencia de nubes oscuras, que alumbradas por los rayos de la esperanza.

En esas regiones todo es excesivo. Cuando vienen las lluvias el campo se inunda por completo y se interrumpen las comunicaciones entre las misiones del sur de la provincia. Por el contrario, en la estación que transcurría, la falta de agua se hacía sentir en todas partes, obligando a efectuar paradas muy distantes entre sí. Sin embargo, confiando en franquear un techo de catorce leguas, el grupo se puso en marcha al salir el sol. Seguí la orilla del bosque, luego entré en una llanura vasta, cubierta de palmeras carondaï donde en tiempos de los jesuitas existió la estancia **San Xavier**. La víspera había pasado cerca de una finca también abandonada por falta de animales: las guerras de la independencia arruinaron toda la provincia. Al llano sucedió un bosque por el que anduve seis leguas. El calor excesivo resultaba intensificado por la absoluta carencia de sombra. Sólo algunas especies mostraban, de tanto en tanto, su follaje verde oscuro de triste aspecto. Lo que aumentaba el aspecto árido del bosque y llanuras era ver por todas partes ramas quebradas y el suelo cubierto de cenizas negras, porque los indios, según su mala costumbre, habían incendiado todos los campos para que se renovaran los pastos. Antes de dejar el bosque advertí al este los altos mamelones de gneis que pertenecen a la cadena de **San Carlos**, que parece cortar en ángulo recto la cadena de San Lorenzo, hacia la cual me dirigía. Estas montañas, que apenas se alzan quinientos o seiscientos metros sobre el nivel de la llanura, están cubiertas de vegetación en todos los lugares donde el suelo no está desnudo. A la salida del bosque atravesé la llanura decorada con palmeras carondaï, mezcladas a palmeras motacús en las partes arenosas, hasta los pies de la cadena de San Lorenzo, que atravesé entre dos mamelones por el sitio llamado **San Juan Nama**. El aspecto pintoresco de la campiña me habría interesado sobremanera

¹ Entre otras, la *ceradotes chiquitensis*, d'Orb.

en cualesquiera otras circunstancias, pero devorado por una sed intensa y expuesto a los rayos de un sol incandescente, padecía demasiado para admirarlo. Aún me faltaba recorrer cuatro leguas de llano cubierto de palmeras hasta la parada de San Lorenzo, donde por fin encontré un poco de agua estancada que, para hacerla tolerable, hubo que mezclar con harina de maíz.

En las cercanías de la parada y debido a la proximidad del agua el campo estaba lleno de guacamayos rojos, que volaban en grandes bandadas, profiriendo gritos desagradables. Como no eran muy ariscos pude matarlo en cantidad. Me hallaba a unas dos leguas de la cadena de San Lorenzo y no pude resistir el deseo de ir a estudiar su composición geológica. Dejé mi tropa y, acompañado por el gobernador y el cura de San Rafael, trepé un terreno muy desigual, cubierto de trozos de cuarzo y poblado por árboles de diversas especies. Al mismo pie de la cadena encontré, en el sitio denominado San Miguel, una casita de indios situada en una hondonada preciosa, provista de la vegetación más fresca y que riega un arroyo de aguas límpidas. Remonté el arroyo a la sombra de grandes árboles, desembocando en un enorme campo de bananeros, cuyas últimas plantas bañaba el agua que caía de roca en roca por una muralla de gneis, sustancia de que toda la montaña se componía. Una suave frescura se hacía sentir en ese lugar encantador, tan distinto de los campos circundantes. Como no me cansaba de contemplar aquel oasis delicioso recién a la noche volví a la casita, cerca de la cual me eché en la hamaca, después de una comida ligera. Creí que disfrutaría del reposo, pero miríadas de mosquitos y sobre todo una especie de insecto llamado piojo **garrapata**, me impidieron cerrar los ojos, obligándome a pasearme durante gran parte de la noche.

Siete leguas me separaban de la estancia de San Ignacio, situada al sursudeste del lugar en que me encontraba. Abandoné temprano la humilde cabaña y tras una legua de bosque volví a encontrar los palmares de carondaí, que por sí solos señalan todos los lugares inundados en la estación lluviosa. El aspecto extraño de esos lugares me abrevió el camino. Sin embargo me detuve unos momentos junto a las ruinas de la antigua finca abandonada, de **Santiago**, que me proporcionaron un agua estancada y fétida, y llegué temprano a San Ignacio, donde me uní al resto de la caravana.

7 de setiembre

La estancia de San Ignacio sólo dista seis leguas de San José; estaba pues por alcanzar el fin de mi viaje, abandonando el desierto. Partí a la mañana, penetrando de inmediato en un bosque que se extendía hasta a misión, adonde llegué temprano.

MISIÓN DE SAN JOSÉ Y CAMINO A SANTIAGO

Después de haber recibido los saludos del administrador, el cura y las autoridades indígenas sucesivamente, hicimos nuestra entrada, como de costumbre, bajo arcos de triunfo y precedidos hasta la plaza y de ahí al colegio por jóvenes indios de ambos sexos que bailaban y cantaban.

8 de setiembre

La misión de San José, situada aproximadamente a 17° 40' de latitud sur y 60° 20' de longitud oeste de París, fue fundada con carácter definitivo, en 1706,¹ por los jesuitas, sólo con chiquitos,² restos de los indios amigos de la antigua ciudad de Santa Cruz de la Sierra, cuyas ruinas distan media legua. Su población alcanzaba a unas 5.000 personas, pero siete años de hambruna y la viruela boba habían causado la muerte de muchos. En la actualidad suman 1.800 los habitantes. Ocupan un emplazamiento pintoresco, a no más de una legua de la sierra San

¹ Fernández, *Relación historial de los Chiquitos*, p. 181.

² El padre Fernández, *loc. cit.*, p. 85, se refiere a las tribus *boxos*, *taotos*, *pentos*, *chamaros* y *piñocas*. Cuando fui allá en 1831, el cacique me aseguró que la misión se componía de las tribus *chamanucas*, *penokikias* y *plococas*, siendo la última la más numerosa.

José, cadena de montañas de poca elevación y de dirección este-sudeste, que presenta laderas escarpadas en cornisas y a cuyo pie se extiende, al norte y al sur, un bosque con muchos claros. Allí construyeron San José, cerca de un arroyito que baja a la hondonada de Sutos, la que se convirtió en embalse para regadío de todo el campo circunvecino. El emplazamiento de la misión es horizontal, pero a escasa distancia se ve la montada de **Las Chaquiras**, mamelón redondeado cuyos flancos boscosos se diseñan en forma agradable sobre el cielo más bello del mundo. Mucho tiempo fue San José capital de la provincia y sede del gobierno jesuítico, que le dedicó todos sus cuidados, pero los padres fueron expulsados antes de concluir su obra, ya que la iglesia no estaba terminada. Después, San José quedó como intermediaria de las misiones del este, pues se le llevan todos los productos de las demás, destinados a Santa Cruz, por un camino especial que atraviesa el bosque sin pasar por las misiones occidentales.

Cuando se ha estado mucho tiempo en los bosques, cualquier edificio produce una impresión notable; así fue como al llegar a la misión me sorprendió el aspecto de la plaza, por las construcciones que la encuadraban, ya que no respondía a la idea de una población formada por hombres apenas salidos del estado salvaje. Con verdadero gusto observé estructuras de piedras, construídas en el estilo morisco y de factura original, que traté de reproducir al lápiz. Estos monumentos consisten en una torre cuadrada, de tres pisos, provista de una galería en el superior. Constituye el portal de entrada al colegio. A la izquierda se alza el frontispicio de la iglesia, de arquitectura simple, coronada igual que la torre de pequeñas pilastras y cruces de piedra. Sólo este frente existía cuando se produjo la expulsión de los jesuitas en 1767, por lo que la construcción del cuerpo de la iglesia, proseguida por los administradores, se resiente por ausencia de los hombres que la comenzaran. Aún más a la izquierda está la **Capilla de los Muertos**, donde se los deposita durante veinticuatro horas, antes de proceder a su inhumación. A la derecha está la casa de gobierno o colegio. Este cuerpo de edificio tiene estructura abovedada, muy favorable a la conservación de cierta frescura, en la zona tórrida. El colegio cuenta con más de tres patios rodeados de habitaciones y talleres. La plaza es enorme, decorada en el centro con una cruz de piedra rodeada de palmeras. Los frentes descritos forman uno de sus lados; ocupan los otros tres las casas de los jueces, que en total constituyen nueve grupos de casas. Por desgracia, entre un grupo y otro, al principio de cada calle se emplazó una cruz con palmeras y, en los cuatro ángulos de la plaza, capillas destinadas a las procesiones, que la encierran e imposibilitan toda perspectiva. Componen el resto de la misión hileras de casas ordenadas en filas longitudinales y transversales, que suman unas ochenta.

Los productos de San José son muy importantes; se fabrican hamacas y tejidos de algodón, como en las otras misiones. Además se cosecha gran cantidad de tamarindo para usos farmacéuticos y la cera es mejor que en cualquier otra parte. Uno de los grandes beneficios del país lo constituye la sal que se va a recoger anualmente a unas sesenta leguas al sursudeste, en dos inmensos lagos salados, donde el mineral cristaliza naturalmente durante las sequías. Se transporta al hombro o en trineos arrastrados por bueyes a las demás misiones, donde sus administradores lo emplean para pagar a los indios sus trabajos de hilados u otros. En cierto modo es la moneda corriente en la provincia, por tratarse de un producto de primera necesidad.

Ya me he referido varias veces a la desagradable costumbre que tiene la población de incendiar todos los años los campos a fin de renovar los pastos. Si bien los lugares en que el procedimiento se aplica hace tiempo, no están totalmente despoblados de árboles, se hallan en camino de estarlo pronto. Sólo muestran ejemplares espaciados y de mal desarrollo, careciendo en absoluto de arboledas tupidas y macizos sombreados. Este principio de extinción ha dado lugar, en ciertos puntos, a sequías hasta entonces desconocidas, que año tras año se intensifican en forma impresionante. San José tuvo que soportar una calamidad de esta clase durante siete años en que sus habitantes no levantaron una sola cosecha, habiendo perecido muchos de hambre, por efecto de la imprevisión del administrador; esta calamidad determinó la construcción del depósito de agua en Sutos. El efecto de los incendios es tan notorio que en vez de aquellos árboles gigantescos que cubren los sitios apartados de las misiones, actualmente no se ve más especímenes achaparrados de una vegetación empobrecida, junto a los lugares habitados, que día a día ralea. No hay duda

que si la administración no adopta severos medios de represión con criterio de conservación, esta costumbre prepara una verdadera catástrofe para el futuro.

Pasé en San José seis días, dedicados a recorrer los alrededores y poner al día mis notas. En una oportunidad salí camino a **Sutos**, de donde parte el riacho que riega las cercanías de la misión. Para llegar atravesé terrenos cubiertos de arbolitos, que me llevaron al pie de la montaña. Allí, en una hondonada, encontré una chacra y un extenso bananal, rodeado de vegetación activa y de una frescura que contrastaba con la sequedad del aire ardiente del campo circundante, donde todo estaba quemado por el fuego y el sol. No podría describir el placer que experimenté en ese lugar encantador. Por todas partes fluye agua entre las rocas y ya se excavó en el gres un amplio estanque natural, lleno de un caudal limpio como cristal. Todo me retenía en el vallecito, y especialmente la vista de su imponente muralla de gres ferruginoso, de trescientos metros de altura que formaba como cornisas en cuyos cortes se mostraban las distintas capas cuya consistencia desigual originaba salientes y concavidades cubiertas de plantas. Allí todos los gastos corrieron por cuenta de la naturaleza que pobló el lugar con millares de guacamayos rojos y tucanes cuyos gritos agudos desentonan del murmullo de las aguas, animando el conjunto. Cuando se conocen las hermosas cascadas del lago de Oo, del circo Gavarnie en los Pirineos y las Giesbach en Suiza, que descienden entre los pinos fríos, cerca de neveras eternas, alegría encontrarlas en la zona tórrida, rodeadas de plátanos, palmeras y animales de ricos colores, propios de los países cálidos. El contraste más intenso parece aumentar en América el encanto de esos cuadros naturales.

Otro día fui a visitar una fuente termal situada a tres leguas al este-sudeste, al pie de la montaña. Pasé junto al **Cerro de las Chaquiras** (perlas de vidrio), llamado así porque los indios suponían que las baratijas que recibían de los jesuitas provenían de esta montaña. Como después de expulsados los jesuitas ya no fue posible encontrarlas allá, los indios creen ingenuamente que las perlas se escondieron a raíz de la partida de sus padres, como los llaman. Se trata de un mamelón de gres, aislado en la llanura y separado por completo del resto de la cadena. Al llegar a la fuente encontré un bananal magnífico, en medio del cual había un ranchito techado con paja. Era un oasis cuya fresca verdura contrastaba con el campo seco y árido de los alrededores, retazo de vegetación activa que la fuente alimenta, borbotando en la arena al aflorar, mientras forma un lindo arroyo de casi un cuarto metro de fuerza, que riega el bananal y fertiliza esa parte del suelo. No tenía termómetro, pero la tibieza del agua me permitió atribuirle una temperatura no superior a treinta y seis grados centígrados.

A juzgar por su temperatura esta agua debe provenir de una profundidad de quinientos metros, por lo menos. La fuerza con que brota evidencia que se podría darle con facilidad un nivel más alto, elevando su cuenca, lo que haría posible su explotación industrial, a la vez que la agrícola, utilizándola como motor de cualquier fabricación establecida en gran escala. De tal fecundaría la tierra y pondría en movimiento simultáneamente una maquinaria bastante grande. Lo mismo podría hacerse con la cascada de Sutos.

Dos kilómetros más al este hay una gran explotación de piedra caliza. Quise conocerla y encontré, bajo el gres cuarzoso, uno calcáreo magnesiano o gres cálcico, más rico en silicio que en sal, aunque mediante la calcinación rinde una cal bastante buena. Para determinar con exactitud el yacimiento geológico de esa capa en el conjunto de la montaña, quise trepar a la cima, entre espinos y piedras movedizas, luchando con el calor sofocante del mediodía. Llegué, por cierto, a costa de mil esfuerzos, encontrando sólo el gres ferroso de San José; en cambio tuve una magnífica vista de conjunto de la campiña. Jadeando bajo el fuego de un sol ardiente y muriéndome de sed, descendí a la cabaña. Pedí agua para refrescarme y en seguida me la trajeron, sacándola de la vertiente. La bebí toda sin respirar y me acometieron de inmediato unos vómitos atroces que duraron parte del día. En aquellas regiones, los primeros meses de la primavera, antes de la estación de las lluvias, son los más difíciles de soportar. Un calor seco y sin viento, obliga a respirar un aire ardoroso que no atempera siquiera la frescura de las noches de las otras estaciones. Expuesto todos los días a este calor aplastante, sufría su efecto funestos, en forma de un malestar continuo, un

1831
San José
(Chiquitos)

desfallecimiento que sólo mi ánimo podía sobrellevar. Por cierto que no habría resistido, si el viento sur no hubiera refrescado la atmósfera la misma noche, devolviéndome la energía.

Me faltaba visitar un lugar curioso por los recuerdos históricos que se le vinculan. Quiero referirme a la antigua ciudad de Santa Cruz de la Sierra, situada a dos kilómetros al oeste de San José, en el bosque y bastante cerca de la montaña. A pesar de la proximidad de las montañas y la abundancia de materiales, esta ciudad se había construido de barro; cubría casi un kilómetro de anchura y por los montículos de tierra alineados se nota que estaba ordenada en cuadras, o manzanas cuadradas, entre las cuales se distinguían la plaza y el emplazamiento de la iglesia, entonces cubierto todo de árboles diseminados entre restos de calles y casas.

Después de las tentativas que hicieron desde Paraguay Núñez Cabeza de Vaca en 1542¹ e Irala en 1548² para penetrar en Perú por Chiquitos, Irala, nombrado gobernador de Paraguay, envió en 1557 a Ñuflo de Cháves a fundar una ciudad en el extremo oriental de la provincia de Chiquitos, no lejos del río Paraguay.³ Pero Ñuflo de Cháves poco tiempo después supo la muerte de Irala y resolvió echar los cimientos de una ciudad independiente de Paraguay, decisión que le valió ser abandonado por parte de sus soldados. Sin embargo, tras algunos fracasos, obtuvo por último del virrey de Lima permiso para fundar en 1560⁴ una ciudad que llamó **Santa Cruz de la Sierra**, aludiendo a las montañas vecinas. Esta ciudad empezaba a prosperar cuando, cinco años más tarde, los Chiriguano mataron a Ñuflo de Cháves. A partir de ese momento los españoles tuvieron exigencias que hasta entonces no había impuesto a los indios organizados por ellos mismos en **encomiendas** y quisieron privarlos de sus hijos para someterlos a la esclavitud, pero estos actos tiránicos produjeron conflictos que los obligaron a abandonar Santa Cruz. Cuando en 1575 el virrey de Lima ordenó la fundación de **San Lorenzo de la Frontera** todos fueron a establecerse en la nueva ciudad, a la que llevaron el nombre de la vieja. Se convirtió en la Santa Cruz actual, situada a cerca de tres grados al oeste de la otra, no lejos de los últimos contrafuertes de la Cordillera, hacia los 17° 20' de latitud y 65° 20' de longitud oeste de París; de este modo, tras quince años de existencia, Santa Cruz fue abandonada por completo y los indígenas volvieron al estado salvaje hasta la llegada de los jesuitas. Largo rato recorrí sus calles, remontándome a aquellos tiempos caballerescos, cuando hombres apenas armados cruzaban el continente por lugares donde nadie se atrevería a arriesgarse en la actualidad.

El cura de San José, cazador renombrado en toda la provincia, había suprimido, por así decirlo, él sólo a todos los jaguares de la vecindad. En cuanto sabía de la existencia de alguno de esos animales, salía a cazarlo con su jauría, compuesta de una veintena de perros, y siempre lograba matarlo. Una mañana quise acompañarlo a cazar el tapir. Salimos antes del amanecer y cuando clareaba habíamos ganado un sitio húmedo al que pronto fue dirigido, por los perros que lo acosaba, un tapir del tamaño de una corza; tuve el gusto de matarlo. Era el septuagésimo séptimo que el cura cazaba en los últimos dos años, pues sólo alimentaba a la jauría con el producto de sus cacerías matinales. Los tapires abundan en esta parte de la provincia, donde sus senderos, trazados entre los bosques, pueden extraviar a menudo al viajero.

Durante mi estadía se habían realizado muchos bailes y me fue posible observar al conjunto de la población que, aunque fuerte y bien formada, no tenía rasgos tan armoniosos como los indios de Santa Ana. Está lejos, asimismo, de ser tan educada como ellos y sus danzas carecen de gracia.

El 15 de setiembre dejaba San José para dirigirme a la misión de Santiago, situada a varias jornadas de marcha, en dirección este-sudeste. El primer día recorrí ocho leguas,

¹ Núñez Cabeza de Vaca, *Comentarios*, p. 42.

² Padre Guevara, p. 110; Ruy Díaz de Guzmán, *Historia Argentina*, p. 72.

³ Fernández, *Relación de los Chiquitos*; p. 46

⁴ Ruy Díaz de Guzmán, p.

14 de setiembre

paralelamente a la Sierra de San José, a casi una legua de distancia, atravesando bosques más bien ralos y pequeños llanos muy secos y árido entonces. Sin detenerme, pasé por los altos

Pauro y Kitooch y después de haber encontrado un bosque más espeso, llegué al de **Botija**¹ desde el cual veía, a poca distancia, una sucesión de montañas redondeadas, formadas por la extremidad oriental de la cadena de San José. Esta serie de mamelones cónicos, comas obtusas y pendientes uniformes, me recordaba el perfil de las montañas pertenecientes a terrenos traquíticos, en la cumbre de las cordilleras. Pero su estructura es muy distinta, y que se componen de gres antiguos, friales en parte, características que hizo desaparecer los cortes abruptos de las laderas para darles una inclinación bastante suave. Esta analogía se debe a los elementos poco menos que móviles, que componen a unas y otras.

A tres leguas de Botija pasé al pie del último mamelón de gres, atravesé un pequeño hondón y más allá me encontré en un alcor boscoso donde advertí, ocultas por grandes árboles, la torre y ruinas de la vieja misión de San Juan. Sabiendo que pasaríamos por allí, el administrador había hecho abrir camino por la maleza y los árboles que crecieron entre las ruinas. La torre estaba intacta, pero sin techo; en la iglesia, muy amplia, se veían los troncos de los árboles crecidos al lado de columnas del mismo espesor, aun cubiertas en parte de pinturas. Este contraste entre despojos artísticos y vegetación invasora, tenía algo que entristecía. Apenas habían transcurrido cincuenta años después del abandono de esos edificios que evocaban un esplendor pasado y ya la naturaleza volvía por sus fueros con tanto vigor, que quizás dentro de pocos años ya no queden siquiera sus rastros. Los edificios me parecieron grandes y bien contruidos, pero no pude entrar en los patios, ya invadidos por el bosque.

Sorprendido por el abandono de la misión, interrogué al respecto al gobernador, quien me aseguró que en el tiempo que los curas solos dirigían las misiones, sin administradores, los religiosos que gobernaban ésta resolvieron por su propia cuenta abandonarla, hacia 1780, desperdiciando las hermosas construcciones debida al trabajo obstinado de los jesuitas, y trasladada diez y ocho leguas más al este, pretextando carencia de agua. Hecho el traslado, la nueva misión de San Juan, que más tarde visité, sólo contaba con instalaciones provisionarias, pues tanto la iglesia como los restantes edificios estaban hechos de barro y techados de paja. Al parecer, el motivo verdadero que los religiosos tuvieron para abandonar la misión era acercarse a la frontera con Brasil, con el objeto de vender a los brasileños parte del ganado que en aquel entonces criaban en gran cantidad. Sea como fuere, sentí una impresión de tristeza al pensar que todos los monumentos destruidos por accidentes o de cualquier otra manera, desde la expulsión de los jesuitas, sólo tuvieron una refacción provisoria. Es fácil entonces prever la desaparición completa de los grandes edificios que serán sustituidos por simples cabañas; de tal modo, aquel esplendor de la providencia no habrá hecho otra cosa que pasar, como un lindo día seguido por una noche tormentosa.

Dediqué un día a recorrer los alrededores del lugar, conocido por **Tapera de San Juan**, recogiendo la multitud de curiosas muestras de historia natural. Pese a la sequía, la vegetación comenzaba a mostrar hojas nuevas en algunas plantas tempranas, entre las que encontré una acacia rosada que hasta tenía flores, cuyo perfume embalsamaba los campos. Se veía que la naturaleza abrumada bajo el fuego solar, no esperaba más que una lluvia bienhechora para cubrirse con su más rico atavío primaveral. Me había instalado en una finca cercana a un gran lago, de donde disfrutaba de una vista espléndida. Las elevadas cadenas de San Lorenzo de Ipias se perfilaban en el horizonte y la montaña de **Chochiis** se perdía en la lejanía. La campiña vecina nada se parecía a la del oeste de la provincia. Ya no había ni una palmera; tierras suavemente

¹ En castellano, botija es el nombre de la damajuana; este lugar fue bautizado así por la forma de las montañas vecinas, que en efecto parecen la parte superior de una damajuana.

accidentadas, arenosas, que formaban setos conocidos por **Chaparrales**,² parecidos a las **Capoeiras** de los brasileños. No se trata de bosques ni llanos, sino de superficies cubiertas de arbolitos, arbustos y sobre todo zarzales espinosos. Como en todas partes, estas plantas reemplazan a la vegetación primitiva, que la agricultura talara. Me preguntaba si los numerosos incendios sucesivos del campo no habrían producido la sustitución por estos chaparrales de la vegetación primitiva que seguía cubriendo los circundantes.

Atravesando cinco leguas de chaparrales de aspecto triste, llegué al alto de **San Lorenzo**, situado cerca del río **San Juan**, primer afluente del Tucabaca, cuyas aguas se vierten en el Paraguay. Al proseguir por el fondo de un ancho valle comprendido entre la Sierra de San José y la de San Juan, había pasado sin advertirlo de la vertiente del Amazonas a la del Plata. Podría creerse que la línea divisoria de agua entre los dos ríos mayores del mundo está señalada con nitidez por cadenas montañosas proporcionadas a la extensión de la vertiente; pero no es así y, como ya lo he dicho, el Amazonas y el Plata se confunden en varios puntos distintos, permitiendo, con pocos gastos, la formación de un sistema de canales que podría atravesar el interior de todo el continente americano, de la línea hasta el grado 34.

Dejé el alto un momento, remonté el arroyo una media legua y llegué a una depresión inundada en parte, donde encontré una profusión de senderos trazados. Me sorprendí, atribuyéndole la vecindad de una chacra, cuando identifiqué huellas de los tapires que noche a noche acuden al arroyo. Sin embargo, esa profusión de sendas trazadas sobre más de media legua de extensión, corresponde a centenares de animales, que siguen todos al parecer los mismos caminos. Por los voluminosos montículos de estiércol que encontré deduje que todos evacuan en un lugar.

Desde la parada de San Lorenzo podía divisar las montañas de este nombre. Las creía a no más de una legua de distancia, mientras admiraba sus cúspides horizontales, sus paredes talladas perpendicularmente y el color rojizo. En algunos puntos se perfilaba a doscientos o trescientos metros de altura, junto a torrecillas y bloques cortados a pico. El conjunto podría haberse tomado más bien como un vasto sistema de fortificaciones, con sus bastiones, que como una cadena de montañas. Quise ir a examinarlas y al efecto monté a caballo. Me aventuré por un campo de espinos y arbustos achaparrados. Al comienzo pude recorrer el trayecto sin dificultades, pero pronto las zarzas se espesaron y las espinas se oponían en abundancia a mi avance; hice no obstante una legua, sufriendo desgarraduras en el traje por las espinas curvadas de cierta especie de acacia. Cuanto más avanzaba, más deseaba llegar a las montañas que casi creía tocar. Sin embargo, desgarrado, cubierto de rasguños e imposibilitado de proseguir a caballo, tuve que ponerme a luchar a pie contra los obstáculos que se multiplicaban a medida que me acercaba a la montaña; y tras una hora de tentativas inútiles, cubierto de polvo y sangre y con la ropa hecha jirones, tuve que parar sin haber alcanzado el objeto de mi salida. Volví tristemente al alto y fui a bañarme al arroyo para refrescarme y recobrar fuerzas. A la noche, seguí viaje por los chaparrales hasta el alto de Ipias, tres leguas más adelante, donde pasé la noche en mi hamaca.

Por el camino había encontrado indios de Santiago, que llevaban sal a las otras misiones. Guiaban unos cien bueyes, arrastrando balas de sal dispuestas sobre la horqueta de una rama que hacía las veces de trineo. Me impresionó un medio de transporte tan rudimentario y sobre todo la fuerza desperdiciada, puesto que cada yunta de bueyes no arrastraba más que cien kilogramos de aquel modo. En un país tan poco accidentado sería fácil construir caminos carreteros y entonces, con el mismo número de bueyes, podría transportarse veinte veces más mercaderías. Hice esta observación al gobernador, quien me pareció dispuesto a introducir vehículos con ruedas, desconocidos hasta entonces en la provincia.

² Sin duda es un nombre llevado por los españoles. Humboldt dice, *Relación histórica*, t.VI, p. 90, que proviene del árbol llamado *chaparro*, lo que es muy probable; pero allí no se encuentran verdaderos árboles y el término se refiere a los setos.

Desde la parada y siempre en la misma dirección, recorrí cuatro leguas aproximándome poco a poco a la cadena de Ipias, donde parecían congregarse todos los accidentes topográficos posibles, para darle aspecto de construcción en ruinas más que de montañas comunes. Enderecé hacia el punto más bajo de la sierra, al pie del Chochiis, por donde empecé a subir por un gres friable, muy colorado por el hierro, entre palmeritas rastreras y perfumadas acacias de flores rosadas. En la cumbre de la cadena, bastante cerca de la famosa montaña de Chochiis, el punto más elevado de toda la cadena, pasé al pie de un pico recto como una flecha, de casi doscientos metros de altura y que, suspendió sobre la cabeza del viajero, parece amenazarlo con caer al menor soplo del viento. Esta forma aguda de los montículos de gres es de las más singulares. Cuando se estudia la composición sorprende encontrar en la cima una parte más dura que lo demás, la que protege al resto de las lluvias casi perpendiculares, terminando a la larga por formar esas flechas y elevando los lados. Después de haber rebajado progresivamente su anchura, las lluvias producen su derrumbe, mientras las erosiones vecinas, al separar otros bloques de gres de la masa general, preparan otras flechas para el futuro.

Desde la cumbre de la sierra no observé ninguna elevación hacia el sur. Un horizonte de bosques sin límites se mostraba por todas partes, contrastando con la aridez de la vertiente septentrional. Luego supe que los jesuitas habían llevado la numerosa nación de los morotocas, desde los bosques que tenía a la vista a la misión de San Juan, a la que más tarde habré de referirme.

Al bajar por la pendiente meridional de la cadena, seguí al este, unos grados al sur, el pie mismo del Chochiis, teniendo siempre cerca las paredes perpendiculares de las montañas y las flechas, que se les desprenden. Su color rojo las hacía resaltar entre los grandes árboles, desprovistos entonces de su follaje. Tras cuatro leguas de marcha hice alto en la parada de Chochiis, donde nos esperaban varios indios de Santiago que el administrador enviara para descubrir el lugar accesible para trepar a la cima de la montaña, que tiene una elevación de cuatrocientos a quinientos metros sobre la llanura.

Cada vez que una montaña se distingue de las demás, por su forma o altura, cuanto más difícil sea su acceso tanto más fama adquiere por sus riquezas. El Illimani, cerca de La Paz, al que nadie subiera aún, dicen que se compone de oro macizo,¹ el Cerro del Inca, cerca de Samaipata, encierra tesoros. La montaña de San Simón, en Moxos, contiene los metales más preciosos.² El cerro de las Chaquiras, cerca de San José, también tiene productos misteriosos. El Chochiis, punto culminante de la cadena de Santiago, no podía menos que tener tesoros escondidos. Había oído decir y repetir en todos los tonos, por curas y administradores, que los jesuitas, únicos conocedores de la forma de llegar a la cima del Chochiis, habían recogido allí pepitas de oro de valor incalculable, fuente de su opulencia tan envidiada. Estos relatos populares podrían basarse en alguna realidad, por lo que resolví ascender a la montaña, proyecto que me valió la adhesión de más de una interesado. Después de haber observado que el Chochiis, al igual que toda la cadena, desde San José, se compone sólo de gres friable que data quizás de la época carbonífera, no tenía ninguna esperanza de encontrar oro, porque ese metal precioso integra exclusivamente en la cordillera las capas de esquistos y sus denudaciones. Hablando geológicamente, consideraba imposible la cosa; sin embargo mis razones no lograron convencer a mis compañeros de viaje, que se resistían a abandonar la ilusión de enriquecerse. Cuando se les pidió informes acerca de sus exploraciones, los indígenas que habían recibido orden de reconocer los alrededores declararon en forma unánime que, después de haber dado la vuelta al Chochiis, debían manifestar que la pared de la montaña estaba cortada toda a pico y por ninguna parte se la podía abordar. Esta circunstancia hizo que mis compañeros de viaje abandonaran finalmente su proyecto, con gran desilusión.

El esplendor de las misiones jesuíticas y sus riquezas exageradas por la envidia, hicieron que en todas partes se recurriese a medios extraordinarios para descubrir su origen. En Moxos,

¹ Creencia de los habitantes de La Paz.

² Ver la continuación del viaje; generalidades sobre la provincia de Moxos.

sirvió al efecto el cerro San Simón; en Chiquitos, el Chochiis y lavaderos de oro y diamantes que sólo los padres conocieran. Nunca se lo quiso ver en la explotación combinada de los productos naturales, en la agricultura e industria. Si los primeros fundadores de ciudades en el nuevo mundo no hubieran sacrificado todo a las minas, menospreciando la agricultura, habrían logrado bases sólidas de prosperidad y opulentas ciudades tal vez reemplazarían, en otros sitios, a Oruro y Potosí, cuya riqueza otrora proverbial ha venido a reducirse actualmente a ciudades semiabandonadas. La verdadera fuente de prosperidad de los establecimientos jesuíticos descansaba, pues, en su industria razonada y no en el producto de las minas, cuya explotación peligrosa acarrea, como secuencia de ingentes ganancias, la ruina completa de los interesados.

Ya que nada podía hacerse en Chochiis, se resolvió ir a pernoctar a tres leguas más allá, en el **Potrero de Yupees**. Llegamos después de haber cruzado tres torrentes secos en el bosque, descendiendo montañas cuyos pies contorneábamos. El fuego puesto recientemente a los campos había quemado todo en el pequeño llano de Yupees; hasta el ranchito de la parada. En consecuencia tuvimos que echarnos en el suelo, donde nos comieron los mosquitos.

El 19, obligado por la circunstancias, recorrí diez y siete leguas, alcanzando la entrada de Santiago. Atravesé bosques más o menos espesos, seguí el pie de las montañas y anduve sobre las capas de gres, inclinadas hacia el sur, pasando sucesivamente los
19 de setiembre torrente de **San Carlos, San Pedro, San Miguel, Soboreca, Uracirchikia. San Tavoé**. que descienden de las alturas y se unen en el llano, formando el río San Rafael, uno de los afluentes del Oxukis, que afluye al Paraguay cerca del grado 19 de latitud. Al decir de los indios, el río San Rafael sería navegable cerca de Santiago. En efecto, pude creerlo al ver el volumen de agua de sus numerosos afluentes. Pasé junto a las ruinas de numerosas fincas jesuíticas abandonadas. La campiña es hermosa por todas partes y ofrece sus tierras vírgenes, cubiertas de grandes árboles y algunas palmeras motacús, cuyo fresco verdor contrastaba con los bosques desprovistos en aquel entonces de su ornamento. Entre las ramas se divisaba la cadena de Santiago que siempre tenía a mi izquierda. En el **Río Soboreca** (de la bruja) paré un momento junta a un amplio estanque de agua limpia, naturalmente excavado en la greda. Dos leguas más lejos, en el río San Luís, comencé a ascender sobre capas de gres hasta el río Tayoé donde creímos que sería posible pernoctar. La sombra de los árboles y la proximidad de numerosos acacias cubiertas de flores rosadas y difundiendo un perfume que embalsamaba el aire, nos prometían un sosiego reparador, tras la fatigosa jornada; pero al ponerse el sol, nos rodearon nubes de mosquitos, haciéndonos imposible el descanso. Un claro de luna magnífico nos invitaba a proseguir la marcha para escapar a sus picaduras ponzoñosas. A medianoche ensillamos y anduvimos tres leguas por el monte, subiendo sin cesar por un terreno pedregoso, donde nuestros caballos, aún más cansados que nosotros, tropezaban a cada paso. Así llegamos a dos kilómetros de Santiago, cerca de la cumbre de la montaña, donde paramos para no entrar de noche. Extendí el poncho en el suelo y con el recado por almohada dormí hasta la mañana, sin que me molestaran los mosquitos.

MISION DE SANTIAGO DE CHIQUITOS

Me hallaba sumido en un sueño tan profundo que no oí al cura y al administrador de Santiago que, saliendo a nuestro encuentro, tuvieron la sorpresa de encontrarnos tan cerca. Mientras se ensillaba, recorrí los alrededores tan cerca. Mientras se ensillaba, recorrí los alrededores, que encontré cubiertos de plantas diferentes de las que observara en otras partes y recogí gran número de especies. Llegamos a la misión, atravesando una pendiente ondulada, y se nos recibió con los honores de uso. Todo el mundo estaba en pie y creo que nunca hubo tantas demostraciones de alegría.

1831
Santiago de
Chiquitos

Santiago, formada por indios **guarañocas** y **tapiis**, a quienes los jesuítas agregaron chiquitos para generalizar el uso de su idioma, fue primero fundada a diez leguas al este de la misión actual en la base meridional de la cadena de Santiago. Los guarañocas vivían al sur, en los bosques, y costó a los religiosos mucho trabajo reducirlos. Sólo lograron congregarse parte de la

nación. El resto siguió viviendo en estado salvaje en los bosques vecinos, viajando sin cesar, manteniéndose con caza, durmiendo en esteras y efectuando incesantes correrías por los dominios de las misiones, para robar todo lo que encontraran. La excesiva frecuencia de esas exacciones determinó a los jesuitas, allá por el año 1740, a transferir su residencia cerca de la cumbre de la montaña, al sitio que ahora ocupa. Allí edificaron un colegio y una iglesia, y el establecimiento pudo rivalizar con los demás. Sin embargo, la condición belicosa de los guarañocas les imponía muchas molestias. Siempre amenazaban con llevarse a sus compatriotas al fondo de los bosques circunvecinos. Después de la expulsión de los jesuitas, dos gobernadores de la provincia, don Gil Toledo y Ramos, quisieron conquistar la tribu guarañoca, todavía salvaje, pero en lugar de emplear su persuasión, como los jesuitas, entraron en campaña con soldados e hicieron fuego sobre los indios apenas los hubieron visto. Estas hostilidades los convirtieron en enemigos irreconciliables, que frecuentemente dañan la explotación de las salinas, atacando a los indios de Santiago y San José que se dirigen allá todos los años. Desde aquella época (hacia 1820) se dejó que los guarañocas salvajes vivieran en paz en sus montes. Hacia 1801 se incendió el colegio, consumiendo todo el establecimiento. Desde entonces ningún administrador pensó reconstruirlo; de manera que sólo queda la iglesia muy deteriorada, de todos los edificios levantados por los jesuitas. En la actualidad la población asciende a 1234 almas, guarañoca la mitad de ellas, y el resto compuesto de chiquitos y tapiis mezclados. Los últimos olvidaron por completo su idioma primitivo. En cuanto a los guarañocas, por ser numerosos conservaron siempre el suyo, sin dejar de aprender la lengua chiquita, que las instituciones jesuíticas hicieran obligatoria.

La misión de Santiago, distante cuarenta y siete leguas al este-sudeste de San José, ocupa posición envidiable, cerca de la cima de las montañas de Santiago, sobre su pendiente meridional y no lejos de un valle sombreado. Además, la dominan al norte las crestas altas y recortadas en gradas de la cumbre de la cadena, que le confiere un aspecto de grandeza pintoresca, ausente de las otras misiones de la provincia. Con excepción de la iglesia, todas de una hermosa fachada, sólo posee casas indias, en una de las cuales tuvimos que alojarnos, a falta de colegio.

Los productos actuales de Santiago son los mismos que los de las demás misiones, aunque en proporciones menores: se cosecha algodón y cera. Pero la ocupación principal de los indios es la extracción de sal durante la estación seca. Van a unas sesenta leguas al sudoeste a sacar de una salina vecina a la de San José, la sal cristalizada por evaporación natural de un lago sagrado. Esta extracción les rinde grandes recursos, pero perjudica mucho a la agricultura, muy descuidada en Santiago. Desde hacer varios años se talla, en piedras de asentar navajas, una especie de esquisto de grano muy fino, industria susceptible de alcanzar gran desarrollo, pues estas piedras son excelentes y pueden rivalizar con las mejores que en Europa aplicamos al mismo uso.¹

A mi llegada a la misión, me había impresionado el aire satisfecho y la buena cara de los indígenas. Sin lugar a duda, los guarañocas son los más alegres de la provincia. Han creado casi todas las danzas nacionales. De esto me convencí en los bailes que se realizaron todos los días, desde nuestro arribo. Estas danzas, imitativas casi todas, se acompañan con una música viva aunque poco variada,² durante cuya ejecución los indios forman figuras distintas. Entre dichas danzas, algunas me impresionaron por su originalidad. En una de ellas, un viejo guarañoca, munido de una calabaza llena de maíz, se ubicó en medio de las mujeres, cantando y bailando de manera singular, que las mujeres repetían. Ya avanzaban en filas saltando con los cuerpos inclinados hacia un lado, como se volvían de pronto y se inclinaban del lado opuesto como si hubieran sembrado o labrado. Otras veces se trataba de figuras demasiado expresivas; otras, se quejaban en sus cantos de que las hormigas las devoraban y entonces bailando parecían rascarse. A menudo, en el calor de su baile, parecían olvidar el sitio en que se hallaban tomando las cosas muy al natural, y buscando con excesivo cuidado el insecto importuno, se levantaban el tipoí,

¹ Desde que hice el viaje empleo estas piedras y me animo a compararlas con lo mejor que tenemos en Francia.

² Ver esta música en las Consideraciones generales sobre la provincia.

descubriendo buena parte del cuerpo. Esta danza, acompañada de cantos, gritos y silbidos agudos, me evocaba por su salvajismo el estado primitivo de la nación.

Otra danza mímica es la que representa la cosecha del **Pavi**, gran coloquinto de fruto comestible, como nuestras calabazas europeas, que crece en los bosques, trepando a las ramas y produciendo en otoño frutos que por todas partes aparecen colgados de los árboles. En esta danza las mujeres, gritando **pavi, pavi**, alzan los brazos al aire, como para asir el fruto y saltando para alcanzarlo adopta toda clase de posturas. Pronto, cantando y bailando, se apoderan de alguien del público, lo alzan y en un momento queda suspendido por sus manos levantadas; así, lo pasean dando la vuelta a la sala, lo sacuden a más y mejor y le hacen cosquillas para que se mueva más. Como energúmenos, nos atraparon a uno tras otro del mismo modo, sin exceptuar al cura, al gobernador ni a mí, y me llevaron en sus manos con tanta facilidad como si hubiera sido una pluma. Confieso que hacía falta mi acostumbrada buena voluntad para dejarme sacudir de semejante manera y soportar que se me llevara acostado en el aire, sobre las manos de aquellas mujeres que, para honrarme, me mantuvieron más tiempo que a los demás y me atormentaron haciéndome cosquillas.

Mientras las mujeres bailaban en la casa del gobernador, los hombres congregados en la plaza y todos munidos de flautas pan, ejecutaban en diferentes tonos melodías salvajes que no carecían de originalidad.

Resulta enojoso tener que decir que entre los guarañocas, alegres hasta la locura, alcanza su colmo la corrupción de las costumbres. No sucedía esto, según parece, en tiempos de los jesuitas; pero, como después de su expulsión y durante el transcurso de las guerras de la independencia, Santiago fue sede de una guarnición, los soldados le introdujeron costumbres disolutas. No conserva el menor rastro de pudor y el cinismo se ha llevado hasta el último extremo.

En tanto que los llanos circundantes aun hervían bajo los rayos de un sol implacable, nubes bienhechoras se habían acumulado en la cúspide de la montaña, imprimiendo un cambio completo al aspecto de la naturaleza. Los árboles se cubrían de un follaje tierno y flores variadas; la campiña revestía su atavío primaveral, cuyo encanto fluía por todas partes. Creo que en nuestros países europeos nada hay comparable a este instante de la zona tórrida. En Francia, por ejemplo, las hojas brotan poco a poco y, con el retorno de la primavera, también se hacen sentir el frío y la falta de días lindos. En esos lugares hay un súbito cambio de decoración. La naturaleza está muerta, inanimada; un cielo demasiado claro ilumina el campo frío medio seco. ¿Llueve? Como por encanto, todo adopta nueva forma. Bastan unos días para esmaltar los llanos de verdor y flores olorosas, para cubrir los árboles de hojas claras o de flores que las preceden, coloreando a cada uno de ellos. Si el campo perfuma el aire con los aromas más suaves, exhibiendo sus plantaciones naturales, los bosques tienen otra belleza y variedad. Aquí el árbol se carga de largas cepas purpúreas, en contraposición a la copa de azul cerúleo o del oro más puro; allá una blanca cimera se alza junto al rosal más tiempo, mezclado todo con árboles cuyas hojas respiran una frescura admirable. ¡Con cuánto placer trepaba las colinas, donde esos hermosos vegetales desplegaban sus ornamentos! Recorría la campiña sin saber a qué lugar dar mi preferencia, ya que cada sitio me brindaba un encanto distinto, un matiz diferente. Nunca había sido tan impresionado por las bellezas de ese suelo iluminado por el cielo más bello del mundo. Estaba realmente extasiado ante la riqueza, el cálido colorido del vasto cuadro que se desplegaba ante mi vista, cada vez que recorría los campos cercanos a Santiago.

Un día quise subir hasta la cima de la montaña. Despaché la víspera varios indios para que me abrieran a hachazos un pasaje a través de la vegetación, buscando un punto de acceso, y en compañía de un guía emprendí la ascensión. Del otro lado del arroyo de Santiago, me lancé entre rocas amontonadas que dan paso a árboles en flor del más variado aspecto. Pasé al pie de un pico de gres, de más de treinta metros de altura, cuyas capas horizontales, apiladas en una anchura no mayor de tres metros, daban la impresión de que iban a desplomarse sobre mi cabeza. Así subí a tres gradas sucesivas que rodeaban la montaña, presentando cada cual una explanada bastante amplia, cubierta de tierra vegetal. Con mucho esfuerzo llegué a la cumbre, donde encontré una

meseta horizontal, de dos kilómetros de circunferencia, tapiada de gramíneas con palmerita enana sin tronco,¹ cuyas hojas miden menos de un metro de alto. Desde la plataforma disfrutaba del más hermoso golpe de vista que se pueda tener. Al este y oeste mi vista abarcaba, en todo su alcance, la prolongación de la cadena, formada por plataformas, o mesetas semejantes a las que pisaba, todo cortado por gargantas arboladas que formaban como gradas en torno a las cimas truncadas. Al sur podía seguir la suave pendiente de la montaña, teniendo enfrente la misión y los campos de los indios, de aspecto alegre y animado. Más allá de esta campiña se extendía un horizonte azulado, formado por bosques salvajes del lado del Gran Chaco. Al norte, cortada perpendicularmente hacia el inmenso valle del Tucabaca, la montaña me ofrecía, a setecientos o mil metros, un mar ininterrumpido de oscuras selvas. Si la mirada podría franquear un espacio de medio grado aproximadamente, o doce leguas, se detenía del otro lado del valle, en la cadena de **San Juan o del Sunsas**, paralela a la de Santiago, cuya alturas mamelonadas y azulinas se perfilan en el fondo del horizonte, perdiéndose a lo lejos, al este y oeste.

Con agrado me había quedado hasta la noche, admirando el conjunto del panorama inmenso que se desplegaba a mí alrededor pero, mientras observaba y tomaba apuntes geográficos, una nube enorme se detuvo sobre la montaña, envolviéndome en un instante y velándome el cuadro magnífico que me rodeaba. Pronto me inundó un torrente que recibí con gusto pese a su temperatura helada, pues hacía tres meses que no veía llover. Esperé un rato, suponiendo que la nube se alejaría. Como parecía, por el contrario, espesarse cada vez más, me vi en la necesidad de bajar, rodando más que caminando entre las rocas y arroyos crecidos por el chaparrón. Apenas cayeron las primeras gotas de agua, observé que mis guías se habían quitado la camisa, la habían enrollado apretadamente y puesto bajo el brazo el brazo, prefiriendo recibir la lluvia en el cuerpo a mojar su única ropa.

Recorriendo la montaña, viendo las gradas cubiertas de tierra vegetal bastante profunda, al observar que la misma cima estaba cubierta de tierra negra aun virgen, pensaba en las ventajas incalculables que la agricultura podría obtener en la cadena entera, donde el trigo la papa, la vid y todas las plantas de clima templado le prodigarían sus tesoros sin mucho trabajo. Comunicué mis observaciones al gobernador, quien las aprobó, prometiéndome hacer ensayos el año siguiente. Ignoro si mantuvo su promesa, pero señalo estas circunstancias al gobierno de Bolivia, con el objeto de que las generaciones futuras puedan asegurarse los beneficios que les promete ese suelo abandonado a sí mismo.

También fui, a cinco leguas de distancia, a visitar una fuente de agua termal, atravesando la montaña hacia el este, en una campiña magnífica pero difícil de transitar. Con extrañeza encontré, en lugar de una fuente común, un lago de medio kilómetro de anchura, lleno de agua tibia que emergía a borbotones del fondo del depósito, en el cual decían los habitantes que había peces. Esas aguas rodeadas de rocas de gres friable, tienen gran renombre por sus virtudes curativas del reumatismo y enfermedades de la piel. Allí se acude de todas las partes de la provincia. Al efecto se construyó un ranchito cubierto de palmas, donde es posible guarecerse de la lluvia y el sol.

El 27 de setiembre, después de siete días de exploración, me despedí de la población de Santiago y tomé rumbo al Santo Corazón, situado a unas cuarenta leguas, en dirección
27 de setiembre
estesudeste. Me llevaba una linda colección geológica, muestras de la flora de las montañas cecinas, casi completa gracia a la estación; varios pájaros interesantes, informaciones geográficas abundantes, un vocabulario guarañoca escrito por mí y la música indígena anotada por el maestro de capilla de la misión.

Remonté una legua el curso del arroyo de Santiago, antes de alcanzar la cima de la montaña, pisando un suelo desigual, cubierto de flores y rocas caídas de las partes más altas. Llegado arriba, volví a contemplar con sumo agrado el valle de Tucabara, limitado a la distancia

¹ *Cocos petraea*, Martius.

por las montañas del Sunsas y San Juan. Tenía que bajar, durante casi dos horas, una pendiente de las más rápidas, llena de restos de las alturas próximas. Bloques de gres compacto, esquistos rosados, amarillos se veían en gran cantidad al comienzo; luego, pisaba esquistos esquistoides azulados, hasta el pie de la montaña. Esta bajada pronunciada, el paisaje y el color de la roca, me recordaron la elevación de Petacas,¹ al bajar por los últimos contrafuertes de la cordillera, cerca de Santa Cruz. En efecto, tenía a la vista el mismo piso geológico con igual aspecto mineralógico. Al entrar al bosque que ocupa todo el valle, me sorprendió encontrarlo desprovisto de hojas. Acaba de dejar en la montaña la primavera en todo su esplendor, en tanto que veía aún reinar al triste invierno en el llano arbolado. Este cambio de ambiente, en tan poco espacio me entristeció durante las ocho leguas que me separaban del río Tucabara, tanto más que el bosque me recordaba el Monte Grande que había atravesado de Santa Cruz a Chiquitos. También allí encontraba la máxima uniformidad. Ninguna palmera de follaje elegante, sino por todas partes cactus arborescentes de talla elevada y falsos algodonereros de tronco en forma de huso. Al llegar al río Tucabara, la monotonía del bosque llegó no obstante a matizarse con el follaje verde oscuro de la palmera murayahu, antigua conocida, que había admirado cerca de Santa Cruz de la Sierra.

Aprovechando una roca saliente de esquisto negruzco, pude cruzar el río Tucabara, de relativa profundidad en todo el resto de su curso. Este río, del que había cruzado varios afluentes en San Lorenzo e Ipias, acumula todas las aguas del valle, corre cerca de la misión de San Juan y prosigue entre las cadenas de Santiago y Sunsas hasta el extremo de la primera donde, uniéndose al río San Rafael, que ya recibiera las aguas de la vertiente meridional de la sierra de Santiago, forma, no lejos de las ruinas del antiguo Santo Corazón, al Oxukis, afluente occidental del Paraguay. El río Tucabara corre por un lecho angosto, en un valle poco inclinado. Tengo la convicción de que, desembarazado de las ramas que lo obstruyen, permitiría durante las crecientes una navegación cómoda para los barcos de casco plano y podría así servir para el transporte de los productos de San José y San Juan.

Atravesando el Tucabara, sobre fragmentos de esquistos negruzcos análogos a los de la cordillera de la Paz, recordaba que todas las minas de oro, sean de extracción o lavado de estas ricas comarcas dependían de esta formación geológica o de sus antiguas denudaciones. Ya no dudé de las probabilidades de éxito que tendría la búsqueda de por lavaderos, en todo el inmenso valle de Tucabara, el más adecuado por su estructura geológica para proporcionar resultados ventajosos.

Al cruzar espesos bosques de los más tristes gané cuatro leguas más lejos el alto del **Poso** donde pasé la noche junto a un orificio lleno de agua. Llamaba la atención la soledad del bosque. Un solo pájaro no se ponía de manifiesto y lo habría supuesto despoblado del todo si, en la proximidad de la parada no hubiera encontrado una urraca azul. Ya tuve ocasión de mencionar el tero armado, el centinela de la llanura, que se sobresalta apenas ve a alguien y no deja de gritar y aun perseguirlo. La urraca azul desempeña en los bosques el mismo papel; apenas oye ruido, vuela gritando de árbol en árbol. Se la diría encargada de la vigilancia de la floresta, mientras el tero armado cuida los llanos. También encontré allí muchos mariscos terrestres de interés.

A once leguas del Poso, después de haber dejado atrás, siempre por el bosque, el alto de **Naranjo**, señalado en efecto por algunos naranjos, y el de **Potrero**, especie de pantano adornado con palmeras motacús, llegué al sitio llamado **La Cal**, donde los jesuitas habían establecido un horno de cal, al pie mismo de la cadena del Sunsas para explotar una roca análoga a la de San José, que también reposa sobre rocas devónicas. De La Cal trepé tres leguas colinas boscosas, hasta la cumbre de la cadena del Sunsas, habiendo franqueado en la jornada diez y seis leguas, cruzando profundas hondonadas y cumbres escarpadas, en las que reconocí gredas devónicas a menudo ferruginosas que, reposando sobre esquistos azules, superpuestos a gneis en desintegración, dejan el suelo cubierto de fragmentos de cuarzo. Creí que desde la cúspide de la montaña tendría un buen panorama; pero me equivoqué, porque las numerosas dislocaciones

¹ El *Bullimus apodemetes*, etc.

producidas en aquella parte, impiden observar el campo. Bajando dos leguas por la pendiente oriental, seguí la dirección de un valle transversal, también bordeado de montañas, y alcancé el alto del Sunsas después de haber cumplido una jornada de dieciséis leguas. Bajo la ramada encontramos al administrador de Santo Corazón, que venía a nuestro encuentro. A eso de las seis, mientras exploraba la vecindad, vi con sorpresa llegar a los cuarenta indios portadores de nuestros bagajes. Estos pobres hombres habían hecho diez y seis leguas a pie, cargados como mulas, y estaban sin embargo alegres y contentos, sin que parecieran sentir el menor cansancio.

La noche era de las más serenas. Resplandecían las estrellas en un cielo azul oscuro, en tanto que centenares de grandes insectos, dotados de luces intensas, cruzaban en todos sentidos el suelo cubierto de plantas. Estos fuegos vivientes que se agitaban sin cesar, competían con los fuegos más fijos del firmamento, así como muchas estrellas fugaces que, a ratos, veía podían confundirse fácilmente sobre el horizonte con la luz animada de los insectos voladores.

Del alto del Sunsas hasta Santo Corazón sólo había doce leguas. Mientras descendía el vallo boscoso del **Bokis**,¹ seguí por la margen derecha de la hondonada del mismo nombre, teniendo a ambos lados montañas bastante altas, de contornos festonados.

29 de setiembre A veces avanzaba sobre las colinas laterales, compuestas de gres férreo, o bajaba hasta el arroyo sombreado por bambúes gigantesos cuyo tronco, de más de quince centímetros de diámetro, se levanta como un árbol, tomando en conjunto la forma de una pluma o penacho elegante. A seis leguas paré en el alto de Bokis, donde cada cual hizo su arreglo personal para entrar dignamente en la misión de Santo Corazón. El camino se hizo más unido. Las colinas disminuyeron de altura y tres leguas más adelante eran meros mamelones redondeados, en el lugar denominados Bokisito. Luego no tuve que atravesar sino campiñas suavemente onduladas que después de la quemazón anual producían pastos bastante buenos para el ganado.

MISIÓN DE SANTO CORAZÓN DE JESUS

Desde la expulsión de los jesuitas, un gobernador no visitaba a Santo Corazón, por lo que la noticia de nuestra llegada constituía un verdadero acontecimiento para los habitantes de la misión, que hicieron esfuerzos encomiables para recibirnos en debida forma. En su ingenuidad, esas pobres gentes ignoraban si un gobernador, cuyo poder tanto se les alabara, era un dios o un hombre. Hasta habían llegado a preguntar al administrador si estaba tonsurado, ya que el cura era el primero después de Dios. A una legua de la población encontramos al cura con los jueces indígenas a caballo, vestidos de rojo y cargados de banderas, y gran cantidad de indios ataviados ridículamente y cubiertos de flores. Nos detuvimos bajo un gran arco de triunfo, donde los jefes indios y el cura bajaron de sus cabalgaduras para homenajear al gobernador, después de lo cual los jueces, con sus banderas, realizaron ante nosotros la ceremonia que suelen efectuar ante el altar los días de grandes fiestas, mientras los indios bailaban y cantaban loas al gobernador.



Vista de una parte de Santa Cruz de Guarayos

¹ Bokis es el nombre del bambú en idioma chiquito.

Desde ese primer arco hasta la misión había cada quince pasos otros, decorados con flores; avanzamos precedidos por los bailarines que ejecutaban figuras coreográficas, gritando a cada momento ¡**Viva el señor Gobernador!** Cuando más nos acercábamos, más crecía nuestro cortejo con los curiosos venidos a nuestro encuentro, y las aclamaciones se multiplicaban. Sobre la última colinita me encontré frente a la misión, coronada por un inmenso arco de triunfo de hojas y flores, bajo el cual, a pocos cientos de pasos de nosotros, esperaban jóvenes indios de ambos sexos, con trajes de baile, la música y toda la población ordenada a ambos lados, en el mayor orden. Este conjunto desplegado en anfiteatro, tenía algo majestuoso y pintoresco a la vez. Hubo que volver a parar y escuchar coplas entonadas por indiecitas adornadas con flores y plumas; por fin, después de habernos colmado de todos los honores imaginables, se nos dejó ir, con las bailarinas al frente, a la residencia del gobernador, exornada con guirnalda de flores, Ya sólo nos faltaba recibir los saludos de todos los jefes.

1831
*Santo Corazón,
de Chiquitos*

El gobernador y yo caminábamos de frente, pero sea porque mi traje blanco y mi faja de raso rojo con los extremos bordados colgando a un lado, impresionara a los indígenas más que la ropa del gobernador, sea que mi aire más de extranjero y mi talla más alta los predispusiera en mi favor, me tomaban por el jefe de la provincia y debía cuidarme de invadir los derechos efectivos del señor Peña, quien, dotado de excelente carácter, tomaba el error a risa y hasta lo favorecía, obligándome a compartir los homenajes que le abrumaban; aunque les prestaba la mayor atención, interesado por perpetuar la consideración que se dispensa a los gobernadores, con el propósito de conservar más afluencia.

Al día siguiente el cura cantó una misa solemne en honor del gobernador; la música era inferior a la de Santa Ana. A nuestro arribo, vistiendo las ropas sacerdotales, salió a la puerta para recibirnos y ofrecernos agua bendita. Durante la misa se acercó a echarnos incienso, conforme a los antiguos usos establecidos para la recepción de los gobernadores españoles. Se trataba, en efecto, de una última representación de los honores exagerados, que aquellos funcionarios solían exigir. Antes de la emancipación, tomaban asiento bajo doseles y en los templos compartían los honores tributados a la divinidad, considerándose como reyes absolutos en el orden civil y como iguales a Dios en el moral. Lo que más me extraña es la debilidad censurable con que el clero se prestaba a semejantes exigencias. El gobernador actual, hombre muy sensato, había abolido por todas partes esas ceremonias ridículas; pero en Santo Corazón, para mostrarme hasta dónde llegaba la adulación de los funcionarios religiosos y seculares, les dejó hacer lo que quisieran.

Después de misa, los indios vinieron a hacernos sus ofrendas, trayendo un pollo, un cobayo, un racimo de bananas, ananás y calabazas llenas con la mejor miel de los bosques. Por mi parte, esas visitas me costaron más de diez docenas de aros y una cincuentena de metros de cintas, sin contar los pañuelos de color, distribuidos entre los jefes. Hubo dos días de baile, en los que tocaron valeses, minués y contradanzas españolas, como si se estuviera en plena civilización; pero al fin de cada velada, las danzas nacionales me llevaban fácilmente a la verdadera escena de la reunión. Las indias tienen menos gracia que en Santa Ana, aunque componen las figuras con análoga precisión. Observé que, en las danzas indígenas, no se toman de las manos.

Después de la fundación de las otras misiones, la búsqueda del puerto más favorable para navegar sobre el río Paraguay, hizo que los jesuitas descubrieran a las diversas naciones que componen la misión de Santo Corazón. En 1717 ¹ encontraron a los samucos o camucus. Dos años después el padre Alberto Romero fue muerto por individuos de esta nación belicosa, ² a raíz de haber desconocido a la mujer de un cacique, en un reparto de carne. El jesuita que fue a reemplazarlo, sólo encontró en la misión cuatro o seis familias; las otras habían escapado a los bosques. La misión compuesta de indios **samucus**, **otukés**, **curavés** y **potureros**, fue primero fundada a veinte leguas al sur de la actual, en la confluencia de los ríos Tucabaca y San Rafael,

¹ Pedro Fernández, *Relación Histórica de los Chiquitos*, p. 390.

² Op.cit., p.398.

que luego corren juntos hasta el Paraguay, bajo el nombre de Oxukis. Subsistió durante algún tiempo, pero los samucus efectuaban incursiones demasiado frecuentes contra sus dependencias y los jesuitas hacia 1751,¹ la trasladaron al lugar que ocupa en la actualidad. Bajo el régimen jesuítico tuvo prosperidad, pero después de la expulsión de los padres, administradores y curas, que se sentían lejos de todo control, abusaron en toda forma de los pobres indígenas, quienes prefirieron el estado salvaje a su vida desgraciada; fueron, en efecto, a establecerse al este, más allá de las últimas montañas, de donde, en 1829, el administrador actual, hombre de juicio, pudo atraerlos al poblado. A partir de la instauración del régimen de gobernadores y debido a su lejanía y aislamiento, Santo Corazón fue convertida en lugar de confinamiento, al que no sólo se envían los indios más pervertidos sino también españoles condenados por delitos. Se concibe con facilidad que con tales nuevos elementos de población, los habitantes de la localidad se hayan vuelto pronto más corrompidos que los de las demás misiones, de lo cual pronto me convenció el estudio de sus costumbres.

La población actual de Santo Corazón asciende a 805 habitantes, pertenecientes a cuatro naciones distintas: 1º **chiquitos**, traídos por los jesuitas a la misión para difundir su idioma, en pequeña cantidad; 2º **samucus**, cuyo lenguaje me permitió identificarlos como una nación de los **potureros**, también incorporada a la misión: ambas tribus provienen de la misma estirpe que los guarañocas de Santiago y los **morotocas** de San Juan, a los que ya habré de referirme; ² 3º los **otukés**, que suman aproximadamente ciento cincuenta en la misión de Santo Corazón y pueblan los bosques del nordeste de la provincia: su número escaso les hizo fundirse con las demás naciones, de tal manera que sólo dos viejos recordaban su lengua nacional, ya olvidada por los jóvenes; también es posible que hoy día no exista más rastro de su idioma que el pequeño vocabulario que pude redactar; 4º los **curavés**, que aseguran haber habitado a orillas del río Tucabara y haber hablado un lenguaje diferente, que se extinguió. Estos indios se unieron en Santo Corazón para librarse de los ataques de los salvajes del Chaco, destructores del resto de su pueblo.

Comparados a los indios de Santiago, desnutridos por negligencia de sus gobernantes, los de Santo Corazón hacen honor a su administración. Todos son grandes, robustos, bien alimentados. Esta mejora se debe al administrador actual que, en 1829, encontró la misión casi desierta y carente de todo, consagrándose a atraer con buenos modos a los indios de los bosques donde se habían refugiado, y aprovechando su buen carácter los hizo trabajar cantando. Si había que desmontar o sembrar un campo, mandaba preparar **pemana** (cerveza de maíz fermentado), llevándola en jarros al lugar del laboreo junto con los indios que iban entonando las mismas canciones con que acompañarían su trabajo. La operación se efectuaba con entusiasmo y luego volvíanse alegremente. Semejante método pronto llevó la abundancia a la misión que en la actualidad es la mejor aprovisionada de todas y tiene los alrededores mejor cultivados.

Si me había impresionado la disolución de costumbres en Santiago, con temperatura mucho más alta Santo Corazón me ofrecía ejemplos todavía mucho más sorprendentes. Las pasiones, y por ende el libertinaje, alcanzan el colmo entre las mujeres que trocaron con los hombres su papel y en todas partes se las ve hacerles el amor públicamente. Cada una quiere poseer a su vez a los jóvenes y oí que una india lamentaba la frialdad de uno de ellos, diciendo: “¡Qué infeliz soy! ¿Cómo va a amarme si no tengo nada para darle?” A diferencia de las indias pertenecientes a otras misiones, las de ésta prefieren sus compatriotas a los blancos y atribuyen gran importancia a los regalos que reciben de aquéllos. Con mayor agrado reciben, por ejemplo, una tortuga³ de un indio que el mejor vestido que les ofrezca un español, pues consideran que para obtener esa tortuga el indio tuvo que registrar el bosque vecino, mientras que el blanco sólo se toma el trabajo de medir su tela. Sorprende encontrar pasiones tan vivas entre las mujeres, cuando los hombres son de los más indolentes. Casado en general a los catorce o quince años, no

¹ Obtuve todos estos datos en los lugares respectivos.

² Ver en El hombre americano lo que he dicho acerca de esta nación (pág. 305 de la ed. Futuro Ver en El hombre americano lo que he dicho acerca de esta nación (pág. 305 de la ed. Futuro).

³ La tortuga de tierra, bastante común en los bosques, es el regalo más apreciado por las indias de Santo Corazón.

conocen el amor y su indiferencia llega al extremo. Son muy raros los hombres celosos, de quienes se burlan los demás. En cuanto un hombre acepte, de manos de una mujer, un regalo proveniente de su amante, pierde todo derecho sobre ella y ya no puede protestar por la situación; sin embargo (cosa notable), en medio de semejante corrupción, no existen matrimonios mal avenidos. De ambas partes se observa la máxima libertad, sin que los esposos cesen de compartir el mismo techo y vivir en armonía. Librados a la merced de hombres sin educación, a partir de la expulsión de los jesuitas, bajo la autoridad de jefes carentes de principios y los primeros en corromperlos, se adivina qué rápido habrá sido su descenso a depravación; pero resulta difícil expresar de qué modo se podría reintegrar esta población extraviada a un estado de cosas más satisfactorio.

Santo Corazón tiene una ubicación encantadora. Constituida sobre una leve eminencia, cercana al río de su nombre, domina un valle boscoso que riegan otros dos riachos: el Bokis y el **Kihusos**, bajando de las montañas occidentales. Se halla casi rodeada de montañas cubiertas de vegetación. Al este, la cadena gredosa del **Tarouch**, de mamelones redondeados; al oeste al sur, la de Sansas y sus contrafuertes, que se extienden a lo lejos, rumbo al noroeste. Sólo al norte ninguna elevación interrumpe la visual y el bosque se extiende sobre el horizonte. Los alrededores están sembrados de algodónales, maizales, campos de mandioca y toda clase de legumbres. El poblado representa poco por sí mismo. La iglesia es espaciosa, pero cubierta de rastrojo, igual que el colegio y casas de los indios que rodean la plaza.

Los productos de esta misión, la más pobre de todas las de la provincia, son análogos a los productos de las demás, aunque en menor cantidad, con excepción del algodón, muy lindo y apreciado. En un país donde todavía se desconocen las carretas y los caballos escasean, el transporte por bueyes, con trineos parecidos a los que ya he descrito, ofrece muy pocas ventajas. El administrador quiso hacer de los bueyes animales de carga y silla. Me pareció ingeniosa su manera de domarlos. Hace perforar el tabique nasal del animal, por donde pasa una argolla de hierro, a la cual se atan correas que sustituyen las riendas del caballo. De este modo los más intratables se vuelven mansos, dejándose llevar como el caballo más dócil. Vi indios que montaban bueyes así ensillados y conducirlo con gran facilidad; también los vi cubrirlos con una arnés especial, al que se adaptan unas especies de canastas, en las que caben hasta doscientos kilogramos de carga. Cargados así, los bueyes pueden recorrer de ocho a diez leguas diarias. Supe más tarde que el uso ha consagrado hace tiempo este medio de transporte, en algunas partes de Brasil, que por resolución de don Marcelino de la Peña llegó a generalizarse en la provincia, aliviando a los pobres indios que hasta ahora son las bestias de carga. Me parece que sería fácil y sobre todo útil introducir el método en muchos departamentos de Francia, donde las vacas, sin dejar de suministrar leche, podrían prestar de tal modo grandes servicios a la agricultura y comercio.

Al recorrer los alrededores, recogiendo por todas partes los productos de la naturaleza, también me dedicaba a la geografía de aquellas regiones, aun totalmente desconocidas. Quise asegurarme de la existencia de otra montaña al este de la cadena del Tarouch y oeste del río Paraguay. Al efecto, hice que los indios abrieran un sendero hasta la cumbre de la cadena, para otear a distancia. Me dirigí al este y anduve una legua por la llanura, franqueando los tres riachos de Santo Corazón, Bokis y Kihusos, bordeados de hermosa vegetación. Atravesé una colina bastante baja, entre dos mamelones de gres, y penetré en una depresión sin salida de montañas. Esta depresión, antaño cubierta de bosques espesos, había sido transformada, en los dos últimos años, por los cuidados del administrador, en un magnífico establecimiento agrícola, donde se veían los más lindos bananales, maizales y campos de mandioca y caña de azúcar, circundados por la vegetación más hermosa, sin ceder de ninguna manera a las partes más pintorescas de las alabadas florestas vecinas de Río de Janeiro (Brasil). Este lugar realmente encantador, apto para toda clase de cultivos es, sin ninguna duda, el punto del país en que la vegetación alcanza su más activo desarrollo.

Atravesando las selvas vírgenes, mezcladas con palmeras, que cubren las colinas próximas, emprendí la ascensión hacia la cima de uno de los mamelones, por el sendero que mandara practicar; pero para ahorrarse trabajo los indios lo habían trazado en línea, en vez de

reducir con vueltas la abertura del ángulo. Me vi, pues, en la precisión de avanzar sin cesar sobre hojas secas, donde, cuando no me asía a los árboles, un resbalón me hacía perder en un instante el fruto de prolongados esfuerzos. Tras cuatro horas de lucha bajo un calor sofocante logré por fin alcanzar el punto deseado, muerto de cansancio. Dominaba las cimas vecinas y podía muy bien apreciar el conjunto de la cadena de Taruoch. Hice relevamiento de todos los puntos, con ayuda de mi brújula de agrimensor, y comprobé que al este ya no hay montañas.¹ Un vasto horizonte azulado se perdía en la lejanía y dibujaba una línea uniforme en el contorno. Desde entonces tuve la certidumbre que, desde ese lugar hasta el río Paraguay, sólo existen llanuras boscosas, inundadas en la estación de las lluvias, que ocupan gran extensión y forman el comienzo de aquella laguna Yarayés tan mentada por todos los historiadores de la conquista debido a los indígenas del mismo nombre que habitan su territorio.²

La llegada a Santo Corazón tenía inmenso atractivo para mí. Había establecido como fin de mi viaje por Bolivia los últimos puntos habitados al oriente de la República. Acababa de alcanzarlos, ya que no se podía avanzar más allá sino hacia en mano, por lugares deshabitados y en parte inhabitables. De este lado, Santo Corazón era efectivamente el confín del mundo, donde debía parar para luego regresar al oeste. La idea de haber llegado a seiscientas leguas de las costas del gran océano, de hallarme en el centro del continente, y casi a igual distancia del océano Atlántico, me causaba un placer que no podría expresar. Con frecuencia había considerado un sueño alcanzar ese punto; por eso la realización de mi proyecto, al completar el viaje, me causaba gran satisfacción.

Para mí no se trataba de una cuestión de amor propio la alegría de haber llegado a Santo Corazón, sino pensando en las ventajas enormes que podrían derivar de la navegación del río Paraguay, para el movimiento comercial y la civilización de la provincia de Chiquitos: quería ser el primer agente de tan vasta empresa. El presidente de la República me había encontrado informe acerca de la posibilidad de esa navegación y el gobernador tuvo a bien secundarme en las averiguaciones. Apenas llegado, reuní en mi residencia a todos los indígenas que conocían el campo por sus recolecciones anuales de la cera que producen las abejas de los bosques. Entre ellos figuraban varios indios salvajes de los alrededores de la antigua misión de Santo Corazón, a veinte leguas al sur de la misión actual, y otros jefes de estancias o chacras situadas al este del río Santo Tomás, hacia el norte de Santo Corazón. Todos me aseguraron que al este no había ningún punto de acceso al río Paraguay durante todo el año; que en los veranos muy secos podía llegarse con mucha dificultades, atravesando extensos esteros, porque todas las tierras comprendidas entre aquel río y las primeras montañas del oeste, desde el río Jaru hasta el Oxukis, se inundaban con las primeras lluvias de manera tal que resultaba imposible el cruzarlas de otro modo que en canoa, y esto con gran trabajo porque muchos bosques espesos dificultan la marcha. De acuerdo a estas informaciones había que renunciar a buscar por los alrededores un puerto sobre las mismas orillas del Paraguay, dado que los esteros conocidos en tiempo de la conquista por **Laguna de Yarayés** impiden el tránsito.

Forzado a abandonar el proyecto de instalar en esa latitud el puerto directamente sobre el Paraguay, pensé establecido sobre uno de sus afluentes occidentales. Al norte de Santo Corazón hay dos riachos: **Tapanakich** y **Santo Tomás**. El primero recibe todas las aguas de la vertiente oriental del extremo norte de la cadena de San Juan o de Sunsas. Había cruzado varios de sus afluentes, bastante caudalosos como para asegurarse de que al salir de las montañas este riacho debía ser navegable, por lo menos durante las lluvias. Consultados al respecto, los indios me explicaron que lo es más bien durante la sequía, porque entonces su curso está encajonado, mientras que durante las crecientes la inundación del campo no permite determinar el cauce. Sin dejar de pensar que este inconveniente se podría salvar con facilidad por medio de balizas para

¹ Así es que todas las cadenas de *San Pantaleón* y *Santa Lucía*, que figuran en los mapas de Azara, no existen. En Santa Cruz conocí a don Antonio Álvarez, quien en su carácter de comisario de límites, suministró las informaciones publicadas por Azara; me aseguró que nunca ha visto todo lo que, en el mapa del último, se encuentra al este de Santiago.

² Núñez Cabeza de Vaca, Comentarios, p. 46, etc.

guiar la navegación durante el tiempo de crecidas, renuncié por el momento a ese río. El de Santo Tomás recibe todas las aguas de la extremidad sur de la cadena de Sunsas. A juzgar por los lechos que atravesara, me pareció que su curso, por debajo de la confluencia del Santo Corazón, debía ofrecer la posibilidad de navegarlo. Los indios me aseguraron que presenta las mismas características que el Tapanakich, teniendo poca agua en invierno, en tanto que en verano se confunde con los esteros.

Recordé el volumen de los riachos San Rafael y Tucabaca y sabiendo que en su punto de confluencia al extremo de la Sierra de Santiago sus aguas, que corren con el nombre de Oxukis, deberían formar un río navegable durante todo el año, por la importancia de sus afluentes, interrogué también a los indígenas, quienes me dijeron que cerca de la vieja misión de Santo Corazón, el riacho es en efecto ancho y profundo, y pasa por lugares no inundados. Resolví comprobarlo personalmente y pedí al gobernador que enviara indios a abrir un sendero en medio del bosque, para poder llegar. Diez días después volvieron los indios y me avisaron que el camino estaba hecho de Sunsas, habían encontrado un riacho grande, provista de riberas altas y susceptible de utilizarse todo el año como puerto cómodo. Ya no tenía dudas, y además este puerto equidistante de Santiago y Santo Corazón, podría servir para remontar grandes tramos del San Rafael, hacia Santiago y el Tucabara hacia San Juan. Encantado por tal éxito, quise conocer el sitio, pero el gobernador, que ya había esperado once días por complacerme, me dijo que no podría quedarse más tiempo en Santo Corazón, asegurándome que no vería más que los indios. Tuve pues que renunciar, aunque a disgusto, a mi proyecto y conformarme con las numerosas informaciones recogidas. Más tarde, de vuelta en Santa Ana, tracé un mapita del extremo oriental de la provincia de Chiquitos¹ y lo elevé al presidente de Bolivia con todos los datos que creía necesarios para hacer conocer bien el importante lugar de la República por donde podría establecerse una comunicación con el Paraguay y las demás provincias del Plata, recibíéndose mercaderías de Europa por esa vía, igualmente apta para la exportación de los numerosos productos de la provincia de Chiquitos.²

El 10 de octubre dejaba Santo Corazón para dirigirme a San Juan, a setenta y cinco leguas de distancia. Cuando partía, gran número de indias vinieron, con lágrimas en los ojos, a darnos la mano, mientras otras acompañaban a los indios cargados con nuestros baúles y llegaron a cargarlos ellas mismas más de una legua, para aliviarlos. A mi llegada a Santo Corazón el bosque estaba desprovisto de follaje y la sequía era intensa. Durante los doce o trece días pasados allí, abundante lluvias habían cambiado todo, vivificando la campiña. Los árboles ya se habían cubierto del follaje más tierno o de flores cuyo suave aroma perfumada el aire. Este cambio de decoración me causaba inmenso placer, porque el mundo alado, mudo hasta entonces, animaba el ambiente con sus sonos melodiosos.

Después de nueve leguas de camino al noroeste, por un bosque que se caracterizaba por la altura y variedad de sus árboles, llegué a la ramada de **Santo Tomás**, situada junto al curso del mismo nombre, gran arroyo que baja de las montañas occidentales, dirigiéndose hacia el río Paraguay, después de unirse al Santo Corazón. Durante dos días hice practicar excavaciones en el lecho, porque la naturaleza de las piedras me hacía pensar que encontraría oro. Efectivamente, cateos muy superficiales bastaron para obtener unas pajuelas, indicios verdaderos que con trabajos bien dirigidos se podrían obtener resultados excelentes.

¹ A mi regreso a Santa Ana, dejé copiar el mapa al señor Bach, que encontré allí. Luego lo publicó agregándole datos falsos tomados de Azara: *Das land Otuquis in Bolivia* (Frankfort, 1838); pero desnaturizó un poco los lugares para incluir mayor número de localidades interesantes en el distrito que comprende la concesión del señor Oliden. Por esto se ve figurar erróneamente *Santiago*, bajo el nombre de Rinconada, igual que las salinas de Santiago, etc.

² Supe después que estos informes decidieron al gobierno a conceder al señor Oliden, de Buenos Aires, un sector de veinte leguas cuadradas alrededor del lugar en que se establecería, cerca de la confluencia del río Oxukis, a condición expresa de abrir la navegación del Paraguay. En efecto, Oliden fue a establecerse cerca de las ruinas del río de Santo Corazón, donde fundó un pueblo que bautizó con sus apellidos, pero no sé que haya hecho algo por la navegación, cuyo estado no parece haber cambiado desde mi estada en Chiquitos.

De Santo Tomás, el bosque, siempre de los más espesos y poblado de árboles gigantescos, entre los cuales prevalece el cedro americano, me llevó bajo una bóveda impenetrable a los rayos solares hasta ocho leguas al oeste, al alto **Seriocoma**, donde paré sólo un momento queriendo llegar hasta ocho leguas más al oeste para pasar la noche. Desde el alto advertía al sur montañas poco elevadas, a las que en seguida me acerqué sin dejar el bosque, y que hasta crucé por un punto muy bajo, antes de llegar al río Tapanakis, donde pernocté. Este riacho, casi seco entonces, estaba lleno de restos de esquistos, signos infalibles de la presencia de minas de oro; pero por falta de medios de excavación, tuve que abandonar esas presuntas riquezas a otros, en mejores condiciones de aprovecharlas. Cazando, recorrí el lecho del riacho, y recogí muestras de historia natural.

Padecía un fuerte lumbago, empeorado por el trote del caballo durante die y seis leguas. A la noche tuve que vivaquear en un pequeño llano donde me acosté en el suelo bajo la garúa, que no dejó de mojarme hasta la mañana; al levantarme sufría horriblemente y casi no podía moverme sin gritar. Pero no era posible demorar la marcha del grupo y no tuve más remedio que resignarme a montar y sufrir las sacudidas, que implicaba una marcha forzada de veinte leguas. Creo que nunca tuve necesidad de tanto valor para no parar; aunque perdido en aquellas soledades, a veinticinco leguas de Santo Corazón y cuarenta de San Juan, debía seguir a mis compañeros de viaje, prorrumpiendo a ratos en gritos de dolor.

Dejando el Tapanakis, entré en un amplio valle donde el bosque, menos denso, me dejaba entrever de tiempo en tiempo las montañas que me rodeaban. Tenía al norte una cadena bastante elevada; otra más baja al sur, hacia la que me dirigía, alcanzando ocho leguas al sudoeste, por un terreno irregular, pedregoso y cubierto de fragmentos de cuarzo, hasta la parada Tapatioch, situada casi al pie de las montañas, en pleno monte ya muy tupido. Luego atravesé la cadena por caminos muy accidentados y tanto más difíciles cuanto que la lluvia que no cesaba los hacía resbaladizos. A diez leguas al sudoeste de Tapatioch, el bosque raleó, el suelo se puso más regular y por todas partes vi al descubierto grandes mesetas de gres devónico. Por una de esas masas, que mediría cerca de una legua de ancho, fluía el arroyo **Las Conchas**. Con sus cascadas en pisos sucesivos, este torrente se ha excavado estanques, en las partes más friables. El resultado es una serie de laguitos redondos y bastante profundos, ubicados uno tras otros, donde hay agua todo el año, pues sólo el exceso se derrama a la hondonada inferior. Esos pintorescos lugares cubiertos de greda, se prolongan por espacio de dos leguas, hasta la estancia San Francisco, donde los pocos indios que la habitan nos recibieron de la mejor manera posible. Aunque poco dispuesto a tomar parte en sus cantos y bailes, tuve que hacer acto de presencia durante varias horas de la noche. Vi llegar a nuestros indígenas, quienes habían tenido que recorrer, a pie y cargados, el mismo camino que nosotros a caballo, vale decir, veinte leguas. Lo que más me sorprendió fue verlos bailar con tanto entusiasmo que no parecían abrumados de cansancio.

Al día siguiente el gobernador decidió ir a la misión de San Juan, veinte leguas más en dirección sudoeste. Era mucho para un enfermo, pero ¿qué iba a hacer? Tuve que seguir signándome. Desde San Francisco, a través de un terreno pedregoso, donde presentan sus capas casi horizontales varias planicies de gres al descubierto, alcancé un bosque muy extenso cuyo suelo accidentado y cubierto de árboles enormes, altos y rectos, constituía un modelo de selva virgen. El cielo estaba cubierto; apenas nos llegaba la luz, bajo aquella bóveda espesa de ramas entrecruzadas, por donde seguíamos una senda que no tendría más de un metro de anchura. Empezó a caer una lluvia fina y nos consideramos felices al encontrarme, al pie de la montaña de **Tañemené**, un alto que nos proporcionaba abrigo. Amontonados bajo un techo de pocos metros de superficie, nos era imposible permanecer, pero la lluvia caía en abundancia creciente. Efectuamos un cambio de ideas sobre la situación y fue opinión general seguir viaje hasta cubrir las doce leguas que nos faltaban. El bosque siguió siendo espeso y de esas ramas cruzadas, de cincuenta a sesenta metros de elevación, nos caían gotas que no pesaban menos de una onza; de ese modo recibimos torrentes de lluvia que nos traspasaban. El suelo era muy desigual, subiendo y bajando sin cesar por un

sendero tortuoso. Apenas se veía a unos pasos. Franqueamos tres colinas paralelas; en la última empecé a respirar, divisando al sur una campiña menos boscosa y el cielo más despejado. Me hallaba en la cadena de San Juan, a tres leguas de la misión del mismo nombre. El tiempo aclaró poco a poco y la lluvia cesó por completo en la llanura.

MISIÓN DE SAN JUAN BAUTISTA

Pronto encontramos al administrador con el cura y luego a los jefes indígenas que, recibiéndonos con banderas nos condujeron bajo arcos de triunfo hasta la entrada de la misión, donde tuvimos que detenernos, a pesar de estar mojados, y soportar las danzas, cantos y discursos de los indios. Nunca hubo homenaje más inoportuno; por fin mientras el gobernador lo seguía recibiendo, me pude alejar para cambiarme de ropa. No se nos dejó tranquilos y a la noche tuvimos que asistir, con o sin ganas, a un baile que duró parte de la noche.

San Juan fue primeramente fundada por los jesuitas en 1706 ¹ y luego abandonada por falta de sacerdotes. Volvieron en 1716 y congregaron a los indios **boros, penotos, taus y morotocos**, que hablaban idiomas distintos.² Establecida en un principio a doce leguas al este de San José y a diez y ocho de su actual emplazamiento, San Juan fue transferida con un pretexto fútil, mucho tiempo después de la expulsión de los jesuitas, al sitio que ocupa en la actualidad, por un religioso que acusa de haber querido vender a los brasileños el ganado de la misión. Este sacerdote abandonó edificios notables, construídos bajo la dirección de los jesuitas, por chozas; en efecto, la casa de gobierno y la iglesia son de barro y paja. Sólo la habitación del cura está techada con tejas. Los ranchos de los indios son limpios y están alineados alrededor de una plaza plantada de palmeras totais.

La ubicación actual de la misión es deliciosa. Se extiende al pie de la vertiente meridional de la cadena de San Juan, cerca del río mismo nombre, que, después de recibir los arroyos San Lorenzo e Ipias, serpentea en medio de un valle arenoso, dirigiéndose al sudeste, con el nombre de Tucabaca. Cerca de la localidad este valle está cubierto de inmensos algodones, maizales y bananales rodeados de empalizadas, y en toda su extensión muestra un aspecto de abundancia. Desde los bordes del río San Juan la vista se pasea con agrado por los campos verdes y arbolados, limitados por montañas al sur y norte. Hacia el sur se observa, a ocho o diez leguas de distancia, los tres grupos de montañas de Santiago que bajan en el horizonte, por el este, y se elevan poco a poco hacia la extremidad opuesta hasta el Chochiis, gigante de la cadena de flancos escarpados, desgarrados, y cubierto de una plataforma horizontal. Más al oeste la cadena del Ipias presenta los mismos accidentes en proporciones menores, y la de San Lorenzo parece más una vasta construcción en plataforma que una montaña de gres. Si me volvía hacia el norte, las cúspides boscosas y azuladas de la sierra de San Juan contrastaban con la aridez de la cadena, igual que los bosques dilatados que la vista podía entrever al este.

La población actual de San Juan es de 879 almas. Se compuso al comienzo de indios chiquitos, tomados de San José, morotocas y otras pequeñas tribus hoy desconocidas. En minoría y traídos de San José al mero efecto de difundir su idioma, los chiquitos no lograron que desapareciera la lengua de los **morotocas**. Esta nación, gallarda y belicosa, venida de la vertiente meridional de la cadena de San Lorenzo, hablaba un dialecto perteneciente a la estirpe común de los guarañocas de Santiago, los samucus y potureros de Santo Corazón. Fácil de confundir, por sus rasgos, con la nación chiquita, se hace temer de todas las demás por su bravura y sin embargo es buena, dócil e industriosa. Quería redactar un vocabulario de su idioma y me costó poco observar que los jóvenes ya lo habían olvidado en parte, por el de los chiquitos; sólo encontré

¹ Padre Fernández, Relación historial de los Chiquitos, p. 181.

² Padre Fernández, op. cit. p.362. Actualmente sólo se habla en los idiomas chiquitos motoca; todos los otros se perdieron en la misión.

viejos que los hablaban correctamente. Con el administrador actual reina la abundancia en la misión y todo se encamina en sentido progresista. Los indios trabajan cantando, como los de Santo Corazón. Por lo demás, sus productos son los mismos que en las otras misiones.

Hay cosas que repugnan tanto a un hombre delicado que hasta considera una falta divulgarlas; pero llamado por las circunstancias a identificar al lector con mis impresiones, a fin de hacerle conocer los países que recorriera, no puedo silenciar la conducta incomprensible del cura de San Juan. Cuando me hallaba en Santa Ana, una diputación de jueces indígenas compareció ante el gobernador para presentar una queja contra él, manifestando que sus relaciones con mujeres del lugar ya no le autorizaban a recibir confesiones, por lo que indios e indias se veían en la necesidad de cumplir tales obligaciones religiosas en las distintas misiones vecinas. Esta queja, cuyo alcance me fue fácil captar, no se comprendería en Europa sin algunas explicaciones. En América se considera que un cura puede confesar a todo el mundo, salvo a los parientes de una mujer con la cual haya mantenido relaciones íntimas. Tal era el caso del cura de San Juan que, debido a su persistencia en semejante conducta, se encontraba inhibido a recibir a una sola familia de su parroquia, en el tribunal de la penitencia. El gobernador quiso practicar una investigación; todas las autoridades indígenas convocadas declararon en forma unánime que el cura respetaba tan poco a sus hijas como a sus mujeres. Presentaron al gobernador diez y nueve jóvenes indias que eran las últimas víctimas de aquel monstruo. Me estremecí al advertir que la mayor no tendría más de once años, mientras otras aún estaban en la infancia. El interrogatorio de los indios e indiecitas produjo revelaciones horribles; aquel miserable explotaba la religión y el miedo al infierno para satisfacer sus pasiones con el cinismo más irritante y el libertinaje más desvergonzado. No entraré en mayores detalles acerca de una cuestión tan odiosa. Baste decir que el culpable no negó ninguno de sus actos, reputándolos muy naturales. No pudiendo imponerle ninguna pena sin invadir las atribuciones del obispo, el gobernador se limitó a cambiarlo de misión, enviándolo a Santiago, y elevó los antecedentes al jefe del clero.

Cuando se reflexiona sobre la existencia de curas y administradores en las misiones, resulta fácil explicarse semejante extravíos, que por otra parte se producen con mucha frecuencia, aunque en menor escala. En un villorrio alejado por lo general treinta o cuarenta leguas de los demás y exento de cualquier contralor por parte de las autoridades superiores, dos hombres, cura y administrador, comparten un poder sin límites y pueden satisfacer todos sus caprichos, todas sus fantasías, sin sentir la menor resistencia por parte de los indígenas: el temor a castigos, por un lado, y a la excomunión por el otro, los fuerzan a padecer en silencio. De lo que resulta que si el administrador o el cura, hombres por lo común de educación bastante deficiente, tienen malas disposiciones, éstas aumentan por la irresponsabilidad, la impunidad y sobre todo por carencia de esa tácita censura de las sociedades numerosas, cuya influencia alcanza gran eficacia sobre la conducta privada de cada uno de sus miembros.

El placer de mandar despóticamente se convierte en costumbre, a la que no se renuncia sin esfuerzo. En Santa Cruz vi curas viejos y ex administradores de Chiquitos y Moxos que ya no podían vivir en sociedad. Se encontraban incómodos y suspiraban sin cesar por el régimen de las misiones, cuya libertad de acción y satisfacciones materiales consideraban bienes supremos.

§ 2

REGRESO A LAS MISIONES DEL CENTRO Y OESTE DE LA PROVINCIA DE CHIQUITOS

Después de cuatro días pasados en San Juan, lo dejé sin pena, impaciente por librarme de las ceremonias y emprender en Santa Ana, convertida en centro de mis operaciones, investigaciones relativas a la provincia. El 19 de octubre, habiendo despachado la víspera mi carga, me encaminé directamente a San Rafael, que distaba sesenta leguas al noroeste. Mientras seguía una línea paralela a la cadena de gneis de San Juan recorrí hasta las ramadas de **Santa Ana** y **San Nicolás** ocho leguas de tierras arenosas, poco arboladas, cortadas por

19 de octubre

pequeños llanos donde resplandecía la primavera tropical, con su fresca verdura e insectos de colores metálicos y alas multicolores. Luego entré en un bosque umbroso que un sendero apenas dibujado bajo enormes árboles, atravesaba por de nueve leguas sin la menor variación. Empezaba a fatigarme cuando por fin un suelo menos boscoso apareció cortado por planicies redondeadas, prologándose cinco leguas más hasta **Tunas**, mera choza donde paré a hacer noche tras una marcha de veintidós leguas. Allí colgué mi hamaca y en vano busqué un descanso, que los mosquitos no me permitieron disfrutar.

La víspera había seguido paralelamente a la cadena de San Juan, que me pareció descender en Tunas. Allá la perdí de vista, para entrar en una selva muy tupida donde, después de

haber avanzado todo el día sin divisar nada, una marcha de diez y nueve leguas me llevó a un llanito, en el que paré cerca de una roca que llaman

La Piedra. Había descansado un instante a la mañana, después de las primeras leguas de tierra llana y húmeda, donde observé multitud de abejas, sobre todo de la especie mitad negra y mitad amarilla, conocida por **Opanoch**. En esta marcha forzada, atormentado por una sed devoradora, por ninguna parte había encontrado con qué saciarla. Al atravesar unas elevaciones con seguridad a la extremidad meridional de la cadena de San Juan. Creí por un momento que las hondonadas me lo darían: fue un error. En La Piedra, donde esperaba tener más suerte, también vi defraudada la esperanza; no había alto ni agua. Me tendí en el suelo, haciendo cavar una depresión donde tras gran esfuerzo se obtuvo un agua barrosa con la que hubo que conformarse. Los mosquitos no nos dejaron descansar hasta Tunas.

Me faltaba andar veinticinco leguas para llegar a San Rafael. Cansado por las malas noches y las marchas, resolví hacer una tentativa para franquearlas. Con esta intención partí al amanecer; anduve tres leguas, teniendo al oeste la Sierra de San Carlos (cuyos mamelones redondeados se perfilaban en el horizonte) y la orilla de un estero afluente del río San Miguel, que pasé por la llanura más hermosa del mundo. Este pantano limitado, cuyo lecho tiene bastante hondura, se llena tanto de agua en tiempo de lluvia que resulta imposible su cruce. Entonces quedan interrumpidas del todo las comunicaciones entre San Juan y San Rafael. Entré a un gran bosque de ocho leguas de longitud, poblado de árboles enormes, al salir del cual recorrí cuatro leguas por terreno rocalloso y desigual, hasta el arroyo **Dolores**. Cansadas por los días anteriores, nuestras cabalgaduras no nos habrían podido llevar más lejos, pero el administrador había tenido la amabilidad de enviarnos caballos de refresco y pudimos seguir viaje poco rato más tarde, cruzando tierras irregulares y cortadas por planicies y arboledas, hasta el barranco de Santa Bárbara, por donde había pasado al partir de San Rafael, y de allí hasta la misión. Agotado de cansancio me eché sobre un cuero, saboreando la dicha de estar cubierto de las venenosas picaduras de los mosquitos.

Después de varios días empleadas en investigaciones de historia natural y en recorrer otra vez los alrededores de San Rafael, fui a Santa Ana donde tardé poco menos de un mes en completar mis observaciones de todas clases. Había cambiado por completo el aspecto de Santa Ana y sus alrededores. Una vegetación activa y fresca verdura revestía el suelo, esmaltado de flores variadas. Apenas si podía reconocer los campos que dejara dos meses atrás. Esta efervescencia general de la vegetación atraía multitud de insectos de todas las especies y brillantes aves que, al animar el conjunto, me sirvieron como nueva fuente de riqueza y labor.

El 2 de noviembre asistí a un hecho nuevo para mí, que me produjo gran sorpresa. De todos los rincones de la casa de gobierno salió, con seguridad para acoplarse, un enjambre

extraordinario de machos y hembras de hormigas aladas. Cuando los indios lo notaron, oí que por todas partes decían: "Son **ocepes**".

Hombres, mujeres y chicos acudieron a disputarse la posesión de las hembras, cuyo abdomen redondo, del grosor de una arveja, estaba lleno de gérmenes de huevos, materia grasosa y blanca. Me complacía ver cómo esas pobres gentes atrapaban las hormigas, les arrancaban el abdomen y lo saboreaban con tanto gusto como si fuera el fruto más succulento. Otros golosos, más delicados, juntaban los insectos en un recipiente para comerlos fritos.

Superando la repugnancia que debía inspirarme el aspecto de un manjar tan raro, lo quise probar y lo encontré bastante agradable. Durante una quincena los indios se dedicaron a cazar hormigas por todas partes, haciendo gran provisión.

Otro día, el gobernador, que había salido un momento a un patio que se comunicaba con el campo por medio de anchas barreras siempre abiertas, creyó ver qué pasaba un gran animal cerca de sí y volvió muy asustado. Al día siguiente se encontraron en la arena rastros de jaguar. Esta aparición conmovió a toda la misión. En seguida se hizo afuera una jaula de ramas gruesas cebada con un gran trozo de carne, a la que se adaptó el mecanismo de una puerta a báscula. La estratagema, empleada en todas las zonas donde pululan esas fieras, dio resultado la segunda noche. Al alba me lo vinieron a avisar. Nada más impresionante que aquel jaguar furioso que se lanzaba sobre los barrotes de su jaula, en cuanto alguien se le acercaba, haciendo volar viruta de corteza con sus garras aceradas. Constituía en verdad un bello espectáculo que nadie disfrutaba, temiendo que los esfuerzos del feroz animal le procuraran la libertad. Echado cuando se creía solo, brillaban sus ojos a la menor aproximación; entonces se abalanzaba a los barrotes y sacudía toda la jaula para salir y atacar a los espectadores. El miedo de verlo zafarse decidió su muerte; una bala puso término a la rabia del prisionero y devolvió la tranquilidad a Santa Ana.

Los jaguares muy comunes en la provincia de Chiquitos, ocasionan daños importantes en los establecimientos de cría de ganado. Esas fincas diseminadas por lugares alejados, están rodeadas por vastos desiertos, donde el animal tiene refugio natural y consigue obstaculizar el incremento de los rebaños e impedir su prosperidad. El gobernador, que conocía la bravura de los indios, ofreció una vaca servida por cada piel de jaguar que se le trajera; esta disposición tuvo un efecto extraordinario: en el último año se habían matado por lo menos cien fieras y sus cueros curtidos hacían un lindo tapiz ya colocado en la gran sala de recepción del gobernador. Los indios los cazan con trampas análogas a la de Santa Ana o a flechazos, arma que emplean con suma habilidad.

Antes de dejar Santa Ana habría deseado visitar la ciudad de Matto-grosso, distante cincuenta y nueve leguas al norte, pero renuncié al viaje, porque había reaparecido allí una fiebre endémica que diezma la población, ensañándose especialmente con los blancos. Esa fiebre, casi anual, sólo permite vivir en la ciudad a mulatos y negros, mientras los blancos deben refugiarse en **Cayaba**, actualmente capital de la provincia. Siguiendo los límites trazados entre España y Portugal por el tratado de 1777, la **Villa bella do Matto-grosso** debía constituir la frontera, pero no es así, encontrándose de hecho el límite en Salinas, vale decir a treinta y tres leguas de Santa Ana. Por lo demás, el único camino que existe entre la república de Bolivia y Brasil es el de Santa Ana, por el cual numerosos españoles vinieron de Río de Janeiro al Perú. Tales viajes son aún bastante frecuentes, en razón del tráfico de diamantes existentes en la cadena de Diamantino. A doce leguas de Santa Ana existe, sobre la ruta, el puesto del Pato, donde se mantienen todo el año, en nombre de Bolivia, algunos soldados que observan los movimientos de los brasileños. Del Pato a Purubi se cuentan trece leguas de llanos cortados por palmares de carondaï, bosquecitos naturales y prados magníficos para los animales. El mismo terreno prosigue ocho leguas más, hasta **Salinas**, primer puesto brasileño, límite actual entre la República y el Imperio. Brasil mantiene allí un fuerte destacamento militar. Salinas está ubicada cerca de un estero enorme, bordeado de árboles, fuente del río Barbados que, catorce leguas más lejos, ve alzarse a sus orillas la localidad de Casalbasco. Es lugar de deportación, donde se exila a los condenados. Desde la guerra por la independencia se retiene allí a familias chiquitas, que el gobernador Ramos sacó de Santa Ana y los pobre indios se sometieron a una vigilancia igual que la dispensada a los criminales, porque los brasileños temen su vuelta a Santa Ana. Todas las noches se los encierra; sólo van al campo con escolta de soldados y se los castiga con rigor cuando se los sorprende en campaña o se sospecha que quisieron evadirse. De Casalbasco a Matto-Grosso sólo hay doce leguas, que se recorren por el río Barbados en indias piraguas. La navegación está ya establecida en este punto, hasta la desembocadura del Amazonas. Algunas barcas grandes remontan todos los años el Pará y el Río de Maderas, llevando a Matto Grosso todas las mercaderías europeas.

El 23 de noviembre me despedí de Santa Ana, siempre en compañía del gobernador, encariñado con esos buenos indios que me habían prestado tantos servicios. Me dirigí a San Miguel, de donde días después me encaminaba a Concepción y San Javier bajo una lluvia casi continúa. No hablaré de las misiones ni del camino, ya descrito en el capítulo VII (XXIX). Por todas partes efectué buenas colecciones de historia natural. La naturaleza revestía

23 de noviembre

entonces sus galas más ricas. En Concepción tuve que dejar al gobernador, que siguió viaje hasta Santa Cruz. Con verdadero pesar me separé de él; había podido apreciar sus buenas cualidades y amabilidad, sintiendo por él un afecto particular. Don Marcelino de la Peña, nacido en el Cuzco, se había distinguido en el ejército español, donde alcanzara el grado de teniente coronel. Por merecer sucesivamente la confianza de España y de su patria, llegó a ser, después de la emancipación, mayor de plaza, comandante militar y jefe de policía en Santa Cruz; luego gobernador de Moxos y después de la provincia de Chiquitos, donde toda su ambición consistía en efectuar mejoras de utilidad. Le debo el éxito de mi viaje y eterna gratitud. Desde entonces nunca lo recordé sin verdadero placer. ¡Pueda ese honorable funcionario leer estas líneas con el gusto que experimento en evocar todo cuanto debo a su amistad!

CAPÍTULO IX

Viaje al país de los Guarayos; descripción de esos indios y de las comarcas que habitan

§ 1

VIAJES AL PAIS DE LOS GUARAYOS ¹

AL noroeste de la provincia de Chiquitos existe otra provincia, la de los Moxos, no menos extendida, no menos ignorada y tan interesante desde el punto de vista de su geografía como desde el de sus habitantes, todos de raza indígena pura. El estudio de esta provincia está relacionado también con un interés muy particular para mí, puesto que esta región está sometida al régimen de las misiones del Perú, en tanto que la provincia de Chiquitos lo estaba al de las misiones del Paraguay. Me pareció entonces que, dejando de lado las demás observaciones científicas que allí pudiera hacer, tenía que recorrerla en todos los sentidos, a fin de comparar esos dos centros, en los que el hombre salvaje de las selvas del nuevo mundo recibió un primer grado de civilización al adoptar una de las religiones del antiguo.

Al ojear los mejores mapas, el de Brué, por ejemplo, uno se asombra de encontrar entre Chiquitos y Moxos un espacio blanco de casi cuatro grados de anchura, lo cual atestigua una carencia absoluta de informes geográficos acerca de esta región. Llenar esta laguna es una tarea imponente. No vacilé un instante y resolví atravesarla, yendo del extremo norte de Chiquitos hasta la zona sudeste de Moxos. A tal fin, realicé todos mis preparativos para iniciar mis nuevas peregrinaciones hacia esas regiones desconocidas.

1831
Guarayos

El 19 de diciembre salí de San Javier con el objeto de marchar hasta el país salvajes de los salvajes guarayos, que me enteré existía a cuarenta o cincuenta leguas al nornoroeste. Mi caravana, formada por mis ayudantes a caballo y por sesenta indios chiquitos a pie, que llevaban mi equipaje sobre sus hombros, trepó en larga fila las laderas accidentadas de las últimas colinas de gneis de Chiquitos, en medio de extensiones cortadas por valles boscosos y colinas pedregosas, a las que daban sombra elegantes palmeras bocayás o multitud de higueras parásitas, cuyas raíces parecía querer ocultar en todas partes la roca desnuda bajo su maraña estrechamente entrelazada. Desde la cima de la última cadena se presentó a mi vista² el más hermoso contraste: al este descubrí colinas, dispuestas en anfiteatro, de perfil ondulado; al oeste, por el contrario se divisaban hasta perderse en el confín del horizonte, como un mar azul, esas vastas selvas³ que se extienden más de ochenta leguas hasta los últimos contrafuertes de la cordillera de Santa Cruz.

19 de diciembre

Comencé a descender hacia el oeste, en dirección al río San Miguel, por collados pedregosos, cubiertos de pequeños rosales espinosos que contrastaban con las palmeras del lomo de las colinas, en donde se proyectan sobre el azul del cielo, en tanto que al pie de esas mismas colinas dan sombra gigantescos árboles. Al atravesar un ancho arroyo, vi en la selva una gran cantidad de naranjos salvajes, y más lejos, en una ladera, me asombré al encontrar la vegetación modificada por palmeras jóvenes y por la palma Christi, creyendo reconocer allí todos los indicios de una antigua morada. Mi guía me enteró, en efecto, que allí se había establecido la Reducción de San Pablo, abandonada desde hacía treinta y dos años.⁴

1 Selvas habitadas por los salvajes guarayos dependiendo política y geográficamente de Chiquitos. Describiré esas regiones antes de dar un vistazo de conjunto sobre la provincia de Chiquitos.

2 Estaba entonces a seis leguas de San Javier.

3 Es el Monte Grande, que crucé.

4 Las ruinas de la antigua Reducción de San Pablo están al oeste del paso de la cadena, a unas ocho leguas de San Javier.

Costeé al pie de las últimas colinas, cerca del río San Miguel, en el seno de las comarcas deshabitadas más bellas del mundo, soportando a menudo las lluvias torrenciales de la estación, constantemente expuesto a la picadura de los mosquitos y privado de todo descanso; pero a medida que avanzaba, la naturaleza tornábase más variada. Pequeñas llanuras verdes, encerradas en selvas umbrías, eran reemplazadas a menudo por grupos de palmeras de diversa especie, cuyo elegante follaje contrasta con el de los otros vegetales. Todo en esos lugares me inspiraba, tanto la majestad del conjunto como la riqueza de los detalles. La vida, la animación del campo, daban al cuadro un encanto irresistible, sobre todo para un naturalista. Delante de nosotros se levantaban nubes de mariposas de alas multicolores. Las hojas y los troncos de las plantas y de los árboles estaban cubiertos de millares de insectos de tintes metálicos, cuyo brillo rivalizaba ora con el inquieto colibrí, ora con otros vistosos pájaros cuyos acentos alegraban a porfía la soledad de esta tierra virgen para el hombre.

Andando hacia el noroeste, me detuve al segundo día a veinte leguas de San Javier, al borde de un arroyo llamado La Puente, aunque nunca se lo haya cruzado sino en piragua. Ahí me devoraron miríadas de mosquitos. A la mañana siguiente, dejé la llanura y subí a unas pequeñas colinas de gneis, cubiertos de la más variada vegetación. Por primera vez vi allí macizos de algunas leguas de la palmera **Cucich**¹ (cuchillo), de tronco recto, coronado a veinte metros de altura con una mata de hojas de cuatro metros de largo que presentan la forma de la hoja de una espada; es sin disputa una de las más bellas de esta admirable serie de plantas. Desde la cumbre de una pequeña cadena transversal pude advertir, en la lejanía azul, las alturas que lindan con el país de los guarayos, y este alejamiento me hizo temer que no podría llegar hasta allí el mismo día. En medio de dos colinas bastante elevadas, entré en un valle magnífico, poblado de palmeras cucich y de motacús, sajado de arroyuelo y mostrando por doquier el ideal de la naturaleza intertropical.

Después de una marcha forzada, esperaba llegar de día al país de los guarayos, pero mi esperanza no se realizó, pues no pude resistir a la tentación de cazar grupos de monos, de acutís y, sobre todo a un ciervo grande al que herí de muerte de un balazo en medio de la llanura. Mis indios no tenían otro alimento que maíz tostado. Pensaba que aprovecharían de mi caza, lo que me hizo perder tiempo y retuvo al guía, encargado de carnear al ciervo y de colgar los cuartos de los árboles con el fin de preservarlos de los dientes del jaguar hasta la llegada de los indios.

Durante largo rato recorrí al galope las vueltas y revueltas de una vereda apenas esbozada ya en la selva, ya en la llanura; pero al atardecer nuestros caballos cansados se negaron a continuar. La noche, la noche negra de los trópicos, nos sorprendió de pronto en medio de un bosque. La oscuridad se tornó impenetrable. No divisaba nada, y las ramas de los árboles, que durante el día evitaba, me golpeaban constantemente en la cara. Sin que me diese cuenta, mi caballo mismo se internó en el matorral, donde me picaron atrozmente las hormigas rojas, armadas con un aguijón tan venenoso como el de nuestras avispas.² Como desde la muerte del ciervo el guía no había dado conmigo, comencé a temer que me hubiese extraviado. Me apeé, encendí fuego y gracias a él pude volver al sendero. Hay que encontrarse en circunstancias parecidas para apreciar el placer que nos proporcionan los primeros rayos de luz que suceden a las tinieblas y que devuelven el valor al viajero por fin resignado a su situación, hasta entonces insoportable. Hacia las once oí unos gritos: era el guía que venía a reunirse con nosotros y a sacarnos de nuestra desazón, anunciándonos que sólo estábamos a dos leguas más o menos de las habitaciones de los indios. Esta novedad me reanimó y resolví proseguir. El guía encendió una bujía, de la que yo iba siempre provisto, y se puso a la cabeza de la caravana, que le siguió al paso, sin que yo dejase de admirar la solemnidad de nuestra marcha nocturna en medio del silencio de los bosques.

Hacia la una de la mañana alcancé las chozas de los guarayos de la Ascensión. Me encaminé a la del jefe, de la que pronto un hombre cubierto con una larga túnica de corteza de

¹ Especie nueva del género *Orbignya* (Martius).

² Esta hormiga, una de las más ágiles, vive solamente en el árbol llamado palo santo.

árbol vino a hablarme en su lengua. Ignoraba completamente a qué raza podía pertenecer esta tribu; por eso no fue pequeña mi sorpresa cuando le escuché darme los buenos días en guaraní, lengua de la yo había aprendido buen número de palabras en la frontera del Paraguay. Contesté de inmediato en la misma lengua. El jefe guarayo se quedó tan asombrado como ya mismo, y desde ese momento me demostró la más cordial amistad y me acompañó a todas partes durante los cuarenta días que pasé en esa hospitalaria nación. Volví a encontrar con vivo placer en su estado primitivo los restos de una de las antiguas migraciones de guaraníes o caribes, los más conquistadores de América meridional, que llevaron sus armas desde las orillas del Plata hasta las Antillas.¹

Entré en la choza del jefe, donde encontré a toda su familia, compuesta de mujeres casi desnudas y de un gran número de criaturas. Colgué mi hamaca, pero, atontado por el viaje, por el habla guaraní que escuchaba y por encontrarme en medio de una nación todavía salvaje, a duras penas logré algunas horas de descanso, impaciente como estaba por la llegada del día siguiente.

La reducción de la Ascensión donde me encontraba había sido fundada, ya en 1824, por el Padre Salvatierra con los restos de las antiguas reducciones de San Joaquín, de Asunta y de San Pablo. Esta aldea se compone de unos trescientos indios guarayos y de algunos chiquitos escapados de Concepción. Se levanta en una colina boscosa, rodeada de selvas o de pequeñas llanuras, en medio de las tierras más fértiles del mundo. La aldea estaba muy triste entonces, pues un mes antes el fuego había destruido la iglesia con la mayor parte de las cabañas de los indios, que, cubiertas con hojas de palmeras, tienen la forma de un octógono irregular, muy alargado, y



Un alto sobre el Mamoré (Provincia de Moxos)

son idénticas a las cabañas de los caribes de las Antillas al tiempo de la conquista.² Son muy amplias, muy limpias, sin divisiones interiores ni ventanas; pero dotadas de puertas en los extremos.

A la mañana siguiente, todos los guarayos vinieron a visitarme, trayéndome cada uno su presente: pollos, huevos, bananas, caña de azúcar, papayas, calabazas, mandioca, ananás y hasta productos de caza. En un momento tuve provisiones de boca para varios días. Noté que los frutos, sobre todo los ananás, eran de doble tamaño y mucho más sabroso que en otras partes de la república. Esta comarca, notable por sus productos, me pareció una segunda tierra prometida. Me llamaron la atención igualmente las maneras espontáneas, las bellas proporciones y la cara interesante de esos indios. Los hombres de edad, apoyados en su arco, cubiertos con una larga túnica de corteza de árbol, sin mangas,³ con una larga barba,⁴ inspiraban realmente respeto por la nobleza de sus rasgos y por un orgullo en la apostura que sin duda debían ser características del hombre libre. Lejos de adoptar el tono sumiso de los indios de las misiones, se adelantaban con

1 Véase mi artículo *Guaraní*, en *El hombre americano*, pág. 365, de la edición Futuro.

2 *Historia general de Indias occidentales*, por Oviedo, edic. de 1547, fol. 59.

3 V. la distinta indumentaria de los guarayos, *Trajes*. Plancha N° 44.

4 Son los únicos americanos con barba que haya encontrado; los demás tienen poca y se la depilan.

soltura y se expresaban con facilidad. Cada jefe de familia estaba acompañado por sus mujeres, las cuales nunca venían solas. Me impresionaron igualmente la linda cara de éstas y la belleza de sus formas, no ocultas por su vestido, que se reducía a un simple trozo de paño que les envuelve las caderas hasta la mitad del muslo. Su color atezado, pero mucho menos que el de otras indias, su piel tersa y brillante como el raso, les daban el aspecto de estatuas antiguas. Llevan sus cabellos sueltos sobre los hombros, recortados en cuadro por delante, de manera que se destaque bien la frente; sus brazos están adornados con brazaletes, su cuello con collares de vidrio, y, aunque van desnudas las piernas usan siempre ligas. Algunas, quizá para realzar su belleza salvaje, se pintaban de negro, otras con rojo de semilla de achiote, menos la cara. Las había que tenían negra la curva de la boca y rayas en la cara, o las manos y las piernas negras y el resto del cuerpo con rayas longitudinales de este color.

Permanecí en Ascensión cinco días, durante los cuales recorrí los alrededores en todos los sentidos. Nunca había visto nada hermoso y tan fértil como esta campiña, en la que sólo algunas parcelas están cultivadas y rinden el céntuplo, en tanto que la naturaleza virgen más pomposa brilla en todas partes, exhibiendo sus tesoros: aquí bosquecillos de **Palma real**, de hojas en abanico, allí bosques de la elegante palmera cucich, la de las hojas en forma de espada, o mezcla de variadas palmeras,¹ con la vegetación más vigorosa y más rica en detalles.

El 25, víspera de mi partida, quise aprovechar la fiesta de Navidad para utilizar la reunión de guarayos y ver varias ceremonias de su religión primitiva. Tenía un motivo para estar de prisa.

25 de diciembre El cura de Ascensión, un buen tipo sin recursos, que se ocupaba más de sus intereses personales que de la salvación de los indios, me dejaba hacer mi voluntad, en tanto que yo temía la austeridad religiosa del Padre Lacueva, el cual indudablemente se habría opuesto en Trinidad a estas

manifestaciones repudiadas por el cristianismo. Me serví de la condescendencia del jefe guarayo, que ordenó disponerlo todo para complacerme.

Vino a buscarme al mediodía a escondidas. Me introdujo misteriosamente y en silencio en una casita octogonal situada a la orilla de la aldea, en donde encontré sentados en círculos alrededor de la pieza a unos hombres desnudos que tenían detrás de sí, de pie, a las mujeres. En cuanto entre, cerraron las puertas, y el más viejo, que llevaba una larga barba, golpeó el suelo con una caña de bambú. Todos los demás lo imitaron con el mismo instrumento, con la mirada fija en el suelo. Cuando se logró el compás, el viejo entonó con una hermosa voz de bajo un himno que todos repitieron, acompañándose con el redoble de sus bambúes, mientras que las mujeres marcaban el compás con genuflexiones. Esas voces masculinas, esos sonos discordantes de sus bambúes, la actitud imponente de los cantores, su apostura, todo en esta ceremonia me sorprendió y me asombró; no podía decir en realidad a dónde me sentía transportado, pero sí puedo afirmar que no habría cedido mi sitio en este espectáculo. Esos primeros cantos se dirigían al Tamoi (el padre grande), a quien los guarayos conjuraban para que descendiese entre ellos y los escuchase. Luego le pidieron agua para sus sembradíos. Entonces se levantaron, formaron todos un círculo y caminaban en fila, golpeando el suelo y cantando otro himno, con los ojos bajos; iban lentamente en su sentido, luego se volvían y caminaban en sentido contrario. Esos himnos están llenos de figuras y de comparaciones ingenuas. Los acompañan con los sonos del bambú, porque Tamoi, después de haberles enseñado el cultivo, había subido hacia oriente del árbol sagrado, en tanto que los ángeles golpeaban la tierra con esas cañas. Por lo demás, siendo el bambú uno de los beneficios del Tamoi, en el sentido de que interviene en la construcción de sus cabañas, lo consideraban como un intermedio entre ellos y la divinidad.

Después de la ceremonia, invité a todos los indios a concurrir a la plaza, en donde quería ofrecerles una especie de fiesta. Allí encontré al cura, enterado, no sé cómo, de lo que acababa de ocurrir. Esperaba recibir cuando menos algunos reproches de su parte, pero sucedió lo contrario. Me hizo notar solamente que, como tenía que marcharme al día siguiente, había hecho una tontería en hacer representar la ceremonia por medio de la cual los indios piden agua, puesto que

¹ Allí descubrí la nueva especie de *Astrocaryum Huaimi*, Martius.

era indudable que llovería, ya que los guarayos, agregó, obtienen todo lo que piden. Esta reflexión me sorprendió en sus labios y me dio la medida de su caletre.

Con el objeto de juzgar la habilidad de indios e indias, establecí un concurso al arco para que todos participaran. Las muchachas acudieron primero y premié con brazaletes y bujerías a las más diestras. Les sucedieron los hombres. La precisión de su puntería me asombró: las flechas, lanzadas con fuerza, silbaban en el aire y daban con violencia en el blanco. Pude empero comprobar que no son seguros en su tiro a más de sesenta metros. Después de darme una idea de su habilidad, los guarayos me rogaron que les mostrase a mi vez la potencia de nuestras armas de fuego. Colocaron un pollo a la misma distancia y me lo hicieron matar, lo cual les divirtió tanto, que tuve que negarme a privarlos de todo su gallinero. Quise proporcionarles otro placer: el de mirar en una excelente largavista y en un microscopio. Nada podría pintar su sorpresa y su éxtasis al ver de cerca objetos alejados o de contemplar tan voluminosos a los seres pequeños. A partir de ese instante, ya no era yo para ellos un extraño, y todos me miraban como a un ser extraordinario, y me llamaban con respeto y alborozo su hermano (Cherú). Lo que era mucho para un guarayo, el más orgulloso de todos los salvajes, pues por la libertad de que goza, se cree el primero de los hombres, al punto de que se enfada cuando lo tratan de indio,¹ sosteniendo con altanería: “Sólo los chiquitos son indios, pues son esclavos; yo soy libre y no indio: soy **guarayo**”.²

A la mañana siguiente llovía, y el cura no perdió la ocasión de recordarme su observación de la víspera. Con todo, partí en compañía del jefe guarayo para Trinidad, situada a quince leguas al noroeste. Luego de haber dejado atrás los bosques de palmera cucich, mis plantas hollaron tierras húmedas hasta el arroyo Sapococh, uno de los afluentes del río Blanco. Después de cuatro leguas de una selva magnífica, alcancé en las márgenes del río San Miguel la antigua reducción de San Pablo, abandonada desde 1828. Como el fuego lo había destruido todo, no quedaba allí más que restos de edificación y estupendas plantaciones de cacao, en parte abandonadas, a pesar de su riqueza y de los pingües rendimientos que dan anualmente. Desde las ruinas de San Pablo me quedaban diez leguas de camino por entre bosques. Al comienzo la selva es taba llena de bambúes gigantescos, cuyas espinas ganchudas me desgarraron implacablemente y me dejaron casi desnudo; pero esos vegetales singulares fueron reemplazados por palmeras motacús y por los árboles variados; llegamos así a un campito negruzco ya listo para recibir la simiente. A las cinco leguas pasé cerca de un inmenso lago y muy pronto costeaba pequeñas colinas, en donde encontré los primeros campos de los guarayos de Trinidad. Llegué de noche a la reducción; allí los indios me ofrecieron hospitalidad, a la espera de que al día siguiente pidiese mejor alojamiento al religioso de Santa Cruz, situado a una legua de distancia.

Trinidad está cerca del río San Miguel, en medio de una hermosa floresta, que atravésé hasta Santa Cruz. Allí me encontré con el reverendo padre Lacueva, considerado como santo en las provincias vecinas. No vi en él más que a un viejo amable, muy informado y de una conducta ejemplar. Sus maneras me agradaron al extremo. Pertenecía a una rica familia de España. Había estudiado matemáticas, pero su vocación lo arrastró a la predicación del Evangelio. Se hizo franciscano, y gracias a su saber y virtud pronto recibió el título de prefecto de la misión, cuyas prerrogativas inherentes lo hacen equivalente a un obispo. Vino a América donde, huyendo de la vida de los conventos, consagró su existencia a la conversión de los indios, rehusando todos los honores. Vivió veinte años entre los salvajes yuracarés, al pie de las cordilleras, y cansado de no ponerlos convertir, los abandonó para venir a establecerse entre los guarayos, donde luego de ocho años de permanencia, comenzaba a temer que terminaría su humilde y noble carrera sin haber obtenido grandes resultados. Las limosnas de las damas de Santa Cruz de la Sierra le daban apenas para vestirse; se alimentaba de arroz cocido en agua, se hacía él mismo su cocina y vivía solo, alejado del mundo entero. Me conmovió vivamente la perseverancia de ese religioso,

1 El señor de Humboldt ha encontrado el mismo orgullo entre los caribes. Viaje t. IX, pág. 35.

2 *Guarayo*, como *guaraní*, como *galibi*, como *caribe* (voces todas derivadas de la misma raíz) quiere decir guerrero. (V. El hombre americano, pág. 366). El P. Lacueva cree que esta palabra, pronunciada *guarayu* por los indios, viene de *guara*, nación, y *yu*, amarillo, porque son más blancos que los demás; pero los guarayos no lo explican así.

que tenía entonces setenta años por lo menos, y me afané para merecer una amistad que él tuvo a bien brindarme.

Moraba en una triste choza; su iglesia no era más que una pobre cabaña, techada con hojas de palmera. Los domingos cubría con un simple tejido de algodón el altar de tierra y decía allí su misa. Para llamar a los infieles, el venerable anciano no tenía más que un mortero de cobre, al que golpeaba con una piedra.

El padre Lacueva me hizo admirar la posición de la reducción de Santa Cruz, situada sobre una pequeña elevación, entre dos montañas de gneis, al borde de un lago de media legua de diámetro, rodeado de selvas o de colinas arboladas, pobladas con la más hermosa vegetación. La aldea se componía de unas treinta casas de indios esparcidas alrededor de la capillita. Arrastrado por la interesante conversación del padre Lacueva, acepté la mitad de su modesta comida y luego se vino conmigo a Trinidad, donde me instalé en su propia casa. Permanecí allí hasta mi partida para Moxos, yendo a menudo a visitarlo o recibiendo de él frecuentes visitas. Esta residencia tenía la doble ventaja de acercarme al río en el cual tenía que embarcarme de mantenerme lejos de todo misionero y más desembarazado para continuar mi papel de observador.

El río San Miguel baña el país de los guarayos. En las cartas geográficas¹ se hace dirigir esta corriente de agua hacia el río Guapaix o Grande, y de ahí al Mamoré. De haber sido así, embarcándome allí, habría ido a parar a la misión de Loreto de Moxos, en tanto que mi intención era llegar a la parte oriental de esta provincia. Pregunté a los guarayos y al padre Lacueva. Me informaron que, lejos de doblar al oeste, al río San Miguel se dirige al noroeste, pasando cerca de la misión de Carmen de Moxos. Sin saber entonces si arrojaba sus aguas más abajo en el río Blanco o en el Itonamas, afluentes comunes del Guaporé o Iténés, tomé el partido de seguir este rumbo, a fin de aclarar este importante problema geográfico. Mi proyecto no era fácil de realizar. Para viajar por tierra se oponían la estación de las lluvias ya muy avanzada y la inundación de los campos, además de las dificultades añejas a la apertura de una nueva vía de comunicación. Pero, por otro lado, en las piraguas de los guarayos, hechas con un solo tronco de árbol ahuecado por medio del fuego,² no cabían más que dos personas a lo sumo, con lo que no habría podido cargar en ellas ni equipaje. Utilicé las disposiciones amistosas del jefe guarayo y logré de él que enviase a Carmen a dos indios portadores de una carta, en la que rogaba al administrador que me despachase piraguas y remeros de esa misión para llevarme hasta Moxos.

Mientras aguardaba la vuelta de mis mensajeros, me entregué a investigaciones de historia natural, al mismo tiempo que estudiaba con cuidado y en sus menores detalles la vida privada de mis nuevos amigos salvajes. Iniciado en sus costumbres domésticas, estuve en condiciones de apreciarlas, lo que me inspiró hacia ellos un afecto muy especial. Todos los días cacique, viejo de porte patriarcal, venía a ofrecerme sus servicios. ¿Lo necesitaba? Se alejaba de prisa y reaparecía al cabo de un rato con sus mujeres cargadas de frutas magníficas, de legumbres o de aves de corral. También recibía la visita de los otros indios, que me traían productos de sus tierras u objetos de historia natural. Todo lo pagaba, ya con grandes agujas de coser, ya con cuchillos, tijeras o parecidas bagatelas, pues la plata, al igual que en Chiquitos y en Moxos, no era conocida por sus habitantes. Un lindo pollo, por ejemplo, valía tres agujas de coser, y lo demás en proporción, sin que jamás por otra parte se me fijase un precio o se me hiciese la menor observación sobre lo que ofrecía en pago; mi amigo, el primer jefe que había encontrado en Ascensión, siempre me guiaba con sus consejos.

Nunca había hecho una cosecha tan rica de historia natural; tenía como ayudantes a todos los habitantes de las dos reducciones. Les había dado instrucciones que seguían al pie de la letra. Desde la mañana hasta la noche era un constante desfilar ante mí de indios que me traían insectos magníficos en los tubos de bambú o en cucuruchos hechos con hojas, conchillas terrestres de la selva o conchillas fluviales de los lagos y del río. Las agujas de coser y otra chucherías

¹ La de Brué en 1826.

² Esas piraguas, largas a veces de ocho a diez metros, tienen apenas cincuenta centímetros de ancho.

semejantes me proporcionaron pronto una admirable colección de las producciones naturales de esos bosques, que los indios recogían para mí como auténticos ayudantes naturalistas.

Muy contentos con mis regalos, los guarayos no habían cometido, sin embargo, una bajeza para obtenerlos. Yo los tentaba de diversas maneras sin conseguir jamás alterar sus principios. A menudo fingía extraviar un pañuelo en la selva o dejaba los cuchillos o el hacha de la casa. Siempre me traían esos objetos, sin tocarlos siquiera, en la punta de un bastón. Llegaban y me decían: “Oye, esto debe ser tuyo”, o si no: “He vista tal cosa en tal lugar; ve a buscarlo ante que te lo roben los chiquitos”. Llevan su delicadeza hasta el escrúpulo y tienen horror por el robo y el adulterio; por ellos las mujeres observan una conducta intachable, que en vano buscaríamos en las misiones de los chiquitos. Me atrevo a decir que el contraste entre los guarayos completamente salvajes y los chiquitos semicivilizados es ventajoso para los primeros.

Con el objeto de hacer revelamientos de todos los puntos visibles de los alrededores, dirigiéndome al sur de Santa Cruz, en los bosques, hasta el pie de la montaña, abrí con el machete una picada hasta la cumbre, desde donde divisé un magnífico panorama. Dominando un inmenso horizonte del verde más hermoso, tenía al este, en la lejanía azul, las montañas de la Ascensión, y más cerca el lago por cuya orilla había pasado; al norte y al noroeste, las colinas de gneis de Santa Cruz, rodeando dos lindos lagos, uno de los cuales, situado a mis pies, estaba rodeado de praderas. En la orilla opuesta del río San Miguel, divisaba dos grandes lagos en medio de una selva dilatada, más allá de la cual se veían, como en un mar de verdor, las llanuras de la provincia de Moxos, inundadas una parte del año. Si alguna vez había lamentado ver cómo permanecían incultas en América magníficas campiñas, cuando tantos pobres agricultores se mueren de miseria en Europa, ese sentimiento era tanto más penoso frente a estas comarcas, las más ricas que hasta entonces hubiese visto, frente a esa naturaleza imponente, a esta riqueza de vegetación extraordinaria, dispuesta siempre a responder al cultivo más productivo apenas se presentasen los brazos para trabajarla.

Éramos muchos los que estábamos reunidos. Los recursos alimenticios de que disponíamos entre los guarayos consistían en una gran abundancia de maíz, de mandioca, de frutas y algo de volatería; pero entre ellos no podía procurarme carne, que la aborrecen. Me encontraba casi en aprietos cuando me informaron que más allá de las selvas de la otra orilla del río San Miguel existían muchos animales salvajes. Hacia allí me dirigí y tuve la fortuna de matar un animal joven, que trajimos. Al mismo tiempo había reconocido, en el gran número reciente, que había una multitud de toros y de vacas, a los cuales fui recurriendo a medida que lo exigían mis necesidades. Por lo demás, esta caza no estaba exenta de peligros, pues los toros enfurecidos perseguían a menudo sin tregua a los cazadores, cuando la bala no los había herido de muerte.

Tenía conmigo dos indios jóvenes de la provincia de Chiquitos, y deseaba obtener otro de los guarayos. Mi intención por aquel entonces era traerlos a todos a Europa y pedir al gobierno que los hiciera estudiar en los colegios con el objeto de determinar la capacidad de los indígenas¹ americanos. Expuse este propósito al padre Lacueva y al cacique guarayo, quienes prometieron darme un niño. Efectivamente, un día vi llegar al cacique con toda su familia, compuesta por lo menos de sesenta personas. Este patriarca de larga barba, después de darme los buenos días, me presentó a un joven guarayo, espetándome un discurso solemne, cuyo sentido aproximado es el que sigue: “Este niño que te traigo es mi nieto; se llama **Mbuca ori** (Risa gozosa). Te lo doy porque perdió a su padre, y te creo digno de reemplazarlo; míralo como a tu hijo y haz de él un hombre; sobre todo, que no sepa nunca lo que es el robo, que tanto detestamos, y que sea digno de llamarse guarayo”. Le pregunté qué quería que le diese. “Dame un hacha y un machete –me dijo–; dale un hacha a su madre y un cuchillo a su hermano; son las cosas que estimamos más y que más útiles nos serán sin algún día, para huir de la esclavitud, estamos obligados a volver a la selva de donde hemos salido”. Le di lo que me pedía y me convertí en el propietario del indiecito. Lo hice

¹ Más tarde, una vez en Santa Cruz de la Sierra, me vi obligado, muy a mi pesar, y por falta de fondos, a renunciar a este proyecto y a mandar de vuelta a mis tres indiecitos a sus respectivas patrias.

vestir inmediatamente. Era un niño de ocho años, de un rostro encantador, muy espiritual, a quien le convenía perfectamente el nombre de **Risa gozosa**.

Jefes indígenas de Carmen de Moxos me trajeron el 25 de enero, de parte del administrador de esa misión, una carta en la que me anunciaba que ponía a mi disposición cuatro piraguas. Tres días después, deba mis adioses a los buenos guarayos.

25 de enero

Nunca olvidaré la impresión que me produjo esta separación. El padre Lacueva y todos los indígenas me acompañaron hasta la orilla del río con demostraciones de la más viva amistad. Todo estaba a bordo y mis remeros sólo esperaban mi orden para hendir las aguas. Lancé una última mirada a la ribera y divisé al buen padre Lacueva, con lágrimas en los ojos, extendiendo hacia mí las manos desde lo alto del ribazo para darme su última bendición, en tanto que todos los guarayos, con su jefe a la cabeza, me daban sus adioses en los términos más conmovedores. Un primer meandro de este río tortuoso me separó de esta escena conmovedora; y, librado a mis tristes pensamientos, me distraje como de costumbre, ocupándome de cuanto me rodeaba, a fin de olvidar la soledad en la cual volvía a sumergirme.

DESCRIPCIÓN DE LOS GUARAYOS Y DE LA COMARCA QUE HABITAN

Diseminados en unas cuarenta leguas de longitud, los guarayos habita las umbrías selvas que separan las provincias de Chiquitos y de Moxos, no lejos de las márgenes del río San Miguel, hacia el 17° de latitud sur y el 66° de longitud occidental de París. Su número asciende a unos mil más o menos, y todos, menos algunas pocas familias dispersas en los bosques, viven en tres aldeas, las de Trinidad, Ascensión y Santa Cruz, donde los religiosos han tratado de atraerlos hacia el cristianismo.

Por tradición recuerdan todavía haber venido del sudeste, probablemente del Paraguay; recuerdan también haber convivido con los Chiriguano y haberse separado de ellos como consecuencia de unas querellas. Sea como fuere, los guarayos habitan los mismos sitios desde hacer tres siglos por lo menos. Según el cura de San Javier, algunos guarayos habrían sido llevados a la fuerza, ya en 1700, a San Javier, de donde escaparon poco después. Lo cierto es que en 1790 el azar hizo que se los encontrara durante una expedición encaminada a abrir una vía de comunicación entre Chiquitos y Moxos.¹

Cuando los guarayos, asentados entonces cerca de la gran laguna, entre Ascensión y Trinidad, vieron a los españoles, huyeron a los bosques gritando: ¡No nos matéis; somos cristianos! Un negro brasileño que entendía el guaraní, se lo dijo al comandante, quien los tranquilizó y les hizo muchos presentes. Se lo hizo saber al gobernador de la provincia, don Juan Verdugo, el cual se determinó a visitarlos él mismo y llevarles regalos para decirlos a hacerse cristianos. Se presentaron varios en San Javier, donde se entendieron en Chiriguano con el cura don Gregorio Salvatierra, que les tomó afición y quiso ir personalmente para convertirlos. Alentado en s proyecto por el gobernador de la provincia, el padre Salvatierra hizo construir con los chiquitos en 1793 la iglesia y demás edificios de la reducción de San Pablo, a ocho leguas de San Javier, y, seguido por cincuenta chiquitos armados, se constituyó en aquellos parajes con el objeto de sacar a la fuerza de ellos a los guarayos e incendiando sus aldeas para impedirles que regresen allí. Se trajo unos trescientos, los cuales, poco satisfechos de estas retenidos así, seis años más tarde, en 1793,* regresaron a sus selvas, dejando a la puerta de la iglesia los vestidos que les habían dado y los bastones, símbolos de las funciones a que habían sido elevados sus jefes; su conducta estuvo en todo de acuerdo con el orgullo que los caracteriza.

En 1807 el padre Salvatierra y el decano de los canónigos de Santa Cruz de la Sierra, don José Joaquín Velasco, concibieron de nuevo el proyecto de ir a reducir a los guarayos en sus propios pagos, abriendo un camino de un lado a Moxos, y del otro a Santa Cruz de la Sierra por Bibosi. En efecto, en la margen opuesta del río San Miguel, un poco más arriba de Trinidad, fundaron una aldea que llevó el nombre de **San Luis Gonzaga**, abandonada tres años más tarde. El padre Salvatierra no renunció, empero, a su proyecto. En 1811 construyó a sus expensas, bajo el nombre de **San Joaquín**, otra aldea a un cuarto de legua de Ascensión; más viendo que no podía reunir en ella a todos los guarayos, siguió los consejos de éstos y fundó en 1820 una reducción cerca del río San Miguel, a cinco leguas de distancia de la actual Ascensión y a la que llamó **San Pablo**.²

Ese mismo año, queriendo el gobernador de Moxos establecer por agua comunicaciones con la provincia de Chiquitos, comenzaron a llegar piraguas por primera vez al país de los guarayos. Estos viéndose descubiertos de ambas partes, y temiendo que la arrancasen de su

¹ Estos datos y algunos de los que seguirán, me los proporcionó el padre Lacueva.

* Evidentemente D'Orbigny incurrió aquí en una distracción, pues da la misma fecha de arriba siendo que han pasado seis años entre una y otra. (N. del T.)

² Es la misma cuyas ruinas visité.

queridas selvas, como habían hecho algunos años atrás para la fundación de Carmen de Moxos, se presentaron precipitadamente al padre Salvatierra, pidiéndole ser convertidos al cristianismo. El cura aprovechó tan buenas disposiciones, y marchó a fundar las reducciones de Santa Cruz y de Trinidad, ya que los indios amaban sobre todas las cosas el lugar en que nacieron. En 1823 el padre Lacueva, con dos religiosos más, vino a dirigir al conjunto de guarayos: encontró ochenta y cinco en San Joaquín, ciento sesenta y dos en San Pablo y trescientos entre Trinidad y Santa Cruz. Esas reducciones estaban, por otra parte, sumidas en la más extrema pobreza. Animado por un celo infatigable, el padre Lacueva se esforzó en traer los indios de las selvas a la reducción: fundó Ascensión e hizo hacer allí plantaciones de cacao y de algodón. Fundó escuelas y trazó el camino hacia Chiquitos. Confiaba mucho en sus gestiones, cuando al año siguiente (1824), a consecuencia del cambio de gobierno y del advenimiento de la república, fue abandonado por los otros religiosos, que quisieron regresar a España. Cuando quedó solo, pidió al padre Salvatierra que dejase San Javier para venir con sus queridos guarayos; se estableció algunos años en Ascensión, donde murió. A partir de 1824, el país de los guarayos pasó a depender políticamente de la provincia de Chiquitos.

Olvidado por así decirlo de la tierra entera, sin apoyo de parte del gobierno, obligado a hacerlo todo con sus propias manos, el padre Lacueva sólo obtuvo estimación de los guarayos, pero sin conseguir el menor ascendiente sobre ellos. Sin embargo, cuando los amenazó con retirarse, le dijeron: “Si te vas, padre, nos iremos a vivir a los bosques, pues sólo permanecemos aquí por ti”; y, temeroso de verlos que retornaran a su salvajismo, el digno sacerdote resolvió quedarse, con tanta más razón cuanto que los chiquitos, huyendo de la severidad de las misiones, se vienen a vivir junto a los guarayos, a los que repugna tenerlos en sus aldeas por las exacciones que cometen y por la depravación de sus costumbres.

Hay ahora entre Trinidad y Santa Cruz 544 almas, divididas así:

HOMBRES		MUJERES	
Edad	Núm	Edad	Núm
De 1 a 7 años.....	60	De 1 a 7 años.....	60
De 7 a 15 años.....	76	De 7 a 15 años.....	61
De 15 a 70 años.....	142	De 15 a 15 años.....	<u>154</u>
De de más de 70 años.....	<u>1</u>		265
	279		

Grandes, bien plantados, casi blandos, dotados de una larga barba (hecho excepcional entre los americanos), los guarayos tienen una apostura altiva, los rasgos regulares y la expresión muy dulce. Su carácter responde perfectamente a su exterior; ofrecen el tipo de la franqueza, de la hospitalidad y de todas las virtudes. Buenos padres, buenos maridos, aunque graves por hábito, se creen en medio de la abundancia y de la libertad salvaje, los más felices de los mortales. Sus ancianos, verdaderos patriarcas y oráculos de sus familias, encuentran respeto y sumisión en sus hijos. Se dividen en pequeñas familias en las selvas o en las aldeas. Sus cabañas todavía octogonales, parecidas a las de los antiguos caribes de las Antillas, son espaciosa y están cubiertas de hojas de palmeras.

Un guarayo pasa su primera infancia junto a su madre, la cual le prodiga los cuidados más tiernos. Desde los ocho o diez años, acompaña a su padre al campo, a la caza, adiestrándose en el tiro al arco y en el arte de fabricar armas. Abandona entonces la compañía de las mujeres y no frecuenta más que la de los muchachos de su edad o la de los hombres. Apenas logra reunir en el manejo del arco fuerza y suficiente destreza como para bastarse a sí mismo, piensa en elegir compañera. Una vez hecha la elección, hace su trato con los hermanos de la muchacha, que son los que exclusivamente tienen derecho para disponer de su hermana. Las condiciones consisten ya en un número dado de hachas, de cuchillos o de otros instrumentos, ya en cierta cantidad de trabajo, como la construcción de una casa o de desmonte de un campo. Aceptada la demanda, el joven pretendiente, completamente desnudo, pintado de rojo de pies a cabeza y armado con su

macana* o maza, se pasea durante varios días alrededor de la cabaña de su novia. Algún tiempo después, los padres de la joven preparan la bebida de maíz fermentado, y la boda se celebra en medio de una reunión numerosa, a la que son invitados todos los parientes y amigos.

La pareja vive a veces con su familia, pero lo corriente es que construya una cabaña en las inmediaciones. Cuanto más aumenta la familia de una guarayo, mayor es la consideración que adquiere. Por eso el guarayo, sin descuidar a su mujer, siempre la más estimada, toma sucesivamente otras en el curso de su existencia. Los hijos de todas esas mujeres parecen de una sola madre, tal es su estrecha unión. Nunca una disputa, jamás un reproche de parte del marido, que respeta a sus mujeres, aunque se considera como su superior. Cuando un guarayo llega a ser jefe de una familia numerosa, se convierte en un oráculo; sus días transcurren plácidamente, sin cuidados ni pesares; por eso llega siempre a la vejez exento de achaques y de la pérdida de sus sentidos; sin embargo, como ya se ha visto en el cuadro anterior, los guarayos raramente sobrepasan los setenta años.

En medio de la abundancia, el guarayo provee casi sin trabajo a las necesidades de su familia. Cada cultivo de su campo se hace en común con sus parientes, sus amigos. Sus mujeres preparan la bebida de maíz; después es él quien las convida. Al despuntar el día se dirige alegremente a su campo. Los invitados trabajan con un ardor increíble los dos tercios de la jornada, en tanto que el propietario se tiende en su hamaca o dirige a los obreros. Regresan luego a la cabaña en donde dan comienzo a las danzas serias y a libaciones que duran varios días; todo transcurre, empero, sin riñas ni disputas; de esta manera, cada jefe reúne sucesivamente a sus amigos, sea para derribar y desmontar, sea para sembrar; y todas esas operaciones dan ocasión a otras tantas fiestas.

Los hombres abaten los árboles en el desmonte de los campos, que cultivan en común con las mujeres; construyen sus piraguas por medio del fuego y del hacha y fabrican sus arcos y sus flechas, hechos con sumo arte; sacan las cortezas de las higueras para hacerse con ellas sus vestidos. Por otra parte, son apasionados por la caza y la pesca, para lo cual dos o tres de ellos recorren la selva durante varios días, trayendo consigo monos o pescados ahumados. A cargo de las mujeres está la alfarería, que consiste en enormes cántaros de tierra para poner la chicha, que ellas hacen con maíz molido; hilan el algodón y tejen hamacas, lo mismo que la prenda tejida que hace las veces de vestido.

Siendo el cultivo, su principal recurso, puesto que la caza no es para ellos más que una diversión, adaptan a aquél muchas de sus ceremonias religiosas. Su religión es sencilla como sus costumbres. Su **Tamoi** o abuelo, dios bienhechor al que reverencian sin temer, vivió entre ellos, les enseñó la agricultura y, cuando los dejó, les prometió su protección desde la copa de un árbol sagrado de flores purpúreas, al que subió para elevarse al oriente, hacia los cielos. Se le implora en la época de las siembras o cuando se quiere que una lluvia abundante venga a reanimar a la tierra reseca bajo los ardores de un sol de fuego. Una simple cabaña octogonal en medio de la selva es el templo, donde se reza a Tamoi. Unos hombres completamente desnudos se sientan a la redonda, teniendo cada uno en su mano un trozo de bambú. El más viejo, con los ojos bajos, golpea el suelo con su bambú, entonando con la más hermosa voz de bajo cantante un himno que los demás repiten. Los he oído pedir, en un estilo de los más figurados y de los más poéticos, a la naturaleza que se vistiese con sus galas magníficas; a las flores que se abriesen; a los pájaros, que tomasen su más rico plumaje y que comenzasen sus alborozadas canciones; a los árboles, que se embelleciesen con sus verdores primaverales, a fin de unirse a ellos para llamar la atención de Tamoi, a quien jamás imploran en vano.

En sus enfermedades recurren a los adivinos, que conjuran el mal tocando la parte enferma y perfumándola con humo de tabaco. Los guarayos ayunan durante el nacimiento y las enfermedades de sus hijos. Temen el canto de los pájaros nocturnos, y al cielo cuando está muy

* Macana, en español en el original. (N.del T).

encapotado en la noche. Le llaman **teteo** (la muerte), y avientan entonces cenizas para conjurarla. Durante la luna nueva arrojan sus hijos al aire para que crezcan.

A su muerte, los guarayos son llevados al cielo gracias a los cuidados de Tamoi, quien toma el camino del oriente desde la copa del árbol sagrado (**Tuirenda**),¹ que con ese fin plantan siempre cerca de su morada. Gozan en la otra vida de cuanto poseían en esta;² por eso se los entierra siempre cubiertos de pinturas, con la cabeza vuelta hacia el este, rodeados de sus armas, de sus instrumentos agrícolas y con chicha. Colocan los cuerpos en su cabaña o en el campo, entre dos capas de esteras, en el fondo de una fosa, y su familia ayuna, se oculta algunos días y se pone de luto pintándose de negro.

Gozan de poca libertad las mujeres entre los guarayos. De niñas, no abandonan nunca su madre; cuando llegan a núbiles se les somete a rigurosos ayunos, y algunas líneas de tatuaje en los brazos, con profundas heridas que se hacen en medio del pecho,³ indican entonces a todos que las jóvenes pasan de la infancia a una edad en que deberán ocupar su puesto en la sociedad. Una mujer nunca se presenta sola a ninguna parte; siempre va acompañada, sea por sus hermanos, sea por su padre.

Una de las características más salientes de los guarayos es su escrupulosa probidad; nunca querrán apropiarse de una cosa que no les pertenezca. Tal es el rápido retrato de los antiguos descendiente de los caribes, hombres feroces, sanguinarios, antropófagos, para quienes los escritores de los primeros siglos de la conquista nunca encontraban bastantes anatemas.

Con todas estas virtudes, uno se asombra de encontrar en los guarayos tanta repugnancia para someterse a las prescripciones de la religión católica. El padre Lacueva, no más afortunado que sus antecesores, nada había obtenido de ellos. Lejos de oponer la menor resistencia a sus miras, lo estimaban y lo veneraban mucho; pero los contados guarayos que recibían el bautismo venían poco a la iglesia y no abandonaban sus antiguas costumbres. Animados por el solo deseo de vivir en paz, no querían someterse a ninguna ley; por eso nunca se entregaban a habladerías. El padre Lacueva me decía que las dos mayores dificultades que tenía que vencer eran hacerles perder la costumbre de la poligamia y lograr que las mujeres se cubriesen un poco más. Muchas veces le oí quejarse al cura de Ascensión de la pereza de los indios y de su indolencia, porque no podía hacerlos trabajar en su propio provecho. Al guarayo le bastan algunos días de trabajo por año para asegurarse para él y su familia las provisiones de dos o tres años. Cubierto con la corteza de los árboles de la selva, alimentado con la caza que en ella obtiene y con el producto del campo que allí cultiva, abrigado bajo su follaje, ¿para qué iba a afanarse por obtener lo que no le es necesario y de cuya existencia apenas está enterado? En la abundancia de los bienes reales, cuando está fuera de toda servidumbre, se considera como muy feliz de su libertad y trata de esclavos a todos los hombres sometidos a los reglamentos de las misiones.

FIN DEL PRIMER TOMO

1 Planta leguminosa, vecina del Ceibo de Buenos Aires.

2 Ellos consideran que todos los animales suben al cielo por medio de un bejuco tortuoso. Creen que los cristianos van hacia occidente.

3 Esta costumbre vuelve a encontrarse en muchos pueblos, entre los antiguos, los puelches, los araucanos, etc. V. El hombre americano, pág. 128.